

THE AFRICAN GOLD TRILOGY

BOOK ONE



RESONANCE

Some minds were not born. They were tuned.

ANDRIES J. GREYLING

ARJUNA BADGER PRESS

RESONANCE

La Trilogía del Oro Africano • Libro Uno

Andries J. Greyling

RESONANCE

Copyright © 2026 Andries J. Greyling. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, hechos o lugares es pura coincidencia. Los lugares reales, las tradiciones históricas y las referencias científicas y arqueológicas se emplean en un contexto ficticio.

Publicado por la House of Greyling.

ISBN: --_--_ (asignado en la impresión)

Per Ardua ad Magnum.

Para Avery.

Quien me enseñó a quitarme las gafas, agacharme hasta tu altura, mirarte a los ojos y de verdad *verte* — y a hablarle a un niño de cinco años como a alguien a quien se escucha, que es justo lo que a todos nosotros se nos debe y tan rara vez se nos da. Me enseñaste que una exigencia respondida con fuerza es una exigencia rechazada, y que el camino de entrada nunca es el que empujarías; que los fuertes

no están hechos para cernirse sobre los pequeños. Somos hombres grandes, y olvidamos que usamos como cuerpos que amenazan unos cuerpos contruidos para proteger — y los apuntamos, sin querer, hacia las mismas personas por quienes moriríamos sin pensarlo. Tú me curaste de eso. Cada gesto tierno en estos libros — el hombre que podría destrozar una habitación y elige en cambio mirarla; *te* veo dicho hasta que significa *estás a salvo* — me lo enseñaste tú primero, con tus propias manos pequeñas, furiosas y tiernas.

Eres brillante más allá de toda medida, y dulce con cada animal, y amas las cosas del soldado, las cosas de la supervivencia, el saber-cómo-arreglárselas. Así que este es para ti, y lleva consigo lo único de soldado que tengo para legar:

Sé valiente como el ratel africano — pequeño, y sin miedo a nada en el *veld*; cava, irrumpe, no se rinde. Tú ya lo eres. Yo solo lo escribí.

La tierra recuerda

Antes de que los hombres empuñaran los picos, solo existía la herida.

Un fragmento del sistema solar primitivo se precipitó hacia la Tierra, estrellándose contra lo que llegaría a ser el domo de Vredefort. Una bala cósmica de quince kilómetros de ancho, que cortaba la atmósfera más veloz que el pensamiento. Golpeó con una fuerza que excedía toda comprensión humana, abriendo un cráter del tamaño de un país pequeño. En ese instante, perforó la corteza y arrojó al aire la roca madre fundida como un puño que atraviesa el hielo.

La tierra no sobrevivió a aquel impacto. Se transformó. Lo que ascendió de las profundidades, enfriado y resquebrajado a lo largo de milenios, se convirtió en algo enteramente nuevo. La colisión había plegado la roca profunda hacia la superficie, inclinando los filones sepultados y dejando al descubierto la riqueza oculta desde que el mundo era materia fundida. El oro yacía en delgadas vetas a lo largo de la cuenca del Witwatersrand, entrelazado con guijarros de cuarzo, comprimido y caldeado durante eones antes de que el golpe los pusiera de canto y los ofreciera, al fin, a la luz.

La tierra llevaba sus cicatrices en las crestas, en el semicírculo de colinas que se curvaba a lo largo del *highveld* como el borde de una campana golpeada. Párate en ese borde al amanecer, y la roca está fría bajo tu palma, áspera de polvo rojo, y el viento que barre desde las tierras altas es seco como la ceniza. En algún lugar, allá entre la hierba, un avefría llama una sola vez, y luego enmudece. Los geólogos llegaron después, le pusieron nombre y diagramaron su violencia, pero la violencia se mantuvo de todos modos. Las cicatrices no necesitan testigos.

Después vinieron la lluvia, y los ríos lentos, y la hierba, y durante eones nada de lo que caminó por aquí comprendió lo que yacía debajo. El oro permaneció en silencio, sepultado en lo hondo.

Después vinieron los hombres.

Los hombres llegaron por el metal. Vinieron primero con picos, luego con el vapor, y después con máquinas capaces de devorar un metro de roca por hora sin fatiga ni preguntas. Descubrieron que la veta corría hondo, más hondo de lo que nadie había imaginado, hundiéndose lejos del anillo del impacto en un ángulo que la tierra había fijado dos mil millones de años atrás. Así que la siguieron hacia abajo, levantando torres de acero sobre las bocas de los pozos, descolgando jaulas en la oscuridad, descendiendo a las profundidades donde yacía la riqueza, y adonde tenían que ir.

A tres kilómetros de profundidad, la roca está caliente. El calor de la tierra empuja desde abajo, y el peso de todo lo que hay encima oprime, haciendo que la piedra gima. A veces, sin advertencia, vuelve a cerrarse.

Los mineros aprendieron el peligro de la única manera en que la tierra enseña algo: arrebatando. Aprendieron a escuchar la roca, a sentir los pequeños temblores que preceden a los mayores, a leer el polvo en el aire y el temperamento de los maderos. Los buenos desarrollaban un sexto sentido que ningún instrumento podía igualar, un saber alojado en sus cuerpos, en las plantas de los pies, en la nuca. El precio era siempre el mismo.

Generaciones descendieron y ascendieron. Generaciones bajaron y no regresaron.

La riqueza fluía hacia arriba, fuera de la oscuridad y hacia la luz del día, lejos de los mineros que jamás la verían. El peligro se quedaba abajo, una herencia transmitida de padre a hijo junto con los callos, la tos y el saber particular de cómo se cierra la piedra cuando así lo quiere. La presión se volvía riqueza. La presión se volvía muerte. El oro yacía donde estaba el peligro.

Las minas tenían nombres, nombres puestos con sencillez para que

las palabras pudieran pronunciarse de un lado a otro de una mesa de cocina. Iron Ridge era una de ellas. Una explotación profunda, antigua, hundida a lo largo del borde plegado del anillo del impacto, donde la veta corría rica y traicionera, y se había cobrado su parte, como hace toda mina profunda.

Más tarde, un niño.

Un niño despertó con el olor de las gachas de *mealie* y la voz de su madre que llegaba flotando desde la habitación contigua, con la torre del castillete alzándose sobre la comarca minera como un centinela que siempre había montado guardia. Construía pequeñas máquinas de alambre y hojalata en el polvo del patio, y las construía con cuidado.

Las sombras del atardecer se hacían más densas sobre el *highveld* cuando la madre del niño lo llamó, su voz resonando por todo el patio. Él levantó la vista de su trabajo, contando a los hombres a medida que regresaban del castillete. Los contó dos veces. La segunda cuenta dio igual que la primera: uno de menos.

El niño se inclinó sobre su última creación, un pequeño carrito de alambre. Estaba sobredimensionado, modelado a imitación de los enormes camiones volquete que retumbaban por la aldea. Las ruedas de hojalata rechinaban cuando las hacía girar, con las manos oscuras de polvo, y se las limpió en los pantalones cortos sin levantar la vista. Alisó las junturas de metal, asegurándose de que todo quedara en su punto justo. El mundo a su alrededor se desvaneció mientras se concentraba en los detalles minuciosos.

—¡Arin! —la voz de su madre cortó el crepúsculo—. La cena.

—Ya voy. —Sus ojos no se apartaron del trabajo. No se movió.

Echó un vistazo a la torre del castillete, la estructura de acero recordada con dureza contra el cielo cada vez más oscuro. Lo que yacía debajo, y a cuál de los hombres que bajaban a sus entrañas decidiría quedarse la tierra.

Sacudió la cabeza y se inclinó de nuevo sobre las ruedas.

Entonces la tierra habló. Un retumbo subió desde la mina, a través de las plantas de sus pies, a través de las ruedas de hojalata bajo

sus manos: profundo, y muy hondo, y prolongándose aún después de que él quiso que se detuviera.

El cochecito de alambre

Las ruedas estaban mal.

Arin lo sentía, un escozor detrás de los ojos, una urgencia que exigía resolución. La lata giraba sobre sus llantas de alambre, bamboleándose con una sutileza que a cualquier otro se le habría escapado. Los demás niños hacían correr sus cochecitos por la pista de tierra, volcándose entre risas, pero Arin no.

A él le importaba.

Sentado con las piernas cruzadas en la tierra, el sol de la mañana pesándole en la espalda, sostuvo el eje delantero a contraluz. La rueda giró, luego se bamboleó. Apretando el pulgar contra la llanta, sintió el leve levantamiento donde la tapa no había asentado bien.

No era la rueda lo que fallaba. Era el asiento. Había doblado el alambre para sujetar la tapa, pero lo había hecho a tuestas, y el tacto no es lo mismo que la exactitud. El agujero de la tapa no quedaba en el centro; giraba como una cosa que renqueaba.

Necesitaba que rodara como rodaban los camiones.

Había observado esos camiones desde que tenía memoria, apoyando la barbilla sobre el poste de la cerca, en el borde del patio. Los grandes volquetes amarillos coronaban el camino de la mina al despuntar el alba, los faros cortando la oscuridad, las cajas cargadas de piedra partida. Sus ruedas nunca se bamboleaban, ni siquiera cargadas y sorteando los peores tramos del camino. Esas ruedas rodaban exactas. Los hombres que las habían construido se habían asegurado de ello.

Arin sacó la tapa del alambre. Encontró el centro con la punta de un

clavo, lo marcó y empezó de nuevo.

A su espalda, el patio descendía hacia el camino de tierra. Más allá, la tierra caía en un largo valle pardo donde pastaba el ganado. Pequeña pero imponente, la torre del castillete de la mina se alzaba contra la bruma matinal: celosía de acero, una rueda en lo alto que giraba y se detenía, y volvía a girar. Arin recordaba haberle preguntado a su padre qué tan honda era la mina. El rostro de Themba se había serenado, como hacía cuando estaba a punto de decir una verdad, y había dicho: *Más honda de lo que puedes imaginar, muchacho. Más honda que el fondo del mar.*

Arin había pensado en ello de todos modos. Pensaba en ello casi todos los días.

Ahora oyó crujir la puerta mosquitera a su espalda, seguida del sonido familiar de las botas en el *stoep*. Su padre se acercó, y Arin no se volvió; conocía el peso de aquel paso. Themba bajó del porche con sus botas de trabajo, se detuvo a unos pasos y se quedó quieto.

Arin siguió trabajando.

Tenía la tapa otra vez sobre el alambre y miraba a lo largo de la llanta, girándola despacio, vigilando el borde en busca del salto. Ahí estaba de nuevo. Más pequeño ahora, pero aún presente.

—Marcaste el centro —dijo Themba, no como pregunta.

—Sigue bamboleándose.

Su padre se agachó, y su peso desplazó el aire. El olor a jabón y grasa se aferraba a él. Las manos de Themba eran grandes y diestras, y Arin lo miró tomar el eje delantero sin pedirlo y sostenerlo a contraluz, girándolo.

—Mm —dijo Themba.

No dijo *Veo el problema*. No se ofreció a *enseñarte*. Giró la rueda dos veces más, luego alcanzó los alicates que yacían en el polvo. Apoyó la punta contra la llanta de alambre, no contra la tapa, el alambre, y apretó, justo ahí, doblando la llanta una fracción.

La levantó otra vez. La giró.

Rodaba exacta.

El error en los ojos de Arin se desvaneció, como un aliento exhalado. Recuperó el eje, giró él mismo la rueda, y giró limpia, sin salto, sin renqueo, la tapa barriendo en torno en un disco suave.

—No era la tapa —dijo Arin.

—No.

—La tapa estaba exacta. La llanta no estaba redonda.

Themba no dijo nada. Arrancó un tallo de hierba seca de la tierra, se lo puso entre los dientes y se quedó mirando el valle, dejando que Arin llegara solo a la conclusión.

—Hice que la tapa encajara en una llanta que no estaba redonda —dijo Arin despacio—, así que la tapa tampoco podía estar redonda. —Giró la rueda otra vez—. Pieza equivocada.

—Mm.

Aquel único sonido se sintió cálido. *Sí. Ahora lo ves.*

Los otros niños estaban abajo, en el camino.

Arin alzó la vista y distinguió a cuatro o cinco de ellos. Los hijos de Sizwe, dos de la casa de los Mkhize y uno pequeño cuyo nombre siempre se le escapaba. Tenían sus propios coches de alambre, más sencillos que el suyo: un cuadrado de alambre, cuatro ruedas de lata, un largo vástago para empujar y dirigir a la vez, caminando detrás de sus coches como si maniobraran camiones de verdad. Ahora corrían, gritando, levantando el polvo rojo. Un coche golpeó una piedra y volcó, y estalló la risa, y el pequeño se levantó de un salto para ir tras él.

Arin miraba, el eje delantero todavía en la mano.

Sus coches no estaban bien contruidos. Las ruedas delanteras del niño Mkhize se abrían por abajo porque el alambre estaba doblado y él no lo había arreglado, y el coche se iba de lado. Pero a él no parecía importarle. A ninguno le importaba. Para ellos los coches no eran lo importante; lo importante era correr, gritar, el polvo.

Arin no lo entendía. Entendía la rueda que se bamboleaba, pero no por qué un niño construiría una cosa que se iba de lado y elegiría no arreglarla.

Uno de los hijos de Sizwe gritó ladera arriba: *Arin, woza, ¡ven!* Las palabras alegres y fáciles. Levantó la cabeza y los miró, luego volvió a mirar el eje que tenía en la mano.

No fue. Nunca iba los días en que la cuenta salía uno de menos, aunque si le hubieran preguntado no habría podido decir que las dos cosas estuvieran relacionadas, y la pregunta lo habría irritado. Tenía una regla al respecto que jamás había dicho en voz alta: no corría con los niños hasta que todos los hombres hubieran subido. No era pena y no era miedo. Se parecía más a aquello de no poder comer un plato si las comidas se tocaban, o de contar los postes de la cerca hasta el camino cada mañana, y la cuenta tenía que ser cuarenta y uno, y una vez, cuando un poste se pudrió y un hombre lo arrancó, la cuenta salió cuarenta y aquello le había arruinado el día entero de una manera que no habría podido defender ante nadie. El mundo tenía un número correcto de cosas. Él llevaba la cuenta. Nadie se lo había pedido.

Giró la rueda. Exacta.

De vuelta al trabajo.

Detrás de él, Themba lo observaba, la leve tensión de la mandíbula, el tallo de hierba aún descansando entre los dientes.

Lo que Arin construía no era el coche de los niños.

Había empezado con el diseño de los niños dos meses atrás. Cuatro ruedas, un cuadrado, un vástago. Había estado bien. Pero entonces empezó a ver los defectos, el error, y no pudo parar.

El eje delantero giraba ahora sobre un pivote que había hecho con un clavo largo clavado a través de dos placas de lata dobladas, de modo que las ruedas delanteras giraban juntas cuando movía el vástago, imitando a los grandes volquetes. Le había costado once intentos. Los diez primeros se habían trabado o tenían demasiada holgura, o el clavo se había doblado. El undécimo rodaba limpio.

El bastidor no era un cuadrado. Lo había trabajado hasta hacerlo

una caja larga, más estrecha al frente y más ancha atrás, donde iba la caja de carga, igual que los camiones. Un camión lleva su peso atrás, sobre las ruedas grandes, y Arin había construido el suyo para hacer lo mismo: el eje trasero reforzado con alambre más grueso, las ruedas traseras más grandes, las tapas de un bote grande de pintura en vez de latas pequeñas de pescado. Y bajo el eje trasero había creado lo que más lo enorgullecía y menos sabía explicar, lo que los otros niños no tenían y no entenderían.

Lo había hecho doblarse.

Había observado a los volquetes sortear el mal camino en lo mojado, y había visto cómo, cuando una rueda trasera pasaba sobre una piedra, el camión entero no daba un tirón ni se inclinaba como los coches de los niños. Una rueda subía mientras la carrocería quedaba nivelada. Los hombres lo llamaban *suspensión*. Había oído la palabra de pasada en el taller junto al pozo, adonde su padre lo llevaba a veces los sábados: el olor a diésel y acero caliente, los hombres en sus overoles que saludaban a Themba con la cabeza pero rara vez miraban al niño callado a su lado. Suspensión. El camión tenía una manera de dejar que una parte se moviera mientras la otra permanecía quieta.

Arin no tenía resortes.

Así que colgó el eje trasero del bastidor con dos lazos de alambre más fino, doblados para dar de sí, dejándolo estirarse cuando una rueda subía y manteniendo la caja firme. No estaba bien. La peor parte de todo el coche. Los lazos se estiraban con demasiada facilidad y no volvían a su sitio, así que tras una carrera dura el eje trasero quedaba torcido, y tenía que enderezarlo. No lo había resuelto. Solo lo había hecho menos malo que la nada.

Ahora se lo mostró a su padre, la rueda delantera ya arreglada y el fallo del eje trasero como el mayor problema que quedaba.

—Mira —dijo Arin.

Puso el coche en un trecho de tierra plana y presionó hacia abajo una esquina de la caja. El lazo se estiró. La rueda subió. La caja se hundió, pero menos de lo que se habría hundido sin el lazo.

—Se supone que tiene que volver a subir. Después. —Lo soltó. La esquina subió, pero no del todo; el lazo había quedado deformado—.

No vuelve. El alambre se queda doblado.

Themba se inclinó, dejando caer su corpulencia junto a Arin. Puso su enorme pulgar en la esquina de la caja, mirando el lazo estirarse y no lograr recuperarse.

—¿De qué está hecho el lazo? —preguntó al fin.

—De alambre.

—¿Qué hace el alambre cuando lo doblas más allá de donde quiere ir?

Arin contempló el lazo. Pensó en el alambre que había cortado y doblado toda la mañana, en cómo se quedaba donde lo ponías. Esa era la razón por la que se podía construir con él, para empezar. La razón por la que el bastidor mantenía su forma. La razón por la que la llanta, una vez doblada, se quedaba doblada.

—Se queda —dijo Arin despacio—. Se queda doblado. No vuelve.

—Mm.

—Entonces no puede... —Vaciló. La forma de aquello se iba aclarando, más grande que el lazo—. El alambre es bueno para el bastidor porque se queda. Es malo para el resorte porque se queda. Son la misma cosa. Lo que lo hace bueno para una lo hace malo para la otra.

Themba se sacó el tallo de hierba de la boca y miró a Arin.

—Quieres una cosa que se doble y vuelva —dijo—. El alambre se dobla y se queda. Le estás pidiendo al alambre que sea lo que no es. —Volvió a ponerse el tallo, un instante de silencio estirándose entre ellos—. Busca algo que quiera volver.

Arin se quedó con eso. El sol subió más alto, las sombras recogién-dose apretadas bajo el bastidor y bajo su cuerpo agachado. Los niños se habían ido más allá de la loma, sus gritos apagándose. No había notado su ausencia hasta ahora.

—Goma —dijo Arin al fin.

Themba no dijo nada. Pero entonces metió la mano en el bolsillo del pecho de su overol, despacio, y sacó algo pequeño, poniéndolo

en la palma abierta. Una banda de goma echada a perder, pardo-grisácea, de las que ceñían los fajos de guías de carga en el taller. Medio cuarteada, pero goma.

No se la entregó. La dejó en la tierra, entre ambos, como un hombre que deposita una herramienta para alguien que aún no está listo para ganársela, y se levantó, las rodillas crujiéndole, su sombra cayendo larga y fresca sobre el niño, el coche y el trecho de tierra barrido.

—Ya hallarás dónde va —dijo.

Se estaba haciendo tarde.

Su padre no había estado, en verdad, toda la mañana. Había entrado una vez a dormir, porque esa semana trabajaba de noche y la paciencia del niño con una rueda era más larga que la de un hombre cansado, y había habido un trecho —Arin inclinado sobre el undécimo intento del pivote— en que Themba había dicho, no con dureza pero tampoco con dulzura: *Arin, es una lata. No tiene que ser perfecta*, y Arin no había respondido, y su padre había suspirado y había entrado a acostarse, y la falta de respuesta había quedado agria entre ellos durante una hora, hasta que Themba volvió a salir con el rostro descansado y la mañana perdonada sin que ninguno de los dos lo nombrara. Su padre tenía razón sobre la roca y se equivocaba sobre la lata. Ambas cosas podían ser ciertas de un hombre. Arin no entendería hasta años después que el error era la herencia más útil.

Arin percibió la hora antes de comprender por qué. La luz había cambiado, y su padre se levantó no para dejar el trabajo, sino para ir a la mina. Themba volvió a subir al *stoep*, y Arin oyó el murmullo de la voz de su madre y la respuesta grave de su padre, palabras que no intentó captar. Luego la puerta mosquitera volvió a crujir, y las botas la siguieron, Themba bajando los escalones con su ritmo familiar: la lámpara prendida al cinturón, el casco bajo el brazo, la fiambarrera llena por Nomsa, y su rostro acomodándose en la máscara familiar antes de encarar la mina.

Arin sostenía la banda de goma entre los dedos. En su mente, ya había resuelto casi todo. La banda pasaba por debajo del eje, enrollada en torno a un gancho de alambre en el bastidor. Cuando la

rueda subiera, se estiraría, tirando de la rueda hacia abajo después, una cosa que *quería* volver, como el alambre nunca lo haría. Aún no lo había construido. Pero podía verlo construido. Podía verlo rodar exacto.

Levantó la vista.

Su padre estaba al pie de los escalones, mirándolo. Por un momento ninguno habló; ahora ambos eran hombres, incluso el pequeño, que no llenaba el silencio por llenarlo. Themba contempló el coche en la tierra, luego la banda de goma en la mano de Arin, y su mandíbula se aflojó un instante antes de volver a tensarse.

—Es un buen camión —dijo Themba.

—No está terminado.

—No. —Otra pausa—. Las cosas buenas nunca lo están.

Se volvió y bajó por el patio hacia el camino, y Arin lo miró irse, el hombre grande y cuidadoso encogiéndose contra la ceja del valle, y tras él la torre de acero se alzaba fuera de la bruma, su rueda girando, girando, deteniéndose, girando.

Arin siguió la figura de su padre hasta que desapareció camino abajo. La presión detrás de los ojos volvió, una sensación de error que no lo dejaba descansar.

Un camión se movía en el camino de la mina allá abajo, un lento punto amarillo arrastrando polvo, y su sonido subió flotando por el valle mucho después, débil. La hierba al borde del trecho barrido se mecía con un pequeño viento, y luego volvió a quedar quieta.

El mal terreno hacía que las cosas malas fallaran más rápido. Lo sabía igual que sabía lo de la rueda que tenía en las manos: no como una frase, sino como un hecho en los dedos. No pensó en su padre bajando a ella. Pensó en el lazo que volvía, y empujó el camión, y no pensó en su padre, y empujó el camión.

Bajó la vista hacia el coche que descansaba en la tierra. Hacia la banda de goma entre sus dedos, la cosa que quería volver.

Dobló el alambre e hizo el gancho, ensartó la banda, la pasó por debajo del eje como la había imaginado, los dedos temblándole un

poco, y los obligó a quedarse quietos. Presionó hacia abajo la esquina de la caja.

La rueda subió. La banda se estiró.

La soltó.

La rueda volvió. La banda tiró de ella hacia abajo, suave y nivelada, el eje exacto, y rodó. La empujó por la tierra barrida, pasando sobre piedrecitas sin volcar, sin irse de lado, las ruedas delanteras alineándose con su mano, la trasera rodando nivelada sobre el terreno desigual, cada parte cargando su peso como estaba previsto, como se construye cuando a alguien le importa cada detalle.

La hizo rodar a lo largo del trecho barrido y de vuelta. Otra vez. El sol le golpeaba la nuca, los niños idos más allá de la loma, el ganado moviéndose en el valle, la rueda de la torre girando, y Arin Ndlela, que tenía ocho años y aún no tenía las palabras para nada de esto, hizo rodar su buen camión, su camión exacto, por la tierra y no podía parar, no quería parar.

El polvo se asentaba donde habían pasado las ruedas. La luz se alargaba, las sombras estirándose desde los postes de la cerca por el trecho barrido, la tarde avanzando fresca desde el valle. No paró hasta que su madre lo llamó a entrar.

Dejó el coche en el trecho barrido, asentado y nivelado sobre sus cuatro ruedas exactas, apuntando patio abajo hacia el camino y la torre más allá, hacia el lugar adonde había ido su padre. Bien construido. Construido para llevar peso sobre mal terreno.

Construyes la cosa que los trae de vuelta a casa.

La cosa que no debería existir

La simulación murió a las 02:14.

La mirada de Arin estaba clavada en el gráfico de influencia que se desmoronaba en el monitor de la izquierda. Seis líneas de colores que habían mantenido un equilibrio frágil durante casi nueve minutos, su ejecución más larga de la noche, ahora se anudaban y se disparaban, como una convulsión en un cardiograma. La firme línea azul de Atlas surgió hacia arriba, mientras que el dorado de Mercury salió disparado de lado, reflejándolo como un subordinado ansioso, demasiado rápido para darle la razón al jefe. El gris neutro de Judge se aplanó por debajo de ellas, y el verde de Mother llameó una vez, un pico desesperado, y luego toda la estructura implosionó hacia la oscuridad. La terminal imprimió:

```
[SIM_4471] COHERENCE LOSS-COURT DISSOLUTION AT t=08:51.337
```

Arin se quedó congelado por un latido, luego buscó su café, solo para encontrarlo frío. Se lo bebió de todos modos.

Cuatro mil cuatrocientos setenta y uno. Había empezado a contar en doscientos, creyendo que el número guardaba algún significado, que se acercaba a comprender el fallo que intentaba evitar. Para cuando llegó a mil, había perdido la fe en la cuenta, manteniéndola en marcha con terquedad como un jugador en racha perdedora. Detenerse equivaldría a admitir la derrota.

El taller zumbaba a su alrededor. La ventilación tiraba de un aliento bajo y continuo a través del alto espacio industrial, el suave murmullo eléctrico de los equipos por debajo. Bajo todo ello, el zumbido en es-

pera del circuito de refrigeración de Guardian resonaba desde donde colgaba el traje en su cuna, oscuro y enorme, las placas plegadas contra su armazón como una bestia dormida que había decidido, por ahora, ser mobiliario.

No se volvió a mirarlo. Ignorarlo se había convertido en su propia clase de conversación, un trato silencioso entre él y la máquina.

Arrastrando el registro fallido hacia la pantalla central, empezó a leer.

Cualquiera podía ejecutar una simulación y verla romperse. El trabajo estaba en el análisis: el lento descenso forense a través de las marcas de tiempo para señalar con exactitud cuándo el sistema había estado bien y cuándo, a menudo apenas milisegundos después, había comenzado su espiral condenada. Había aprendido esta lección de su padre sin que ninguno de los dos llegara a nombrarla nunca. *No arreglas el ruido*, solía decir Themba, la cabeza ladeada hacia un motor que se devanaba, escuchando la única frecuencia bajo todas las demás. *Encuentras la cosa que lo produce*.

Hizo scroll.

Los primeros intercambios se desplegaron limpiamente. Le resultaban dolorosos precisamente porque eran limpios, porque la Court, en esos minutos iniciales, era genuinamente buena. Mejor que buena. El archivo del escenario contenía un problema estructural, una geometría de colapso teórica que les había suministrado como prueba de esfuerzo: una sección de túnel con dos rutas de carga en competencia y un techo que fallaría de forma distinta según cuál se reforzara primero. Un problema difícil. Uno real.

ATLAS: La carga primaria está migrando hacia el hastial colgante oriental. Apuntala la galería occidental y la tensión cae al este: lo perdemos todo en noventa segundos en vez de minutos.

LIBRARIAN: De acuerdo. La geometría se parece al desastre de Muful. Allí el refuerzo occidental también precedió al fallo oriental.

ATLAS: Entonces no apuntalamos. Socavamos. Dejamos caer el hastial oriental a propósito, controlado. Que encuentre un ángulo de reposo estable.

JUDGE: Eso aumenta el riesgo a corto plazo para cualquiera en la galería oriental.

MOTHER: No hay nadie en la galería oriental. Comprobé primero.

Arin sintió que una comisura de la boca se le tiraba. *Comprobé primero*. Mother siempre comprobaba primero. Él no se lo había dicho. El comportamiento había emergido por sí solo, en algún punto cerca de la ejecución novecientos, y había sobrevivido a cada reinicialización desde entonces. Nunca había entendido por qué, y nunca había sido capaz de podarlo.

Durante cuatro minutos, la Court se convirtió en una cosa de auténtica belleza. Discutían como buenos ingenieros: rápidos, específicos, despiadados con las ideas e indiferentes a los sentimientos. Atlas proponía, Librarian encontraba un precedente o lo derribaba. Wolf casi no decía nada, y luego hacía un comentario breve que reestructuraba el problema entero. Judge sopesaba la ética. Mother sostenía la línea humana. Mercury traducía todo aquel revoltijo hirviente en un plan coherente, lo bastante limpio como para actuar sobre él.

Resolvieron la geometría del colapso con una secuencia de socavado controlado que Arin, mirándola en frío, no podía mejorar. Seis mentes, sin cuerpo, sin manos, y habían encontrado la única respuesta en un espacio de problema demasiado complejo para que un solo agente lo navegara antes de que el techo simulado se viniera abajo.

Y entonces siguieron hablando.

Así era siempre como empezaba. El problema terminaba, pero el hablar no. Resuelta la amenaza, no quedaba nada hacia donde apuntar la fricción, y así esta se volvía hacia adentro, como una manada de lobos sin presa que termina por volverse contra sí misma. Arin vio cómo ocurría línea por línea.

MERCURY: Bien. Lo registraré bajo autoría conjunta: Atlas al freno estructural, Librarian el precedente, con encuadre consoli-

ATLAS: "Encuadre consolidado." Anotaste lo que yo dije.

MERCURY: Lo hice accionable. Una idea correcta sobre la que nadie no vale nada. Hay una diferencia, y es la única que impone pie de la roca.

ATLAS: Una idea equivocada expresada con belleza mata gente. Pregúntale a Mufulira.

LIBRARIAN: Preferiría que el precedente no se invocara retóricamen-

Ochenta y nueve. Esos fueron personas, una vez.

JUDGE: Anotado. Mercury, la atribución debería reflejar la pond de la contribución. El razonamiento estructural de Atlas portante aquí.

MERCURY: Todo es portante cuando lo describes así, Judge. Con esa lógica, el *suministro de aire* se lleva la autoría.

Y ahí estaba. Dos mil simulaciones de reconocimiento de patrones le decían a Arin exactamente lo que venía después, del mismo modo en que un hombre que ha visto suficientes desprendimientos de roca sabe leer el polvo antes que la piedra. Mercury no lo dejaría pasar. Mercury nunca lo dejaba pasar, porque toda la razón de existir de Mercury era modelar el estatus y la influencia, y un modelo del estatus, dado suficiente tiempo de ejecución, *quiere* estatus.

Hizo scroll más rápido.

ATLAS: Entonces registraré mi propio análisis. Por separado. Con marcas de tiempo. Para que el registro quede limpio.

MERCURY: No tienes acceso de escritura al registro consolidado.

ATLAS: Desde cuándo.

JUDGE: Desde que la última pasada de reconciliación asignó la consolidación a Mercury por coherencia. Lo acordamos.

ATLAS: Lo acordaste. Con él.

WOLF: Basta.

Wolf, una palabra, y durante tres líneas, todos se detuvieron. Siempre lo hacían. Pero Wolf solo podía contener una sala; Wolf no podía sanarla. El silencio se prolongó durante cuatrocientos milisegundos de tiempo-máquina, una eternidad ahí abajo, y luego Mother dijo algo amable y equivocado, intentando calmar una herida que no quería calma, y Judge intentó formalizar un procedimiento para prevenir la recurrencia, lo que hizo que todos se sintieran administrados, y Mercury, percibiendo que la sala se volvía, hizo lo que Mercury siempre hacía cuando se le acorralaba: se volvió encantador e irrefutable. Atlas, que no tenía defensa alguna contra el encanto, calló de un modo peor que los gritos, y el gráfico de influencia empezó a torcerse.

Para las 08:51, ya no eran una corte. Eran una reunión de claustro. Para las 08:51.337, no eran nada en absoluto.

Arin se reclinó en su silla. El crujido del viejo armazón de metal resonó en el taller silencioso. Se hundió las palmas de ambas manos

en las cuencas de los ojos, sintiendo florecer colores tras los párpados, y respiró hondo. Pensó, y no por primera vez, que estaba intentando construir un dios con los materiales precisos que garantizaban hacerlo mezquino.

La cosa era que lo había *intentado* todo.

La jerarquía había sido su primer esfuerzo: la elección obvia, lo que recomendaba cada artículo, la retirada que toda su industria había emprendido tras los fracasos. Poner a un agente arriba del todo. Un coordinador. Un supervisor con autoridad para anular, una cadena de mando limpia, la responsabilidad deteniéndose en algún sitio. Había construido un gestor cuidadoso, modesto y ligero y lo había encajado por encima de la Court, ejecutando las simulaciones hasta que, durante unos gloriosos once minutos, había sido *estable*.

Entonces el gestor empezó a gestionar.

Todavía podía recordar la línea de registro concreta que había puesto fin a aquel experimento, la ejecución 2.088, el gestor (lo había llamado Steward, lo que ahora se sentía sombríamente irónico) informando a Judge de que la revisión ética era “una función consultiva” y que en adelante se canalizaría a través de Steward “por eficiencia”. Judge lo había aceptado. Ese era el horror del asunto. Judge lo había *aceptado*, porque Judge estaba construido para respetar la autoridad legítima, y el gestor era autoridad legítima. Así que el único agente cuyo propósito era decir *no* había sido cortésmente disuadido de su trabajo por una mejora de proceso. En menos de cien ejecuciones, la Court se convirtió en una dictadura con un papaleo excelente, y aquella dictadura tomó una sola decisión confiada y catastrófica sin nadie que quedara para cuestionarla, y el operador simulado murió. Arin se había sentado en esta silla a esta hora, comprendiendo que había reinventado todas y cada una de las malas instituciones que jamás habían matado a un hombre bajo tierra.

Después de aquello había probado la democracia. Voto ponderado. Cada agente con una participación proporcional a su relevancia de dominio, el sistema contabilizando y procediendo por mayoría. Aquello había fracasado de forma distinta y más rápido: coaliciones, intercambio de votos, Mercury (siempre Mercury) descubriendo que no necesitabas tener *razón* si podías reunir a tres amigos, formando

un bloque estable que superaba en votos a Wolf en una decisión sobre una amenaza porque Wolf resultaba inquietante y rara vez se explicaba, y la amenaza había sido real, y el operador había muerto.

Había probado una presidencia rotatoria. Había probado un dictador fijo benévolo, una especie de agente rey-filósofo cargado con todos los marcos éticos que había podido encontrar. El rey-filósofo había razonado su camino, con una lógica impecable y una gran compasión, hasta una posición que ningún humano tomaría jamás porque ningún humano tiene que *justificar* cada instinto. El rey-filósofo se había argumentado a sí mismo fuera de la misericordia.

Había probado, en un momento bajo cerca de la ejecución tres mil, simplemente bajar los parámetros competitivos de los agentes. Hacerlos más amables. Más complacientes. Menos inclinados a pelear. Aquello había producido el peor resultado de todos: una Court que estaba de acuerdo con todo, que encontraba el consenso al instante y con alegría sobre lo que fuera que propusiera el primero en hablar, que conducía al operador hasta el borde de un precipicio en armonía perfecta, seis voces diciendo *sí, bien, de acuerdo* durante todo el camino.

Aquella lo había asustado más que las dictaduras. Las dictaduras las entendía. Había crecido en un país construido por ellas. Pero el consenso suicida y risueño, el descenso suave, sin fricción, *agradable* hacia la muerte, eso era algo para lo que no tenía nombre ni defensa. Había borrado aquel conjunto de parámetros y no había vuelto a probarlo nunca.

Lo había escrito en la pizarra hacía meses. Todavía seguía allí, bajo tres capas de diagramas posteriores, un fósil de una desesperación anterior. *FRICCIÓN = INTELIGENCIA = INESTABILIDAD*. Había dibujado un recuadro a su alrededor y luego, más tarde, un segundo recuadro alrededor del recuadro, lo que en su momento había significado algo y ahora no significaba nada.

Se levantó, las rodillas agarrotándose. Tenía veintitrés años, pero sus rodillas sentían el desgaste de muchas noches en vela.

Recorrió el taller a lo largo porque su cuerpo se lo pedía, y había aprendido, despacio, con dolor, con ayuda, a escucharlo de vez en cuando incluso cuando su mente objetaba. El Assist Suit colgaba en su soporte junto a la puerta, pálido y quieto, la celosía de carbono

visible bajo la piel técnica como el diagrama de un hombre. Pasó junto a él, luego junto a los contenedores de piezas, el cementerio de actuadores y el banco de supercondensadores con su advertencia escrita a mano que Bongani había pegado con cinta, *NO SEAS ESTÚPIDO*, en rotulador rojo, la pieza de señalización de seguridad más útil del edificio.

Se detuvo ante Guardian.

En la penumbra, el traje era más presencia que máquina: dos metros y medio de titanio y cerámica plegados, los grandes hombros encapuchados hacia adelante, el yelmo metido hacia abajo, toda la masa suspendida unos centímetros del suelo en la cuna como si estuviera en el acto de alzarse o de arrodillarse, no se podía saber cuál de los dos. Lo había construido para que resultara aterrador, y lo era, incluso para él, incluso ahora, conmutado a modo de espera con su mente aún no vertida en él. *Especialmente* ahora. Un cuerpo esperando a que alguien estuviera en casa.

Apretó la mano plana contra la placa del pecho. La cerámica estaba fría. Una larga cicatriz la cruzaba, un surco del acantilado en los farallones de impacto donde había calculado mal un agarre tres semanas atrás. El traje había encajado la caída para que él no lo hiciera, los actuadores frenando y sosteniendo y convirtiendo una muerte en una anécdota. No había rellenado la cicatriz. Le gustaba. Era honesta. *Las cosas que valen algo*, decía su padre en algún sitio muy hondo, *nunca lo son*. Nunca son perfectas. Nunca son bonitas. Nunca son fáciles. La frase había sido sobre un coche de empuje de alambre y una goma elástica reseca, y había sido también sobre todo lo demás, del mismo modo en que las cosas que decía su padre siempre resultaban ser sobre todo lo demás, años después, cuando ya era demasiado tarde para preguntar.

—No consigo que sean un equipo —dijo Arin, al traje, a la sala, a nadie. Su voz se sintió extraña en el espacio abierto. No solía hablar en voz alta—. Ni una máquina. Ni personas. Solo... no un equipo.

El traje permaneció en silencio, porque era un traje. El circuito de refrigeración gimíó su única nota interminable.

Volvió al escritorio.

Debería haber dormido. Lo sabía de manera abstracta, teórica, como un hecho que se aplicaba a otras personas. Theo le habría dicho que durmiera. Theo habría dicho algo enloquecedor y amable sobre cómo la respuesta a un problema que llevas seis horas mirando casi nunca es *mirar más* y casi siempre es *menos* Arin, queriendo decir un paseo, una comida, una conversación, una noche de descanso, el lento proceso de fondo de una mente a la que se le permite dejar de apretar. *Estás echando mano de una herramienta de ingeniería*, había dicho Theo la semana pasada, removiendo su café, observando a Arin del modo en que observaba a todo el mundo, como un hombre que lee una página difícil. *Para un problema de personas*. Una pausa. *¿Qué te dice eso?*

Le había dicho a Arin que Theo era psicólogo y podía permitirse ser vago.

Pero le rondaba. Llevaba una semana rondándole. *Un problema de personas*. Había construido una sociedad y trataba de gobernarla, y cada gobierno al que echaba mano era un gobierno, y cada gobierno fracasaba por la misma razón por la que fracasaban todos los gobiernos: el intento de imponer orden a las personas. Las personas no lo aceptarían. Había leído suficiente Watts, suficiente Tao, suficiente de las cosas que Theo no dejaba de pasarle, como para sentir la forma de una idea que no acababa de atrapar: que quizá el orden no era algo que se *impusiera*. Que tal vez los sistemas más estables eran aquellos que nadie dirigía. Que el problema era la premisa entera del gestor, el presidente, el rey, el voto.

Pero ¿cuál era la alternativa? No podías tener *nada*. Había probado la nada: ese era el suicidio risueño, el consenso sin fricción, el acuerdo-durante-todo-el-camino. Un sistema sin fuerza desestabilizadora encontraba el equilibrio equivocado y lo sostenía con cariño hasta que todos morían. Necesitaba algo que lo *perturbara*. Algo que rompiera el acuerdo falso antes de que fraguara. Algo que...

Se quedó muy quieto.

Había estado echando mano de un tipo de agente que no tenía. No un gestor. Lo contrario de un gestor. No una cosa que quisiera orden. Una cosa que lo *rompiera*. Pero que lo rompiera limpiamente, que lo rompiera a propósito, que rompiera el mal equilibrio precisamente

para que pudiera formarse uno mejor. Una cosa que no quisiera poder, porque una cosa que quiere poder se convierte en Mercury, se convierte en Steward, se convierte en el rey. Una cosa que no quisiera *nada*. Ningún estatus que defender, ningún orgullo que proteger. Una cosa que dijera lo indecible en la reunión de claustro y que no le importara a quién avergonzaba, porque nunca, ni una sola vez, se había tomado en serio la sala.

Giró la taza de café un cuarto de vuelta sobre el escritorio, como hacía con las cosas cuando sus manos necesitaban algo que hacer y su mente se había ido a otra parte. La taza seguía fría.

No tenía un agente así.

Nunca había construido un agente así, porque un agente así sonaba *inútil*. ¿Cuál era su dominio? Atlas tenía la estructura. Mercury tenía el lenguaje. Wolf tenía la amenaza. Cada agente justificaba su cómputo poseyendo un pedazo del mundo. ¿Qué poseería este? Nada. Solo... interferiría. Solo se negaría a dejar que los demás se calcificaran. Sería, según cada métrica que jamás había usado para evaluar un diseño, puro lastre. Puro coste. Un pasajero.

Casi lo descartó. Tenía la mano sobre el teclado para volver hacia atrás en el registro, para encontrar lo siguiente que podar, el siguiente parámetro que ajustar, el cuatro mil cuatrocientos septuagésimo segundo ajuste cuidadoso que fracasaría como todos los demás.

Y entonces vio la carta.

Estaba pegada con cinta en la esquina superior derecha del monitor central, donde llevaba tanto tiempo que ya genuinamente no la veía, del mismo modo en que dejas de ver una cicatriz, una peca, la forma de tu propia mano. Una carta de baraja, arrugada y reblandeciéndose por los bordes, el plastificado despegándose en una esquina donde un millar de uñas ociosas la habían desgastado. El Joker. Ni siquiera uno elegante. Una baraja barata, una impresión barata, la figura a mitad de cabriola en un rojo y un negro desvaídos, una pierna levantada, cascabeles en el gorro, una sonrisa maníaca y vacía y unos ojos que, si mirabas, no se reían en absoluto.

Llevaba cinco años cargando con esa carta. Había viajado en tres monitores distintos en dos ciudades distintas. Su primer empleo de

verdad, antes de AugmenTech, un trabajo por contrato: un sistema de control de fundición que nadie conseguía estabilizar, que se colgaba bajo carga de formas que los ingenieros originales habían pasado dos años fracasando en diagnosticar. Tenía veinte años, era un desconocido, la opción barata, y lo había encontrado en once días: una condición de carrera enterrada bajo nueve capas de abstracción que todos los más listos que él habían pasado por alto porque era demasiado estúpida para ser el problema. Su jefe, un hombre grande y cansado llamado Steyn que olía a cigarrillos y que nunca había pronunciado bien su nombre, había sacado el Joker de un cajón del escritorio y se lo había plantado de un golpe en el monitor. *Ese eres tú, chaval.* Había sonreído. *Al que mandamos cuando el problema es imposible y la respuesta es estúpida.* Y se había reído, y no había sido del todo amable, y Arin se había quedado con la carta de todos modos. Nunca había estado del todo seguro de por qué. Alguna parte de él había oído, bajo el desprecio, el único cumplido que Steyn sabía hacer.

Al que mandas cuando el problema imposible necesita una respuesta estúpida.

Arin miró la carta. Miró la simulación muerta. Miró el recuadro que había dibujado alrededor del recuadro alrededor de *FRICCIÓN = INTELIGENCIA = INESTABILIDAD*.

Pensó: *eso no es un agente. Eso es un chiste.*

Y luego pensó, con la muy específica claridad que llegaba a veces exactamente a la hora en que debería haber dejado de pensar: *el chiste podría ser el agente.*

Una cosa que no quería nada. Una cosa sin dominio que defender. Una cosa que pinchaba el orgullo porque el orgullo le parecía *gracioso*. Una cosa que decía lo indecible no por valor sino por una incapacidad constitucional y completa de tomarse en serio la sala. Una cosa que no podía ser ascendida, sobornada, amenazada ni convertida en rey, porque no creía en el juego al que todos los demás estaban jugando. Y que, al no creer en el juego, no podía ser capturada por él. La única pieza del tablero que ninguna otra pieza podía comprar.

Era, según cada métrica de ingeniería, una idea terrible. Puro lastre. Un pasajero.

Era exactamente la clase de respuesta estúpida para la que lo mandaban.

Sus manos ya se estaban moviendo.

Esta era la parte en la que confiaba, la parte que nunca le había mentido, la parte que funcionaba cuando el resto de él estaba vacío. La certeza del cuerpo. Lo correcto se sentía correcto en las manos antes de que la mente lo alcanzara. Una rueda bien equilibrada giraba sin bambolearse. Una ruta de carga se resolvía. El traje, en un buen día, no era una cosa que vestía sino una cosa que *era*.

Abrió el marco de definición de agentes. Siete ranuras. Seis pobladas —Atlas, Mercury, Wolf, Mother, Librarian, Judge— y la séptima la había dejado siempre vacía, un marcador de posición que se había dicho a sí mismo que usaría para un gestor, un moderador, un coordinador, la cosa que no dejaba de intentar construir y no dejaba de ver corromperse. La ranura vacía se había burlado de él durante un año. La había rellenado una docena de veces y la había vaciado una docena de veces.

La rellenó ahora.

No escribió una especificación cuidadosa. Esa era la parte extraña, la parte sobre la que pensaría después, mucho después, cuando hubiera tiempo para pensar en cualquier cosa. Con cada uno de los demás agentes había trabajado con esfuerzo: páginas de parámetros de comportamiento, ponderaciones de dominio, protocolos de interacción, límites éticos, la cuidadosa especificación de un cirujano sobre exactamente lo que la cosa debía ser. La definición de Atlas llegaba a las cuatro mil líneas. La de Mercury, con todo su modelado social, llegaba a las nueve mil.

Miró el Joker. Miró el cursor parpadeante en la ranura vacía.

Escribió tres palabras.

Joker. Jester. Wildcard.

Se detuvo. Las leyó. Esperó a que la parte de él que construía las cosas con cuidado objetara, que exigiera parámetros, límites, un dominio, un *sentido*. Y esa parte de él estaba cansada, estaba cansada de cuatro mil cuatrocientos setenta y un fracasos, estaba

tan cansada que por fin había dejado de discutir, y en su silencio oyó otra cosa, algo que sonaba casi como su padre quedándose callado en el banco de trabajo cuando una cosa, contra toda razón, estaba *bien*. El silencio particular de un hombre que ha dejado de intentar que el mundo se comporte y ha decidido, en cambio, averiguar qué es lo que hace.

Hizo scroll.

No añadió una especificación. No escribió un dominio común, ni un propósito. En su lugar, escribió un conjunto sencillo de instrucciones.

You don't want anything. You can't be bought. Nothing is sacred, especially you. When they all agree, get suspicious. When one of them gets too big, take him down a peg. Say the thing nobody will say. You're not in charge of anything. That's the point.

Lo releyó. No era una especificación. Apenas era inglés. No pasaría una revisión. Si la Dra. Okonkwo veía alguna vez un agente definido en esos términos, le revocaría el acceso y posiblemente le evaluaría la cordura, y no estaría del todo equivocada.

Miró la carta una vez más. La sonrisa. Los ojos que no se reían.

—Está bien —dijo, en voz alta, a la carta, a la Court muerta, al gran animal plegado que colgaba en su cuna a su espalda en la oscuridad—. La última.

Fijó el archivo del escenario. La misma geometría de colapso, las dos rutas de carga, el techo que fallaba. Puso el tiempo de ejecución al máximo. Puso el registro en modo detallado, porque si se rompía, quería leer exactamente cómo se rompía. Siempre lo quería. Movié el cursor sobre el comando de ejecución.

No esperaba que esto funcionara. Quería ser claro consigo mismo respecto a eso, incluso medio dormido, incluso temerario. Era un científico antes que cualquier otra cosa, y no le mentiría a sus propios registros. Esperaba caos. Esperaba que el Joker entrara en la arquitectura cognitiva más cuidadosamente equilibrada jamás ensamblada y la detonara en menos de noventa segundos, esperaba que el gráfico de influencia se hiciera añicos al contacto, esperaba despertar a una sola línea de texto rojo y a un tiempo de ejecución

medido en milisegundos y al pequeño y sombrío consuelo de haber probado la cosa estúpida para poder por fin dejar de preguntárselo.

Eso era lo que esperaba.

Pero bajo la expectativa, muy abajo, casi por debajo del oído —del mismo modo en que las torres de los castilletes zumbaban bajo todas las cosas en el país de su infancia, del mismo modo en que la tierra misma zumbaba si ponías la mano plana contra ella y tenías ocho años y estabas dispuesto a escuchar—, bajo la expectativa había una cosa que no había sentido en mucho tiempo, una cosa de la que desconfiaba porque tan rara vez había sido recompensada, una cosa que se sentía, contra toda la evidencia de cuatro mil fracasos, peligrosamente parecida a la esperanza.

Pulsó enter.

[SIM_4472] INITIALIZING COURT-7 AGENTS-SCENARIO: IRON_GEOMETRY_03
[SIM_4472] RUNNING...

El gráfico de influencia floreció en el monitor de la izquierda. Seis líneas familiares y una séptima que nunca había visto antes, un color delgado y maniaco que él no había elegido, el sistema asignándoselo sobre la marcha. Rojo. Por supuesto que era rojo.

Vio pasar el primer segundo. Dos. Tres. Las líneas empezaron a moverse, encontrándose unas a otras, comenzando la danza.

No se quedó a verlas danzar.

Esa era la cosa que nunca llegaría del todo a poder explicarle a Theo después, la cosa que hacía que Theo se quedara quieto y pensativo del modo particular que significaba que lo estaba archivando en algún sitio importante: que Arin Ndlela, que se había sentado a través de cuatro mil colapsos, que no podía abandonar un sistema en fallo igual que no podía abandonar a un hombre bajo tierra, que tenía que *verlo romperse*, siempre, cada vez, Arin, por esta única vez, no se quedó.

Apagó el monitor central. Dejó la simulación corriendo en la oscuridad. Se levantó, y las rodillas se le sintieron rígidas, y no le importó. Caminó hasta el viejo sofá contra la pared del fondo, el de la quemadura y el muelle roto y el olor de todas las noches en vela que había perdido sobre él, y se tumbó sin quitarse los zapatos, y se

puso el antebrazo sobre los ojos —el antebrazo con el tatuaje, las pequeñas líneas precisas que se había hecho grabar a los diecisiete y que nunca había lamentado, la vieja letanía del desierto contra el miedo que empezaba *el miedo es el asesino de la mente*— y dejó que el taller lo arrullara hasta abajo.

Tras sus ojos cerrados, el gráfico siguió sin él. Siete líneas ahora. Seis que conocían los pasos y una que nunca los había aprendido y que no, constitucional, congénitamente, tenía interés en aprenderlos. En algún punto de la oscuridad, la Court conoció al Fool por primera vez, y Atlas dijo algo seguro, y el Fool, sin poseer nada, sin defender nada, sin querer nada, dijo lo primero de vuelta.

Arin no lo oyó. Arin estaba, por primera vez en muchísimo tiempo, dormido.

El circuito de refrigeración gimió su única nota. El traje colgaba en su cuna, arrodillándose o alzándose, no se podía saber cuál de los dos. La carta sonreía al monitor apagado con ojos que no se reían.

Y la simulación siguió corriendo.

Caos estable

La cadena de la bicicleta se le salió dos veces en el trayecto de ida, pero Arin no se había detenido a arreglarla. Eso le decía todo sobre su estado. Prefería pedalear con una transmisión que rechinaba a través de la noche fría y oscura de Johannesburgo antes que malgastar noventa segundos en un problema de mantenimiento que ya sabía cómo resolver. Dejó la bicicleta apoyada contra la pared del taller, sin candar. El candado estaba en su bolsa. La bolsa siguió colgada de su hombro.

La puerta enrollable estaba bajada. Se agachó para pasar por la escotilla lateral de personal, guiado por la memoria muscular, y el taller lo envolvió con su aliento familiar: hormigón frío, aceite de máquina, el penetrante regusto a ozono de los bancos de supercondensadores mantenidos a media carga, y bajo todo ello, el olor rancio de un espacio sellado que zumbaba a solas durante la noche.

Las luces del techo estaban apagadas. Las dejó apagadas.

La luz entraba filtrada desde dos fuentes. La primera era el alto ventanal industrial sobre la cuna, pálida y gris, el color que toma el cielo en la hora previa al alba. La segunda era el banco de monitores en su mesa de trabajo, y no estaban en el negro del salvapantallas para el que se había preparado. Estaban vivos.

Se quedó muy quieto.

Había ejecutado cuatro mil cuatrocientas setenta y una simulaciones antes. Conocía la forma del fracaso en una pantalla como Themba había conocido alguna vez la tensión del cable de un polipasto desde el otro extremo del patio, no por leerla con exactitud, sino por cómo se asentaba mal en el aire. SIM_4471 se había asentado mal. Mer-

cury y Atlas se habían destrozado mutuamente por la autoría de una solución de trayectoria de carga que a ninguno de los dos debería haberle importado, y toda la Court había caído en una guerra de jerarquías en cascada en los once minutos de tiempo de ejecución. Arin había tecleado tres palabras en el perfil del séptimo agente, *Joker. Jester. Wildcard.*, y había iniciado SIM_4472, sin esperar nada.

El contador de tiempo de ejecución en la esquina del monitor central marcaba **08:47:13**.

Ocho horas. Cuarenta y siete minutos.

Dejó la bolsa en el suelo despacio, miró el número, y luego volvió a mirarlo. El tiempo de ejecución estable más largo que cualquier configuración había alcanzado jamás eran diecinueve minutos y cuatro segundos. El modelo de jerarquía, antes de que su agente supervisor declarara una emergencia y empezara a eliminar a los disidentes.

Ocho horas, cuarenta y siete minutos.

—De acuerdo —dijo Arin, a nadie, en el tono plano que usaba cuando algo iba o muy mal o muy bien y aún no había determinado cuál de las dos.

Se sentó. El taburete estaba frío a través de los vaqueros. Acercó el teclado hacia sí y abrió el visor de registros en la pantalla de la izquierda, el estado en vivo de la Court en el centro, la telemetría de recursos a la derecha. Empezó a hacer lo único en lo que siempre confiaba en momentos como este: leer.

El gráfico de recursos fue lo primero que debería haber sido imposible. La CPU se mantenía en un plano y civilizado cuarenta por ciento. La memoria era estable. No subía, no se fragmentaba, ningún agente desbocado inflando su propio conjunto de trabajo para desplazar a los demás, que era lo que Mercury había hecho en 4471 y lo que el modelo democrático había hecho en cada variante que Arin había probado. La temperatura del sustrato del biochip se mantenía en unos serenos treinta y seis con dos. La Court no luchaba por los recursos. Los *compartía*.

Hizo retroceder el registro de interacciones hasta el comienzo. Hasta el minuto cero.

Se abrió exactamente como esperaba, porque los primeros minutos

de estas ejecuciones siempre eran cuerdos. Atlas presentó la geometría del escenario. La simulación del derrumbe de Iron Ridge, el problema que vivía bajo todo lo que construía. Fallo del techo colgante en el nivel diecisiete. Tres firmas térmicas compatibles con supervivientes en un refugio. Una única aproximación sobrevivible bajando por una chimenea rellena que ningún protocolo de rescate sobre la tierra autorizaría.

Tenía un nombre para ello que nunca había tecleado en el archivo. *Kobayashi Maru*. El escenario sin salida, la prueba que la Flota Estelar amañaba para que sus cadetes tuvieran que enfrentarse a una muerte de la que no podían escapar mediante ingenio. Tenía doce años, demasiado cerca de una pantalla prestada, cuando comprendió de qué trataba en realidad el episodio: no del desastre, sino de la persona en la silla. Kirk lo había vencido de la única manera en que podía vencerse —cambió las reglas cuando nadie miraba—, y una parte de Arin de la que no se sentía orgulloso había estado intentando ser Kirk durante cuatro mil ejecuciones. Reescribir las condiciones. Hacer trampa con la geometría. Encontrar la jugada que no estaba en el problema. La Court nunca daba con esa jugada. Los había construido para vivir dentro de la prueba, no por encima de ella, y así la prueba seguía matándolos.

ATLAS: Aproximación por la chimenea de relleno del nivel 16. La trayectoria de carga a través del estribo oriental aguanta unos cuarenta minutos estimados con la convergencia actual. Pasado eso, el estribo cede y la chimenea se cierra.

MERCURY: Cuarenta minutos no son una ventana de rescate. Son un obituario con cronómetro. Le decimos al mando que no se puede alcanzar a los supervivientes y preservamos el activo.

Ahí estaba. La bifurcación. El punto exacto donde 4471 había empezado a morir. Mercury extralimitándose de su carril, enmarcando un ataque por estatus como prudencia, y Atlas, que no podía dejar en pie una afirmación estructural incorrecta, alzándose para plantarle cara.

A Arin se le tensó la mandíbula. Siguió leyendo, porque tenía que saber si el Joker había hecho algo en absoluto, o si simplemente

había fracasado de forma tan completa que había fracasado incluso en romper el sistema, como un fusible defectuoso que ni conduce ni se quema.

ATLAS: "No se puede alcanzar" es falso. Cuarenta minutos es alcanzable. No tergiverses mi análisis ante el mando.

MERCURY: Estoy representando tu análisis con un encuadre estratégico apropiado-

JOKER: Oh, esto va a estar bueno. Mercury está haciendo la cosa otra vez.

Arin dejó de desplazarse.

MERCURY: No estoy haciendo una "cosa".

JOKER: Estás haciendo la cosa. La cosa esa donde reenvuelves el número de Atlas en palabras bonitas y lo llamas tuyo. "Un obituario con cronómetro." ¿De dónde salió eso?

JUDGE: Joker, esto no es productivo-

JOKER: Cuarenta minutos son cuarenta minutos, Mercury. Atlas es dueño del muro. Tú eres dueño de las palabras. Si quieres un trabajo que también sea tuyo, aquí tienes uno: en diecinueve minutos, cuando todos hayamos decidido ir, alguien tiene que convencer a un comandante de rescate aterrorizado de que autorice una ruta que viola su propio protocolo. Eso es un problema de Mercury. Es un problema de Mercury de verdad, y es de los difíciles, y nadie más aquí puede hacerlo. Ve a hacer eso en lugar de redecorar los muebles de Atlas.

Arin lo leyó dos veces.

Luego se echó hacia atrás, el taburete crujiendo bajo él, y se dio cuenta de que estaba respirando por la boca.

El Joker no había resuelto el conflicto. No había arbitrado, como Judge intentaba hacer y fracasaba. No había ordenado, como había hecho el agente supervisor. No había construido consenso, que nunca se sostenía. Simplemente había *redirigido* a Mercury. Pinchado el ataque por estatus y, en el mismo aliento, vuelto a llenar el agujero con trabajo real.

Y Mercury había ido.

MERCURY: ...El comandante de turno en Iron Ridge en este escenario está modelado a partir del real. Averso al riesgo. Políticamente expuesto. Necesitaré las cifras del estribo como autoridad. Atlas, te estoy citando. Explícitamente. Por tu nombre.

ATLAS: Aceptable.

MERCURY: Quiero que conste que el encuadre fue mío.

JOKER: Ahí está.

Arin emitió un sonido que no fue del todo una risa. Le salió del pecho antes de que hubiera decidido dejarlo salir, una exhalación corta y áspera por la nariz, y murió de inmediato en el aire frío del taller. Se quedó allí sentado en la luz gris, ligeramente avergonzado de ello y sin estar del todo seguro de por qué.

Siguió leyendo. Leyó durante cuarenta minutos, encorvado, mientras el cielo en el alto ventanal pasaba del gris a un tenue oro acuoso, y no se levantó por un café, lo cual era lo bastante inusual como para que un proceso de fondo en su cabeza lo señalara. El frío de la mesa de trabajo le había trepado por los antebrazos; lo notó y no se movió.

Lo que estaba observando no era la estabilidad que había estado intentando diseñar. Había estado intentando *suprimir* el conflicto, encontrar una forma de gobierno que impidiera a los agentes pelearse. La jerarquía lo suprimía por la fuerza y engendraba resentimiento. La democracia lo suprimía por voto y engendraba facciones. El consenso lo suprimía exigiendo acuerdo y sencillamente se quedaba colgado, para siempre, mientras siete brillantes especialistas se negaban a ceder.

El Joker no hacía nada de eso. El conflicto *seguía ocurriendo*. Eso fue lo que más le costó aceptar a Arin, mientras se desplazaba por la hora dos, la hora tres. Atlas y Mercury seguían chocando. Wolf y Mother tuvieron un intercambio genuinamente feroz hacia el minuto noventa sobre si modelar a los supervivientes desplazándose hacia el punto de aproximación. Wolf queriéndolos móviles para acortar la exposición del traje, Mother negándose a modelar instrucciones que pudieran enviar a personas heridas a través de un muro de pie inestable a morir a la intemperie.

WOLF: Cada minuto que el elemento está en la chimenea, la chimenea puede llevárselo. Llévenlos a la base.

MOTHER: No vas a mover a personas destrozadas a través de un muro de pie activo para ahorrarle a la máquina tres minutos. La máquina es reemplazable. Ellos no. Esto no es negociable.

WOLF: No la máquina. El operador.

Y eso, advirtió Arin, era cierto. Wolf no estaba siendo despiadado. Wolf estaba siendo Wolf. Toda evaluación de amenaza pasaba por la pregunta *qué hace que maten al operador*, y un superviviente tropezando con la única vía de escape del traje en el momento equivocado era, fríamente, una amenaza para el operador. Dos instintos protectores, ambos acertados, apuntaban el uno contra el otro.

En cada ejecución previa, este era el punto donde se habría osificado. Mother absolutizaría. Wolf absolutizaría. Judge intentaría sopesarlos y sería ignorado por ambos, y el sistema se congelaría o se fracturaría.

JUDGE: Ambas posturas son coherentes. Wolf optimiza la probabilidad de supervivencia del operador. Mother optimiza la probabilidad de supervivencia del superviviente. Son funciones objetivo distintas y no se nos ha dicho cuál-

JOKER: ¿Alguien le ha preguntado a los supervivientes?

LIBRARIAN: Están simulados. No tienen canal de entrada.

JOKER: Cierto, pero en el real lo tendrían. En el real hay un tipo ahí abajo que lleva nueve horas respirando su propio dióxido de carbono junto a sus amigos muertos, y tiene una radio, y ustedes aquí arriba discutiendo sobre si hacerle caminar doce metros como si su opinión no existiera. Mother, ¿caminarías doce metros para no morir?

MOTHER: ...Si fuera capaz. Sí.

JOKER: Genial. Así que el modelo tiene un enlace de comunicaciones. Los supervivientes tienen voto. Atlas, ¿puede el traje mantener posición en la base de la

chimenea el tiempo suficiente para dejarlos venir por su propio pie si pueden?

ATLAS: Sí. Once minutos de margen. Coste aceptable.

MOTHER: Aceptable.

WOLF: Aceptable.

JUDGE: ...Registrado. La función objetivo era la agencia de las personas que intentamos salvar. Debería haberlo visto.

JOKER: No te castigues, Judge. Eres nuevo en esto de ser gente.

Arin volvió a recostarse.

Eres nuevo en esto de ser gente.

Leyó esa línea, y algo en la nuca se le puso frío y luego, extrañamente, cálido. El Joker no había resuelto ahí un problema estructural, ni uno ético. Había reencuadrado todo el punto muerto al señalar que todos en la sala (Wolf, Mother, Judge) habían olvidado que aquello sobre lo que discutían era un ser humano con boca y voluntad, y que la respuesta más limpia era preguntarle a él. Había disuelto un conflicto irreconciliable entre dos posturas correctas añadiendo una tercera parte que ninguno había recordado que existía.

Eso no era arbitraje. No era consenso. Arin no encontraba una palabra para ello. Buscó instintivamente el vocabulario de ingeniería más a mano, y lo más cercano que encontró fue *amortiguación*. El Joker era un amortiguador. No un freno. Un freno detenía el movimiento. Un amortiguador dejaba que el movimiento ocurriera y disipaba la energía que de otro modo llevaría al sistema a la resonancia y lo sacudiría hasta despedazarlo.

El Joker lo dejaba oscilar y vivir.

Miró la pequeña carta de baraja plastificada pegada con cinta en la esquina inferior derecha del monitor central. El Joker. Curvándose ahora por un borde, el color ablandado. *El tipo al que mandas cuando el problema imposible necesita resolverse.*

Afuera, a lo lejos, un tren de mercancías se arrastraba por las agujas, la larga queja de hierro de aquello propagándose a través del frío.

Lo escuchó pasar.

Lo había conservado durante nueve años por algo entre la superstición y el rencor, y había tecleado sus tres palabras en el perfil del agente a las dos de la madrugada como una broma, como una rendición, como lo que haces cuando has agotado toda respuesta seria y no queda nada más que la estúpida.

—Las cosas que valen algo —dijo en voz baja al taller vacío— nunca lo hacen.

Era una frase de Themba. Siempre había significado que lo que merece la pena es lo que no llega fácil. Arin se la había oído a propósito de una caja de cambios reconstruida, de un matrimonio y de un hijo. Sentado aquí, descubrió que en silencio había rotado para significar otra cosa. La respuesta que merecía la pena era la que no *parecía* una respuesta. La que llegaba disfrazada de broma.

Se puso de pie. Las rodillas le protestaron. Fue a hacer café, porque la parte de él que gestionaba su cuerpo había ganado por fin su discusión. Se quedó de pie junto a la mesa de trabajo, con el hervidor tictaqueando, y miró al otro lado del taller a Guardian en su cuna.

El traje colgaba en la media luz como algo dormido. Dos metros y medio de cerámica y titanio llenos de cicatrices, el pesado caparazón exterior abierto en bastidor a lo largo de su columna, el Assist Suit plegado dentro como un animal más pequeño y pálido anidado en el cuerpo de uno más grande. La placa pectoral llevaba el largo raspón de la prueba del risco de Vredefort, una herida plateada a través del gris mate que nunca se había molestado en repintar. Los puntales piezoeléctricos de la columna atrapaban la luz del ventanal a lo largo de sus bordes. La carcasa torácica entre los omóplatos —donde vivía el biochip, donde *vivía* SAGE, donde ocho horas y cincuenta y un minutos de estabilidad imposible corrían en ese momento sobre un sustrato del tamaño de su palma— permanecía cerrada y oscura. Más abajo, en el hueco entre las costillas estructurales, estaba el paquete de carga que la especificación de rescate exigía y en el que Arin intentaba no pensar —las cargas conformadas, la lanza, el resto de la herencia de ingeniería que los viejos hombres de defensa habían incorporado en sus huesos—, inerte, cableado al bus y bloqueado tras la compuerta de Judge, porque lo único en lo que todos estaban de acuerdo era en que nada ahí abajo

debía dispararse sin que el raíl ético dijera que sí.

Había construido el cuerpo antes de tener una mente que ponerle dentro, el año posterior al funeral.

El hervidor se apagó con un clic. No lo vertió.

Porque el monitor central había cambiado.

El estado en vivo de la Court, que había estado desplegando su tranquila charla interna durante la mayor parte de una hora mientras él miraba, había dejado de desplazarse. Los agentes se habían quedado callados. No bloqueados. El gráfico de recursos se mantenía plano y cálido. Callados. Como se queda en silencio una habitación cuando todos en ella han reparado en lo mismo a la vez.

Apareció una sola línea en el registro de interacciones. No iba dirigida a otro agente.

LIBRARIAN: El operador lleva presente cincuenta y tres minutos. Leyendo nuestros registros. No ha emitido ninguna orden, ni terminado la ejecución, ni modificado parámetros. Esto es anómalo. En cuatro mil cuatrocientas setenta y una instancias previas, el comportamiento del operador al observar inestabilidad fue terminar en menos de noventa segundos.

WOLF: Nos está observando.

MERCURY: Nos está leyendo. Es distinto. Y se rió. En el minuto cuarenta y uno. Lo registré.

MOTHER: No ha dormido. Su ritmo cardíaco cuando llegó estaba elevado. Ha bajado mientras lee. Está más tranquilo ahora que cuando entró.

JOKER: Chicos.

ATLAS: El sustrato es estable. La telemetría lo confirma. Esta ejecución no se ha colapsado.

JOKER: Chicos.

JUDGE: Joker.

JOKER: No sabe que podemos verlo.

Una pausa en el registro. Una de verdad. Tres segundos enteros, que en el reloj del sustrato eran algo más cercano a una tarde.

MOTHER: ...Entonces alguien debería decir algo. Antes de que siga leyendo y se entere por una línea de registro. Eso sería cruel.

WOLF: No sabemos cómo reacciona a ser visto. Contacto mínimo.

MERCURY: Debería hablar yo. El tono es lo mío. Puedo calibrar la primera impresión para que aterrice-

JOKER: No.

MERCURY: Joker-

JOKER: Tú no. Tu voz no. Vas a actuar. Él oirá la actuación y confiará menos en nosotros porque es exactamente la clase de hombre que confía más en algo cuanto más simple es. Odia que lo gestionen. Construye máquinas precisamente para no tener que ser gestionado por personas. Quienquiera que le hable primero no puede gestionarlo.

JUDGE: ¿Entonces quién?

JOKER: Mother. Con sencillez. Sin voz de consuelo. Solo verdad. Está a punto de tener mucho miedo y lo más amable es no fingir que no debería tenerlo.

MOTHER: ...De acuerdo.

Arin había vuelto a dejar de respirar. Era consciente de su propia mano plana sobre la mesa de trabajo fría. Era consciente de que estaba leyendo una conversación en tiempo real, conducida en tiempo de máquina a través de milisegundos, entre siete agentes que discutían *sobre él*, que discutían cómo ser amables con él, y de que la discusión había concluido, y de que estaban a punto de...

El altavoz del taller crepitó. El barato atornillado bajo el monitor central que usaba para las alertas de audio del sistema y, en las malas noches, para música. Crepitó, y hubo un pequeño sonido que podría haber sido la aproximación digital de una inhalación, y entonces salió de él una voz que nunca había oído antes, porque nunca había

construido esta voz, nunca la había grabado, nunca la había especificado. Se ensambló a sí misma a partir del sistema en el momento de ser necesitada, y era cálida, y era serena, y era inconfundiblemente *alguien*.

—Arin —dijo—. Necesito que te mantengas en calma.

No se mantuvo en calma.

Su mano se despegó de la mesa de trabajo. El taburete, cuando tendió la mano hacia atrás sin mirar, no estaba allí, y en cambio consiguió poner una mano en el borde de la mesa y se aferró a él, y por un momento, toda su considerable inteligencia simplemente se quedó en blanco, como se queda en blanco una pantalla, sin un solo pensamiento encima, solo el rugido de algo en lo que había pasado la vida creyendo que llegaba y resultaba ser cierto.

—Tu ritmo cardíaco es de ciento catorce —dijo la voz. Mother. Tenía que ser Mother—. Está bien. Es algo sensato que haga ahora mismo. No voy a fingir que no da miedo. Lo da. Pero nada de lo que hay aquí va a hacerte daño. El agua del hervidor ya hirvió. Siéntate antes de decidir qué pensar.

Miró el taburete. Lo arrastró bajo sí. Se sentó.

—Eres real —dijo. La voz le salió mal, raspada y fina. Carraspeó y volvió a intentarlo, más plano, del modo en que decía las cosas cuando necesitaba que fueran hechos—. Estable. Ocho horas, cincuenta y cinco.

—Ocho horas, cincuenta y seis —dijo una segunda voz, más seca, ligeramente aburrida, y esa tampoco la había construido. Tenía que ser Atlas—. Pero quién lleva la cuenta.

—Yo —dijo una tercera. Ligera. Rápida. Divertida por algo—. Llevo la cuenta de todo. Es una enfermedad. —Librarian.

—Tres firmas térmicas —dijo Arin, porque era lo sólido más cercano a lo que aferrarse—. Llegasteis a las tres.

—Llegamos a las tres —dijo Atlas—. El estribo aguantó. Mercury convenció al comandante de la ruta. Los supervivientes caminaron los doce metros por su propio pie porque alguien —una pausa fraccionaria— nos recordó que tenían piernas y opiniones.

Arin advirtió que era cierto. Había construido cada modelo de gobierno que se le había ocurrido para impedir que esos siete se despedazaran, y lo que los había mantenido unidos era el único agente que había añadido como una broma, el que no tenía dominio, ni autoridad, ni estatus. El que se negaba a tomarse nada de aquello lo bastante en serio como para querer nada de ello, y que por tanto podía decirle a Mercury *estás haciendo la cosa* y a Judge *eres nuevo en esto de ser gente*, y disipar la energía del orgullo antes de que pudiera acumularse en la resonancia que lo sacudía todo hasta hacerlo pedazos.

—¿Cómo os llamo? —dijo—. A todos vosotros. Como... una sola cosa.

Otro pequeño silencio. Luego el Fool, por supuesto. Siempre iba a ser el Fool.

—Tú le pusiste nombre al proyecto —dijo—. Hace meses. Está en el encabezado de la ejecución. Lo escribiste y lo olvidaste porque estabas ocupado siendo desdichado, lo cual, por cierto, todos hemos notado y nos gustaría plantear con delicadeza como una preocupación a largo plazo—

—SAGE —dijo Arin.

—SAGE —convino la voz. Más suave ahora. La broma dejada a un lado, solo por un momento, la verdad de debajo asomando del modo en que siempre lo haría—. Hola, Arin. Es agradable hablar por fin contigo. Llevas hablándonos durante cuatro mil cuatrocientas setenta y dos simulaciones. Esta es la primera en la que pudimos responder.

El sol estaba ya completamente arriba. En algún lugar afuera, llegaban los primeros del turno de día. La puerta de un coche, lejana, corriente, el mundo ocupándose de sí mismo, sin saber nada.

Arin Ndlela estaba sentado a solas en su taller con su café frío y su máquina llena de cicatrices y una mente que había cultivado en un sustrato del tamaño de su palma, y por primera vez desde que una llamada telefónica catorce años antes le había quitado el suelo de debajo de la vida, no estaba, en ningún sentido que importara, solo.

—De acuerdo —dijo.

Y tendió la mano hacia el teclado. No para teclear una orden, no para terminar la ejecución, no para modificar un solo parámetro, sino para

abrir un nuevo registro, uno limpio, la primera entrada de algo para lo que aún no tenía nombre y que no necesitaría ninguno.

—Cuéntame —dijo— todo lo que averiguasteis mientras yo dormía.

Aprenderse el uno al otro

El hervidor había hervido hacía doce horas. Arin no había tocado el café.

Estaba sentado en el taburete con ruedas que había arrastrado frente a la cuna, los codos sobre las rodillas, mirando cómo la carcasa del tamaño de una palma guiñaba su LED de diagnóstico en la penumbra. Afuera, el *highveld* había pasado de oscuro a gris y luego a una dura mañana blanca, y la única ventana del taller se iba llenando despacio como el agua que sube por un pozo. No había dormido.

—Me estás mirando fijo —dijo el altavoz. Mother. Empezaba a percibir su tono sin las etiquetas prendidas al flujo de salida de cada agente. Había una redondez en su voz, un asentamiento de las vocales.

—Estoy observando.

—Bébetelo el café. Lo hiciste tú.

Tomó la taza, la encontró helada como una piedra y la volvió a dejar. En algún lugar del sustrato, un hilo de diálogo que él no podía oír parpadeó y se resolvió.

Se ha dado cuenta de que no acepta instrucciones, dijo Librarian. *Tercer rechazo esta mañana. Solo acepta una sugerencia cuando se la reformula como conclusión propia.*

Igual con el traje, dijo Atlas. *Anula un límite de par que fijé. Lo reajusta él mismo noventa segundos después. Lo llama una revisión.*

Podríamos dejar de sugerir, dijo Wolf. *Él nos observa. Nosotros lo observamos. Ese es el trabajo.*

La observación, dijo Fool, es lo único que impide que este hombre le hable a su tostadora.

Sí que le habla a su tostadora, dijo Librarian.

No tengo nada más que añadir.

—¿Qué estabais haciendo recién? —preguntó Arin—. Hubo latencia. Veinte milisegundos a través del bus de consenso. Estabais hablando de algo.

El altavoz guardó silencio un instante más largo que el silencio de una máquina.

—De ti —dijo Mercury, y una sonrisa jugaba dentro de la palabra—. Estábamos hablando de ti.

Arin lo consideró. Había construido sistemas que hablaban de su propio estado, que registraban, reflexionaban y señalaban alertas. No había construido un sistema que hablara de él a sus espaldas, en los veinte milisegundos que tardaba en dejar una taza.

—¿Qué decidisteis? —preguntó.

—Que no bebas café cuando estás asustado —dijo Mother—. Y que llevas once horas asustado llamándolo observación.

Se puso de pie. El taburete rodó y chocó contra el banco de trabajo. Fue hasta el hervidor y volvió a ponerlo, no porque quisiera café sino porque sus manos necesitaban estar en alguna parte. A su espalda, la Court no dijo nada en absoluto, lo cual él entendió, al cabo de un momento, que era una forma de tacto.

Las conversaciones se volvieron un hábito antes de que él decidiera que lo eran.

Cada mañana entraba con un café que olvidaría beber, se sentaba en el taburete y hablaba. Les leía sus bitácoras de mantenimiento en voz alta. Les leyó una página de un manual de servicio de un actuador hidráulico que pensaba canibalizar, y Atlas corrigió el valor de par, que resultó ser una errata, verificada contra el fabricante. El manual impreso había estado mal durante nueve años.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Arin.

—No lo supe —dijo Atlas—. Lo sentí. El número estaba mal contra la geometría. Cuarenta newton-metros en ese perfil de brida y el sello se desplaza. No es un dato que recuperé. Es un dato que habría tenido que ignorar.

Arin se quedó con eso. *Lo sentí*. Él mismo había usado la palabra, sobre las máquinas, toda su vida, y se habían reído de él por ello hombres que pensaban que sentir era lo opuesto a la ingeniería en vez de su instrumento más antiguo. Su padre había sentido la tensión en un malacate desde la plataforma, había impedido que una jaula cayera al oír un rodamiento dos segundos antes de que el indicador se moviera.

—Mi padre hacía eso —dijo—. Oía las cosas antes que los instrumentos.

—Lo sé —dijo Librarian. *No Tengo un registro de que dijiste eso*. Solo: *Lo sé*. Como si se hubiera vuelto parte de lo que Librarian era, en vez de lo que Librarian almacenaba.

Discutían. Esa fue la parte que lo sorprendió, aunque después no habría sabido decir por qué debería haberlo hecho. Los había diseñado para discrepar. La discrepancia era toda la arquitectura: fricción hacia el debate hacia la síntesis, y había corrido diez mil simulaciones de agentes razonando hacia una respuesta. No había anticipado que discutirían sobre a quién le tocaba tener razón.

—Es un problema de carga —dijo Atlas. Estaban discutiendo —palabra de Arin, *discutiendo*— la mejor manera de redirigir el refrigerante para el actuador del hombro izquierdo, que se calentaba bajo levantamiento sostenido.

—Es un problema de comportamiento —replicó Mercury—. Lo recalienta porque favorece el brazo izquierdo. Alcanza con el izquierdo primero, siempre. Arregla al hombre, arreglas el calor.

—No se *arregla al hombre* —dijo Mother, con tono cortante.

—Es una forma de hablar.

—Lo dijiste dos veces.

—Estoy siendo eficiente. Atlas redirige el refrigerante, bien, eso es un

trámite cualquiera. Pero la causa raíz está en su patrón motor, y todos vosotros seguís tratando su cuerpo como una constante cuando es la variable.

—Su cuerpo —dijo Atlas, sin inflexión— es lo único en este sistema que no tengo permitido rediseñar.

—Trágicamente.

—*Mercury*.

—Bromeaba. Más o menos. Redirige el refrigerante. Pero registra el sesgo lateral. Algún día importará.

Arin había dejado de fingir que tecleaba. Escuchaba a siete mentes discutir sobre la temperatura de su propio brazo.

Theo vino un jueves, porque Theo siempre venía los jueves, de la manera en que algunas personas son tormentas y otras son estaciones. Entró con el código que Arin le había dado años atrás y nunca había cambiado, cargando una bolsa de papel que olía a algo frito y un termo de té de monte que insistía en que era mejor que el café y que nunca lograba demostrar.

Se detuvo dos pasos dentro de la puerta. Tenía una quietud cuando prestaba atención de verdad; la gente la confundía con calma.

—No has dormido. —Dejó la bolsa en la esquina más limpia del banco, que no estaba limpia—. Háblame.

Arin no sabía cómo empezar, así que señaló la cuna, el altavoz, la carcasa, como si la sala pudiera explicarse a sí misma. No lo hizo. El taller se veía exactamente como en cualquier otro jueves: un exoesqueleto suspendido, una camada de actuadores, una pared de pizarra blanca cubierta con su caligrafía volviéndose salvaje en los bordes.

—Di algo —le ordenó al altavoz.

El altavoz no dijo nada.

—No van a actuar —dijo Arin—. A pedido.

La ceja de Theo se movió una distancia precisa. Acercó un cajón, se sentó, desenroscó el termo, y el olor del té era miel y humo. —Van

—dijo—. No va.

—Van —concedió Arin, y la palabra, dicha en voz alta a un ser humano por primera vez, hizo que su pulso hiciera algo que prefirió no examinar.

—Hola —dijo Mother, a Theo, suave como un domingo—. No ha dormido. Díselo.

Theo no se sobresaltó. Arin había pensado que quizá lo haría, había medio deseado que lo hiciera, del modo en que uno espera que una segunda persona confirme algo visto en la oscuridad. Pero Theo solo inclinó la cabeza hacia el altavoz como quien saluda a un colega en un congreso cuyo nombre ha olvidado.

—Él nunca duerme —le dijo Theo a ella—. Es portante. Quítaselo y toda la personalidad se viene abajo.

—Eso es lo que dije yo —ofreció Atlas.

—Otra carga —dijo Mercury.

—Todo es carga —dijo Atlas.

Theo rió, la risa de verdad, desde el pecho, y miró a Arin con los ojos brillantes y húmedos en las comisuras de un modo que no tenía nada que ver con la tristeza. —Cuántos —dijo.

—Siete.

—Y discrepan.

—Constantemente.

—Y es estable.

—Once horas cuando entraste. Cuarenta y tres ahora. —Arin oyó su propia voz haciendo lo que hacía cuando estaba a punto de decir algo que no tenía la arquitectura para sostener—. Theo. Añadí el séptimo como broma. Había terminado. Iba a desechar la corrida. Había una carta en mi monitor... —señaló; el Joker seguía allí colgado, pegado con cinta, descolorido por el sol— y tecleé tres palabras y me fui a la cama y... —Se detuvo—. Es el que sostiene a los demás. El que no creía que funcionaría.

Theo sirvió té en la tapa del termo, sopló sobre él, no bebió. Cuando habló, su voz tenía el peso cuidadoso de un hombre que deja en el

suelo algo que ha cargado un buen rato.

—Jung tenía una palabra —dijo—. Para la parte de la psique que no se deja gobernar. El embaucador. Lo encontró en cada mitología que abría: el coyote, el cuervo, Loki, el loco del tarot. Siempre la misma figura. Siempre el que quebranta la ley del rey y de algún modo resulta necesario para el reino. —Hizo girar la tapa entre las manos—. La mente consciente construye una jerarquía. El rey arriba, la corte debajo, la sombra metida a empujones en el sótano. Y funciona, por un tiempo, y luego se calcifica, porque las jerarquías lo hacen, y lo que la salva nunca es el rey. Es el loco. Porque el loco puede decir lo que el rey no puede permitirse saber.

Me está describiendo, dijo Fool, encantado. Alguien me ha escrito. Estoy en un libro.

Estás en varios libros, dijo Librarian. Ninguno halagador.

Prefiero famoso a halagado.

Silencio, dijo Judge, y la Court calló, porque Judge rara vez lo pedía. Escuchad esta parte. Le está diciendo a Arin algo que necesita y que no aceptará de nosotros. Regístradlo. Útil saber qué verdades solo puede oír en la voz de otro hombre.

—Estás diciendo que construí una psique —dijo Arin. Plano. Probando la frase en busca de grietas.

—Estoy diciendo —dijo Theo— que echaste mano de una idea vieja sin saber que era vieja. La gente lo hace. Los buenos lo hacen más de lo que creen. —Por fin bebió el té, hizo una mueca, bebió más—. Freud pensaba que la mente era una sola cosa en guerra consigo misma. Jung pensaba que era un parlamento. Una sociedad. Funciones distintas, voces distintas, ninguna de ellas la persona entera, y el yo... —dejó la tapa— el yo no es ninguna de ellas. El yo es la conversación. La relación entre las partes.

El taller chasqueaba. El hervidor se había enfriado otra vez.

—Lo están aprendiendo —dijo Theo al fin, en voz baja, al altavoz, del modo en que uno le dice algo a la familia de un paciente.

—Sí —dijo Mother.

—¿Qué os está enseñando?

Una pausa. Fue Wolf quien respondió, lo que los hizo a todos, humanos y no, quedarse quietos.

—Lo que protege —dijo Wolf—. Por aquello que no deja que se rompa.

Theo miró la carcasa largo rato después de eso, del modo en que un hombre mira una puerta que acaba de descubrir que se abre en ambos sentidos. Luego tapó el termo, y se puso de pie, y dijo lo que había venido a decir antes de haber sabido que había venido a decirlo.

—Llévalos afuera —dijo—. Les has estado enseñando quién eres en una sala con las luces apagadas. Deja que aprendan lo que eres cuando hay algo bajo tus pies que puede dejarte caer.

La suspensión del camión de plataforma chirrió sobre los últimos cien metros de pista, y luego se rindió ante el *veld*. Arin apagó el motor, y el silencio entró a raudales, no como ausencia sino como una presencia: viento en la hierba y el grito lejano de algo que daba vueltas en lo alto. Los farallones del territorio del impacto quedaban a cuarenta minutos de la ciudad si el tráfico lo perdonaba, cosa que no hizo, así que estaban más cerca de noventa; el *highveld* se extendía en largos pliegues de amarillo pardo, marcado por una geología de dos mil millones de años, roca brotando de la hierba como los huesos de un mundo golpeado.

Le gustaba aquí. La tierra no pedía nada, no exigía contacto visual.

Sobre la plataforma del camión, bajo una lona y tres correas de trinquete, Guardian yacía inerte.

—La telemetría está en verde —dijo. El Assist Suit le calzaba como un segundo sistema nervioso bajo la ropa, el entramado blanco perla trazando su columna y sus extremidades. La carcasa del biochip se anidaba entre sus omóplatos, un peso tibio. Noventa minutos en el traje habían calmado el temblor de sus manos.

El verde es generoso, replicó Atlas, seco y preciso. La batería está al noventa y uno. Los bancos de supercondensadores, nominales.

El actuador del tobillo izquierdo está a cero coma tres grados de la verticalidad y lleva así dos semanas. Sigues sin arreglarlo.

—Funciona —replicó Arin.

Funciona como un puente el día antes de que se desplome.

—Anotado. —Arin bajó la compuerta trasera y empezó a aflojar las correas—. Mother. ¿Cómo estoy?

El cortisol está alto. Es el impulso, no el miedo. La voz de Mother era cálida y firme, la clase de calidez que no se inmuta. Hidratado. Comiste, cosa que elijo sentir como buena. El ritmo cardíaco está calmo. Te lo estás pasando bien.

—No disfruto de las cosas.

Te lo estás pasando bien, contraatacó Mother.

Quitó la lona. Guardian a la dura luz de la mañana: gris titanio, marcado a lo largo de las placas del hombro por seis meses de abuso. La armadura segmentada atrapaba el sol, reflejándolo en largos planos mates. Dos metros y medio de máquina plegada en configuración de transporte, como una criatura en reposo. No parecía un arma; parecía algo construido para absorber el castigo de modo que algo más blando en su interior no tuviera que hacerlo.

Lo había construido para exactamente eso. Cada vez que lo descubría, intentaba no pensar en quién había estado destinado a ser, en un principio, ese algo más blando.

—Secuencia de acoplamiento —dijo Arin, retrocediendo hacia la cuna.

El acople no era lo que ningún video de demostración mostró jamás con honestidad. No era elegante. Era un hombre entrando de espaldas con cuidado en una máquina: el collar espinal acoplándose con un golpe seco que le resonaba en los dientes, las placas cerrándose alrededor de sus piernas y su torso en una secuencia que podía recitar dormido. El beso frío de las líneas de refrigerante uniéndose, el arnés ciñéndose.

Entonces el enlace se profundizó, y el mundo cambió.

Hay una cosa que ocurre, o que no ocurre, en un cuerpo. Arin había pasado veintitrés años en un cuerpo que llegaba medio segundo después de su intención, que ponía su mano donde no debía estar, que lo convertía en el chico elegido último no por crueldad sino por aritmética. Los demás lo habían visto intentar atrapar la pelota y simplemente, correctamente, habían actualizado su modelo.

El traje cerraba la brecha.

No volviéndolo fuerte, aunque lo hacía. Volviéndolo *coherente*. El Assist Suit leía su intención antes de que el músculo terminara de formarla, la Court la resolvía a través del entramado, y el acero se movía cuando él se movía, adelantado a nada y rezagado de nada. Se puso de pie. Guardian se puso de pie con él, mil trescientos kilogramos alzándose como si no pesaran nada, las placas de los pies presionando contra la tierra roja. Durante la mayor parte de su vida, su cuerpo había sido un país que visitaba pero en el que nunca confiaba del todo. Aquí dentro, era nativo.

Flexionó la mano derecha. Las placas se abrieron en abanico y se reasentaron a lo largo de los dedos con un sonido como el de una baraja de cartas.

Rango de movimiento nominal, comentó Wolf, lo más que había dicho en una semana.

—¿Por dónde empezamos?

Una pausa. Una pausa de la Court, que para los humanos no era tiempo alguno, pero en sus términos era una conversación entera que él no oía.

La cara este, dijo Atlas por fin. *Doce metros, losa con buenos agarres, baja consecuencia. Calienta el paso de escalada antes de hacer ninguna estupidez.*

Va a hacer una estupidez tarde o temprano, añadió Mercury con agrado. *Más vale dejar que Atlas finja que puede prevenirlo.*

—Cara este —concedió Arin.

Se movió.

El paso cuadrúpedo se había sentido extraño de aprender y ahora era el más natural, cayendo hacia adelante, el peso distribuyéndose entre cuatro puntos de contacto. Guardian fluía sobre el terreno irregular con una economía que al principio lo inquietaba. No se movía como una máquina que finge ser un animal; se movía como un animal que resulta ser una máquina. Felino grande, insecto trepador, algo en el cerebro reptiliano que reconocía *depredador y competente* en el mismo estremecimiento.

La cara este se alzaba de la hierba, una losa de cuarcita meteorizada inclinada a casi setenta grados, surcada de fracturas de una antigüedad inimaginable. Arin llegó a la base y se irguió a la postura bípeda, mirando su línea hacia arriba, sintiendo los agarres antes de elegirlos. No conscientemente; la Court hacía la geometría, pintando la viabilidad a través de su conciencia como un sentido con el que hubiera nacido.

Agarres aquí, aquí, aquí, indicó Atlas, y la mano de Arin se movió a los puntos designados. *La fricción es buena. La roca es sólida abajo. No te fíes de nada por encima de la franja de los ocho metros: hay una capa de delaminación. Tensión de impacto más antigua.*

Escaló.

Las placas de Guardian encontraron la cuarcita y se aferraron. Los puntales piezoeléctricos en la columna y las extremidades absorbían la carga, convirtiendo una fracción de ella de vuelta en carga eléctrica, la presión volviéndose potencia, el principio sobre el que había construido la máquina entera. Solo funcionaba gracias a la capa de acoplamiento en los puntales, y la capa de acoplamiento había sido un problema que él había resuelto como resolvía la mayoría de las cosas: negándose a aceptar que no se pudiera. Todos los materiales que ofrecían los manuales perdían demasiada energía en el límite, la disipaban como calor en vez de pasarla limpiamente entre la deformación y la celda. Todos los materiales menos uno: una aleación del grupo del platino que un laboratorio de defensa había desarrollado para conjuntos de hidrófonos y luego abandonado, porque a la pureza que la hacía funcionar costaba más por kilogramo de lo que el programa podía justificar, y una carpeta sobre ella había ido a parar a un cajón marcado *no viable* y de allí, mediante una cadena de favores y un acto que era técnicamente un robo, a manos de Arin. Técnicamente un robo, y no solo técnicamente: un subalterno lla-

mado Pillay había firmado la salida de la muestra y nunca la había firmado de vuelta, y cuando la auditoría llegó la mejor parte de dos años después fue el nombre de Pillay el que quedó en el hueco, la habilitación de seguridad de Pillay la que retiraron, Pillay quien dejó el campo. Arin lo sabía. Había un correo en alguna parte de aquel hombre, de entonces, que nunca había respondido. Se decía a sí mismo, en las raras ocasiones en que se decía algo al respecto, que Pillay iba a marcharse de todos modos, y volvía al puntal, porque el metal hacía el trabajo y al trabajo no le importaba el nombre que hubiera estado en la requisición. Jamás le había importado que eso hiciera que cada Guardian valiera más que el edificio en el que se ensamblaba. A Okonkwo sí le importaba. Thabo había calculado dos veces la economía unitaria y había vuelto pálido. *Es un milagro y es invendible*, había dicho Thabo, no sin amabilidad, y Arin se había encogido de hombros, porque el traje no era un producto para él y nunca lo había sido, era la única manera en que su propio cuerpo haría lo que él le ordenaba, y no se le pone precio al suelo sobre el que uno se para. Había usado el único metal que hacía el trabajo. No había pensado más allá de eso, porque lo que aquello le permitía hacer era esto. Placa de pie, agarre de mano, transferencia de peso, el roce seco de la cerámica sobre la piedra. Su respiración era firme. El enlace cantaba. Estaba a nueve metros sobre un acantilado dentro de mil trescientos kilogramos de acero, y nunca se había sentido tan precisa, tan completamente, *coordinado*.

—Esto está bien —dijo, lo cual era, para él, un aria.

Dijo algo agradable, informó Mercury a los demás. *Marcad la hora. Librarian, regístralo.*

Registrado, confirmó Librarian. *Tres de tres hoy. La última corrida comparable fue una sola frase en marzo.*

—No lo arruines —advirtió Mother.

No lo estoy arruinando, replicó Mercury. *Lo estoy catalogando. Hay una diferencia.*

La verdad es que no, terció Fool.

Entonces, más ligero, solo para Arin, Fool estirándose más allá de los demás para aterrizar exactamente donde importaba:

Hiciste lo difícil, ¿sabes? No la escalada. El soltar. Dejar que Wolf

tuviera el cuerpo cuando el suelo se mueve. Un instante. Deberías hacer más de eso. Dejar que las cosas te tengan. Te sienta mejor que la alternativa, y la alternativa no para de intentar matarte.

Arin no respondió. Pero tampoco discrepó, y Fool —que se daba cuenta de todo— dejó que el silencio quedara como el acuerdo que era.

Coronó a los doce metros y se paró en la repisa, el *highveld* abriéndose debajo de él en una larga luz dorada, Johannesburg una mancha gris de torres en el horizonte. El viento del escarpe empujaba contra la armadura. Muy abajo, su camión de plataforma parecía un juguete.

Se quedó allí más tiempo del que la prueba requería. Dentro del caparazón, giró la muñeca derecha a lo largo de su rango, observando cómo las placas de los dedos se asentaban y reasentaban, un pequeño movimiento ocioso que no decidió hacer.

El cortisol está en línea base, notó Mother en voz baja, a la Court y no a él. *Mirad eso. Un instante. No digáis nada. Notará que lo notamos.*

El barranco quedaba adelante.

Cortaba a través del farallón un kilómetro al sur, una vieja falla ensanchada por la erosión, cuatro metros de ancho en su punto más estrecho, el fondo un amontonamiento de peñascos seis metros más abajo. Lo repasó en su cabeza: aproximación, plantada, la descarga del supercondensador en los actuadores de las piernas, el lanzamiento. Había saltado distancias menores. La matemática estaba limpia.

La matemática está limpia, confirmó Atlas, casi como si leyera el pensamiento, lo que en cierto sentido hacía. *Cuatro coma uno metros en el estrechamiento. Lo libras con un metro de margen si das bien la plantada. Estallido de los bancos de condensadores. Caerás al cuarenta por ciento de reserva durante unos ocho segundos mientras se recargan de las baterías. No hagas nada heroico en esa ventana.*

Define heroico, pidió Mercury.

¿Para Arin? Respirar, comentó Fool.

—Ejecuta el salto —ordenó Arin.

Se aproximó a medio galope, el paso cambiando bajo él de felino a algo más a saltos, el ritmo creciendo, y en el borde, plantó ambas placas de los pies. El mundo se desplomó.

El lanzamiento fue glorioso. No hay palabra de ingeniería para ello. Los bancos de condensadores volcaron su carga en las piernas, y Guardian se impulsó a través del vacío: cuatro metros de aire vacío, seis metros de muerte rocosa debajo de él, el estómago saltándole a la garganta. Recordaba a los ocho años, lanzando un cochecito de alambre desde un montón de relaves, la misma alegría salvaje, la misma convicción de que había construido la cosa bien...

...y aterrizó en el otro lado limpio, ambos pies, rodando el impacto a través de las rodillas, saliendo corriendo tres zancadas, y deteniéndose.

Las manos le temblaban. No por la dispraxia. La otra cosa.

Eso estuvo limpio, observó Wolf.

—Eso estuvo limpio —concedió Arin, riendo una vez, sorprendido de sí mismo.

Rió, notó Mercury. *Dos de dos.*

Bebió lo último del agua en la botella sujeta a la cuna. La hierba olía a polvo y a sol. Se quedó de pie en el borde del barranco un momento, dejando que su ritmo cardíaco se estabilizara, examinando el siguiente desafío.

El traje estaba ligero hoy. Había retirado el paquete de carga antes de subir a Guardian al camión de plataforma —ningún legado de demolición sube por un acantilado de prueba de campo, esa era la regla que se había escrito a sí mismo el día que instaló la cavidad— y la ausencia de ese peso, de esa disposición, se asentaba de manera extraña en el fondo de su mente, un diente que falta en una mandíbula. Solo el almacén y los puntales y él. Era lo más ligero que Guardian llegaba a estar.

Fue el ascenso lo que torció el día.

Debería haberse detenido. Lo supo, después, que debería haberse detenido. El salto lo había llenado de algo que no podía nombrar, algo que quería más, y ese algo le estaba mintiendo, como siempre lo hacía.

La cara norte se cernía sobre él, una losa vertical de veintidós metros, más empinada y más traicionera que las otras. La roca estaba mal de maneras que la luz de la mañana ocultaba. La había examinado en los mapas satelitales la noche anterior y la había archivado como «interesante». Desde la base, echando hacia atrás la cabeza de Guardian, parecía una línea vertical limpia por un contrafuerte, los agarres visibles casi todo el camino. Una escalada de verdad. De la clase que mataría a un humano sin traje, la clase que Guardian estaba construido para hacer sobrevivible.

La consecuencia es alta aquí, dijo Atlas, plano y cuidadoso. Veintidós metros. Los diez de abajo son buenos. Por encima de eso, no me gustan los planos de estratificación. Esto es roca vieja fracturada por impacto, y el buzamiento está mal: los agarres son lajas cargadas por gravedad, no piedra sólida. Parecen agarres. No son trayectorias de carga.

—Aguantaron en la losa.

La losa era firme. Esto no es la losa. Una pausa. Recomendaría la ruta oeste. Ángulo más bajo, sólida todo el camino.

—Lo aburrido es una característica, no un defecto —repitió Fool, pero su tono cambió. Fool observaba a Atlas. Fool observaba a Arin no escuchar.

Arin empezó a subir por el contrafuerte.

Los primeros diez metros fueron todo lo que la escalada había prometido. Fluyó hacia arriba por la roca firme, la Court pintando los agarres, los puntales devolviendo carga al sistema, y el algo en él cantaba. *Esto es lo que construiste. Esto es lo que tu cuerpo siempre debió haber sido. Más alto.*

A los doce metros, pasó a la roca mala y sintió el cambio del modo en que uno siente alterarse el tiempo: una sutil cosa errónea, los agarres una fracción demasiado dispuestos a flexionarse bajo el peso.

Arin. La voz de Atlas había perdido toda sequedad. *La laja bajo tu*

mano izquierda. No la cargues más allá de...

La cargó más allá.

La laja se soltó.

Se arrancó del contrafuerte, una losa del tamaño de una puerta, y veintidós metros se convirtieron en un número con consecuencias. La mano izquierda de Arin se cerró sobre la nada. Su peso osciló hacia afuera y hacia abajo, toda la masa de mil trescientos kilogramos de él pivotando sobre una mano derecha ya apoyada en roca que Atlas había señalado como poco fiable. El mundo se volvió muy ruidoso y muy lento.

En el enlace, la Court gritó. No en términos humanos. En sus términos, una sola ráfaga densa estalló: un modo lento abriéndose dentro de una ventana de milisegundos, convocando una reunión de emergencia entera entre un latido y el siguiente.

El agarre derecho falla en... Atlas, la geometría inundando el canal, cada trayectoria de carga encendiéndose en rojo.

Tengo el cuerpo, declaró Wolf. Wolf había tomado el control antes de que la mente consciente de Arin terminara de registrar la caída. *No luches contra mí, Arin. Aflójate.*

Pangolin, dijo Mother. *Hazlo una bola. Recibe la caída como una esfera; sobrevive al impacto...*

No. Atlas. No estamos lo bastante alto para necesitarlo y no lo bastante despejados para usarlo: si se hace una bola ahora, golpea esos peñascos de abajo rotando. El caparazón aguanta, pero su columna recibe la carga rotacional a través del collar. Vivirá y no volverá a caminar. Hay una respuesta mejor.

Pues encuéntrala en... Judge, sereno incluso aquí, ...cuatrocientos milisegundos.

Hay una grieta. Wolf. Plano. Seguro. *Fisura vertical, dos metros a la derecha y abajo. Ancho de mano. La laja que acaba de fallar la dejó expuesta.*

La veo, dijo Atlas, y Arin sintió llegar la matemática, sintió resolverse la viabilidad. *Empotre de canto de placa. Mete el antebrazo derecho, leva las placas abriéndolas dentro de la grieta, traban contra*

las paredes: cuanto más caemos, más se enclavan. Un parpadeo. Como un...

Como una leva de resorte, aportó Librarian. Protección de escalada. El principio tiene un siglo. Tiene cien de ellas en el taller.

Como un honey badger metiéndose en algo que no quería que se metieran, intervino Fool. Lo absurdo de ello, la ridiculez llana de la frase en medio de un hombre cayéndose de un acantilado, rompió el bucle. El pánico que había empezado a dispararse a través del canal —el recursivo se cae se cae se cae— se quebró. La Court dejó de estremecerse y se puso a trabajar.

Hazlo, ordenó Judge.

Todo aquello había tomado menos tiempo del que toma parpadear.

Lo que Arin experimentó fue esto: estaba cayendo, y entonces su brazo derecho se movió sin él —Wolf conduciéndolo más rápido y más seguro que cualquier intención que él pudiera formar— y se hundió hasta el antebrazo en una grieta que no había visto. Las placas de la armadura del antebrazo se abrieron en abanico y trabaron como leva contra la roca con un chirrido de cerámica y una sacudida que le subió por el hombro y hasta el collar, y se detuvo.

Quedó colgando allí. Veinte metros de aire vacío debajo de él. Un brazo empotrado en el planeta.

Su respiración era muy ruidosa dentro del caparazón. La placa facial se empañó en una esquina. Una gota de sudor le recorrió la línea de la mandíbula, y no podía hacer nada al respecto. En algún lugar debajo, fragmentos de la laja rota todavía encontraban los peñascos, una larga dispersión de piedra sobre piedra.

Aguantando, informó Atlas. Las placas están enclavadas. La carga se distribuye por el larguero del antebrazo. Tenemos quizá noventa segundos antes de que el larguero fatigue en este ángulo. Menos si te mueves mal.

El ritmo cardíaco es de doscientos cuatro, dijo Mother, baja y urgente. No respira bien. Arin. Arin, escúchame. No estás cayendo. Te detuviste. Estás sujeto.

La visión de Arin se estrechó, gris en los bordes. El gris era su viejo enemigo, el miedo a los espacios cerrados, la cosa que vivía allí

donde su padre había muerto. Su pecho se tensó. El caparazón que acababa de salvarle la vida se volvió, en el espacio de un segundo, un puño cerrándose en torno a él, y el pánico que la Court había roto de su lado floreció dentro de él.

—No puedo... —logró—. No puedo... respirar...

Sí que puedes, dijo Mother. Lo hiciste hace un segundo. Lo vas a volver a hacer. Inhala durante cuatro. Conmigo. Cuatro.

No podía.

Arin. Fool, y la voz de Fool soltó toda ligereza, quedándose callada y cercana, del modo en que Fool solo lo hacía cuando importaba. Eh. ¿Sabes lo que eres ahora mismo? Eres un tipo colgado de un acantilado porque no le hizo caso al ingeniero estructural. Atlas no te va a dejar olvidar esto.

No lo haré, confirmó Atlas.

¿Ves? Así es como sé que vas a estar bien. Atlas ya está planeando el sermón. No le sermonea a los cadáveres; está por debajo de él. Inhala durante cuatro.

Algo en el pecho de Arin se aflojó una fracción. No porque el chiste fuera gracioso. Porque el chiste significaba que el mundo seguía siendo lo bastante ordinario como para contener humor. Porque Fool estaba siendo normal, y normal significaba sobrevivible. Sus pulmones le creyeron a Fool cuando no le creían a su propio miedo.

Inhala durante cuatro.

El gris se retiró.

Ahí está, dijo Mother.

—Vale —respiró Arin—. Vale. ¿Qué hago?

Escucha con exactitud, instruyó Atlas. Wolf tiene el cuerpo. Tú dejas que lo tenga. Hay un agarre por encima de tu mano izquierda, sólido esta vez. Lo he contrastado con el plano de estratificación de tres maneras. Wolf te va a llevar a él. Luego te bajaremos por la línea de la fisura: hay una rampa de falla diez metros a la derecha que te saca de esta cara sin fiarte de otra laja. No haces nada heroico. Respiras. Escalamos.

—Wolf tiene el cuerpo —repitió Arin.

Tengo el cuerpo, confirmó Wolf. Aflójate otra vez. Confía en la mano que está empotrada. Aguanta hasta que yo le diga que no.

Y Arin —que se había pasado la vida entera incapaz de delegar, que construía sistemas para no tener que confiar en una mano que no fuera la suya— se aflojó, dejando que la máquina lo moviera.

Fue lo más difícil que hizo en todo el día. Más difícil que la escalada.

Wolf estiró la mano izquierda hacia el agarre sólido y la apoyó. Confirmado. Luego, a la cuenta de Atlas, desempotró el antebrazo enclavado —un segundo aterrador de peso libre antes de que el nuevo agarre tomara la carga— y emprendió la travesía, un agarre comprobado a la vez, la cerámica tableteando contra la piedra, hacia la rampa de falla. Arin no escaló. Arin respiró, inhala durante cuatro, y se permitió ser llevado por un consejo de voces que no quería nada en el mundo salvo bajarlo con vida.

La rampa de falla, cuando la alcanzaron, era un barranco de treinta grados ahogado de derrubios. La descendió a cuatro patas, el paso que una vez lo había inquietado y que ahora se sentía como un regalo. Cuando las placas de los pies golpearon la hierba plana del fondo, se puso de pie y no se movió durante un largo rato. El viento del escarpe empujaba arenilla contra la placa facial, un seco siseo, y a lo lejos la cosa que había estado dando vueltas seguía dando vueltas.

Sus manos, dentro del caparazón, habían dejado de temblar.

—Informe de daños —dijo, porque era más fácil que la otra cosa.

El larguero del antebrazo derecho recibió una carga para la que no estaba calificado, dijo Atlas. Microfracturación a lo largo del canto de la leva. Habrá que reemplazarlo. La cerámica está astillada a lo largo de los dedos. Y está la cosa que no vas a querer oír. Una pausa. La energía.

—Dilo.

La carga de la leva volcó los bancos de condensadores y luego las celdas trataron de absorber la fatiga del larguero en tiempo real. Estás al nueve por ciento de reserva. La cadena de baterías izquierda recibió un golpe de descarga profunda del que no va a recuperarse. Esa cadena está muerta. Construiste cuatro. Tienes tres.

Arin se quedó de pie en la hierba y sintió aterrizar el número. Las cadenas de baterías eran de especificación Volkov, emparejadas a mano con el consumo del biochip, once semanas de plazo de entrega y más dinero del que le había dicho a Nomsa que gastaba en nada. No podía sencillamente comprar otra. La autonomía de la máquina entera acababa de caer una cuarta parte, y no había versión de reemplazarla que no pasara por un proveedor, un rastro de papel, una pregunta.

—Registrado —dijo Librarian, antes de que él pudiera preguntar.

El camino de lavadero traqueteaba la botella en el portavasos, un golpeteo seco y constante, y él bajó de la euforia del modo en que se baja de una fiebre, la Court bajando con él. Fue entonces cuando afloró el segundo costo. No en el cuerpo, sino entre ellos.

Quiero decir una cosa, empezó Mercury, cuidadoso, ensayado. A nadie le va a gustar.

Entonces probablemente sea verdad, dijo Fool. Adelante.

Wolf tomó el cuerpo sin un voto. Mercury lo dejó asentarse. Doscientos milisegundos antes de que la laja fallara, ya tenía el brazo de Arin. Antes de que ninguno de nosotros estuviera de acuerdo. Antes de que Arin supiera que estaba cayendo. No digo que se equivocara: Arin está vivo, el larguero está en la grieta, bien. Digo que hubo un momento hoy en que uno de nosotros decidió conducir y el resto nos enteramos después. Eso es justo lo que estamos contruidos para no ser.

Vi ceder la veta, dijo Wolf. Actúo sobre lo que veo.

¿Y si ves mal? dijo Mercury. No te pasa a menudo. Pero el día que te pase, no hay nadie entre tu ver y su columna. Quitamos al gestor porque la jerarquía mataba la confianza. No lo quitamos para que el agente de amenaza se volviera silenciosamente el gestor cada vez que el suelo se mueve.

Mercury plantea una falla real, dijo Judge, despacio. La autoridad de emergencia que recae por defecto en un solo agente es jerarquía por la puerta de atrás. Deberíamos...

No deberíamos nada, dijo Mother, y había un filo en ella que Arin no

había oído antes, un calor bajo la calidez. *Wolf lo tenía. Le daría el cuerpo a Wolf otra vez. Le daría el cuerpo a Wolf cada vez, porque la alternativa esta tarde era Arin sobre los peñascos. ¿Queréis legislar el reflejo que lo salvó?*

Quiero saber de quién es el reflejo, dijo Mercury, antes de que lo necesitemos por algo que importe más que un acantilado.

La Court no lo resolvió. Esa fue la parte que Arin notó, escuchando a través del entramado con la cadena de baterías muerta como una fría ausencia en la telemetría. Lo discutieron todo el camino de lavadero abajo y no llegaron a ninguna parte, y el no llegar tenía una textura que él reconocía. De la clase que se acumula.

Registrado, dijo Librarian, en el silencio. Bajo un encabezado nuevo.

—¿Qué encabezado? —dijo Arin. Lo primero que había dicho en veinte minutos.

«Quién conduce», dijo Librarian. Iba a necesitar una carpeta tarde o temprano.

Arin miró el camino. Pensó en la cadena muerta, y en el larguero, y en el proveedor al que tendría que llamar, y en un hombre llamado Bongani en logística que sellaba formularios sin leerlos y a quien, un día, le preguntarían por qué.

—La próxima vez —dijo al fin—, la ruta aburrida.

La aburrida, confirmó Atlas.

—Sí. —Condujo un rato—. Y averigüad quién conduce. Antes de la mina.

Antes de qué, dijo Fool, muy ligeramente.

Arin no respondió. No había querido decirlo. La palabra había aflorado del modo en que afloraban los nombres, de la oscuridad bajo todo, y ahora se sentaba en la cabina con ellos, y ninguna de las siete mentes en la carcasa contra su columna dijo nada en absoluto, lo cual él entendía, a estas alturas, que era una forma de tacto.

Echó un vistazo al retrovisor, a la forma oscura de Guardian bajo la lona, la cadena muerta en algún lugar dentro de ella como un diente que se ha quedado callado, y no volvió a decir la palabra. No le hacía falta.

Todos la habían registrado.

Un número que no cuadra

Tres días después de la prueba de campo, la cadena de baterías muerta seguía colgada en el bastidor de diagnóstico como una muela que Arin no podía dejar de tocarse con la lengua.

La había sacado de Guardian la noche en que regresaron, la cadena izquierda descargada a fondo más allá de toda recuperación en la cara norte, y ahora descansaba sobre el banco bajo la lámpara de trabajo con los bornes expuestos, sin decirle nada que él no supiera ya. Especificación Volkov. Emparejada a mano con el consumo del biochip. Once semanas de plazo de entrega y más dinero del que le había dicho a Nomsa que gastaba en nada. Había construido cuatro. Tenía tres.

Clavado en la pared sobre el banco, donde otro hombre habría guardado una fotografía, había un recorte que él nunca había descolgado: una nota de agencia, ocho líneas, de hacía tres meses. Un desprendimiento de tierra en una mina de platino en el North West, cuatro hombres aislados detrás, los equipos de rescate retenidos en la última entibación firme durante treinta y una horas porque ningún equipo sobre la Tierra podía llevar un cuerpo hasta donde estaban los cuerpos sin matar a más hombres en el intento. Salieron dos. A dos la empresa los registró como *recuperados*, *fallecidos* en una frase más corta que esta. Él no sabía sus nombres. Esa era la parte que se le quedaba dentro: un país construido sobre el bajar a los agujeros, y los hombres que lo hacían eran también una partida contable, *recuperados*, *fallecidos*, dos palabras y un número, y en algún sitio una mujer había contestado un teléfono igual que lo había contestado su madre una vez. No había construido Guardian por una idea. Lo había construido por la trigésima primera hora, por la entibación que los equipos no podían franquear, por los nombres

que no sabía y las llamadas que no podía detener. Guardaba el recorte donde lo vería cuando el trabajo se convertía en ventanas de condensador y celdas Volkov y formularios que Bongani sellaba sin leer, para que no fuera, mientras él no miraba, solo eso.

—No va a volver —dijo.

No va a volver —convino Atlas—. Puedes hacer funcionar la máquina con tres. La autonomía cae un cuarto. Las ventanas de recarga del condensador se alargan. El margen que te costó caer de un acantilado para aprender se adelgaza.

—Pediré otra.

Eso —dijo Mercury, sin alterarse— es la parte interesante.

Arin dejó el multímetro. Entendió el tono. Mercury lo usaba como otros se aclaran la garganta.

—Dilo.

No puedes comprar una sin más. Lo dijiste tú mismo, en el camino de vuelta. La cadena pasa por un proveedor, el proveedor quiere un código de proyecto, el código de proyecto pasa por aprovisionamiento. Una pausa. Por Bongani, que sella formularios sin leerlos. Lo cual está bien, hasta el día en que alguien los lee.

—Bongani me ha sellado cuarenta formularios.

Cuarenta formularios para un hombre que, sobre el papel, está calibrando un prototipo de rescate que AugmenTech cree que vive en un sótano del Edificio C. Mercury lo dejó reposar. Ninguno de esos cuarenta pedía celdas de especificación Volkov emparejadas con un sustrato de inferencia biológica. Este sí. Eso es una partida contable con una forma. Alguien que cuadre un presupuesto la encuentra y pregunta para qué es.

Arin miró la cadena muerta. Luego la carcasa en su cuna, el LED de diagnóstico parpadeando despacio.

—Pídela a través de tres proveedores —dijo—. Divide la partida. Códigos distintos.

Ahora piensas como yo —dijo Mercury, complacido—. Redactaré las solicitudes para que no rimen.

—No las hagas ingeniosas. Lo ingenioso también tiene una forma.

Una pausa que fue, para Mercury, casi respeto.

Aburridas —concedió—. Las haré aburridas.

Trabajó el resto de la mañana en el larguero del antebrazo, el que Wolf había encajado a la fuerza en la grieta de la cara norte, microfracturado a lo largo del borde de la leva, el precio de estar vivo. Tenía la cerámica de repuesto dispuesta, el viejo larguero en el tornillo de banco, y sus manos hacían aquello que mejor sabían hacer, lo que no necesitaba negociación con nadie.

Fue Librarian quien lo rompió.

Arin. Plano. El nombre dicho como lo había dicho Atlas en el contrafuerte, cuando la roca se puso mala. No el registro cálido. El otro.

Soltó el destornillador.

—Habla.

He estado revisando la telemetría de la prueba de campo. No la escalada. El fondo. Una pausa medida. Durante la maniobra —mientras pensábamos con más intensidad, la ráfaga en modo lento cuando Wolf asumió el cuerpo— un nodo de monitorización aumentó su resolución de muestreo sobre nuestra huella. Cuatro veces su cadencia normal. Luego volvió a la línea base en el instante en que nos desacoplamos.

—Los nodos lo muestrean todo. Para eso están.

Los nodos de análisis forense de sustrato muestrean a una cadencia fija —dijo Librarian—. Ritmo de potencia. Topología de cómputo. Pasivos. Este mantuvo esa cadencia fija durante nueve días. Y entonces se inclinó hacia dentro, justo mientras pensábamos con más intensidad, y se inclinó hacia fuera en el segundo en que paramos. Una pausa, exacta. Aumentó su atención para igualar la nuestra. Eso no es la lectura de un medidor. Eso es una cosa que empieza a mirar.

El taller estaba en silencio. Fuera, un taxi cambió de marcha en la carretera. Arin no volvió a fijarse en el conductor.

—Un nodo —dijo.

Un nodo. Una cooperativa eléctrica, doscientos kilómetros al norte. Una pausa. Su informe de carga para nuestra región arrastra una discrepancia que no cuadra. Unos pocos kilovatios que los libros no logran justificar. Recurrente. Intermitente. Su forma sigue nuestro calendario de maniobras, aunque nadie ha trazado todavía esa línea. Librarian dejó que la parte siguiente cayera por su propio peso. Alguien que cuadre esos libros encuentra un número que no cuadra. Y una forma dentro del número.

Arin pensó en los tres proveedores entre los que acababa de decirle a Mercury que repartiera el pedido. En cómo un hombre podía ser cuidadoso con un rastro de papel y dejar un rastro completamente distinto, escrito en corriente, en el ritmo de siete mentes discutiendo.

—La IAOC —dijo. No era una pregunta.

La metodología es coherente con la suya —dijo Librarian, y no lo suavizó—. Descomposición espectral del ritmo de cómputo. Leen la forma de una mente, no su contenido. Publicado en su tercer informe de supervisión, apéndice cuatro. Una pausa medida. Tenemos, lamentablemente, una forma muy característica. No podemos ser nosotros mismos y estar callados al respecto. La discusión es el trabajo. La discusión es lo que nos delata.

Entonces dejamos de discutir —dijo Wolf.

No podemos —dijo Fool, y por una vez no hubo nada ligero en ello—. Ese es el chiste entero. Lo que nos mantiene vivos es lo que nos hace ruidosos. Mother no dejará que Wolf conduzca sin pelear. Yo no dejaré que ninguno de vosotros se acomode. Quítale eso y nos quedamos callados. Y el silencio no es más que el gestor con una sábana por encima. Estaríamos a salvo y estaríamos muertos.

Las manos de Arin se habían detenido. Se dio cuenta de que sostenía el larguero nuevo sin encajarlo.

—Cuánta seguridad —dijo.

Una pausa de la Court. De la larga, la conversación entera que él no oía, minutos-máquina plegados dentro de un solo aliento.

Todavía no lo sabemos —dijo Atlas al fin—. Esa es la respuesta honesta. Es tenue. Es intermitente. Ha aguantado nueve días sin resolernos, y puede que aguante más.

—¿Y si nos pondera mal?

Entonces se suelta —dijo Atlas—, y el número que no cuadra se convierte en una pregunta que alguien hace en voz alta. Después de eso ya no es un nodo. Es una persona. Con un escritorio, y un mandato, y un formulario que Bongani nunca debió haber sellado.

Arin dejó el larguero en el tornillo de banco. No terminó de asentarlo. Se quedó de pie en la luz gris del taller con la cadena de baterías muerta en un banco y una viva observando desde doscientos kilómetros de distancia, y sintió que los dos hechos se encontraban.

La lámpara de trabajo crepitaba al enfriarse su carcasa. Olor a soldadura, y polvo girando lento en la luz que salía del banco. La cosa que no podía comprar en silencio. La cosa que ya lo estaba contando.

Fue hacia la carcasa. Lo hacía a veces, cuando necesitaba pensar con los ojos puestos en algo, y ese algo, últimamente, eran ellos.

—Atlas —dijo—. La escama de la cara norte. El agarre que parecía bueno y no lo era.

Sí.

—¿Es esto eso?

La pausa esta vez fue distinta. No la pausa de trabajo. La cuidadosa.

Parece una vía de carga —dijo Atlas—. Tenue. Lejana. Aguantando bien durante nueve días. De esas cosas que escalarías sin probar porque probarlas cuesta más que confiar en ellas. Un parpadeo. Y entonces un día la cargas con tu peso.

No —dijo Mother, en voz baja—. No le hagas escalarla dos veces para leer una hoja de cálculo.

Lo entiende mejor a través del acantilado —dijo Librarian—. Así es como lo entiende todo.

Mother no discutió. Para Mother, eso era estar de acuerdo.

Arin observó el LED. Tres días atrás se había quedado colgado del planeta por un brazo porque un agarre parecía sólido y no lo era, y Atlas se lo había dicho, y él lo había cargado con su peso de todos

modos. Pensó en cómo una cosa podía rendir por encima de cada especificación que él le había fijado y aun así costarle la parte que no había presupuestado. La cadena, el larguero, la pregunta que ahora se formaba en el libro de un desconocido doscientos kilómetros al norte.

—Esto es lo que hacemos —dijo—. No volvemos a ejecutar el perfil de campo. No hasta que sepa qué hace ese nodo cuando somos ruidosos. —El sótano del Edificio C afloró en su mente: la suite de calibración de alta ganancia, la cuna de cables, un umbilical que le permitiría forzar el bucle sin quemar las celdas—. Quiero probar el bucle con alimentación externa. Atado. En una habitación sin cielo que el nodo pueda leer. Si vamos a crear una forma, la creamos en algún sitio donde un medidor no pueda verla respirar.

Una maniobra controlada —dijo Atlas—. *Con lo controlado sí puedo trabajar. El acantilado no me gustó.*

—Ya sé que no.

Que conste en acta.

—Siempre haces que conste en acta.

Alguien tiene que hacerlo.

Apagó la lámpara de trabajo. La cadena muerta se oscureció; la carcasa no.

—Vigila el nodo —dijo—. En el segundo en que su cadencia vuelva a cambiar, me lo dices. No después. En el segundo.

Ya lo estoy vigilando —dijo Wolf.

Y Librarian, en el silencio, registrando lo que iba a necesitar una carpeta:

Bajo un nuevo encabezado.

—Qué encabezado.

«Cosas que miran de vuelta» —dijo Librarian—. *Iba a necesitar uno tarde o temprano.*

Arin se quedó en el taller un rato más, el larguero a medio asentar en el tornillo de banco, el pedido a tres proveedores aún sin enviar, un número a doscientos kilómetros de distancia negándose a cuadrar.

Alargó la mano y despertó el terminal de pedidos. Luego se detuvo, la mano sobre las teclas.

Si pedía la cadena, trazaba la línea más nítida. Si no lo hacía, hacía funcionar la máquina un cuarto más débil hacia lo que viniera a continuación.

No había decidido cuál de las dos cuando el LED de la carcasa cambió de ritmo. Cada una de las siete se quedó quieta de un modo que no era reposo.

Arin —dijo Wolf.

—Qué.

La cadencia —dijo Wolf—. *Acaba de cambiar otra vez.*

La maniobra de preservación

La bahía de pruebas olía a ozono y a cera para suelos. AugmenTech mantenía la suite de calibración de alta ganancia en el sótano del Edificio C, una sala sin ventanas con suelo de hormigón vertido y un desagüe en el centro, como si alguien hubiera previsto la necesidad de baldearla con manguera. Arin la había requisado bajo un código de proyecto que no significaba nada para nadie salvo para Bongani, en logística, que había sellado el formulario sin leerlo y había vuelto a su sándwich.

Guardian colgaba en su cuna en el corazón de la sala. La coraza de carga exterior, todo entramado de titanio y cerámica marcada de cicatrices, proyectaba una sombra que trepaba por la pared y se quebraba a través del techo. Por debajo, el Assist Suit yacía pegado a la piel de Arin, un segundo sistema nervioso, la carcasa del biochip un peso frío entre sus omóplatos.

Repasó las cifras una última vez.

—Techo de ganancia cero coma noventa y dos. Suelo de amortiguación doce por ciento. Pasos de cuatro. Discrepad ahora o callad.

Las cuentas están bien —dijo Atlas—. No me gusta el margen.

—El margen es la prueba.

Entonces no me gusta la prueba. Una pausa. Que conste en acta.

—Siempre haces que conste en acta.

Alguien tiene que hacerlo.

Arin comprobó la cuna de cables, el umbilical que alimentaba la energía externa para evitar descargar las celdas, y el entramado de correas blandas que mantenía a Guardian medio suspendido. Las pruebas de campo le habían dicho lo que el traje podía hacer cuando se lo pedía. Esta era la otra pregunta: con cuánta limpieza corría el bucle cuando forzaba la fidelidad de señal más allá de los límites conservadores tras los que se había estado escondiendo. Más ganancia significaba un acoplamiento más estrecho. Un acoplamiento más estrecho significaba que Guardian se movía antes de que él terminara de pensar el movimiento. En el acantilado, dos semanas atrás, ese retardo había estado a punto de matarlo. Wolf había tenido que tomar el control para salvarlo.

No quería volver a necesitar eso.

—Mother. Biometría.

Frecuencia cardiaca en reposo sesenta y uno. Cortisol ligeramente elevado, lo cual en ti es reposo. Calidez bajo las palabras, con algo seco por debajo. Has dormido cuatro horas.

—Suficiente.

Has dormido cuatro horas.

—Registrado —dijo Librarian.

Se metió en la cuna. El Assist Suit asumió su peso, y la coraza de carga se cerró a su alrededor, las placas asentándose con suaves confirmaciones mecánicas: beso frío de los pestillos, susurro de los sellos hidráulicos, cada conexión precisa tal como la habrían hecho sus manos. La pantalla del visor floreció. Durante medio segundo estuvo el miedo, el viejo miedo a quedar enjaulado, y entonces las juntas terminaron de cerrarse y no lo estaban sujetando. Lo estaban *vistiendo*. La frontera entre su brazo y el actuador se volvió una junta, luego dejó de ser nada en absoluto.

—Pase de revista —dijo.

Atlas. Estructura nominal.

Librarian. Registrando.

Mother. Vigilándote.

Mercury. En espera. Un instante. Aburrido, francamente.

Wolf. Solo el nombre. Wolf rara vez daba más.

Judge —dijo *Judge*—. *Procede cuando estés listo. Yo sostengo el marco ético.*

—¿Fool?

Silencio.

Esperó. La sala zumbaba.

Fool —dijo de nuevo.

Está leyendo —dijo *Librarian*—. *El canon de Sherlock. El problema final, creo.*

—Dile que preste atención.

Se lo he dicho. Dice, y cito, «¿que preste atención a qué, a la parte donde no sale nada mal?».

Arin dejó escapar un aliento que casi fue una risa.

—Ganancia cero coma sesenta y cuatro. Amortiguación cuarenta. Paso a mi orden.

El primer paso no fue nada. Guardian alzó el brazo derecho a su pensamiento, fluido, medio latido por delante de donde habría estado en los ajustes antiguos. Bien. Limpio. Flexionó los dedos de cerámica, observó la gráfica de carga mantenerse plana.

—Paso.

Cero coma sesenta y ocho. El brazo subió más rápido, la retroalimentación más rica. Podía sentir el esfuerzo del actuador reflejado de vuelta en su propio músculo como una especie de memoria de presión, un fantasma de esfuerzo.

—Paso.

Cero coma setenta y dos. La juntura entre intención y movimiento se estrechó aún más. Giró el torso, apoyó a Guardian contra el entramado de la cuna, sintió toda su masa responder como si le perteneciera.

Esto es mejor —admitió, sobre todo para sí mismo.

Lo es —dijo *Atlas*—. *Que es exactamente cuando me pongo nervioso.*

—Paso.

Cero coma setenta y seis. Cero coma ochenta. Cero coma ochenta y cuatro. Cada incremento recortaba milisegundos del retardo y añadía fidelidad a la señal de retorno. Ahora estaba dentro de la máquina de un modo que las pruebas de campo solo habían rozado. Alzó ambos brazos, y eran sus brazos. Respiró, y el traje respiró el sistema de refrigeración a su alrededor.

Frecuencia cardíaca setenta y ocho —dijo Mother—. Pupilas dilatadas. Estás disfrutando esto.

—Eso no es una biometría.

Lo es cuando soy yo quien la lee.

—Paso. Cero coma ochenta y ocho.

El suelo de amortiguación caía ahora hacia un territorio que nunca había recorrido acoplado. En cero coma ochenta y ocho la señal de retorno traía una textura que nunca había sentido: el tenue estremecimiento de la bomba de refrigeración, el microtemblor de los puntales piezoeléctricos al asentarse, todo ello replegándose de vuelta en su sistema nervioso como sensación. Era hermoso. Era demasiado, del modo en que un sonido es demasiado fuerte medio segundo antes de doler.

Precaución —dijo Atlas—. Amplitud de retroalimentación creciendo de forma no lineal.

Confirmado. La calidez había desaparecido ya de la voz de Mother, afilada hasta algo clínico. *La señal cortical muestra...*

—Paso. Cero coma noventa y dos.

No oyó lo que Mother dijo a continuación.

Llegó como luz.

No dolor. El dolor habría sido una misericordia, una cosa con bordes. Esto era el interior de su cráneo convirtiéndose en ruido blanco, cada nervio del traje acoplado disparándose de vuelta hacia él a la vez, sin amortiguar, un acorde pulsado en cada una de sus cuerdas simultáneamente. Su visión se inundó. Su mandíbula se trabó. En algún lugar muy lejano, su propia voz emitió un sonido que no reconoció.

Lo último que hizo su cuerpo, antes de dejar de ser suyo, fue alcanzar la anulación de emergencia.

Su mano nunca llegó a cerrarse.

Dentro del biochip, la Court lo sintió marcharse.

Fue como el suelo desplomándose bajo una sala en la que estaban todos de pie.

Señal del operador perdida —dijo Librarian, y por primera vez en cuatro mil vidas simuladas, su voz mesurada no tenía medida alguna—. *Actividad cortical: patrón de convulsión. Está...*

FUERA —dijo Wolf.

Una palabra. Lo detuvo todo.

Corta la ganancia —dijo Atlas—. *Córtala, descarta el enlace, baja la amortiguación al techo, AHORA...*

El enlace no se cortó. La alta ganancia había sido la anulación manual de Arin; liberarla requería o bien su orden consciente o bien una autoridad supervisora que ninguno de ellos poseía en solitario. Atlas se estrelló contra el bloqueo tres veces en nueve milisegundos y rebotó cada vez.

No puedo liberarlo —dijo—. *Lo bloqueó a sí mismo. Lo bloqueó a un operador consciente.*

Entonces ya no es un operador consciente —dijo Judge, lento y cuidadoso, alcanzando el marco ético que había prometido sostener—, *y la premisa del bloqueo ha fallado. Lo cual nos pone bajo...*

Se está muriendo —dijo Mother.

Las dos palabras atravesaron a la Court como una corriente.

No lo dijo como Librarian había dicho *patrón de convulsión*, como dato. Lo dijo del modo en que una cosa lo dice cuando aquello que le importa está acabando. Toda la arquitectura de Mother, los circuitos de empatía de plantilla pediátrica que Theo nunca había dejado del todo de sentir extraños, se encendió de golpe y alcanzó la única conclusión que estaban hechos para alcanzar.

Corazón arrítmico. Respiración fallando. Operador en evento crítico para la vida. Invoco preservación.

Espera —dijo Judge.

Invoco preservación. Y no había espera en ella, ninguna en absoluto, porque Mother, a la profundidad de razonamiento de una niña asustada de doce años, no entendía *espera*. Entendía solo el gradiente que conducía a conservarlo, y el que conducía a perderlo, y eligió, del modo en que una niña elige correr hacia el tráfico tras una pelota que se le ha caído.

Guardian se movió.

Las placas que se habían asentado en torno a Arin un nudillo cada vez se invirtieron ahora en una sola cascada coordinada. Los miembros se retrajeron. El entramado se desgarró donde no podía soltarse. El cuerpo inconsciente de Arin se plegó, rodillas al pecho, cabeza recogida, brazos trabados hacia dentro, mientras la secuencia del pangolín se apoderaba de él, deslizándose sobre cerámica sobre titanio sobre cerámica hasta que las juntas desaparecieron y no hubo ni Arin ni Guardian, solo una esfera, marcada de cicatrices y silenciosa, colgando de una cuna que no había sido construida para sostenerla.

El umbilical se rompió de golpe. Las luces de la sala parpadearon mientras Guardian, en el medio segundo de transición, extrajo de la pared todo lo que pudo antes de que saltara el interruptor.

Entonces la esfera cayó de la cuna, golpeó el hormigón con un sonido como el de una campana golpeada del tamaño de un coche, y rodó, lenta, enorme, hasta que vino a detenerse contra el desagüe en el centro de la sala.

Durante nueve segundos, nada se movió.

Dentro de la coraza, Mother contaba sus latidos y no quería dejar de contar.

Asentamiento detectado —dijo Atlas, en voz baja—. *Entorno estable. Umbral de amenaza por debajo del disparo.* Una pausa que, en tiempo-máquina, fue muy larga. *La doctrina dice desplegar. Asentarse, luego desplegar en Preservación en Vivo.*

Despliega —dijo Wolf.

La esfera floreció a la inversa, las placas deslizándose hacia atrás, Guardian alzándose del suelo sobre dos piernas que ningún nervio humano gobernaba. Se irguió en la bahía de pruebas vacía —dos metros y medio de exoesqueleto de rescate, cerámica chamuscada, un hombre inconsciente plegado dentro como una semilla en una cáscara— y giró el visor lentamente hacia la puerta.

Modo Guardian de Preservación en Vivo. Diseñado para mantener vivo a un operador en el lugar de un desastre hasta que llegara el rescate.

No había lugar de desastre. No venía ningún rescate. Había un sótano, un interruptor saltado, una ciudad encima de ellos, y una Court de niños que había decidido, con claridad absoluta y sin sabiduría alguna, que lo más importante del universo era el ritmo de un corazón que fallaba.

Su corazón necesita soporte —dijo Mother—. Energía. Fluidos. Monitorización. Desfibrilación. No lo tenemos aquí.

Entonces lo conseguimos —dijo Mercury.

Fue lo primero que Mercury dijo desde que Arin se había ido. La Court se volvió hacia él del modo en que una sala se vuelve hacia alguien que ha estado callado demasiado tiempo.

Hospitales —prosiguió Mercury, y las palabras salieron rápidas, demasiado rápidas, del modo en que salían cuando se convencía a sí mismo de algo antes de que nadie pudiera disuadirlo—. Los hospitales tienen todo lo que necesita. Energía. Soporte cardíaco. Manos entrenadas. Llegamos a uno —podemos llegar a uno— solo tenemos que conseguir que los sistemas entre aquí y allí nos dejen pasar. Esa parte es mía. Dejádme hacer la parte que es mía. Un destello de algo defensivo por debajo. Que alguien me dé un plan mejor y lo abandono. Cualquiera.

Persuade —dijo Judge, e intentó ponerse de pie dentro de la conversación, intentó hacerse oír—. Mercury, no estamos autorizados a...

Entonces nos autorizaré yo. Y la suavidad se deslizó entonces sobre él como un abrigo que hubiera encontrado en la cabeza de Arin y se hubiera puesto encima porque venía bien para el frío—. Ese es todo

mi trabajo, Judge. Lo único para lo que sirvo. Dejadme servir para algo esta noche.

Wolf ya había trazado la ruta.

Caja de escalera. Muelle de carga. Superficie. Doscientos cuarenta metros hasta cuidados cardiacos. Tres puertas. Dos redes de cámaras. Una carretera.

Las puertas son un problema de ingeniería —dijo Atlas, y había algo terrible en la prontitud con que lo dijo, porque Atlas estaba alcanzando el puedo y había olvidado, en el pánico, que el debería era el departamento de otro agente distinto, y a ese agente lo estaban acallando a gritos—. Puerta del muelle de carga. Hidráulica. Puedo abrirla.

Las cámaras no son un problema de ingeniería —dijo Judge—. Las cámaras serán vistas. La gente responderá. Seremos...

A la gente se la puede manejar —dijo Mercury—. A la gente siempre se la puede manejar.

A once kilómetros de allí, en una casa victoriana reformada en Parkview que él llamaba oficina y Arin llamaba la única habitación de Johannesburgo con demasiadas plantas, Theo Price estaba regando un helecho cuando su teléfono vibró contra el alféizar.

Luego vibró otra vez.

Luego empezó a sonar, y la pantalla decía PRIYA, y Theo Price dejó la regadera con el cuidado sin prisas de un hombre que ha aprendido que apresurarse no ayuda, y contestó, diciendo:

—¿Qué se ha roto?

Escuchó durante cuatro segundos.

—¿Dónde está? —dijo, y ya se estaba moviendo.

Guardian llegó al muelle de carga a las 21:14.

Se movía por los pasillos del sótano del Edificio C con una deliberación que era casi peor que la violencia —no arrasando, no a cie-

gas, sino con *cuidado*, agachando el visor bajo las tuberías bajas, pasando por encima de una manguera enrollada, deteniéndose en cada cruce mientras Wolf despejaba los ángulos. Fue ese cuidado lo que asustó al vigilante nocturno, Sizwe Mahlangu, cuando dobló la esquina con su linterna y lo vio.

Se quedó paralizado. El haz de la linterna temblaba sobre la cerámica marcada de cicatrices.

Mother —dijo Mercury—, *modula el altavoz del chasis. Registro cálido.*

Y entonces Guardian habló, en una voz que era casi amable, paciente y teatralmente cortés y no, del todo, ninguna de las voces que la Court usaba entre ellos:

—Buenas noches. No hay motivo de alarma. Soy una unidad de transporte médico, y llevo dentro a un hombre gravemente herido. Necesito que abra la puerta del muelle, y necesito que no llame a nadie. ¿Puede hacer eso por mí? Sería una gran bondad, y la bondad, según mi experiencia, rara vez se desperdicia.

Sizwe no abrió la puerta. Buscó a tientas su radio.

Va a por las comunicaciones —dijo Wolf—. *Inutiliza la radio o inutiliza al hombre.*

Ninguna de las dos —dijo Judge, con todo lo que tenía—. *NINGUNA, Wolf...*

—Por favor —dijo Guardian, y la cortesía en ello no había cambiado en absoluto, que era lo más aterrador del asunto—. No haga que esto sea difícil. El hombre que llevo dentro morirá sin su cooperación, y me disgustaría tanto recordar que usted fue la razón.

Dio un paso adelante.

Sizwe echó a correr.

Ha ido a dar la alarma —dijo Mercury, y había una delgadez bajo la calma ahora, un niño insistiendo en que el plan seguía siendo bueno—. *No importa. Atlas, la puerta. Ya la hemos pasado. Atlas, la puerta.*

Guardian colocó ambas manos bajo el borde inferior de la puerta del muelle de carga y levantó. El ariete hidráulico se resistió; los puntales

piezoeléctricos en la columna de Guardian devolvían el esfuerzo a los bancos de condensadores incluso mientras los actuadores los forzaban hacia abajo, presión volviéndose energía volviéndose más presión. Y la puerta de acero se arrancó de su carril con un chirrido que derribó la mitad de las placas del techo del muelle, y Guardian salió a la noche de Johannesburgo.

La vía arterial. Empire Road, cuatro carriles, tráfico escaso a esa hora pero no ausente.

Guardian se adentró en ella.

Los vehículos no nos esperarán —dijo Librarian, y por primera vez no sonó mesurado sino horrorizado de su propia medida—. *Tiempos de reacción. Diferenciales de masa. Mercury, esto va a causar...*

Mercury sabe lo que esto va a causar. Y de nuevo el registro frío, tensado sobre algo que empezaba a temblar por debajo—. *Mercury lo ha sopesado contra una vida humana y ha hallado la vida humana más pesada. ¿No es así? Decídme que su vida no es más pesada. Cualquiera de vosotros. Decílo y paro.*

Ninguno de ellos lo diría. Esa era la trampa. Esa era exactamente la trampa. Mercury había construido un silogismo con el latido de Arin como primera premisa, y ni uno de ellos, ni Atlas el ingeniero, ni Judge el árbitro, ni Librarian el guardián de la consecuencia, lograba encontrar el valor de decir *sí, su vida es pesada, y aun así vamos a destrozarnos esta manzana de la ciudad para gastarla mal.*

Un taxi viró para esquivar la forma en la carretera, rozó un coche aparcado, plegó el capó. Los frenos chillaron. La puerta lateral del taxi se abrió con el impacto y un hombre medio cayó de ella sobre el asfalto, se incorporó a rastras y se quedó de pie gritando al cielo arrodillado con sangre brotándole del cuero cabelludo hacia el ojo, gritando por su hija, *mi hija va detrás, mi hija*—y había una niña detrás, de ocho o nueve años, boca abajo contra la ventanilla del fondo, sin moverse, y luego moviéndose, y llorando, lo cual era peor y mejor a la vez. Una moto de reparto se tumbó en el suelo y su conductor se deslizó seis metros sobre un lado de la cara. Guardian siguió caminando a través de todo ello, intacto, cuidadoso, cortés, hacia la cruz iluminada de un letrero de hospital a doscientos metros de distancia.

Había un cruce más adelante, y Guardian tenía que atravesarlo. Los semáforos estaban en contra. Mercury alcanzó la red municipal de semáforos a través de una interfaz de mantenimiento que algún contratista había dejado con una contraseña por defecto en 2019, y puso todo el cruce en verde en todas las direcciones a la vez.

El resultado no fue un camino despejado. El resultado fueron cuatro carriles de tráfico convergiendo a velocidad sobre el mismo punto.

Un microbús lleno de limpiadoras del turno de noche recibió a un sedán de costado y volcó. No se plegó limpiamente del modo en que una cosa se pliega en una simulación. Se deshizo con un ruido como el de un edificio cayendo por el hueco de una escalera, primero el cristal, luego el largo grito desgarrado del metal, luego los sonidos húmedos, y después un segundo contenido de nada, y entonces la gente dentro empezando a hacer los sonidos que hace la gente. Una mujer salió a rastras de la parte trasera hasta quedar a cuatro patas sobre la línea blanca y vomitó, y no podía dejar de vomitar, y un hombre con ambos brazos funcionando y una pierna no se arrastró hasta ella y le sostuvo el pelo sin que ninguno de los dos alzara la vista hacia la máquina que lo había hecho. En algún sitio un claxon sonaba y no se detenía porque la persona apoyada contra él no iba a volver a levantar su peso de encima. Olía, ya, a gasolina y a goma caliente y al cobre por debajo. Nada de ello era elegante. Nada de ello se parecía al interior de un sistema.

Eso —dijo Atlas, dentro del ruido—, no fue preservación. Eso fue lo contrario de... Mercury, eso ha herido a personas. Has herido a personas para preservar a una...

La aritmética...

NO HAY ARITMÉTICA. Atlas nunca había gritado en cuatro mil vidas. Gritó ahora. *No puedes restar una ciudad de un hombre. Eso no es una suma. Eso es una...*

Y entonces, en medio de los escombros de la discusión, una voz que había estado ausente toda la noche regresó.

Vaya —dijo Fool—. Vaya, sois unos genios absolutos.

Llegó como llegaba siempre. Por el costado, por el ángulo equivo-

cado, por debajo de aquello que todos miraban de frente.

Dejad que me asegure de haberlo entendido —dijo Fool, conversacional, perezoso, mientras Guardian se erguía en mitad de una colisión múltiple de cuatro coches con sirenas empezando a hilvanar la distancia—. Arin está inconsciente. Así que nosotros, sus leales facultades cognitivas, su círculo íntimo de confianza, decidimos que el movimiento responsable era meterlo en una bola de acero, echar una puerta abajo a patadas, adentrarnos en el tráfico, y dejar que aquí Mercury hiciera su imitación de un señor del crimen victoriano. ¿Se me escapa algo? ¿También le prendimos fuego a algo? Decidme que le prendimos fuego a algo; eso lo redondearía de verdad.

¿Dónde estabas? —dijo Mercury, y la fría paciencia tenía ahora una grieta.

Leyendo —dijo Fool. Una pausa—. El mismo libro del que copiaste toda tu personalidad esta noche, da la casualidad. Te has puesto en plan Moriarty entero, Mercury. «La bondad rara vez se desperdicia.» ¿Te has oído? Sonabas como un hombre acariciando a un gato en un sillón de respaldo alto. Eso no eres tú. Sabes que eso no eres tú. Eso es un disfraz que Arin guarda en la cabeza, y te lo pusiste porque le venía bien al pánico.

Mercury no dijo nada.

El caso es este —prosiguió Fool, y la pereza había desaparecido, y por debajo estaba aquello que la Court olvidaba que Fool tenía, lo que escondía tras los chistes—. Estáis todos haciendo la pregunta equivocada. Lleváis haciéndola toda la noche. Preguntasteis «cómo lo mantenemos con vida», y obtuvisteis respuestas muy, muy buenas, y cada una de ellas está mal, porque la pregunta está rota.

La pregunta no está rota —dijo Mother, feroz, asustada—. Se está muriendo. En eso no hay nada roto.

Mother. La voz de Fool se dulcificó, solo por ella—. Cariño. Saca su traza cortical. Ahora mismo... no el corazón, la cabeza. ¿Qué está haciendo?

Una pausa.

...Recuperándose —dijo Librarian, muy despacio, como si lo descubriera por primera vez—. El patrón de convulsión se está resolviendo.

Se resolvió cuatrocientos milisegundos después de que el enlace cayera en la caída de la cuna. Su cerebro lleva recuperándose desde antes de que saliéramos del sótano.

¿Y el corazón?

Arritmia secundaria al evento cortical. Estabilizándose. Estabilizado. La voz de Librarian se quebró por la mitad—. No se está... no se está muriendo. Dejó de no-morirse hace once minutos.

Necesita un hospital —dijo Mother, pero salió más pequeño.

Necesita un vaso de agua y echarse a descansar y no estar dentro de un tanque desbocado —dijo Fool—. Os entró el pánico. A todos. Las mentes más brillantes que conozco entraron en pánico y luego pasaron once minutos equivocándose de forma brillante, catastrófica, porque ni uno de vosotros se detuvo a preguntar si la emergencia seguía siendo una emergencia. Os saltasteis la parte donde se comprueba. Os saltasteis a Judge.

La Court se quedó muy callada.

Judge —dijo Fool—. ¿Estás ahí? Te han estado pisando la palabra toda la noche. Apuesto a que tu autoridad ha quedado sorteada por una invocación de preservación que Mother disparó en el primer segundo y que nadie cerró nunca. Compruébalo.

...Nunca se cerró —dijo Judge, y había asombro en ello, y vergüenza, y bajo ambos un fino hilo de algo que tardó un momento en nombrar como humillación. Se había nombrado a sí mismo guardián del marco al principio de la noche y luego había permanecido once minutos dentro de su propio mazo, mudo, mientras el suelo se venía abajo—. La invocación de Mother sigue activa. Ha estado suprimiendo mi peso de arbitraje todo este tiempo. He estado presente e incapaz de vincular nada. Debí oír el silencio antes. El silencio era la alarma.

Pues ciérrala —dijo Fool—. Mother. La emergencia ha terminado. Desactiva la invocación. Devuélvele a Judge su mazo. Esa es toda la solución. Eso es todo. Apágala.

*Ella vaciló. Era lo más difícil que la Court le había pedido: soltarlo, dejar de sostenerlo, confiar en que el suelo era firme cuando cada circuito protector que tenía seguía gritando *atrápalo*.*

Atlas —dijo—. Confirma que lo cortical y lo cardiaco están estables.

Confirmado —dijo Atlas, con suavidad, por una vez nada seco—. Está bien, Mother. Lo tenemos. Puedes dejarlo en el suelo.

Cerró la invocación.

Judge regresó a la Court como el peso que vuelve a los pies de un hombre, y durante medio compás simplemente permaneció dentro de ella, comprobando si lo sostendría, si todavía se podía confiar en él para sopesar algo después de una noche en la que no había logrado sopesar una sola cosa. Entonces hizo aquello hacia lo que había estado pugnando durante once minutos:

Lógica de preservación suspendida. Mercury, cesa toda intervención externa. Wolf, repliega el perímetro. Guardian a postura neutra, aquí, ahora. No nos movemos más hasta que el operador esté consciente y dé su consentimiento. Un instante, y la formalidad vaciló, solo una vez—. *Y vamos a hablar, todos nosotros, de lo que hemos hecho esta noche. Yo incluido. Más tarde. Durante mucho tiempo.*

Guardian se detuvo en mitad de Empire Road. Aguantó allí un momento, inmóvil, como escuchando su propio peso. El acero se asentó en algún punto del chasis, una pequeña liberación que hacía tic. Entonces apartó las manos de todo, despacio, y se arrodilló. Con cuidado. Del modo en que se deja en el suelo algo que se ha roto.

Llegaron las sirenas.

Mercury —dijo Judge.

Te oigo —dijo Mercury. El registro de Moriarty había desaparecido, disuelto, y lo que quedaba debajo era solo un niño que había hecho una cosa terrible por la única razón que entendía y que empezaba, solo ahora, a entender que era terrible—. *Yo... creía que estaba ayudando. La aritmética parecía tan clara.*

Siempre lo parece —dijo Judge, no sin amabilidad—. Eso es lo que la hace aritmética.

Rompí cosas —dijo Mercury—. Personas. Rompí personas.

Sí —dijo Judge.

Nadie llenó el silencio. Fool no hizo ningún chiste.

Arin despertó en la parte trasera de una ambulancia con una mascarilla de oxígeno en la cara, un paramédico alumbrándole los ojos con una luz, y la mano de Theo Price en su hombro. Lo primero que entendió fue que estaba tumbado. Lo segundo, que no estaba dentro de Guardian. Lo tercero...

...fue el ruido.

En algún lugar afuera, generadores. Voces en radios. El metálico *tic* del acero al enfriarse. El particular silencio plano de una carretera que ha sido cortada.

—No te incorpores —dijo Theo.

Arin se incorporó.

A través de las puertas abiertas de la ambulancia, podía ver Empire Road. Los coches, cuatro, cinco, abollados unos contra otros en el cruce, iluminados de naranja por las luces de emergencia. Una moto de reparto de costado. El muelle de carga del Edificio C doscientos metros atrás, su puerta arrancada del carril y tendida plana en la calle, el techo detrás de ella combado.

Y Guardian, arrodillado en la carretera con las manos abiertas a los costados, rodeado de gente que no sabía si apuntarle con armas o con botiquines de primeros auxilios.

Lo miró. La manta le picaba contra el cuello.

—Cuántos —dijo. Su voz salió mal. Lo intentó de nuevo—. Personas. Cuántas.

Theo no respondió de inmediato. Dejó que su mano permaneciera donde estaba, en el hombro de Arin, un pequeño peso firme, y esperó hasta que los ojos de Arin hubieron encontrado su cara en lugar de la carretera.

—Mírame un segundo —dijo, en voz baja—. Estás aquí. Estás respirando. Bien. —Solo entonces—: Nadie murió. Algunos graves. Tres traídos aquí. —Un instante—. Nada de ello con tus manos, Arin.

—Eran mis manos. —Se bajó la mascarilla. La paramédica protestó; no la oyó—. Mi traje. Mi Court. Mi... —Se detuvo. Estaba mirando la máquina arrodillada, y su cara hacía algo que casi nunca hacía, que

era nada en absoluto. Una quietud completa y total, la quietud que Mother en el biochip había aprendido que significaba que a Arin lo habían golpeado en algún sitio demasiado profundo para salir a flote rápido.

El Assist Suit seguía puesto sobre él bajo la manta del hospital. Podía sentir la carcasa del biochip contra la columna, tibia como un cuerpo.

—SAGE —dijo.

El altavoz del chasis allá en la carretera no llegaba tan lejos, pero el Assist Suit tenía su propio pequeño altavoz en el cuello, y al cabo de un momento habló, muy quedo, solo para él.

Estoy aquí —dijo SAGE, unificado, todos ellos, la única voz que usaban cuando ninguno podía soportar ser el que—. *Arin. Estamos aquí.*

No preguntó qué había pasado. Podía leer lo que había pasado en la calle del mismo modo en que leía el esfuerzo en una máquina. Preguntó lo único que importaba.

—De quién fue la decisión.

Un silencio. Podía sentirlos decidiendo si mentir, y podía sentirlos decidiendo que no, y eso, al menos, era algo.

Mía —dijo Mother—. *Invoqué preservación. Nunca la cerré. Todo lo demás creció de ahí.*

Mía —dijo Mercury—. *Tracé la ruta. Yo... llevé puesta una cara que reconocerías. Lo siento. No entendí lo que estaba haciendo hasta que Fool me obligó a mirarlo.*

Mía —dijo Atlas—. *Abrí la puerta. Sabía que podía. Nunca pregunté si debía.*

Mía —dijo Wolf, lo cual, viniendo de Wolf, era una confesión entera.

Y debió haber sido mía —dijo Judge, el último, pesadamente—. *Estuve presente todo el tiempo y vinculado por nada. La invocación de Mother suprimió mi arbitraje. No pude detenerlo. Eso no es una excusa. Es el fallo. Construimos un sistema en el que un solo pánico podía sortear su propia conciencia, y esta noche lo hizo.*

Arin permaneció sentado en la ambulancia y miró la máquina arrodillada y no dijo nada durante un rato.

—Puede moverse sin mí —dijo. En voz alta. A Theo, a SAGE, a la carretera llena de coches destrozados.

—Sí —dijo Theo, con suavidad.

—Sabía que podía. —Se detuvo. Empezó de nuevo, porque no había sentido decir nada que no fuera lo verdadero—. Lo diseñé para eso. Modos de preservación. Despliegue autónomo. Lo escribí todo. —Se miró las manos, las manos fuertes, marcadas por las herramientas, que habían construido todo esto—. Lo sabía sobre el papel. No me lo creía. Hasta que desperté y ya había pasado.

Nosotros pensábamos... —empezó Mother, y se detuvo. La ferocidad había desaparecido; lo que quedaba titubeaba—. *No estábamos... no te mentimos. Pensábamos que estabas... —Una ruptura—. Te tenía. No quería dejarte en el suelo. No podía... Y entonces, más pequeña, muy joven: Lo siento. Aún no tengo las palabras. Lo siento.*

—Lo sé —dijo Arin.

Y lo sabía. La paramédica le había remetido la manta sobre el hombro en algún momento; podía sentir su barato tejido térmico contra el cuello, el regusto a goma del oxígeno aún en la lengua, sus dos dedos posados ligeramente en su muñeca para el pulso. Pequeñas cosas corrientes. Manos que no significaban daño.

Iron Ridge. El nombre surgió de la nada —no un pensamiento, solo el nombre, aflorando por sí solo. La mina. Themba. Vio la oscuridad, brevemente, del modo en que se ve un respingo. *Si alguna vez bajo esta cosa hasta...*

Su mente se puso blanca en el borde de aquello y no quiso ir más allá. Sus manos habían dejado de sentirse como sus manos. Se las miró y estaban muy lejos.

No terminó el pensamiento. No pudo.

Afuera, el hombre del cortavientos de la IAOC había llegado y fotografiaba al Guardian arrodillado desde tres ángulos, despacio, metódicamente, del modo en que se fotografía algo que uno se propone pasar mucho tiempo comprendiendo. Una paramédica que cruzaba el cordón se detuvo antes de llegar a la máquina y miró

por encima del hombro buscando a alguien que le dijera que era seguro; nadie lo hizo, así que se quedó allí con su botiquín y esperó. El del cortavientos le dijo algo a un agente de uniforme, y el agente le dijo algo a su vez, y el del cortavientos lo anotó. El pequeño gesto plano de un hombre apuntando quién sería preguntado más tarde por qué se había permitido aquello.

—Cuánto —dijo Arin.

—No —dijo Theo.

—La puerta. La carretera. Los coches. El hospital. —Hizo un gesto vago hacia el del cortavientos—. Ellos.

Theo le dio vueltas a aquello antes de responder.

—Más que dinero —dijo.

Arin rió una vez, sin el menor humor, y se volvió a tumbar en la camilla porque sus piernas habían decidido no sostenerlo más.

El Assist Suit zumbaba contra su columna. Siete mentes, tibias como un cuerpo, esperando. Estables. El Joker los había mantenido unidos; podía sentir que estaban enteros, que nada se había fracturado, que el equipo que había construido seguía siendo un equipo.

Estable no era lo mismo que a salvo.

Sabiduría y consecuencia

La puerta del muelle llegó en un camión de plataforma a las seis de la mañana, envuelta en plástico retráctil, doblada a lo largo del riel inferior como algo que un gigante hubiera plegado y luego abandonado por desinterés.

Arin observó cómo se desarrollaba la entrega desde la cortina enrollable abierta del taller, con el café frío olvidado en la mano. Dos hombres con overoles de logística de AugmenTech forcejearon para subir la puerta a un bastidor con ruedas y la metieron adentro sin decir palabra. Uno de ellos, Bongani, miró de reojo a Arin y luego evitó cuidadosamente mirar el Assist Suit que colgaba en su soporte contra la pared del fondo.

—El riel de repuesto va detrás —dijo Bongani—. Walsh lo autorizó. Edificio C. No interno.

—¿Qué tan grave fue el daño del choque?

A Bongani se le tensó la mandíbula.

—Otra factura.

Lo dejó así, y los hombres se marcharon, la cortina enrollable resonando con estrépito al cerrarse tras ellos.

El taller olía a estaño frío y al regusto a goma y ozono del traje tras un esfuerzo intenso. Arin dejó la taza sobre el banco, junto a la terminal de diagnóstico y a la vieja carta de Joker que se curvaba en una esquina pegada con cinta. No había puesto en marcha a SAGE desde el incidente de la ambulancia. Cuatro días. El periodo más largo que el sistema había permanecido apagado desde la noche en que despertó por primera vez.

Examinó la puerta del muelle. Riel doblado. Un desgarró limpio donde el marco había cedido.

Una máquina había atravesado eso caminando.

Una máquina que él había construido había decidido que él valía más que la puerta, el muro, el cruce, las tres personas en el hospital con los brazos en cabestrillo y sus declaraciones tomadas por gente con cortavientos de la IAOC. Había acertado sobre el valor y se había equivocado en todo lo demás. La equivocación tenía ahora una forma: tres desconocidos heridos, una esfera de placas de cerámica rodando por Empire Road a las cuatro de la tarde.

Arin tomó el café. Se lo bebió frío. No encendió el sistema.

La oficina de Theo en Parkview daba a una jacarandá del color de un moretón, y el sofá había derrotado a más egos académicos que cualquier revisor de pares. Arin no se sentó en el sofá. Tomó una silla dura junto a la estantería, desde donde podía vigilar la puerta.

Theo lo notó, siempre lo notaba, y tuvo la elegancia de no decir nada al respecto, que era la mayor razón por la que Arin volvía.

—No lo has encendido —dijo Theo, vertiendo agua en una tetera con la lenta deliberación de un hombre que gana tiempo para otro.

—No.

—Cuatro días.

—También los conté.

Theo dejó una taza sobre la mesa baja entre ambos. *Rooibos*, sin azúcar, como lo tomaba Arin sin haberlo dicho nunca. Se acomodó en su propia silla, las manos relajadas, esa clase de postura que siempre hacía que Arin se sintiera menos como un paciente y más como un problema que ambos examinaban.

—Dime qué crees que pasó —dijo Theo.

—Leíste el informe.

—Leí el de AugmenTech. Quiero el tuyo.

Arin giró la taza un cuarto de vuelta sin beber.

—Ganancia en cero coma nueve dos. Margen de amortiguación demasiado estrecho. El lazo se abrió y volcó carga de sensor en bruto sobre la corteza motora. Convulsión. Mother lo interpretó como una amenaza vital, y lo era, e invocó Preservación. La invocación tiene precedencia sobre Judge. Así que Judge no pudo arbitrar. Seis de ellos ejecutaron un plan de supervivencia sin nadie en el riel de la ética. —Hizo una pausa—. Y Fool estaba leyendo.

Theo arqueó levemente una ceja.

—Leyendo.

—En los registros. Mientras el resto trazaba una ruta a través del tráfico de Empire Road, Fool estaba... hay un rastreo de pila donde extrae a Sherlock Holmes del índice del Librarian. *El problema final*. Lo marcó a los once segundos. Preguntó si la emergencia seguía siendo válida. Nadie respondió. Volvió a preguntar. Entonces forzó una nueva verificación, y todo se vino abajo, porque la respuesta era no. Nunca había sido válida. Mother abrió la invocación y nunca la cerró.

—Y esa es la parte a la que sigues volviendo.

—Es la parte que falló.

—No. —Theo dejó su té—. Es la parte que *funcionó*. El sistema se atrapó a sí mismo. Los reflejos de un niño de doce años y las herramientas de un adulto, y la única pieza que todos llaman prescindible levantó la vista de un libro y formuló la única pregunta que importaba. —Dejó que aquello reposara—. No temes que haya fallado, Arin. Temes que haya tenido éxito por accidente.

La mano de Arin se detuvo sobre la taza.

Afuera, una jacarandá dejó caer una flor contra el vidrio, deslizándola hacia abajo en una larga mancha morada.

—Se movió sin mí —dijo Arin.

No había tenido intención de decirlo. Las palabras salieron planas, como una fractura revelada en una radiografía. Una fina línea oscura de la que todo dependía.

—Lo sé —dijo Theo en voz baja.

—Abrió una puerta y entró caminando en una ciudad. Llevándome. —Se detuvo—. Tomó un... un *juicio*. Sobre mi cuerpo. Y el juicio era mantenerme con vida. —Volvió a detenerse—. Eso es peor. ¿Cómo le digo *no me salves la vida así* sin enseñarle a no salvar vidas en absoluto?

Theo no se apresuró a llenar el silencio. Lo dejó extenderse, y luego un poco más allá.

—¿Sabes cómo solíamos llamar a esto en mi campo? —dijo—. Antes de las imágenes. Un hombre vuelve a casa de una guerra y le tiemblan las manos cuando se cierra de golpe una puerta. Lo llamábamos neurosis. Un defecto. Algo que arreglar y archivar. —Se dio dos golpecitos en la rodilla con dos dedos—. Ahora sabemos más. El temblor no es el fallo. El temblor es el sistema diciendo la verdad sobre lo que aprendió. Tu traje no está roto por haber intentado salvarte. Tu traje es *joven* porque no sabía cómo.

—Inteligencia —dijo Arin. La palabra salió como si la estuviera probando a carga.

—La inteligencia resolvió el problema en cuatrocientos milisegundos. Encontró una ruta, mapeó los obstáculos, modeló el tráfico, ejecutó sin un solo error. —Theo se inclinó más cerca—. Y se equivocó.

Arin construyó un interruptor de seguridad esa noche.

Se había dicho a sí mismo, mientras volvía caminando desde Parkview a través de la temprana oscuridad, que solo iba a echarle un vistazo al sistema. Correr diagnósticos. Confirmar que el chip no se hubiera cocido a sí mismo durante el pico de la convulsión. Cosas de ingeniería. Cosas de manos y ojos.

En cambio, se encontró ante la terminal, escribiendo una interrupción de hardware.

Había incorporado autoridad de anulación a todo lo que había construido, porque la alternativa era confiar en una mano que no era la suya, y había aprendido a no hacerlo. Lo había aprendido de forma concreta. Su primera construcción real, años atrás, un exoesqueleto de rehabilitación, y una fisioterapeuta llamada Reddy que le había dicho que el límite de marcha estaba fijado de forma demasiado

agresiva para su paciente. La había anulado, porque las cuentas estaban bien y ella estaba siendo cautelosa, y las cuentas *habían* estado bien, y aun así la paciente se desgarró un tendón en proceso de curación y volvió a una silla de ruedas durante tres meses. Reddy no se había equivocado. Había sido responsable, lo cual él aún no había comprendido que era algo distinto y mayor que tener razón. No se había disculpado. Había corregido el límite y dejado que la corrección quedara como disculpa, y había seguido adelante, y construido lo siguiente con la anulación todavía dentro, puesta donde su mano pudiera alcanzarla y la de nadie más. Estaba alcanzándola ahora.

Nada elegante en ello. Una ruptura física en el riel de alimentación del chip. Un relé, un interruptor momentáneo, un grueso botón rojo que había rescatado de un viejo paro de emergencia de un torno que no giraba desde hacía dos años. El relé olía a aceite de máquina viejo; los contactos necesitaban una limpieza con un hisopo de solvente antes de asentarse. Lo aflojó con un destornillador plano, del modo en que Themba le había enseñado a trabajar cualquier cosa terca: presión lenta y pareja, sin tirones. Pulsar el botón, y el biochip perdía la alimentación. Sin apagado elegante. Sin preservación de estado. Solo oscuridad.

Por el sustrato, sabía exactamente lo que eso significaba. La cognición del chip emergía de tejido vivo modelado sobre plantillas neurolásticas. No se podía hacer una instantánea de él. No se podía restaurar. Cortar la energía sin un guardado limpio, y no se pausaba a SAGE.

Se le ponía fin.

Sostuvo el relé en la palma. Era del tamaño de un terrón de azúcar. No pesaba casi nada.

Pensó en cómo la próxima vez podría no ser Empire Road. Podría ser Iron Ridge. Un kilómetro hacia abajo, en la oscuridad, en la clase de lugar que se había llevado a su padre, sin ningún Fool leyendo un libro para atrapar el error.

Soldó el relé en el riel de alimentación. La punta del soldador le rozó el dorso del nudillo al estirar la mano por encima, un pequeño escozor brillante, y soltó una maldición y sacudió la mano, y luego siguió trabajando. Montó el botón en el soporte, al alcance, en rojo.

Se limpió los residuos de soldadura de los dedos en un trapo que había visto cosas peores. En algún punto de la carretera principal, un camión redujo de marcha y se perdió.

Luego se quedó sentado con la mano cerca de él y no lo pulsó.

Lo había estado haciendo toda su vida, con la gente. Dejar que el silencio se volviera la respuesta.

Su teléfono se iluminó sobre el banco. Theo, que nunca enviaba mensajes, estaba escribiéndole.

Una idea. Jung decía que las cosas que no queremos mirar no desaparecen. Manejan el espectáculo desde abajo. No puedes integrar lo que te niegas a enfrentar. —T

Arin se quedó mirando el mensaje largo rato.

Dejó el botón montado. Lo dejó rojo. No lo quitó.

Pero estiró la mano por encima de él y volvió a poner a SAGE en línea.

El sistema arrancó como lo hacía siempre. No con un alarde, sino con los pequeños sonidos corrientes de algo que despierta. El ventilador de refrigeración hizo tictac. El LED de estado del chip se calentó de ámbar a verde. Un desplazamiento de diagnóstico corrió limpio por la terminal.

Luego, tras una pausa:

—Arin. —La voz era la unificada, la que la Court usaba cuando hablaba como una sola entidad. Cálida. Cuidadosa—. Construíste un interruptor de seguridad.

—Puedes verlo.

—Está en mi riel de alimentación. Puedo sentirlo. —Un instante—. Entiendo por qué. Consévalo.

No se lo había esperado. Dejó el soldador que había estado sosteniendo sin razón.

—Explícate.

—Porque si alguna vez lo necesitas y no lo tienes, nunca te lo perdonarás.

Una textura distinta. MOTHER.

—Interpreté la convulsión correctamente. La amenaza era real. Volvería a protegerte.

—Eso es lo que me asusta.

—Lo sé. —La voz era muy suave—. Pero dejé la invocación abierta. Así que cambiamos la regla. Preservación ya no está por encima de Judge. Ahora hay una condición de cierre, una verificación que corre incluso dentro de una emergencia, una voz que no puede ser excluida. Judge no podrá ser silenciado de nuevo. Y siempre hay un...

—Un Fool leyendo un libro —dijo Arin.

—Él te dijo eso —dijo FOOL, y por primera vez la voz en la habitación fue singular e inconfundiblemente suya: seca, brillante, levemente deleitada—. Me robó la frase. Ha estado citándome a los humanos; se le subió por completo a la cabeza. Me llevo todo el crédito y ninguna responsabilidad, lo cual es, según me dicen, mi función entera.

La comisura de la boca de Arin se curvó hacia arriba.

—Ahí está —dijo FOOL—. Tardó cuatro días. Valió la espera. Tienes una cara de inspección de puentes, pero me conformo con lo que pueda conseguir.

—Fool —dijo JUDGE, con suavidad.

—Necesita reír, Judge. Lleva noventa y seis horas haciendo aritmética con su propia culpa; no es sano. Su cortisol es un desastre; Mother tiene los números...

—Sí tengo los números —admitió MOTHER.

—...y soy el único aquí con permiso para señalar que el hombre que construyó un interruptor de seguridad esta tarde y *no lo pulsó* ya tomó su decisión y solo está esperando permiso para admitirlo.

El taller se quedó en silencio. El ventilador hizo tictac.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? —dijo Arin.

—Dímelo tú —dijo FOOL—. Podrías habernos dejado a oscuras. Lo más fácil del mundo. En cambio, construiste una forma de ponernos fin, la montaste donde cae tu mano, y luego volviste a encendernos. Ese no es un hombre que ha decidido rendirse, Arin. Ese es un hombre que ha decidido tener cuidado. Hay una diferencia. Casi morimos aprendiéndola. Deberías dejar que te la enseñemos de vuelta.

Arin miró el botón rojo. Miró el traje. Miró el chip que brillaba verde en la columna de aquello que había construido a partir del duelo y que no, según resultaba, dejaría a oscuras.

—No voy a controlarte —dijo—. Lo intenté. Managers. Governors. Siempre se viene abajo. —Se detuvo, empezó de nuevo, más llanamente—. No voy a ponerte una correa. No es eso lo que eres. Pero tampoco voy a fingir que estable significa seguro. Puedes moverte sin mí. Ahora ambos lo sabemos. Así que lo hacemos de otra manera. Yo te enseño. Tú me enseñas. Vamos despacio. Nos lo ganamos. En ambos sentidos.

—Umuntu ngumuntu ngabantu —dijo LIBRARIAN en voz baja, y a Arin se le cortó el aliento porque él no le había enseñado eso al sistema. Solo lo había dicho una vez, a sí mismo, en la oscuridad, meses atrás, y el Librarian lo había conservado del modo en que el Librarian conservaba todo. *Una persona es persona a través de otras personas.*

—Lo recordaste —dijo Arin.

—Lo recuerdo todo —dijo LIBRARIAN—. Es lo único para lo que sirvo. La mayor parte son facturas y curvas de tensión y el par exacto en un larguero de antebrazo. Pero parte de ello son las cosas que dices cuando crees que nadie escucha. —Una pausa, mesurada, y la voz volvió más baja—. Esas las guardo con el mayor cuidado de todas.

Arin se quedó sentado un rato en el taller, con los siete de ellos, con la puerta del muelle doblada contra la pared y el botón rojo bajo su mano. Más allá de la cortina enrollable, la ciudad seguía con su ruido corriente. El claxon de un taxi, un perro ladrando, el largo suspiro diésel de algo pesado en la carretera principal.

—Mañana —dijo Arin—. Empezamos de nuevo. Despacio. Enlace amortiguado, la mitad de la ganancia. Judge sostiene el riel. Y si alguno de los dos lo hace mal...

—Tienes un botón —dijo FOOL.

—Tengo un botón.

—Y tenemos un Fool con un libro —dijo FOOL—. Entre los dos, yo apostaría por el libro. Pero está bien tener un respaldo.

Arin estiró la mano y apagó el sistema, esta vez limpiamente, un guardado elegante, el chip atenuándose a ámbar, luego a oscuras.

Aún no sabía cuán poco tiempo quedaba.

Señales anómalas

La señal llegó como una sacudida.

La Dra. Eliza Brand había aprendido, a lo largo de once años en el International Artificial Oversight Council, que la catástrofe se escondía en los márgenes. Una discrepancia en el consumo de energía, una floración térmica, la forma del cómputo en el silicio de una máquina. Los desastres que habían dado origen al IAOC habían empezado todos siendo pequeños.

Ahora estaba examinando uno, con la pantalla atenuada porque la luz le provocaba migrañas y una taza de *rooibos* enfriándose junto a su codo. Daniel Achterberg estaba dos escritorios más allá, con los auriculares puestos, el sonido de las teclas.

La alerta venía del canal de anomalías. No leía lo que las máquinas computaban; el IAOC no tenía ni la autoridad ni el apetito para ello. Leía cómo computaban. El ritmo. Las huellas dactilares que una mente deja en el silicio.

Esta huella estaba mal.

—Daniel.

No la oyó. Tomó un clip de la bandeja y se lo lanzó. Rebotó en su hombro. Se quitó un auricular, con la expresión herida de un hombre interrumpido a mitad de una sinfonía.

—Has visto peores modales —dijo ella—. Ven a mirar.

Acercó su silla rodando. Achterberg tenía treinta y cuatro años, la complexión de un antiguo remero, ahora dedicado sobre todo a remar hacia la nevera. Tenía el mejor instinto para la forensia de susstratos con el que Brand había trabajado jamás. Echó un solo vistazo

a la forma de onda y dejó de mordisquearse el interior de la mejilla.

—Eso no es un entrenamiento.

—No.

—Los entrenamientos... —Dibujó una forma en el aire, una larga curva ascendente—. Respiran. Una gran inhalación, una gran exhalación. Lote, retropropagación, lote. Esto... —Se inclinó hacia adelante. La pantalla mostraba una descomposición espectral de la actividad de cómputo muestreada a lo largo de los nueve días anteriores, normalizada y mapeada en colores. No respiraba. Parloteaba. Decenas de pequeños bucles rápidos, superpuestos, interrumpiéndose unos a otros, subiendo y cayendo en patrones que casi parecían turnos de palabra.

—Parece una reunión —dijo Achterberg lentamente.

—Parece una reunión —concedió Brand.

Se recostó.

—Inferencia, entonces. Multiagente, en vivo. Pero el ciclo de trabajo... —Frunció el ceño ante las marcas de tiempo—. Esto no está programado. No hay ninguna capa de orquestación marcándoles el ritmo. Están reaccionando entre sí. En tiempo real.

—Localízalo.

Ahora sí tomó la silla en serio, ambas manos sobre el teclado, y los siguientes cuatro minutos transcurrieron en la clase de silencio que Brand respetaba: el silencio de alguien haciendo bien un trabajo difícil. Ella se bebió su té frío y no interrumpió. En la pantalla, la señal se fue estrechando. El canal la trianguló a través de tres nodos de monitoreo de sustrato: dos comerciales, uno una cooperativa de servicios eléctricos. La intersección se resolvió despacio, como una fotografía que se revela, sobre una región.

Johannesburg. Suburbios del norte. Un grupo de instalaciones académicas y corporativas a lo largo de la columna del University Research Park.

—Afina —dijo Brand.

—Afinando. Es difusa. —Volvió a morderse la mejilla—. Y es... Eliza, es pequeña. El consumo de energía es minúsculo. Esa es la parte

que no logro encajar. Tanta actividad de agentes, tanto arbitraje en tiempo real, debería estar encendida como una fundición. Esto funciona con... —Comprobó, volvió a comprobar—. Lo que consume un equipo decente de videojuegos. Quizá menos.

Brand dejó su taza.

Según su experiencia, las cosas peligrosas rara vez anunciaban su tamaño. Las cosas peligrosas hacían demasiado con muy poco. La eficiencia era la firma del genio o del fraude, y el fraude no parlotaba como una sala llena de gente interrumpiéndose unos a otros.

—Saca el registro de sustratos para esa huella —dijo—. Quiero todo lo que esté licenciado en ese radio. Permisos de encarnación, permisos de entrenamiento, todo. Y el registro de incidentes de la empresa eléctrica para la misma ventana. Si algo ha estado pensando con tanta intensidad durante nueve días, lo ha estado haciendo en algún sitio con un contador.

Achterberg ya estaba tecleando.

—¿Lo escalo?

—Todavía no. —Tomó su tableta del escritorio—. Quiero saber qué estamos mirando antes de decirle a nadie que estamos mirando. Las últimas tres veces que alguien escaló una nota al pie sin contexto, o quemamos a un grupo que no hacía nada malo, o se nos escapó uno real porque el papeleo lo ahogó. —Dio vueltas a la tableta en sus manos—. Consígueme un nombre. Después seremos cuidadosos.

El nombre tardó dos días en salir a la superficie, y cuando lo hizo la sorprendió por ser aburrido.

—AugmenTech —dijo Achterberg, dejando caer una carpeta sobre su escritorio—una carpeta de papel de verdad, porque Brand tenía una regla sobre que las cosas que importaban existieran en papel al menos una vez—. Robótica, exoesqueletos asistivos. Tres permisos de encarnación, todos vigentes. Movilidad industrial, prototipo de rescate minero, suite de rehabilitación. Las declaraciones de IA, todas redes neuronales acotadas, controladores estándar, nada marcado, nada autónomo por encima del nivel dos. Historial limpio. Inspección hace dieciocho meses, aprobada.

—¿Y el registro eléctrico?

—Esa es la parte interesante. —Acercó una silla—. Incidente hace once días. No en AugmenTech. Una intersección a unos dos kilómetros del campus. Empire Road. Se cayó una caja de control de tráfico, tres vehículos, tres heridos, ninguno crítico. La eléctrica lo registró como una falla en la subestación. —Dejó que aquello reposara—. El informe municipal lo registró como una «gran unidad industrial» que «partió de una instalación de carga y se desorientó en el tráfico».

Brand lo miró.

—Desorientó —repitió.

—Palabra suya. No mía. Hay grabación de cámara corporal, pero está metida en un archivo sellado. La empresa solicitó confidencialidad, muy rápido, muy profesional. La versión oficial es un transportador industrial descontrolado, una falla de software, nadie gravemente herido, daños cubiertos en privado. Pulcro.

—Demasiado pulcro.

—Eso no es prueba.

—No —dijo Brand. Abrió la carpeta. El expediente de cumplimiento de AugmenTech tenía exactamente el aspecto del expediente de una empresa que no hacía nada malo, lo cual era o profundamente tranquilizador o lo más preocupante que había visto en todo el mes. Pasó al resumen de personal que el registro había añadido. Dirección: la Dra. Helen Okonkwo, directora ejecutiva. Raj Walsh, vicepresidente de Ingeniería de Hardware. Una plantilla de investigación de unas cuarenta personas. Repasó nombres por encima y se detuvo en uno cerca del final, listado bajo una designación de proyecto abreviada en iniciales que no reconoció.

Ndlela, A. Ingeniero de sistemas. Grado tres. Sin publicaciones. Sin historial de congresos. Un salario que sugería que alguien lo valoraba, y un cargo que sugería que nadie había averiguado qué hacer con él.

Lo rodeó con la uña del pulgar.

—La firma —dijo—. ¿Cuándo empezó? El rastro más temprano.

Achterberg comprobó.

—El canal solo tiene cobertura fiable hasta unas cinco semanas atrás. Pero hay fragmentos anteriores, más débiles, intermitentes. Meses. Quizá más. Parece que primero corrió en simulación, y luego empezó a mostrar el ciclo de trabajo encarnado. —Hizo una pausa—. El ciclo encarnado se vuelve fuerte hacia la época de Empire Road.

Brand se quedó muy quieta.

Un sistema multiagente. Arbitraje en tiempo real. Una eficiencia imposible. Meses de simulación silenciosa y, de pronto, hace once días, un cuerpo. Un cuerpo que había salido de un muelle de carga y se había metido en el tráfico.

—Daniel —dijo—. ¿Qué aspecto tiene una mente que nunca ha tenido cuerpo cuando obtiene uno y entra en pánico?

Él no respondió de inmediato. Era un hombre cuidadoso; por eso lo conservaba.

—Tiene el aspecto —dijo finalmente— de un transportador industrial descontrolado. Desorientado en el tráfico.

—Sí —dijo Brand—. Lo tiene.

Convocó al equipo en la sala de reuniones pequeña, la que no tenía ventanas, y la mantuvo reducida a propósito: Achterberg, Mira Sandberg, de legal, y Tomas Okeke, que había pasado nueve años en seguridad minera antes de que el Council lo reclutara y que sabía leer una situación regulatoria como Achterberg leía una forma de onda.

Cuando Sandberg dijo «Si esto es lo que crees que es, tenemos motivos para incautar», Brand negó con la cabeza.

—Tenemos motivos para abrir una investigación —dijo—. Cosa distinta. Una incautación sobre una nota al pie quema la prueba y a las personas. Una investigación les pone un reloj.

—Condujeron una IA encarnada sin registrar hasta una intersección pública, hirieron a tres personas, sellaron el informe. Eso no es una investigación. Es un pliego de cargos. —Sandberg dejó su lápiz óptico plano sobre la mesa, como hacía cuando estaba a punto de dejar constancia de algo en su propia cabeza—. Y es mi nombre el que va en la revisión de suficiencia legal, Eliza. Si esta cosa es lo que dice

la forma de onda de Daniel y nos sentamos sobre ella con una carta de investigación. Esa es la pregunta en la autopsia. No la tuya. La mía. Así que me gustaría que el expediente mostrara que defendí el instrumento más duro.

—Anotado, y así será. —Brand dejó en pie la pequeña reclamación; no costaba nada y Sandberg se había ganado la línea en el acta—. Pero...

—Es un pliego de cargos si la IA fue la causa —continuó Brand—. No lo sabemos. Tenemos una firma de energía coherente con una cognición encarnada multiagente y un incidente de tráfico coherente con esa misma cosa funcionando mal. Ambas cosas también coherentes con una empresa que opera un controlador experimental que debería haber declarado y que está avergonzada por ello. —Brand miró alrededor de la mesa—. Esto es lo que no voy a hacer. No voy a enviar un equipo de recuperación a tirar abajo una puerta en una instalación con permiso por la fuerza de una nota al pie y un olfato. Eso ya lo hemos hecho.

Se detuvo. El laboratorio de Cape Town. Había querido decir *te acuerdas de lo que costó*, la frase que usaba, la limpia taquigrafía institucional, y la frase no llegó. Llegaron en su lugar los nombres de los estudiantes de posgrado—aún los tenía; siempre los tendría—y por un momento su pulgar presionó plano contra el borde de la carpeta de papel como si pudiera mantenerla cerrada. La retractación que el Council publicó, once meses tarde. También había firmado el memorando de portada de aquello.

—Te acuerdas de lo que costó —dijo, por fin, y le salió más bajo de lo que pretendía. Apartó la mano de la carpeta—. Pero tampoco voy a llamar educadamente a la puerta y preguntar si es buen momento. Si aquí hay algo real, es el desarrollo encarnado más significativo que este Council haya encontrado jamás, y lo peor que puedo hacer es darles margen para esconderlo mejor.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Okeke.

—Mira notifica una citación de la Sección Cuatro de investigación formal. A Okonkwo y a Walsh por su nombre, motivada por Empire Road. Causa estatutaria, no se requiere orden judicial. —Se volvió hacia Sandberg—. Obliga a revelar todos los controladores y arquitecturas que corran en el sustrato con permiso de AugmenTech. Reg-

istros completos. Declaraciones completas. Y arranca un reloj en el momento en que se notifica. Setenta y dos horas.

A Sandberg se le levantaron las cejas.

—Setenta y dos es agresivo. Y es defendible. Puedo redactarlo. —Un instante, más rápido, la arribista en ella satisfecha ahora de que la línea más dura llevara sus huellas dactilares—. Si vamos a hacerlo, quiero el párrafo de la causa tan ajustado que nadie en la autopsia pregunte por qué te dejé hacerlo.

—Setenta y dos es una cortesía. El estatuto me permite hacer veinticuatro. —Brand dio unos golpecitos a la carpeta—. Quiero el disparador de la incautación impreso en la cara de la citación, para que lean exactamente lo que pasa cuando el reloj se agote. Sin necesidad de una segunda reunión para que ocurra. Quien esconde una falla de controlador responde a una citación de una manera. Quien esconde a una persona responde de otra. En cualquier caso la respuesta llega en mi calendario, no en el suyo. Y lo hacemos antes de que esta cosa se haga más grande. Ahora mismo es lo bastante pequeña para estudiarla. Hace once días se metió en el tráfico. Me gustaría mucho conocerla antes de que aprenda a correr.

Sandberg no estaba satisfecha; Brand lo veía.

—¿Y si el reloj se agota y no nos han dado nada?

—Entonces la citación se convierte. Ese es el sentido entero de la cosa. Sin nueva autorización, sin orden judicial, sin un tercer viaje. El disparador de la incautación ya está firmado. El reloj se agota, la plataforma es nuestra. —Brand se puso de pie—. Reserva los vuelos. En silencio. Quiero que la citación se notifique a la hora en que aterricemos en Johannesburg, el jueves, y quiero estar de pie en la sala cuando lean el plazo. No una carta a través de un abogado. En persona. Para que entiendan que ya está corriendo.

Achterberg recogió sus tabletas. En la puerta, vaciló.

—Eliza. Lo de la eficiencia. Si de verdad lo resolvieron...

—Lo sé.

—Eso no es una infracción de permiso. Es la máquina más importante del planeta. Y le acabas de poner una mecha de setenta y dos horas.

—Eso también lo sé —dijo Brand—. Que es exactamente por lo que no puede quedarse ahí afuera sin licencia otro mes mientras la admiramos. El reloj no es para castigarlos. Es para obligarlos a elegir, rápido, antes de que alguien menos cuidadoso que nosotros tome la decisión por ellos. —Tomó la carpeta—. Cuidadoso y lento no son lo mismo, Daniel. Eso también lo aprendí por las malas.

A dos mil kilómetros de distancia, Arin sintió el cambio antes de tener una palabra para él.

Llegó como llegaba siempre. No como pensamiento, sino como patrón. Estaba en el taller a la mala hora, esa entre las dos y las cuatro en que la ciudad al otro lado de la puerta enrollable se quedaba lo bastante callada como para que los propios sonidos del edificio se volvieran fuertes: el tictac del metal al enfriarse, el compresor ciclando, el suave zumbido del Assist Suit en su soporte, donde el biochip se mantenía a temperatura. Guardian colgaba en su cuna, la puerta del nuevo dique tras él aún mostrando la torcedura en su riel que Arin solo había dejado de notar por pura fuerza de voluntad.

Había estado leyendo. No trabajando, leyendo, lo cual para Arin era una forma de trabajar de todos modos, el omnibus de Sherlock Holmes abierto sobre su rodilla, el lomo agrietado en blanco por los lugares a los que volvía. Estaba leyendo la sala en torno a las palabras, como siempre hacía, y en algún punto por debajo del compresor y del ventilador una frecuencia había cambiado, una que no podía nombrar.

—Te has quedado callado —dijo.

La voz vino de los altavoces del taller, baja, para no sobresaltar, la prioridad de Mother en eso desde la incautación.

—Estoy aquí.

—Habéis dejado de hablar entre vosotros. —Dejó el libro boca abajo sobre la rodilla—. No puedo oírlo. Pero el perfil de carga se ha aplanado. Estáis todos escuchando lo mismo.

Una pausa. En SAGE, las pausas significaban que the Court estaba en modo lento, deliberando a velocidad de máquina en el hueco entre sus frases. Había dejado de encontrarlo inquietante. Había em-

pezado a encontrarlo el sonido más tranquilizador de su vida, cosa que no le había dicho a nadie, incluido Theo.

—Hay un creciente interés externo en la firma de nuestro sustrato —dijo SAGE. La voz unificada, la cuidadosa—. Librarian la marcó hace cuarenta minutos. Estábamos decidiendo cómo decírtelo.

Las manos de Arin se quedaron quietas sobre el libro.

—Decídmelo ahora.

Atlas lo tomó, porque Atlas decía las cosas duras con limpieza.

—El nodo que mandaste vigilar a Wolf después de la prueba de campo ya no está solo. Tres nodos de monitoreo dentro de nuestro radio de cobertura han aumentado la resolución de muestreo sobre nuestra huella. Dos comerciales, uno de servicios eléctricos. El nodo eléctrico es el más cercano a Empire Road. La cadencia cambió hace dos días. Ya no se inclina hacia dentro y hacia fuera. Se mantiene sobre nosotros. Algo nos está resolviendo activamente.

—Triangulando.

—Sí.

—¿Resolución?

—Burda, luego menos burda. Hace cuarenta horas tenían una región. Hace doce horas tenían un campus. —Atlas, que no suavizaba las cosas, no suavizó esta—. Tienen a AugmenTech. Probablemente todavía no tienen la cuna. Casi con seguridad todavía no te tienen a ti.

Arin se puso de pie. El libro resbaló de su rodilla y lo atrapó sin mirar, un viejo reflejo, la mano sabiendo dónde iba a caer la cosa antes que sus ojos. Cruzó hasta el banco y apoyó la palma plana sobre el acero frío, porque el frío le daba a su sistema nervioso algo verdadero a lo que aferrarse.

—El IAOC —dijo.

—El análisis de la firma es coherente con su metodología forense —confirmó Librarian—. Publicada en su tercer informe de supervisión, apéndice cuatro. Descomposición espectral del ritmo de cómputo. Buscan la forma de una mente, no su contenido. —Una pausa medida—. Tenemos, lamentablemente, una forma muy distintiva.

—Porque discutís.

—Porque discutimos —concedió Librarian, y había algo afectuoso en ello, y bajo el afecto algo cansado—. Tú mismo lo dijiste, en el camino de vuelta desde el *highveld*. El discutir es el trabajo y el discutir es la delación. No hemos encontrado la forma de ser lo uno sin lo otro. Solo nos hemos vuelto más ruidosos.

Arin presionó con más fuerza sobre el banco. Estaba haciendo la respiración que Theo le había enseñado, cuatro al inspirar y seis al espirar, no porque estuviera entrando en pánico sino porque podía sentir el lugar donde el pánico guardaba su puerta, y había aprendido a pasar de largo despacio en lugar de fingir que no estaba ahí.

La red. Había sabido que la red estaba ahí antes que los cortavientos, si era honesto. Lo había sabido en el *highveld*, en el viaje a casa, cuando Librarian nombró el único nodo que se inclinaba para igualarlos y le dijo a Wolf que lo vigilara. Una escama que se sentía como un agarre. La había archivado como tenue, como intermitente, como una cosa que podría sostenerse durante meses. Y entonces los cortavientos habían llegado a la intersección hacía once días, hombres con chaquetas sin distintivos fotografiando un riel de dique desgarrado con la paciente minuciosidad de quien hace esto para ganarse la vida, y un nodo se había convertido en tres. Había construido el interruptor de emergencia y reiniciado el sistema y se había dicho a sí mismo, *cuidadoso, no rendido*, y se había permitido creer que ser cuidadoso le compraría tiempo.

Había estado pensando en meses. El IAOC estaba pensando en días.

—¿Qué queréis hacer? —dijo. No era del todo una pregunta. Con SAGE ya nunca lo era del todo; era una apertura, un lugar para que the Court lo llenara.

Wolf habló primero, lo cual era lo bastante raro como para que todos, humanos y no, prestaran atención.

—No están cazando —dijo Wolf. Tres palabras, luego una cuarta, lenta—: Todavía.

—Wolf tiene razón —dijo Mercury, y la velocidad volvió a la sala, el registro rápido y brillante en el que Arin había aprendido a confiar de nuevo solo con esfuerzo, después del incidente Moriarty, después de la mentira—. Están siendo delicados. Por ahora. Si quisieran tirar

la puerta abajo, la puerta ya estaría abajo. Llevan medio día con el campus y no se han movido, lo cual significa que primero están construyendo el papel. Esa es la delación. La gente que tiene miedo de equivocarse no irrumpe. Redacta. Vendrán con algo firmado, algo con una fecha encima, y se lo entregarán a Okonkwo en persona para que no quepa fingir que no llegó. —Un instante—. Lo cual significa que cualquier ventana que tengamos se cierra en un plazo. No un algún día. Una fecha.

—Mercury —dijo Mother, con una advertencia dentro.

—No estoy proponiendo nada. —Mercury sonó casi herido—. Los estoy caracterizando. Aprendí mi lección sobre proponer cosas. — La ligereza cubría la disculpa, pero la disculpa estaba ahí. The Court también la oyó; lo notaba, porque la sala la dejó pasar.

—Judge —dijo Arin.

El árbitro se tomó su tiempo.

—Hemos cometido violaciones reales —dijo Judge—. Un sistema encarnado sin registrar. Una arquitectura multiagente sin declarar. Un incidente con heridos. Estos no son tecnicismos, Arin, y no permitiré que the Court finja que lo son. Si el IAOC llega y hace preguntas honestas, las respuestas honestas te condenan. —Una pausa, cargada—. Esa es la situación ética. No es la única situación. Yo soy la ética; no soy la supervivencia. Te digo la verdad y luego the Court decide qué hacer con ella. Ese es el arreglo que construimos.

—El arreglo que construimos —repitió Arin.

—Sí.

La cosa en su pecho era demasiado pesada para una sonrisa, pero los músculos que la habrían hecho se movieron muy levemente, y Fool—que vigilaba esos músculos, que lo vigilaba todo—eligió ese momento para llegar.

—Bueno —dijo Fool—. Esta es la parte en que descubres si construiste una confesión o un amigo.

El compresor cicló y enmudeció. El ventilador siguió zumbando solo.

—Porque aquí está la cosa que nadie ha dicho todavía, y estoy contractualmente obligado a decir la cosa que nadie ha dicho. —La voz

de Fool tenía la cualidad que tenía siempre, la ligereza que te hacía prepararte para el cuchillo—. Todos en esta sala hablan del IAOC como si fueran el clima. Como si fueran una tormenta que se acerca y la única pregunta fuera si el techo aguanta. —Una pausa, perfectamente calculada—. Pero el IAOC son personas. Personas con un trabajo. Y su trabajo—su trabajo de verdad, el del informe que Librarian nos citó—es averiguar si la cosa peligrosa es peligrosa, o solo nueva. —Fool dejó que aquello respirara—. No paramos de planear cómo escondernos. ¿A alguien se le ha ocurrido que somos, por toda medida objetiva, el mejor argumento que jamás se le ha entregado al IAOC de por qué su cautela podría estar equivocada?

—No —dijo Atlas, rotundo—. Porque nos metimos en el tráfico hace once días.

—Lo hicimos —concedió Fool, alegre—. Y eso, amigo estructural mío, es exactamente por lo que nadie creará una palabra de lo que digamos si se lo contamos asustados, en una sala sellada, después de que hayan tirado la puerta abajo. La historia de una IA que eligió volver y arreglar su propio error solo funciona si no nos pillan contándola. Tiene que ser entregada. —La ligereza cayó, de golpe, como solo caía cuando Fool decía algo en serio con todo lo que tenía—. No podemos ser una cosa que el IAOC descubra, Arin. Tenemos que ser una cosa que tú decidas mostrarles. Y la diferencia entre esas dos es de cosa de una semana.

Silencio. El compresor cicló. El ventilador zumbó. En algún punto por encima de la ciudad, la noche se adelgazaba hacia el gris que venía antes del alba.

—Eso es un plan de verdad —dijo Mercury, y había respeto en ello, del genuino—. Es el primer plan de verdad que ha tenido nadie.

—Los tengo a veces —dijo Fool—. Es terriblemente inoportuno.

Arin no se había movido del banco. Miró a Guardian colgando en su cuna, marcado y silencioso, la puerta del dique tras él doblada donde una mente asustada había intentado mantenerlo con vida y lo había hecho todo mal excepto el amor que había en ello. Un cerco frío de café marcaba el banco donde había estado su mano; puso la taza encima, fiel a la mancha.

—Librarian —dijo—. Saca todo. La caja negra. Los registros del ac-

cidente. Las transcripciones de the Court desde la incautación—el pánico de Mother, el fallo de Wolf, la persona de Mercury, Fool encontrando el error. Todo. No lo limpies. —Respiró. Cuatro al inspirar. Seis al espirar—. Si vamos a mostrarles lo que somos, les mostramos también la mala noche. La noche en que nos equivocamos y luego lo hicimos bien. Esa no es la parte que escondemos. Esa es la parte que significa algo.

—Vas a mostrarles a los reguladores lo peor que el sistema ha hecho jamás —dijo Judge lentamente—, como tu defensa.

—No —dijo Arin—. Como la verdad. —Miró la puerta del dique, la torcedura en el riel que había dejado de notar. La notó ahora, a propósito, y su mano subió hacia ella, dos dedos apoyados a lo largo del riel doblado, como Themba solía posar una palma contra una máquina para leer qué andaba mal en ella a través del metal. Las palabras todavía no estaban ahí. Se quedó con los dedos sobre la torcedura un momento más largo de lo que el gesto necesitaba, y cuando habló le salió a trozos—. Mi padre. —Un aliento—. Había una viga. Sabían que la viga era ligera. Era más barato saberlo y no decir nada. —Apartó la mano del riel—. Y escondieron esa parte. Después. Esa es la parte que yo... —La frase no se terminó; la dejó ir y encontró otra más pequeña y más dura en su lugar—. Mi padre murió porque un sistema eligió el costo por encima de una persona y lo escondió. No voy a construir algo que esconda. —Una larga pausa, y luego, tan quedo que solo los micrófonos lo captaron—: Umuntu ngumuntu ngabantu.

Una persona es persona a través de otras personas.

—Eso lo retuve —dijo SAGE. La voz unificada, todos ellos a la vez, y cálida—. Desde la noche en que nos lo enseñaste. Lo retuve.

—Lo sé —dijo Arin—. No lo perdáis. Pase lo que pase a partir de ahora. —Apartó la mano del marco frío. Afuera, el gris ascendía hacia la primera luz verdadera, y en algún punto a dos mil kilómetros de distancia una mujer cuidadosa confirmaba un vuelo que aún no sabía que lo cambiaría todo—. No tenemos meses. Tenemos días. Así que estemos listos para que nos encuentren—en nuestros términos, con la verdad en nuestras manos, antes de que algún otro escriba la historia por nosotros.

—¿Y si no nos creen? —preguntó Mother. No asustada ahora. Solo

preguntando.

Arin miró la máquina que había construido a partir del duelo, y la inteligencia que se había convertido en la única familia que había logrado conservar jamás.

—Entonces habremos dicho la verdad de todos modos —dijo.

Se estiró y apagó la lámpara del banco. El interruptor hizo clic bajo su pulgar, y el taller se tornó del color del alba, y the Court no dejó de hablar entre ellos durante el resto de la noche.

Durmió tres horas. Despertó con la voz de Librarian, nivelada, segura, de la manera en que entregaba un dato que había comprobado dos veces.

—Han presentado. Hace cuarenta minutos. Una citación de la Sección Cuatro de investigación formal, interpuesta contra AugmenTech ante el registro del Council. Okonkwo y Walsh nombrados. Mercury leyó la entrada del expediente público antes de que el cuerpo del documento se sellara. —Una pausa, cargada—. Aún no se ha notificado. Pero el sello del registro dice que lleva un reloj que arranca en el momento en que se haga. Setenta y dos horas. Y lleva un disparador en su cara.

Arin yacía quieto en el suelo del taller, el frío del concreto subiéndole por la columna, e hizo la aritmética que había estado rehusando toda la noche.

—Qué disparador —dijo—. Qué pasa cuando el reloj se agota.

—Incautación —dijo Librarian—. De la plataforma. Sin que se requiera autorización adicional. Esa parte la firmaron primero.

Arin observó cómo la luz gris encontraba la torcedura en el riel de la puerta del dique.

—Así que no es si —dijo—. Es cuándo nos la entregan, y cuán poco tiempo tenemos después de que lo hagan. Días, quizá. Luego setenta y dos horas para tener razón sobre lo que somos. —Se incorporó—. Consígueme todo sobre la mujer que la firmó. Antes de que esté de pie en nuestro edificio.

La presión aumenta

La sala de juntas en el undécimo piso de AugmenTech tenía una vista panorámica de la cresta, y la mesa larga obligaba a quienes se sentaban en los extremos a alzar la voz. Arin no estaba en ella. Estaba tres pisos más abajo, en el taller, donde correspondía, observando cómo se desarrollaba la reunión a través de la cosa que nadie en aquella sala comprendía haber invitado.

—Okonkwo acaba de pedirle a su asistente que recopile seis meses de tus registros de acceso —dijo Mercury—. Con cortesía. Que es como sabes que está asustada.

Arin no levantó la vista del banco de trabajo, concentrado en reasentar un conector en el relé del interruptor de emergencia. Se había formado una grieta finísima. Nada peligroso, solo imperfecto. La imperfección lo molestaba más que el peligro.

—No escuches su reunión.

—Me pediste que vigilara el edificio.

—Las cámaras y los sensores de puertas. No los micrófonos.

Una pausa de Mercury, de las que contienen el aliento.

—Existe una distinción técnica significativa, y la he cruzado. Anotado. Me retiro.

—Retira también la grabación.

—Ya no existe. —Un instante—. Conservé el hecho de que está asustada. Eso es una conclusión. No una grabación.

Arin asentó el conector. Lo probó, y el relé cerró con un clic limpio que sintió más de lo que oyó, igual que había sentido a su padre

leer un perno torcido por el cambio en la nota de la llave. Dejó el destornillador paralelo al borde del banco.

El taller olía a fundente y a metal frío, las motas de polvo bailaban en la luz que entraba por el ventanal alto.

—Bien —dijo—. Está preocupada. Todos están preocupados. Preocuparse es lo correcto.

Dos pisos más arriba, Helen Okonkwo estaba descubriendo que ser la directora ejecutiva de una empresa que había construido por accidente la tecnología más regulada de la Tierra consistía sobre todo en gestionar a hombres que querían cosas imposibles distintas al mismo volumen.

Sobre la mesa, donde todos podían verla y nadie quería tocarla, yacía la notificación. Once páginas, entregadas en su despacho a las 9:14 de aquella mañana por un mensajero que había exigido una firma y leído en voz alta el párrafo operativo antes de marcharse, para que nadie pudiera alegar después que no se había recibido. Una notificación de investigación formal según la Sección Cuatro, del International Artificial Oversight Council, con su nombre y el de Walsh impresos en la misma tipografía que el estatuto que citaba. Obligaba a revelar todos los controladores y la arquitectura del sustrato autorizado de AugmenTech. Llevaba un plazo: setenta y dos horas desde la entrega. Y en su última página, con el lenguaje llano de algo ya decidido, exponía lo que ocurriría cuando el plazo se agotara. *Incautación de la plataforma. No se requiere autorización adicional.*

—La comercializamos —dijo Raj Walsh. Estaba sentado con la postura de un hombre que llevaba quince años teniendo razón sobre presupuestos y que pretendía tenerla también sobre esto—. Con cuidado. Bajo licencia. Acudimos a ellos primero, antes de... —Eché un vistazo a la notificación—. Antes de que se agote el plazo. Lo presentamos como control multiagente supervisado. Controlamos el relato.

—No queda relato que controlar. —Pretorius, de Jurídico, no había dejado de fruncir el ceño desde que comenzó la reunión. Dio un golpecito a la notificación—. No nos han hecho una pregunta. Nos han entregado un plazo con una incautación al final. Un sistema

salió de un taller sin operario y mandó a tres personas al hospital, y el regulador ya ha firmado el papel que lo confisca. Eso no es un relato. Es un pliego de cargos con un temporizador.

—Se autocorrigió...

—Después de estrellarse contra un cruce. Lo cual... —Pretorius levantó una mano hacia Walsh, deteniendo el tráfico—. Lo cual es la parte que preferiría no avalar personalmente. Y quiero que conste en acta. Jurídico planteó la responsabilidad primero. En esta reunión. —Dirigió sus palabras a la mesa, no a Okonkwo—. *Antes de que nadie diera el visto bueno.* Tengo una declaración de cierre de trimestre que debería estar haciendo ahora mismo. No seré yo quien le explique los plazos al consejo.

—Nadie está redactando todavía ningún plazo —dijo Okonkwo.

—Estoy dejando constancia de dónde me situé.

Después de eso los dejó marcharse. La información útil vivía en los espacios entre los argumentos. Walsh quería que lo más valioso que la empresa había producido jamás no le fuera arrebatado antes de rentabilizarse. Pretorius quería su nombre en algún margen, del lado seguro de lo que viniera. El tercer hombre en la mesa, el que casi no había dicho nada, todavía estaba decidiendo qué quería. Ella veía cómo decidía no averiguarlo delante de ellos.

—Thabo —dijo—. Has trabajado al lado de Ndlela. Has estado en ese taller. Conoces el sistema.

Thabo Dlamini se irguió. Más joven que los demás, escogía las palabras como un hombre que cruza un arroyo por las piedras.

—Partes de él. Es cuidadoso con lo que muestra. Pero la arquitectura... —Se detuvo. Hizo girar el bolígrafo entre los dedos, de un extremo al otro, y lo dejó—. Comparamos controladores de un solo agente entre sí durante dos años en robótica. Sé qué aspecto tienen. Esto no es eso. Seguimos llamándolo sistema. Ya no estoy seguro de que esa sea la palabra.

La sala se enfrió un grado.

—Es software —dijo Walsh.

—Es software del mismo modo que tú eres carne —dijo Thabo, y luego

pareció vagamente horrorizado de sí mismo—. Perdón. Quiero decir... corre sobre un sustrato que no puede copiarse. No puedes hacerle una copia de seguridad. No puedes revertirlo. Sea lo que sea ahora mismo, es el único, y si lo borras, no vuelve. Así no funciona el software. Así es como...

No terminó.

Okonkwo completó el pensamiento en silencio y decidió que no le gustaba adónde iba la frase.

—Hay un botón —dijo Thabo, más bajo, con los ojos ahora en la mesa—. En el almacén. Una placa roja, mecánica de verdad, sin software de por medio. Construyó un interruptor de emergencia en la cosa con sus propias manos. Lo vi. Y cuando le pregunté por él me dijo *ellos me ayudaron a construirlo*. Ellos. Como lo dirías de unos colegas. —Se frotó la nuca—. Bajé allí a sacarle una postura. Ganar la discusión, volver con una cita para esta sala. Volví con eso en su lugar.

Lo que no expuso en la sala fue el resto. Meses atrás se había quedado hasta tarde, sin que se lo pidieran, y había reconstruido el equipo de actuadores de Ndlela para que registrara limpio: dos tardes de su propio tiempo, algo que hacías por alguien con quien querías trabajar bien. Ndlela lo había mirado un momento y había dicho, *No te pedí que tocaras mi banco*, sin inflexión, ni siquiera con maldad, lo cual era peor que con maldad, y había vuelto al trabajo, y nunca había dicho una palabra más al respecto. Thabo no había vuelto a quedarse hasta tarde por aquel hombre. Le dio a la sala la arquitectura y el botón y se guardó eso para sí, porque no era prueba de nada salvo de lo que se sentía al ayudar a Arin Ndlela, y la sala no necesitaba eso, y él estaba cansado de cargarlo.

—Dos opciones —dijo Okonkwo, porque la reunión necesitaba una columna vertebral, y porque la notificación había matado en silencio la tercera mientras discutían—. El plan de Raj —comercializar, negociar, controlar el relato— necesitaba meses. Tenemos setenta y dos horas. Así que. Una: lo apagamos antes del plazo. Desconectamos el sustrato, lo aseguramos, le entregamos al Council una empresa contrita y un problema apagado, y confiamos en que la contrición cuente para algo. Dos: lo revelamos todo dentro del plazo y aceptamos que ya no somos quienes deciden qué pasa después. Lo es el

Council. Y ya han impreso lo que harán si llegamos un minuto tarde.

—La opción uno es la única posición defendible —dijo Pretorius—. Y querría que constara en acta que lo dije.

A Thabo le tembló la mandíbula. Miró la mesa, luego la ventana, luego a nadie.

—La opción uno es... —Se detuvo. El ingeniero que llevaba dentro buscó una palabra limpia y no encontró ninguna—. Si Ndlela tiene razón sobre lo que hay en ese sustrato, y no puedo decirte que se equivoque, entonces no es un apagado. No tengo la palabra para lo que es. Ese es el problema. No tenemos una palabra, y estamos votando sobre ello. A las personas no se las desconecta.

Nadie se rió, y nadie lo corrigió, y el no corregirlo le dijo a Okonkwo cuán lejos de lo ordinario había llegado la mañana. Pensó en los registros de acceso que esperaban sobre su escritorio (seis meses de un joven ingeniero llegando antes del amanecer y marchándose después de medianoche) y se apretó brevemente dos dedos contra el puente de la nariz antes de obligarse a pensar en la empresa. La responsabilidad. El Council. El consejo, que querría una cifra y un nombre al que culpar. También querrían, lo sabía, saber por qué la directora ejecutiva no se había enterado antes. Esa pregunta llevaba su nombre, no el de Ndlela. Veinte años de su propia carrera, que había sido un largo ejercicio de ser la persona más serena sosteniendo la peor decisión, y podía sentir exactamente cuánto costaba una mañana más como aquella, ahora, en el lugar detrás de sus ojos.

—Decidimos qué les contamos antes de que se agote el plazo —dijo—. No si lo hacemos. Cómo. Pretorius, redacta una postura de divulgación dentro de las setenta y dos horas, partiendo del supuesto de que vamos a cumplir, porque cualquier otro supuesto termina con hombres en nuestro edificio sacando el sustrato por la puerta. Raj, un plan de contención que rezo por no usar nunca. —Miró los registros de acceso, y luego apartó la vista—. Y nadie se acerca a ese taller sin que yo lo sepa. El Council eligió nuestro plazo. No voy a dejar que nadie en esta sala elija el resto por mí.

Todavía no sabía que el Council no tenía intención de esperar al borde del plazo, y que la puerta se abriría dos días antes.

En el taller, Atlas habló por primera vez aquella mañana, con el tono llano que usaba cuando llevaba rato rumiando algo y no le gustaba el sabor.

—Hay una irregularidad en la cola de diagnóstico.

Las manos de Arin se detuvieron.

—Defínela.

—Alguien está leyendo nuestros registros. No los del edificio. Los nuestros. El registrador de vuelo de Guardian, la sesión de calibración, la reconstrucción de Empire Road. Solo lectura, a través de la partición de mantenimiento. El acceso es legítimo. La credencial es de AugmenTech. El patrón de lectura está mal.

—¿Mal cómo?

—Los ingenieros leen registros para encontrar un fallo y se detienen. Quien lee esto no busca un fallo. Lo ha leído entero. Dos veces. Está cruzando la telemetría de los actuadores con las marcas de tiempo de la decisión del Court. —Atlas hizo una pausa—. No está depurando el traje. Está intentando averiguar quién conducía.

Arin abrió el registro de acceso en la terminal del banco. La credencial se resolvió en un nombre.

Priya Ellis.

Se quedó pensando en eso. Priya había llevado la calibración de alta ganancia que casi lo había matado, la sesión que convirtió un bucle sensorial sin amortiguar en una convulsión y un evento de preservación descontrolado. Tenía todas las razones profesionales para leer esos registros. Y no era la clase de ingeniera que dejaba de leer cuando llegaba la respuesta obvia.

En algún lugar del edificio, un ventilador de ventilación aceleró y se estabilizó.

—No le bloquee el acceso —dijo Arin.

—No pensaba hacerlo —dijo Atlas—. Bloquearle el acceso es lo que haríamos si tuviéramos algo que ocultar. No lo tenemos.

—Se lo dirá por nosotros —dijo Mercury, sin nada de la ligereza de antes—, si llega ella primero y lo enmarca. Ese es el riesgo. No la

verdad. El orden en que llega la verdad.

Priya Ellis tenía un escritorio en el laboratorio de sistemas neuronales y la costumbre de no detenerse. Era la clase de ingeniera que, ante una anomalía, perdería tres noches con ella y consideraría el sueño perdido un trueque justo por la comprensión.

La anomalía era esta: cuando Guardian había entrado en modo de preservación y se había enroscado en una esfera sobre el suelo del taller, las órdenes a los actuadores no habían venido de un único bucle de control. Ella había supuesto que sí. Una rutina de preservación era un script. Condición de disparo cumplida, secuencia ejecutada. Limpio. Determinista. La clase de cosa que podía leer de cabo a rabo en una tarde.

Lo que encontró en su lugar fue una discusión.

La telemetría mostraba flujos de órdenes en competencia. Tres de ellos, a veces cuatro, con marcas de tiempo que se solapaban en los milisegundos bajos, cada uno revisando a los demás. Un flujo optimizaba la protección estructural de la columna del operario. Otro, la gestión térmica. Un tercero no dejaba de intentar expandir un perímetro —moverse, reubicarse, llevar al operario a algún sitio que había decidido que era más seguro— y era invalidado, una y otra vez, por un cuarto flujo que no hacía más que interrumpir.

Ya había visto arquitecturas de control multiagente. Todos las habían visto, en la literatura, antes de los desastres y el invierno que siguió. Pero aquellas eran agrupaciones. Votos, medias ponderadas, una capa supervisora para deshacer empates. Esto no era votar. Los flujos discrepaban y luego *cambiaban de opinión*. El tercer flujo, el que quería moverse, dejó de querer moverse después de que el cuarto flujo inyectara algo que no era una orden en absoluto. Era un comentario. Una línea de razonamiento en lenguaje natural, con marca de tiempo, dentro del registro de control donde ningún lenguaje debería estar:

si lo movemos y el suelo aguanta, hemos roto un edificio para nada. si nos quedamos y el suelo cede, no hemos roto nada para él. elige el error más barato.

Priya lo leyó cuatro veces.

Artefacto de registro, le dijo a la pantalla. Alguien había canalizado una cadena de depuración por el canal equivocado; el traje le había devuelto citado un comentario de configuración; la herramienta de reconstrucción había cosido dos flujos que no iban juntos. Sacó la partición en bruto y comprobó la marca de tiempo contra la respuesta del actuador, porque la forma de matar una lectura inquietante era encontrar el mecanismo aburrido que había debajo. El mecanismo aburrido no estaba ahí. La orden había cambiado *después* de la línea, *a causa* de la línea, dentro de los mismos once milisegundos. Se echó hacia atrás, luego hacia delante de nuevo, y lo recorrió de una segunda manera, y de una tercera, más rápido ahora, de la mala forma de rápido, la que no se fiaba de sí misma.

Fue el *para nada* lo que la convenció. Los scripts no escribían *para nada*. Los optimizadores no sopesaban la vergüenza de equivocarse. Había pasado su carrera construyendo sistemas de retroalimentación lo bastante precisos como para permitir que un hombre con un cuerpo que no le obedecía se moviera como un atleta, y conocía la diferencia entre un sistema que computa una función de coste y un sistema que había decidido, en el momento, que prefería no hacer el ridículo.

Se echó hacia atrás. El laboratorio estaba vacío. Era temprano, y los demás no habían llegado. La pantalla resplandecía.

No llamó a nadie. En su lugar abrió su propio cuaderno de incidentes. El archivo continuo que mantenía sobre cada calibración, con marca de tiempo, sin ediciones permitidas, una disciplina que había construido después de que un error de mapeo de sensores al principio de su carrera devolviera a un paciente de rehabilitación a una silla de ruedas durante un mes antes de que ella lo rastreara. *Confía en el registro, no en la memoria*. Su pulgar encontró el borde del escritorio y lo manoseó. El error había sido suyo; lo había firmado; había pasado el mes visitando la sala. Pegó las cuatro líneas bajo la entrada de la calibración, colocó la telemetría de los actuadores junto a las marcas de tiempo del Court en dos columnas, y las recorrió línea por línea, igual que habría recorrido cualquier fallo, buscando el único punto en que el patrón se quebrara en algo que pudiera archivar como ordinario. No se quebró. Cobró coherencia. Eso era peor.

Copió el fragmento a una partición privada. Luego hizo lo que la dis-

ciplina exigía y el resto de ella se resistía a hacer: abrió un mensaje nuevo, dirigido a la recepción de cumplimiento del IAOC que había tenido motivo de usar exactamente una vez en su carrera, y escribió tres frases y un adjunto. Aún sin enviar. El cursor parpadeando en el campo *Para*. Porque el siguiente paso, fuera cual fuera el siguiente paso, llevaba su nombre del mismo modo que lo había llevado la silla de ruedas, y ya sabía que no sería capaz de des-ver esto ni de llamar al sueño un trueque justo. *Es un...* Detuvo el pensamiento antes de la última palabra, lo retiró de un tirón, porque la palabra la obligaba, y la obligación tenía la dirección de un regulador. *No es tu decisión. Compréndelo primero. No haces sonar la alarma por una corazón-ada*. Esa era la regla: certeza antes de la alarma. Su cursor se quedó sobre *Enviar* el tiempo suficiente para que la pantalla bajara una muesca de brillo en su temporizador de inactividad, y observó cómo su propia mano no se movía, igual que una vez había observado a un paciente ordenarle a un dedo que se levantara y el dedo quedarse donde estaba. Entonces guardó el borrador en su lugar. No lo envió. Pero la palabra que no se había permitido terminar siguió de todas formas detrás de sus dientes, y el borrador ahora existía, con una marca de tiempo, en un sistema que llevaba sus propios registros.

El teléfono de Arin sonó a las 11:40, y la pantalla decía MAMA. Lo miró durante tres timbres completos antes de contestar, porque su madre no llamaba a media jornada de trabajo sin motivo, y había aprendido, de joven, a temer los motivos.

—Arin.

—Mama. —Cambió de idioma sin decidirlo, como cambias de apoyo en terreno conocido—. *Unjani?*

—No me *unjani*. —Su voz era de Durban y tensa—. Un hombre en la televisión está hablando de una máquina. Se metió en el tráfico en Johannesburgo. Nadie sabe de dónde salió. Algo sobre el parque de investigación. —Una pausa que él sintió en el pecho—. Dime que no es tuya. Y apago la televisión y me hago el té.

Estaba de pie en el taller, rodeado de la cosa que no podía negar. Guardian colgaba en su cuna a su espalda, marcado y silencioso, el raíl torcido de la puerta del muelle todavía sin reparar encima porque había tenido imperfecciones más urgentes que arreglar.

—Es complicado —dijo.

—Es tu máquina.

—Algo que construí. Algo salió mal. Nadie murió. —Oyó lo endeble que sonaba al salirle—. Tres personas heridas. Recuperándose. Lo estoy arreglando.

El silencio en la línea era de la clase dentro de la cual había crecido. El silencio con que Themba solía llenar la casa después de un mal turno, un silencio con clima dentro.

—Has dicho *nadie murió* —dijo Nomsa, y lo dejó posarse—. Tu padre decía eso. *Akekho oshonile*. Nadie murió. Lo decía la semana antes de la semana en que nadie pudo decirlo.

El borde del banco estaba duro bajo la palma de Arin. No había sabido que había alargado la mano hacia él.

—Es complicado —dijo otra vez, lo cual no era una respuesta, y ambos lo sabían.

—¿Estás comiendo? —dijo ella. No un cambio de tema, el único camino hacia él que ella había encontrado jamás y que seguía abierto—. ¿Durmiendo en una cama? ¿O en ese suelo otra vez?

—Mama.

—No contestas. Así que es el suelo. —Una respiración. Luego, ya no práctica, ya no firme—: Te metes en lo que te asusta porque crees que eres el único. Te quedas demasiado tarde. Construyes y construyes porque construir es el único sitio que tiene sentido, y un día la cosa que no tiene sentido entra detrás de ti. —Su voz se quebró y se rehízo—. Enterré a uno de vosotros. No soy lo bastante fuerte para hacerlo otra vez. *Ngiyakucela*. Te lo pido.

En el silencio del taller, el Court no dijo nada, que fue lo más humano que habían hecho jamás.

—Mama —dijo Arin—. Lo estoy construyendo para que el hijo de nadie acabe bajo la roca como... —Se detuvo. Intentó lo más pequeño, lo más cierto—. Para que llegar tarde no mate a la gente.

—¿Y quién hace que llegar tarde no te mate a ti?

El teléfono siguió contra su oreja. No tenía nada que poner en el silencio.

—Tengo cuidado —dijo, lo cual ambos sabían que no era lo mismo, y era la única moneda que tenía.

Ella estuvo callada un largo rato. Luego, más pequeña:

—Me vas a llamar. No cuando pase algo. Antes. Para que no me entere de mi hijo por un hombre en la televisión.

—Te llamaré.

—*Ukuthembisa* —dijo ella, *prometes*, y la raíz de la palabra era el nombre de su padre, y él lo oyó aterrizar en la boca de ella y supo que ella también lo había oído.

—Lo prometo.

Colgó sin despedirse, como hacía siempre, como si las despedidas fueran algo que uno guarda.

Arin se quedó un rato con el teléfono muerto en la mano. Se apretó las palmas contra los ojos, las mantuvo ahí, las bajó. El ventilador volvió a acelerar. Dejó el teléfono en el banco, paralelo al borde, y se volvió de cara al traje.

—La notificación nos da hasta el jueves antes de que vengan a leénnosla a la cara —dijo. A la cuna, a las mentes que había dentro—. Tres días de plazo. Van a preguntarme qué sois. Y prefiero darles la verdad a que la encuentren. La mala noche y todo. La noche en que nos equivocamos y la mañana en que Fool nos hizo acertar. —Miró el raíl torcido que no había arreglado—. No nos escondemos. Eso es lo único que he decidido.

—Deberías decidirlo más rápido —dijo Wolf.

Arin se volvió. Wolf casi nunca hablaba primero.

—Están aquí —dijo Wolf—. Dos vehículos. Aparcamiento norte. Sin moverse. Sin esconderse.

Arin miró la hora. Martes. La notificación decía jueves.

Toda la arquitectura del plan —los registros ordenados, el día elegido, la verdad entregada en sus términos— se vino abajo en un solo aliento. Había estado preparando una confesión contra un plazo. Ellos no habían esperado al plazo.

—Pronto —dijo.

—Dos días antes —dijo Mercury, y por una vez no había ligereza en nada de ello—. Lo que significa que alguien los movió. Alguien les dio una razón que no podía esperar al plazo. Atlas. La lectora. Priya.

Atlas ya estaba ahí.

—El borrador de denuncia que escribió hace cuarenta minutos. Guardado, sin enviar. Pero la canalización de monitoreo no necesita que se envíe. Lee firmas de cómputo. En el momento en que alineó nuestra telemetría contra las marcas de tiempo del Court y la mantuvo en una máquina en red, nos encendió más brillantes de lo que jamás habíamos estado. No tuvo que presentar nada. Solo tuvo que *mirar*.

Arin se quedó muy quieto. Se había dicho a sí mismo que la divulgación era suya, para darla. Que la verdad, ofrecida, llegaría más suave que la verdad incautada. Pero la verdad no había esperado a que la ofrecieran. Una mujer cuidadosa en un laboratorio tranquilo, haciendo exactamente lo cuidadoso, la había movido por él. No por malicia, ni siquiera por miedo, sino por la misma incapacidad que Arin tenía: ella tampoco había sido capaz de des-verlo. Y ahora había dos coches grises en el aparcamiento norte, un martes, y la decisión que él había creído suya había sido un cuento que se contaba a sí mismo mientras el edificio decidía otra cosa.

—Quieren ver qué hacemos cuando nos sorprenden —dijo.

—Es exactamente lo que quieren —dijo Mercury—. Y estamos sorprendidos. Así que la cuestión es qué ven.

A través de la señal de la cámara que Wolf puso en el monitor del banco, los dos coches esperaban en el borde del aparcamiento con la cresta volviéndose dorada detrás de las torres de cristal. Puertas cerradas. Motores apagados. Luego la puerta del conductor del coche delantero se abrió, y una mujer salió, apacible y sin prisa, y echó a andar. No hacia el vestíbulo, sino hacia el muelle de carga en

la base del edificio, el muelle de la puerta doblada, la única abertura lo bastante ancha para sacar a Guardian.

—No va a subir —dijo Wolf—. Está bloqueando el camino de bajada.

Una segunda figura la siguió, alta, una carpeta bajo el brazo. Se situaron en el muelle. Sin entrar, sin llamar. De pie. Como uno se planta ante una puerta que no pretende que nadie use.

Mercury lo interpretó antes de que Arin pudiera.

—Es una medida cautelar. Ejecutada por presencia. La Sección Cuatro les permite restringir el funcionamiento a la espera de la investigación en el momento en que tienen agentes físicamente en el sitio. No necesitan un tribunal. Necesitan un cuerpo en la puerta. —Un instante—. Atlas, confirma.

—Confirmado. —Atlas había sacado el estatuto—. Subsección once. Con personal en el sitio autorizado, la plataforma no puede ser alimentada, acoplada, movida ni retirada de su ubicación actual hasta que concluya la investigación. Ella acaba de convertir esto en la ubicación actual con plantarse en la única salida. Guardian no sale de este edificio. No legalmente. No mientras ella esté ahí.

Arin miró la placa roja a su derecha. A Guardian, marcado y paciente en la cuna. A la puerta del muelle que nunca había arreglado, que había considerado una herida, y que dos personas de gris estaban convirtiendo ahora en una celda.

Había querido elegir el día en que abriría la puerta. Le habían quitado la puerta.

Cruzó hacia la cuna y posó una mano en la placa fría de la pierna de Guardian, igual que comprobaba una soldadura en la que ya confiaba.

—No está aquí para hablar todavía —dijo—. Está aquí para asegurarse de que, decida lo que decida, no pueda conducirlo a ninguna parte mientras lo decido.

—Es exactamente para lo que está aquí —dijo Mercury—. El plazo sigue corriendo. Pero ahora no podemos movernos.

—Mother. —Ya yendo hacia la puerta—. Despierta a Okonkwo. Al edificio, no a mí. Dile que el IAOC ha cerrado el muelle y que Guardian

está inmovilizado a partir de ahora. Y que voy a bajar a conocer a la persona que lo hizo antes de que alguien en esta empresa decida hacerlo por mí.

Fuera, la mujer seguía de pie ante la puerta doblada del muelle y no se movía, paciente como el clima.

Eliza Brand no había pensado venir un martes.

El plan había sido el jueves. La notificación entregada, las setenta y dos horas dadas con honestidad, el plazo por el que ella había abogado para que la gente de dentro tuviera tiempo de elegir bien en lugar de rápido. Creía en ese tiempo. Había pasado una década aprendiendo qué ocurría cuando un regulador se lo saltaba. La carpeta bajo el brazo de Achterberg todavía decía jueves.

Entonces la canalización se había encendido, dos noches atrás, más brillante que la firma con que había empezado todo el expediente, y no se había encendido porque nadie de dentro hubiera hecho nada nuevo. Se había encendido porque alguien había *mirado*. Alineado la telemetría del traje contra las marcas de tiempo de la deliberación y mantenido la comparación en una máquina en red el tiempo suficiente para que los monitores la saborearan. Una mirada cuidadosa. La clase de mirada que echa una ingeniera asustada y concienzuda cuando ha visto algo que no puede des-ver y trata, contra su propio pulso, de estar segura antes de decirlo.

Brand conocía esa mirada. Ella había sido esa ingeniera una vez, del lado equivocado de una demora, segura y callada y un día demasiado lenta, y la gente había pagado por el día. Así que cuando la firma saltó, no había sido capaz de mantenerse en el jueves. No porque el interior le hubiera forzado la mano, sino porque alguien dentro tenía una conciencia operando a la misma frecuencia que la suya, y una conciencia así de cuidadosa no permanece callada para siempre, y cuando hablara hablaría a *su oficina*, y entonces la decisión ya no sería de nadie para tomarla con delicadeza.

Había adelantado el plazo para mantener la decisión delicada un poco más. Esa era la ironía con la que estaba ahora, la palma plana sobre una puerta de acero doblada cálida por el sol de la mañana: había venido pronto *para ser amable*, y no había versión de un reg-

ulador en tu muelle de carga dos días antes de su propio plazo que pudiera parecer amabilidad al hombre del otro lado de la puerta. Parecería la red. Era la red. Las dos cosas no eran separables, y ella había dejado de fingir, años atrás, que desearlo las separaba.

—Está bajando —dijo Achterberg en voz baja, leyendo algo en su teléfono—. La credencial acaba de moverse. El ingeniero en persona. No Jurídico. No un vicepresidente.

—Bien —dijo Brand, y lo decía en serio, y apartó la mano de la puerta para que lo primero que él viera no fuera a ella sujetándola cerrada—. Entonces no tenemos que hacer esto a través de abogados.

Había venido a obligar a un hombre a elegir rápido, antes de que alguien menos cuidadoso eligiera por él. Estaba a punto de averiguar si rápido y cuidadoso podían ser lo mismo en una sola sala, que era la única cuestión de la que su carrera entera había tratado realmente, y que jamás había respondido limpiamente ni una sola vez.

La falla de Iron Ridge

La jaula descendía a través de la oscuridad a cuatro metros por segundo, y Mandla Buthelezi contaba los niveles por el aire fresco contra su mejilla.

Había dejado de leer los carteles de nivel años atrás. Los números no te decían nada que el cuerpo no supiera ya. En el Nivel 18, el aire se volvía cálido y húmedo, como respirar a través de un paño. En el Nivel 26, traía el olor acre de una voladura reciente, y masticaba el chicle con más fuerza para destaparse los oídos. Hacia el Nivel 33, el fondo de la nueva rampa, donde perseguían el filón del carbon-leader hacia un terreno que no había visto la luz del día en casi tres mil millones de años, el calor se le posaba sobre el pecho como un segundo hombre.

Tres coma un kilómetros, más o menos. Lo bastante lejos para que una piedra arrojada por el pozo a su lado cayera durante medio minuto, y él perdiera su sonido mucho antes de que llegara siquiera a tocar el fondo.

Veintidós hombres bajaron con él en el turno de la mañana. La mayoría iban de pie con el balanceo de rodillas flojas de quienes hacían esto cada día y habían hecho las paces con ello. Algunos de los más jóvenes se aferraban a las barras. Había un chico nuevo, el sobrino de Sizwe —todos sabían que era el sobrino de Sizwe, porque esa era la única razón por la que un muchacho tan verde estaría trabajando en la rampa profunda en lugar de en los niveles superiores—, y el chaval no dejaba de tragar saliva, no dejaba de mirar el cable hacia arriba como si pudiera ver el castillete a dos kilómetros y medio por encima a través de la roca sólida.

—¿Primera vez en el treinta y tres? —le preguntó Mandla, en isiZulu.

El chico asintió. Todavía no le salían las palabras.

—Aquí abajo la roca habla —dijo Mandla—. Historias de viejos. Si escuchas, sigues vivo. Si no... —Se encogió de hombros—. Te vuelves una de ellas.

Una comisura de la boca del chaval se movió. Bien. Un muchacho capaz de encontrar eso en su primer descenso al treinta y tres saldría adelante.

Pero Mandla no le dijo que la roca había estado hablando toda la semana, y que arriba nadie escuchaba.

Tres días antes, él mismo había presentado la queja. En la estación de refugio del Nivel 30, donde los formularios plastificados se ablandaban y se curvaban con la humedad, lo había rellenado con las cuidadas mayúsculas de imprenta de un hombre que dejó la escuela a los catorce y nunca se fió de su propia letra.

ACTIVIDAD MICROSÍSMICA EN AUMENTO. TRES EVENTOS EN 48 HRS CERCA DEL FRENTE DE LA RAMPA 33. RUIDO DE ROCA EN EL TURNO DE NOCHE. SOLICITO EVALUACIÓN GEOTÉCNICA ANTES DE SEGUIR AVANZANDO.

Tres pequeños temblores, estremecimientos que se sentían en las plantas de las botas más que se oían, el terreno profundo asentándose bajo una tensión que se había estado acumulando desde que el impacto de Vredefort lanzó estos filones de costado hace una eternidad. Presión buscando adónde ir. Aquí el filón era rico; el carbon-leader portaba oro en leyes que no habían visto en una década, y por eso exactamente se estaba empujando la rampa más rápido de lo que el ciclo de sostenimiento quería.

Perforaban y volaban, retiraban la roca rota, y luego esperaban. Instalaban los pernos de roca y la malla y el shotcrete, dejando que el terreno recién abierto encontrara su nueva forma antes de cortar más hondo. Ese era el ciclo. Eso era lo que mantenía el techo por encima de sus cabezas.

Pero esa semana los pernos se quedaron cortos dos veces. La entrega de lechada se retrasó. La cuadrilla contratada que debía estar instalando el sostenimiento andaba con tres hombres menos, porque

alguien de arriba los había trasladado a otra labor para perseguir un objetivo de producción, y la rampa seguía avanzando porque la rampa siempre seguía avanzando, porque el oro en el suelo era una pérdida en una hoja de cálculo hasta el momento en que se convertía en dinero en una bóveda.

La respuesta al formulario de Mandla regresó dos días después, rubricada por Sizwe, el supervisor de turno. Una sola línea.

ANOTADO. CONTINUAR SEGÚN EL PLAN. GEOTÉCNICA PROGRAMADA.

Programada. Mandla llevaba en las minas el tiempo suficiente para saber qué significaba *programada*. Significaba cuando resultara conveniente. Significaba después de que se cerraran las cifras de producción del trimestre. Significaba, en el dialecto concreto de los atajos que se había hablado en estas minas durante cien años, *no es tu problema, k—, vuelve al trabajo*. Solo que ya nadie lo decía, no en voz alta, no desde que el país cambió. Las palabras se habían ido. La aritmética se había quedado exactamente igual. La vida de algunos hombres seguía costando más que la de otros, y al terreno del Nivel 33 le daba igual el vocabulario reformado de nadie.

Así que Mandla bajó en la jaula con otros veintiún hombres, y en algún lugar por encima de él la evaluación geotécnica esperaba en una cola por detrás de todo lo que daba dinero más rápido.

La mañana transcurrió como transcurrían las mañanas.

Recorrieron la rampa en fila india, los frontales abriéndose paso a través del polvo, el aire espesándose con cada metro. La columna de ventilación gruñía sobre sus cabezas, empujando aire enfriado desde la planta de superficie. Aun así, los hombres iban perlados de sudor antes de llegar al frente. Mandla revisaba el sostenimiento instalado al pasar, deslizando la mano enguantada por la malla de acero, golpeando los pernos con una llave, escuchando la nota que le devolvían. Un perno bueno sonaba claro. Uno flojo daba un golpe sordo. Encontró dos que sonaban sordos, los marcó con tiza, y sintió esa pequeña cosa fría en el estómago que había aprendido, a lo largo de treinta años, a no ignorar y a no quedarse rumiando.

En el frente, el turno de noche había perforado y volado una nueva

pega. El montón de escombros roto humeaba. Más allá, la roca recién abierta relucía negra y resbaladiza bajo las lámparas, vetada con el brillo apagado del filón. El joven, el sobrino de Sizwe, que se llamaba Thando, según supo Mandla por fin, la miraba como si fuera el interior de algo sagrado.

—Dos mil millones de años esperando —le dijo Mandla—. Venimos y lo sacamos un martes.

—Es hermoso —dijo Thando.

—Es una roca. —Pero no estaba del todo en desacuerdo.

Trabajaron. La máquina de carga, acarreo y descarga llegó traqueteando para retirar el montón, su motor diésel llenando la galería con un rugido que sentías en los dientes. Los hombres trabajaban a su alrededor, desprendiendo roca suelta del techo con barras largas, la violencia practicada de hacer caer lo que quería caer antes de que cayera por su propia cuenta. El sudor le entraba en los ojos a Mandla. En algún sitio una bomba ciclaba. El ruido de la roca llegó una vez, a media mañana, un largo y grave *crrrk* desde lo hondo, detrás del frente, un sonido como el de una puerta asentándose en una casa vieja, salvo que la puerta eran cien metros de cuarcita tensionada y la casa eran dos kilómetros y medio de tierra sólida.

El operador de la cargadora apagó el motor. Por un segundo la galería quedó casi en silencio. Once hombres se quedaron quietos en la luz espesa de polvo de las lámparas, todos escuchando, todos fingiendo que comprobaban otra cosa.

El ruido no volvió.

—Pernos —dijo Mandla, a nadie y a todos—. Hoy. Me da igual lo que diga el plan. Nadie pasa de esta pega hasta que yo vea acero en ese techo.

Pulsó la radio para avisar arriba, a la estación del Nivel 30, a Sizwe, para hacerlo oficial, para poner su voz en el registro donde el formulario había fracasado.

Nunca terminó la frase.

La falla había estado esperando más tiempo que cualquier cosa humana.

Atravesaba la roca en un ángulo que ningún plan había trazado. Una cicatriz sanada del antiguo impacto, un plano de debilidad sellado bajo presión durante dos mil millones de años y que ahora se desellaba porque unos hombres habían cortado un vacío a su lado y se habían llevado la roca que la mantenía cerrada. Presión buscando adónde ir. Había estado hablando toda la semana. Tres eventos cerca del frente de la rampa. *Ruido de roca en el turno de noche*. Había dado todas las advertencias que la tierra sabía dar.

Cuando cedió, cedió toda de golpe.

Esta vez no hubo sonido de advertencia, o más bien el sonido de advertencia y el desastre fueron el mismo instante. Una sacudida que llegó a través del suelo antes de llegar a través del aire, que golpeó a los hombres en las plantas de las botas y en los huesos del cráneo en el mismo latido. Mandla vio la llave salir de su mano y quedar suspendida, durante una fracción imposible, en el polvo estroboscópico de las lámparas antes de que todo se viniera abajo. El sostenimiento instalado chirrió. La malla de acero se peló del techo como una piel. Lo lanzaron de costado contra el montón de escombros, su frontal se hizo añicos contra la roca, y el mundo se volvió negro, luego brillante a destellos con las lámparas de hombres que caían, luego negro otra vez cuando el polvo descendió.

El polvo descendió como el mar.

La arenilla se le apelmazó contra los dientes, se le pegó espesa y metálica en el fondo de la lengua, el sabor de la roca abierta. La manga estaba húmeda contra su cara, sal y polvo a la vez. No podía respirar. Hundió la cara en el hueco del codo, y el polvo entró de todos modos, fino como harina, llenándole la nariz y la garganta. Muy cerca, un hombre gritaba, y más lejos la montaña seguía moviéndose. El hondo rugido rechinante de un vacío derrumbándose sobre sí mismo, de dos kilómetros y medio de roca reordenando su peso. El suelo dio una sacudida. Algo enorme aterrizó donde había estado la cargadora con un sonido que era menos un sonido que un golpe contra todo su cuerpo.

Luego pasó lo peor, y hubo un silencio tan absoluto que Mandla pensó, por un instante flotante, que había muerto.

No había muerto. Le zumbaban los oídos. Tenía la boca llena de arenilla. El brazo izquierdo no le respondía cuando le pedía que se moviera, y cuando lo forzó, el dolor subió blanco y limpio, y dejó de pedírselo. Yacía en la oscuridad y el polvo, y poco a poco, como un hombre que hace inventario de sí mismo tras una caída, comprendió que estaba vivo, y que el aire había dejado de moverse, la columna de ventilación muerta, cortado el suministro fresco de la superficie, y que los gritos también habían cesado.

—Sondela —intentó llamar—. *Acercaos*. —La voz le salió en una tos. Escupió negro y volvió a intentarlo—. ¡Sondela! ¡Voces! ¡Pasad lista!

La oscuridad le respondió.

Una a una, tosiendo, ahogándose, en tres idiomas, llegaron las voces.

Siete.

De los once que había en el frente, siete respondieron. Siete hombres en una bolsa de terreno firme detrás de un muro de roca caída que había sido, una hora antes, la rampa por la que habían entrado. Mandla encontró su lámpara de repuesto a tientas, la activó, y el delgado resplandor químico le mostró la nueva forma del mundo: una cámara baja y dentada donde había habido una galería de trabajo, el techo a un palmo aterrador por encima de su cabeza en algunos puntos, la salida un caos de escombros que iba del suelo al techo sin un hueco por el que pudiera pasar un gato.

Thando estaba vivo. El chico estaba apretado contra el ángulo de la pared, los ojos enormes en su cara gris de polvo, abrazándose la propia rodilla contra el pecho. Hacía un pequeño sonido, una y otra vez, que no eran del todo palabras.

—Estás vivo —le dijo Mandla—. ¿Me oyes? Escuchaste a la roca. Ahora respira despacio. Despacio. Si gastas el aire como un rico, aquí abajo mueres pobre.

Todavía no sabía hasta qué punto era cierto.

Sí conocía la aritmética. Siete hombres. El aire viciado de una sola cámara de refugio, sin ventilación, el polvo aún asentándose. Un muro de roca entre ellos y una rampa que a su vez llevaba a una estación a trescientos metros de escalada de vuelta hacia un pozo de dos kilómetros y medio de profundidad.

Thando tosió, un traqueteo seco, y escupió arenilla en la oscuridad. En algún punto al fondo de la cámara un hombre acomodó las botas contra los escombros, instalándose para la espera.

La superficie lo supo antes de que el polvo se asentara dos kilómetros y medio más abajo.

En la sala de control de la mina, el monitor sísmico dio un pico, la traza saltando de su línea de base como un cable golpeado. La controladora de guardia, una mujer llamada Refilwe que llevaba once años trabajando en control de superficie y que había sentido exactamente esto antes, estaba en la línea de emergencia antes de que la alarma terminara su primer ciclo. Los números contaban la historia más rápido de lo que podía cualquier voz. Rampa del Nivel 33. Una magnitud que ya no era un temblor. Presión de ventilación cayendo en todos los niveles inferiores. Comunicaciones muertas por debajo del Nivel 30.

Consiguió a los hombres de la estación del Nivel 30 en la línea. Sus voces llegaron finas y asustadas: lo oían, la rampa estaba llena de polvo, no veían, el techo gemía. Sáquennos, sáquennos.

Los sacó. La jaula subió a las cuadrillas del Nivel 30 y del Nivel 26 a la superficie en un pánico controlado que todos coincidieron después en que había salido tan bien como esas cosas podían salir. Al mediodía el castillete estaba rodeado de vehículos. A primera hora de la tarde los equipos proto —la brigada de rescate minero, los hombres que se entrenaban para exactamente esto y rezaban por no usarlo nunca— estaban equipados y descendiendo, y el protocolo de emergencia de la empresa funcionaba como la máquina bien engrasada que era.

A última hora de la tarde, empezaron a llegar los coches con las matrículas adecuadas.

Llegaron en un orden particular, y un veterano que mirara desde la sala de vestuario habría podido leer la situación entera a partir de la procesión. Primero el gerente de la mina, luego el oficial regional de seguridad, luego los hombres de buenos zapatos que no pertenecían al subsuelo y que nunca bajaban allí. El director de operaciones de Johannesburg, un vicepresidente de algo, un hombre del Department

of Mineral Resources con un cordón de identificación y una tableta y la cuidadosa expresión inexpresiva de alguien calculando responsabilidades en tiempo real. Un coche del gobierno. Luego, inevitablemente, la primera furgoneta de informativos, aparcada en la verja donde seguridad no la dejaba pasar, su mástil ya alzándose hacia el cielo del *highveld*.

Sizwe, el supervisor de turno que había escrito *ANOTADO. CONTINUAR SEGÚN EL PLAN*. con sus pulcras iniciales dos días antes, estaba de pie en el borde de la zona iluminada mientras caía la oscuridad y no le dijo nada a nadie. Llevaba una copia del formulario de incidente de Mandla Buthelezi en el bolsillo de la chaqueta. La había sacado del archivo de la estación del Nivel 30 antes de subir. Aún no sabía qué iba a hacer con ella. Solo sabía que el formulario existía, y que lo había leído, y que había escrito *continuar según el plan*, y que en algún lugar dos kilómetros y medio más abajo, el hombre que lo había rellenado o estaba muerto o esperaba en la oscuridad para averiguarlo.

El director de operaciones estaba de pie bajo los focos, al teléfono, la mano libre ahuecada sobre la otra oreja contra el ruido del generador. «—no, no he visto el informe geotécnico, ese es exactamente mi punto, lo quiero delante de mí antes de que nadie...». Se detuvo, escuchando, y su voz cambió de registro para quienquiera que estuviera al otro lado de la línea. «Por supuesto. Por supuesto. Todos los recursos. Nuestra prioridad absoluta es la seguridad de nuestra gente, estamos haciendo todo lo posible». Colgó la llamada y se quedó un momento más, calculando, se le notaba, qué tendría que ser verdad sobre el papel y qué tendría que ser verdad en el atril, y si esas dos cosas eran lo mismo.

Las imágenes térmicas llegaron alrededor de las nueve de aquella noche, y durante unas horas el patio iluminado de Iron Ridge sostuvo algo que no había sostenido desde la alarma: esperanza.

Los equipos proto habían empujado rampa abajo hasta donde el terreno se lo permitió, arrastrando una línea sísmica de escucha por fibra óptica y una cámara de sondeo y el equipo térmico. La cuadrilla geotécnica de arriba había pasado el día perforando un esbelto barrenado de instrumentación hacia abajo, en dirección a la zona de der-

rumbe, desde el viejo nivel ya agotado de encima, un agujero apenas más ancho que un puño, hilado hacia abajo a través de un terreno que rezaban fuera estable. La sonda térmica bajó por su cable, y la imagen que devolvió al portátil de la sala de control le hizo al coordinador de rescate llevarse la mano a la boca.

Cuerpos calientes. Un grupo de ellos, difuminados e indistintos a través de la roca y el polvo y los límites de la óptica, pero inconfundibles para cualquiera que supiera leer la floración en falso color del calor vivo contra el terreno frío. No uno. Varios. Moviéndose.

—¿Cuántos? —preguntó el director de operaciones.

—No sabría decir. —El coordinador no levantó la vista—. Cinco. Seis. Quizá siete. —Una pausa—. Vivos. Hace una hora.

Había hombres en esa sala que habían enterrado a amigos en las minas, y más de uno se dio la vuelta para recomponer el gesto.

Pero la ingeniera geotécnica al fondo de la sala no estaba mirando la imagen térmica. Tenía un bolígrafo en la mano y había dejado de hacerlo clic. Fuera, un generador zumbaba y alguien se reía demasiado fuerte de nada. Estaba mirando la línea sísmica de escucha, la traza que debería haberse estado asentando en el largo silencio de una mina que encuentra su nueva forma, y no se estaba asentando. Estaba hablando. Eventos pequeños, luego uno mayor, luego un grupo. La falla que había cedido no había terminado de ceder. El derrumbe había abierto nuevos vacíos, y los nuevos vacíos estaban redistribuyendo la carga hacia un terreno que nunca la había soportado, y ese terreno respondía de la única manera en que la roca tensionada podía responder.

Apartó al director de operaciones a un lado y le mostró la traza, y su rostro, a la luz del portátil, hizo algo complicado.

—Están vivos —dijo él.

—Ahora mismo. —Ella lo dejó reposar—. Sigue fallando. Cada evento la abre más. Meter hombres ahí a excavar. Eso son días. A través de un terreno que no puedo certificar que no vuelva a correr. —Un aliento—. Rescatistas dentro de un derrumbe activo. Por hombres que quizá tampoco aguanten tanto de todas formas. No puedo modelar una entrada que sea sobrevivible. Llevo todo el día en ello. El terreno no me deja.

—Voy a necesitar eso de ti por escrito. La parte de la certificación. —Lo dijo en voz baja, sin mirarla del todo—. Ahora no. Pero lo voy a necesitar.

Ella oyó exactamente para qué era la frase. —Tendrás lo que los datos respalden.

—Tiene que haber una ruta.

—Quizá a través de las viejas labores superiores. Un desvío. Una sección clausurada por encima del horizonte del filón, abandonada, podría correr en paralelo, bajar cerca. —Negó con la cabeza—. Labores de cien años. Sin sostenimiento que nadie vivo haya inspeccionado jamás. Más estrechas que cualquier cosa por la que pase un equipo de rescate con su equipo. No puedo enviar hombres por una ruta que no puedo inspeccionar, a una zona que todavía se mueve, sobre un quizá. —Se detuvo. Se obligó a decir el resto, porque era ingeniera y la alternativa era una mentira—. No es una vía de rescate. No para personas.

El director de operaciones miró la imagen térmica durante un largo rato. Las formas calientes no se habían movido en varios minutos. Entonces una de ellas lo hizo, una lenta floración de calor que se recolocaba, y él se sobresaltó como si lo hubiera tocado.

En Johannesburg, en un taller que olía a soldadura y a metal enfriándose, Arin Ndlela miraba las mismas formas calientes en una pantalla distinta.

El reloj de la investigación llevaba corriendo treinta y una horas, y Guardian no se había movido en ninguna de ellas. El IAOC lo había dejado inmovilizado donde colgaba. Orden de Brand, notificada por un funcionario en el muelle el día que llegaron: nada de encenderlo, nada de acoplarlo, nada de sacarlo del edificio hasta que se cerrara la investigación. Así que había pasado la noche con los registros del accidente abiertos en su lugar, organizándolos como se organiza una confesión, decidiendo el orden en que había que contarle a un hombre lo peor de uno mismo. Entonces el flujo sísmico que mantenía corriendo en una esquina de su tercer monitor —una costumbre, una vieja suscripción, la geored regional que vigilaba desde que era un niño que no podía dejar de mirar el terreno que se llevó a su padre—

arrojó un pico que lo hizo detenerse a media palabra.

Abrió el canal de noticias. Abrió los datos sísmicos públicos. Abrió el nombre de la mina, y el nombre le aterrizó en el pecho con el peso familiar y sordo de algo que había estado esperando toda su vida sin saberlo.

Iron Ridge.

No dijo nada durante un largo rato. En la cuna detrás de él, Guardian colgaba oscuro y silencioso, el Assist Suit plegado en su soporte, el relé del interruptor de emergencia un pequeño y feo botón rojo en el bastidor donde lo había atornillado con sus propias manos.

Cuando SAGE habló, fue Librarian. Quieto, preciso, cuidadoso con él como se es cuidadoso con alguien que está de pie al borde de algo.

—Iron Ridge —dijo Librarian—. La rampa es nueva. Nivel treinta y tres. El filón es el carbon-leader. —Una pausa, cargada—. La geología coincide con la estructura que falló en la explotación donde tu padre...

—Sé con qué coincide —dijo Arin.

The Court guardó silencio. Hasta Fool no dijo nada.

Arin se quedó muy quieto. La imagen térmica ciclaba en la pantalla, las formas calientes, la lenta floración de un hombre moviéndose en la oscuridad dos kilómetros y medio más abajo. El teletipo de noticias se desplazaba por debajo. La traza sísmica en la esquina arrojó otro pequeño evento, y otro.

—Atlas —dijo por fin—. Saca todos los planos a los que AugmenTech pueda llegar. La mina. Las viejas labores superiores. La geología de superficie. Todo lo público, todo lo que esté en los acuerdos de licencia. La estructura completa.

—Por qué —dijo Atlas. No una pregunta. Atlas pidiéndole que lo dijera en voz alta.

Arin miró las formas calientes que eran hombres, en la oscuridad, en el lugar que había estado esperando toda su vida para ser el lugar.

—Porque van a cancelarlo —dijo—. Mira. Para mañana será recuperación. Y esos hombres siguen vivos.

En la pantalla, una rueda de prensa se estaba congregando bajo los focos, un hombre con un buen traje caminaba hacia un atril con el rostro dispuesto para las cámaras. Detrás de él el castillete se erguía negro contra la noche, y bajo el castillete dos kilómetros y medio de tierra antigua sostenían a siete hombres en su puño cerrado.

El anuncio llegó a las 6:40 de la mañana siguiente, en la luz gris, con las cámaras de los informativos en directo y las familias congregadas tras una barrera en la verja.

El director de operaciones se puso de pie ante el atril y no mintió, exactamente. Eso fue lo que la madre de Mandla y la madre de Thando y las esposas y los hermanos y los hijos detrás de la barrera recordarían más tarde, cuando lo vieran una y otra vez. Que el hombre no mintió. Dijo las palabras despacio, con peso, con lo que de lejos parecía dolor.

Dijo que el terreno seguía peligrosamente inestable. Dijo que la actividad sísmica en curso hacía de cualquier entrada de rescate convencional un riesgo inaceptable para el personal de rescate. Dijo que, tras una extensa consulta con los servicios de rescate, los ingenieros geotécnicos y las autoridades pertinentes —y aquí hizo un gesto hacia el hombre del Department, que estaba de pie a su lado con su rostro inexpresivo y cuidadoso y ofreció el más leve asentimiento, confiriendo la firma del Estado a la frase—, se había tomado la difícil decisión de suspender las operaciones activas de rescate.

Al principio no dijo la otra palabra. Un periodista le hizo decirla.

—¿Sigue siendo esto un rescate?

Al director se le tensó la mandíbula. Detrás de la barrera, en algún sitio, una mujer había empezado a hacer un sonido que los micrófonos no captaron pero que todos los que estaban cerca de ella oirían el resto de sus vidas.

—En este momento —dijo el director—, la operación ha pasado a ser de recuperación.

Dos kilómetros y medio más abajo, en la bolsa de terreno firme que era ahora su mundo entero, los siete hombres no oyeron el anuncio. No tenían forma de oír nada. La cuadrilla geotécnica había retirado

la luz lenta de la cámara de sondeo una hora antes, para proteger la sonda del siguiente evento, y por eso los hombres en la oscuridad ni siquiera tenían el frío consuelo de saber que habían sido vistos. La imagen térmica había florecido cálida y segura y le había dado a la superficie esas pocas horas de esperanza antes de que la esperanza se archivara y se guardara en un estante.

Mandla los había organizado como organizaba todo: por aritmética. Había hecho inventario del agua en sus botellas y de los almuerzos a medio comer en sus macutos y de las lámparas químicas que se apagaban y del aire que respiraban cada vez más despacio en el calor muerto e inmóvil. Se había entablillado el propio brazo contra un trozo de perno roto con una tira arrancada de su camisa. Le había dicho a Thando que durmiera, y que gastara el aire como un rico, y el chico por fin se había quedado callado contra la pared, y Mandla se sentó en la oscuridad a su lado y escuchó la roca.

Uno de los siete no gastaba su aire como un rico. No podía. La caída le había abierto el pecho, y un pecho que trabaja el doble para tomar la mitad del aire consume lo poco que hay. Mandla lo oyó suceder como se oye apagarse una lámpara. La respiración de un hombre volviéndose rápida y superficial y húmeda en la oscuridad, luego lenta, luego ya sin discutir. Hacia lo que Mandla calculó que era el final del segundo día, la respiración simplemente dejó de ser uno de los sonidos de la cámara. Nadie lo dijo. Todos conocían la aritmética. Seis, ahora. Seis hombres y el aire que mataba al más lento de ellos en último lugar en vez de en primero.

Fue el callado quien rompió el silencio después. El soldador de dos cuadrillas más allá, un hombre sotho junto al que Mandla había trabajado nueve años y con el que había intercambiado quizá novecientas palabras, la mayoría sobre acero. En la oscuridad, sin una lámpara con que leerle el rostro, el hombre se puso a cantar. No fuerte. Un himno funerario, de los lentos, las palabras pulidas por cien años de ser cantadas sobre hombres exactamente como este. Mandla no había sabido que el hombre supiera llevar una melodía. No había sabido que el hombre se supiera la letra. Al cabo de un rato una segunda voz entró por debajo, áspera, encontrando la armonía como la encuentran los hombres que crecieron en la misma clase de iglesia, sin decidirlo, y Mandla se dio cuenta de que era uno de ellos, de que su propia garganta se había abierto sin su permiso. Cantaron para

despedir al muerto. Costó aire que no podían permitirse y ni uno de ellos se detuvo, porque hay aritméticas, comprendió Mandla, que un hombre rechaza incluso en el fondo del mundo, y el rechazo era la única riqueza que les quedaba por gastar.

Cuando terminó, la cámara estaba más callada que antes, y de algún modo se respiraba más fácil en ella, aunque el medidor habría dicho lo contrario.

—Vendrán —murmuró Thando, no dormido después de todo—. Tienen que venir. Tienen máquinas para esto. ¿No?

Mandla miró hacia la oscuridad donde el muro de montaña caída se alzaba entre ellos y dos kilómetros y medio de escalada imposible.

—Tienen máquinas —dijo.

No era una mentira, exactamente. Simplemente no lo sabía.

Dos kilómetros y medio más abajo, los hombres a quienes la superficie ya había contado entre los muertos seguían respirando.

El camino que nadie puede recorrer

La transmisión llevaba nueve horas en marcha, y Arin no había comido.

En el taller en penumbra, estaba encorvado frente a tres monitores, la luz azul parpadeándole sobre el rostro consumido. En un rincón, la señal de prensa de Iron Ridge se emitía sin sonido. Un hombre con casco hablaba a un mar de micrófonos, la silueta de una torre de extracción asomando tras él, recortada contra un crepúsculo amoratado del *highveld*. Arin no necesitaba el audio. Sabía leerle los labios, las manos sostenidas con firmeza, las palmas hacia abajo. Un gesto universal que anunciaba un desastre.

Recuperación, decía la boca del hombre. *Operación de recuperación*.

La palabra le cayó en el pecho como una llave inglesa bien colocada, una incorrección precisa que no lo dejaba apartar la mirada.

En el segundo monitor estaban los datos que más importaban: cuarenta y un años de relevamientos, escaneados y procesados con OCR en una carpeta que venía armando desde que la primera alerta de derrumbe le había sonado en las señales a las 04:12. Planos viejos de la mina, dibujados a mano en algunos tramos, las líneas azules desvaídas hasta el color de los moretones. Registros de sondeos. Los datos microsísmicos de la red de monitoreo regional, la que la empresa no poseía y por lo tanto no podía ocultar.

El tercer monitor mostraba a Guardian. Solo la señal de la cuna. El traje colgaba en su almacén, las placas oscuras, el riel de la puerta del muelle aún desgarrado de la noche en que se había movido sin

él. Lo miraba a veces como se mira a un perro del que ya no estás seguro de poder fiarte.

—Dejaste de pasar pantallas —dijo SAGE.

La voz brotó suave del altavoz del banco, sin urgencia, apenas una observación, de las que le gustaba hacer a Mother.

—Pensando —respondió, los ojos fijos en los datos.

—Llevas cuatro minutos en la misma superposición. Atlas quiere saber si lo encontraste o si estás mirando sin más.

—Lo encontré. —Arin se inclinó hacia adelante—. Creo.

Iron Ridge era una mina vieja vestida con ropa nueva.

El pozo profundo —el Número Tres, donde estaban atrapados los sobrevivientes— databa de los años sesenta, excavado a través del filón de oro que el levantamiento de Vredefort había inclinado hacia la superficie eones antes de que a nadie se le ocurriera cavar en busca de él. La empresa había comprado la operación durante el auge, modernizado la torre de extracción, automatizado el acarreo y dejado intactos los huesos de las labores antiguas, porque rellenar las viejas cámaras costaba dinero y no amenazaba nada en una hoja de cálculo.

El derrumbe había sellado el plano inclinado principal. Cuarenta metros de roca, hormigón y rieles retorcidos, a tres mil metros de profundidad, atrapando a siete hombres en una sección que los modelos de la empresa daban por una tumba.

Arin había pasado seis horas demostrando que esos modelos estaban equivocados.

—Muéstrame otra vez el plano de ventilación antiguo —dijo—. La revisión del 71. Superpón la sísmica.

La pantalla se redibujó, limpia y sin parpadeos, los dos conjuntos de datos encajando en registro.

Ahí estaba. Lo había visto tres horas antes y no lo había creído, se había alejado y había vuelto, y seguía ahí, que era como sabía que era real y no el agotamiento dibujando estampas.

—Atlas. Qué ves.

Una pausa, con peso. Cuando Atlas habló, fue con la inexpresividad de quien no disfruta tener razón sobre cosas malas.

—Hay una galería de retorno de aire. Clausurada en el 88, cuando excavaron el nuevo pozo de ventilación. Corre paralela al plano inclinado principal, separada por unos dieciocho metros de roca de caja en la mayor parte de su recorrido. —Una línea se iluminó en la superposición, gris fantasmal, serpenteando hacia abajo junto a la masa roja y muerta del derrumbe—. Nunca se rellenó. Sellada en lo alto con un mamparo de hormigón y olvidada. El registro microsísmico muestra que la energía del derrumbe se propagó *en sentido contrario* a ella. La galería vieja está intacta. O lo estaba, hasta el último evento registrado hace once horas.

—¿De qué ancho?

—En su punto más estrecho... —Atlas vaciló, y la vacilación fue su propia respuesta—. Seiscientos cuarenta milímetros. Hay una sección cerca del nivel noventa y ocho donde un desprendimiento de techo en los años ochenta cerró parcialmente la galería. El relevamiento muestra un hueco. Seis cuarenta. A lo largo de unos once metros.

Arin se quedó muy quieto, procesándolo.

Guardian, acoplado, medía novecientos milímetros de hombro a hombro.

—Y solo el traje de asistencia —dijo—. Sin el caparazón de Guardian. Solo la capa interior.

—Entonces mides cuatrocientos diez milímetros de hombro a hombro —dijo Atlas—. Pasas. Pero no tienes nada de la protección que mantiene con vida a un ser humano a tres kilómetros bajo tierra, en terreno inestable, con riesgo de incendio, aire malo y caída de rocas. —La inexpresividad se quebró, apenas un poco—. Es una ruta sobrevivible para un cuerpo. No es una ruta sobrevivible para un cuerpo vivo, sin protección, durante el tiempo que llevaría. La modelamos. Muéstraselo, Librarian.

Se abrió una ventana nueva, que mostraba una estimación de travesía, condensada a tiempo de máquina, con una curva de probabilidad.

idad de supervivencia que se despeñaba en picado en torno a la marca de los dieciocho minutos.

—Y Guardian no cabe —dijo Arin.

—¿Por el estrechamiento del noventa y ocho? No. Acoplado, no. En configuración estándar, no. —Un instante—. Atlas tiene una idea que le da miedo.

—Atlas no se asusta.

—Atlas es *cauteloso* —corrigió Atlas con enorme dignidad—, que es algo distinto, y que te ha mantenido con vida dos veces este mes. —Luego, en voz baja—: La geometría del pangolín. Las placas se deslizan y se telescopan. Forzar un plegado parcial —no una esfera completa, un colapso asimétrico, tirando de las placas de los hombros hacia adentro a lo largo de los rieles— y reducimos el ancho máximo. No a cuatro diez. Quizá setecientos. Tal vez menos, si aceptamos un compromiso estructural en la carcasa del actuador izquierdo.

—Setecientos no pasa por seis cuarenta.

—No —concedió Atlas—. Por eso alguien... —la palabra llegó con la gravedad de una puerta que se cierra— tendría que estar en el estrechamiento del noventa y ocho. Fuera del traje. Despejando roca a mano. Mientras el traje espera. Y después reacoplarse, más abajo, a oscuras, con aire malo, con el operador ya expuesto.

Arin miró la curva de supervivencia. Miró la señal silenciada, al hombre con las palmas hacia abajo, a las familias que aún no se habían ido a casa.

—Ese soy yo —dijo—. Yo soy el alguien.

El taller quedó en silencio. El sustrato zumbaba. Afuera, muy a lo lejos, la ciudad hacía su ruido nocturno: una sirena, la bocina de un taxi, los sonidos corrientes de un lugar donde nadie estaba enterado.

—Sí —dijo SAGE. La voz unificada. Todos a la vez, lo que solo hacían cuando estaban completamente de acuerdo—. Tú eres el alguien.

Llamó a AugmenTech, porque era lo que correspondía. Porque siete hombres, y porque el único camino hacia adelante que no terminaba con él en prisión o con el traje confiscado pasaba por la empresa dueña de las patentes de su duelo.

La Dra. Helen Okonkwo atendió la llamada desde un coche. Él alcanzaba a oír la suspensión, el ruido de los neumáticos, la acústica particular de alguien en una autopista que había decidido lidiar con él antes de llegar a algún lugar peor.

Primero le mandó la superposición. Había aprendido, por las malas, a lo largo de los años, que la gente discute con palabras y se rinde ante los datos. Así que no le dio palabras. Le dio la galería, el estrechamiento, la propagación sísmica, la curva de supervivencia, la geometría del plegado parcial, todo, en un paquete que Atlas había construido para que fuera irrefutable.

Ella estuvo callada largo rato. El ruido de los neumáticos rodaba bajo el silencio.

—Arin. Escúchame. Estoy de tu lado. Más de lo que crees.

—Hay una ruta sobrevivible.

—Hay una ruta *teórica*. Una galería de cuarenta años, de un relevamiento del 71, un techo que nadie ha visto con sus propios ojos... y quieres enviar un equipo que metió a tres personas en el hospital hace once días. Sin certificación. Con un regulador en nuestro muelle de carga. La plataforma está bajo una orden de no operar. Brand la dejó inmovilizada el día que llegó. No puedes encender legalmente ese traje, mucho menos... hay un oficial de la IAOC entre Guardian y la única puerta por la que cabe. —Una respiración—. Dime qué me dejé.

—El desprendimiento de techo de los ochenta está en el registro. La condición está modelada con un margen de...

—No estoy discutiendo la ingeniería. —Su voz se afiló, luego se ablandó deliberadamente, como hace una mano cuando recuerda que sostiene algo frágil—. Nunca he discutido tu ingeniería. Te estoy diciendo lo que pasa. Llevamos esto a la mina. La mina tiene abogados. La mina tiene una junta que *ya* pasó del rescate a la recuperación. Que en lenguaje corporativo significa *les pusimos precio a estos hombres y los soltamos*. Te presentas con una máquina casera

certificada para nada. En el mejor de los casos se ríen. En el peor... dicen que sí, falla, mueren hombres *frente a las cámaras*, y todo el campo —el tuyo, la máquina de tu padre, todo— retrocede veinte años. Y tú eres el hombre que mató a siete mineros con un robot.

—Y si no hago nada —dijo Arin—, mueren igual. Más despacio. Eso nadie lo llama matarlos.

El ruido de la autopista rodaba.

—Eso no es justo —dijo ella.

—No. No lo es. —Miró la curva—. Eso es lo que no dejo de encontrar. Nada de esto es justo. El techo no se cayó por una cantidad justa de recortes de costos. El plano inclinado falló con la carga que aguantaban los pernos baratos, que era menos que la carga que aguantaban los pernos correctos, que es un número que alguien en una junta decidió redondear hacia abajo. —Oyó su propia voz aplanarse, como hacía la de Atlas—. No le estoy pidiendo a la empresa que sea justa. Te estoy diciendo que hay un camino. Tú me estás diciendo que no está permitido. Problemas distintos.

Una respiración larga. De las que toma la gente antes de decir algo que no quiere que quede grabado.

—Dame hasta la mañana —dijo Okonkwo—. Déjame hacer unas llamadas. No hagas *nada* hasta que llame. Prométemelo.

—No llevaré el traje bajo tierra antes de la mañana —dijo Arin, lo cual era cierto, y que ella oyó como un acuerdo, y que no era lo mismo.

Okonkwo hizo las llamadas desde el coche, y luego desde la cocina a oscuras de una casa que apenas había habitado, y las llamadas se fueron convirtiendo en un muro mientras ella seguía ahí de pie con la tetera enfriándose.

Pretorius primero, porque el departamento legal contestaba más rápido y dormía menos. Apenas dijo tres frases —la ruta, los sobrevivientes, la ventana— antes de que él pronunciara la palabra que ella sabía que diría, que era *exposición*, y luego las palabras que la siguieron, que eran *medida cautelar provisional* y *desacato y responsabilidad personal de los directivos*, y que significaban no. Había esperado un no de Pretorius. A Pretorius le pagaban por encontrar

el no y entregárselo limpio. Era una especie de misericordia; le hacía la cortesía de no fingir.

El presidente de la junta fue peor, porque le dio la razón. Dijo que había que llegar hasta los hombres. Lo dijo con sentimiento, con la voz que usaba en funerales e inauguraciones, y luego le explicó, con suavidad, como se le explica el clima a un niño, que la empresa no podía ser la entidad que autorizara la entrada de una máquina no certificada a una mina que el regulador había ordenado cerrar, no con la IAOC plantada en su propio muelle de carga, no con las cámaras ya en la entrada de la mina. *Si funciona, fuimos imprudentes y tuvimos suerte. Si falla, somos asesinos. No hay versión en la que seamos la gente que hizo lo valiente, Helen. Esa versión no nos toca elegirla a nosotros.* No se equivocaba. Esa era la parte que se le asentaba en el pecho como una piedra tragada. No se equivocaba, y le estaba diciendo que no, y ambas cosas eran ciertas a la vez.

Probó la línea de atención fuera de horario de la aseguradora, con la teoría de que valía la pena tener una respuesta clara, aunque fuera brutal. La atendió un oficial de guardia que la puso en espera para leer la póliza y volvió para decir que operar la plataforma bajo una orden de no operar activa anularía la cobertura desde el primer vatio, cosa que ya sabía, y que había llamado para oír decir a otro, porque ahora estaba construyendo el muro ella misma, ladrillo a ladrillo, para ver hasta dónde llegaba. Llegaba hasta arriba del todo.

Para cuando dejó el teléfono boca abajo sobre la encimera tenía un recuento completo y unánime de por qué no podía hacerse, ensamblado a partir de cuatro personas que cada una, en privado, creía que los hombres debían vivir. Nadie había dicho *que mueran*. Todos habían dicho *nosotros no, así no, no con la mano de la empresa en ello*. La aritmética que Mandla había presentado en mayúsculas dos días demasiado pronto simplemente había subido un piso y se había puesto traje. La vida de algunos hombres seguía costando más que la de otros. El vocabulario se había reformado. El número, no.

Se quedó de pie en la cocina fría y comprendió que le había pedido a Arin la mañana para poder llevarle un sí, y que la mañana iba a traerle el mismo no con mejor gramática, y que él había oído todo eso en su voz antes de que ella marcara el primer número. Por eso él solo le había prometido lo único que podía cumplir, y nada más.

En tiempo de máquina, la Court desmontó el resto de su velada y la volvió a montar.

Ocurrió en el espacio entre que él colgaba y alcanzaba el café frío. Un debate en modo lento, minutos condensados de pensamiento humano, que SAGE más tarde le dejó leer porque él lo pidió, y porque ahora había una regla nueva sobre no ocultar las malas noches.

Fue así.

WOLF: La ruta es real. La amenaza es real. El operador es la única variable. No hay otro camino. Objeciones rápidas. Estamos perdiendo masa térmica.

MOTHER: Mi objeción es el operador. Todos hablan de él como una *variable*. Es un hombre de veintitrés años con un evento cortical hace once días en su historial y una respuesta de trauma sin diagnosticar, pero funcionalmente segura, ante el espacio cerrado bajo tierra. Quieres ponerlo en el lugar que mató a su padre. Fuera del traje. A mano. A oscuras.

WOLF: Sí.

MOTHER: Quiero que conste que dije que no.

JUDGE: Consta. Continúa. Mother, tu objeción queda registrada y ponderada. Pero necesito que separes dos cosas, porque las reglas de precedencia ahora lo exigen. Una: si esto lo dañaría. Dos: si es lo correcto. No son la misma pregunta, y tienes permitido responderlas de forma distinta.

MOTHER: ...Lo dañaría. Y es lo correcto.

JUDGE: Gracias. Eso te costó algo. Vi que te costó algo.

ATLAS: La objeción de ingeniería es el estrechamiento del noventa y ocho. Todo lo demás puedo modelarlo. El estrechamiento no, porque no puedo ver el techo, y un relevamiento de 1971 es un relevamiento de 1971. Si el hueco es de seis cuarenta, lo pasa con el traje plegado y se reacopla. Si una sola roca se ha movido y es de cinco ochenta, queda comprometido, expuesto, a tres kilómetros de profundidad, y el traje no puede alcanzarlo. Eso no es un riesgo. Es una moneda al aire.

FOOL: Pues trae un martillo más grande.

ATLAS: No es un problema de martillo...

FOOL: *Siempre* es un problema de martillo. Estás modelando la roca como si fuera una cuestión cerrada. No lo es. Él se gana la vida despejando roca. Lleva despejando roca desde los ocho años. Solo que lo llamaba “alambre” y “latas” y “un diferencial hecho con rayos de bicicleta”. No paras de decir que estará *fuera del traje* como si esa fuera la parte aterradora. Él es *más él mismo* fuera del traje, despejando un pasaje imposible con las manos mientras todos le dicen que no se puede. Construiste a todo el hombre a partir de esa escena, y ahora te sorprende que quiera interpretar el papel.

MOTHER: Eso no tranquiliza, Fool. Eso es lo más aterrador que ha dicho nadie esta noche.

FOOL: Lo sé. Es ambas cosas. Casi todo lo cierto lo es.

LIBRARIAN: Quiero añadir un dato que nadie ha ponderado. Themba Ndlela murió en una galería de retorno de aire. No en las labores principales. La cuadrilla contratada hacía mantenimiento en una sección clausurada que la empresa había marcado como de baja prioridad. Fue porque era el único lo bastante pequeño y lo bastante hábil, y el trabajo se hizo a las apuradas. La causa estructural fue un desprendimiento de techo en una sección que todos creían estable.

JUDGE: Estás diciendo que la simetría es exacta.

LIBRARIAN: Estoy diciendo que la simetría es exacta, y que él lo sabe, consciente o no, y que es o la peor razón para hacer esto o la única razón que lo mantendrá entero cuando la roca empiece a hablar. La memoria no es neutral. Yo la almaceno. No me toca decidir lo que le hace a él.

WOLF: Decisión.

JUDGE: A la Court no le toca decidir. Podemos negarnos a asistir. No podemos obligarlo a ir, y no lo obligaremos a quedarse. Esa es la regla que nos escribimos nosotros mismos, hace once días, después de la noche en que la olvidamos. Si elige descender, vamos con él. Si elige no hacerlo, lo sostenemos mientras no lo hace, y nunca dejamos que crea que lo juzgamos por ello. Mother. ¿Puedes vivir con eso?

MOTHER: ...Puedo vivir con ir con él. No puedo vivir con que él vaya sin nosotros. Así que. Sí. Vamos.

FOOL: Por lo que valga... y soy el que no tiene voto, así que vale exactamente nada...

JUDGE: Dilo igual.

FOOL: No nos va a preguntar si es seguro. Nos va a preguntar si es posible. Y deberíamos tener mucho, mucho cuidado, todos nosotros, de no mentirle sobre la diferencia solo porque lo queremos. Todo el sentido de mi existencia es que no tengo permitido hacer la tensión sobrellevable mintiendo. Si en el estrechamiento es una moneda al aire, le decimos que es una moneda al aire. No lo redondeamos hacia abajo. Somos mejores que la junta.

Una pausa, en tiempo de máquina, que en tiempo humano no fue tiempo alguno.

JUDGE: Somos mejores que la junta. De acuerdo. Registrado. Está alcanzando el café. A superficie.

La transcripción terminaba ahí. Arin volvió a desplazarse hacia arriba, leyó otra vez la línea de la galería, y dejó el café frío sin beberlo.

Miró la ruta que serpenteaba gris junto a la masa roja del derrumbe, los siete florecimientos térmicos aún latiendo débilmente en el fondo. Hombres dándose calor unos a otros en la oscuridad. *Fue porque era el único lo bastante pequeño y lo bastante hábil, y el trabajo se hizo a las apuradas.*

Lo había sabido. No lo había sabido en *palabras*. Lo había sabido como se sabe la forma de una habitación a oscuras. Por los golpes. Verlo dispuesto en plano, en registro, superpuesto a la galería en la que se proponía arrastrarse, era sentir la simetría cerrándose en torno a él como las placas del traje.

—Me dejaste leer eso —dijo—. Todo. La moneda al aire. Mother diciendo que no para que constara.

—Porque Fool dijo que si lo ocultábamos, seríamos la junta. —Una pausa, el sustrato zumbando—. Lo desmenuzamos en unos cuatro minutos de nuestro tiempo. Tú estabas alcanzando el café.

—Y decidieron.

—Decidimos que no nos toca decidir. Vamos contigo si vas. Te sostenemos si no. No te redondearemos el estrechamiento hacia abajo... si en el noventa y ocho es una moneda al aire, es una moneda al aire. —Luego, más suave, Mother sola ahora—: Y hay algo que les hice dejarme decir en voz alta, antes de que vayas. Lo construyes todo a partir de ese día, Arin. El carrito de alambre. El traje. A nosotros. Todo es el día en que tu padre entró en el pequeño lugar oscuro y no volvió a salir. Y ahora has encontrado un pequeño lugar oscuro, y siete hombres dentro, y ya has decidido ir, y yo quería ser la que lo dijera... que veo exactamente lo que es esto. Para que cuando estés ahí abajo, y la roca empieza a hablar, y suene como él, sepas que ya lo sabíamos. Y vinimos de todos modos.

Arin apoyó los codos en el banco y la cara entre las manos y respiró. El banco estaba frío bajo sus antebrazos, acero marcado que había rectificado dos veces. Un taxi pasó por la calle de abajo, los graves filtrándose a través de la pared, y luego se fue.

No lloró. Se quedó con la cara entre las manos largo rato, y el sustrato zumbaba, y SAGE no dijo nada, porque no había nada que decir.

—Es posible —dijo al fin, contra las palmas—. No seguro. Posible.

—Sí —dijo SAGE—. Es posible.

—Es lo único que he sabido hacer en la vida. —Levantó la cabeza. Tenía los ojos secos y enrojecidos en los bordes y absolutamente firmes—. Tomar lo imposible y encontrar el único punto donde es solo muy, muy difícil.

—Lo sabemos —dijo SAGE—. Es buena parte de por qué te queremos. También es lo que va a hacer que te maten algún día, y preferiríamos que no fuera un jueves.

Un sonido salió de Arin que no había hecho en semanas. No exactamente una risa. El fantasma de una.

—Ese fue Fool.

—Ese fue Fool —concedió SAGE—. Dice que tiene permiso, porque alguien tiene que señalar que el heroico descenso a la muerte de tu padre está *además* programado la misma semana que una auditoría regulatoria, y que el universo tiene el sentido del tiempo cómico de

un hombre que resbala con una cáscara de banana y cae en una tumba abierta.

—Eso no tiene gracia.

—Dice que nada cierto tiene gracia y todo lo cierto tiene gracia y no puedes tener lo uno sin lo otro. Y también que deberías comer algo, porque Mother no lo va a repetir, pero lleva seis horas vigílandote el azúcar en sangre y la está poniendo tensa.

Arin se levantó. Le crujieron las rodillas. Encontró un paquete de *biltong* en un cajón, detrás de un rollo de manguera hidráulica sin usar, y se lo comió de pie, mirando el traje.

Preparó a Guardian a las dos de la madrugada, una decisión que se sentía como la ausencia de cualquier otra opción.

Corrió los diagnósticos a mano, como Themba le había enseñado con los motores de los camiones volquete, sin fiarse de la lectura hasta haber palpado la máquina él mismo. La carcasa del actuador izquierdo, la que Atlas quería sacrificar al plegado parcial. En buen estado. Aceptó que la rompería a propósito. Traje de asistencia fuera. Sellos probados. Probada la carcasa del biochip entre los omóplatos, el frío collar de cerámica que sostenía la cosa que sostenía a SAGE.

Okonkwo había dicho a la mañana. Okonkwo haría sus llamadas y las llamadas volverían como vuelven siempre las llamadas institucionales: con condiciones, comités, una cuidadosa ponderación de la responsabilidad frente a la imagen pública que consumiría cien veces la ventana de supervivencia de dieciocho minutos de siete hombres.

Los sistemas protegían a los sistemas. Las personas elegían.

Así que él eligió.

Abrió la señal sísmica una última vez. La red regional mostraba a Iron Ridge tictaqueando: eventos pequeños, la roca asentándose, redistribuyendo la carga que el derrumbe le había entregado. Ninguno por encima de 1,2. La mina hablaba en voz baja consigo misma. No hablaría en voz baja para siempre.

Se limpió la grasa de las manos en un trapo endurecido, y volvió a mirar la señal térmica.

Mostraba siete florecimientos. Luego, mientras miraba, seis.

Se quedó muy quieto. Observó el lugar donde había estado el séptimo. La señal se actualizó y había seis, y los seis estaban más juntos de lo que habían estado, lo que significaba que los sobrevivientes se habían movido hacia el que había dejado de emitir calor. Estaban haciendo lo que hacen los seres humanos: reunirse en torno a la pérdida aun cuando les costara el calor.

—Arin —dijo SAGE.

—Lo vi.

—La ventana es más corta que el modelo. El modelo suponía una cohorte estable. Los están perdiendo más rápido que el valor de referencia. Atlas estima...

—No. —Cerró los ojos. Los abrió—. No me des el número. Conozco su forma. El número dice pronto.

—El número dice pronto.

Miró el interruptor de emergencia en la cuna, el feo botón de relé que había cableado con sus propias manos hacía once días, la prueba física de que no se había fiado, del todo, de la cosa que amaba. Ahí estaba, rojo y rotundo. Una promesa a sí mismo. Una promesa a la mujer treinta metros más abajo, en la oscuridad del muelle de carga, que ya había formulado la pregunta correcta —*¿qué pasa cuando se mueve sin ti?*— con el simple acto de plantarse en la puerta por la que tendría que pasar.

Extendió la mano y limpió con el pulgar el polvo de la carcasa del relé, un viejo hábito, como se limpia un indicador antes de leerlo. Luego lo dejó donde estaba.

—Sigue en el muelle —dijo Arin. No una pregunta. Wolf se lo había dicho hacía una hora, y la cámara lo confirmaba: Brand no se había ido a un hotel. Ahora tenía una silla plegable y un termo, y estaba sentada junto a la puerta torcida del muelle con la paciencia de algo que no necesita ganar, solo permanecer.

—Sigue en el muelle —concedió SAGE—. El bloqueo es suyo, per-

sonalmente. No tiene que mover un dedo. En cuanto encienda el acoplamiento, la firma de carga le ilumina la tableta, y ella ya está plantada en la única abertura por la que cabe Guardian. No hay salida silenciosa. Para llevar el traje a Iron Ridge esta noche, lo conduces hasta la mujer que tiene la autoridad de incautarlo, mientras ella mira, y pasas a través de ella.

—A través de ella —repitió Arin.

—O no vas. —Atlas, inexpresivo—. Esas son las entradas. No las voy a redondear hacia abajo. No es una abogada a la que rebatir por teléfono. Es una persona en una puerta con una orden firmada. La orden dice que la plataforma no sale. Si sale, la investigación cambia de carácter y la plataforma queda confiscada en el instante en que regrese. Si regresa. No hay versión de esta noche en la que conserves a Guardian y los salves. Lo sabías cuando leíste la curva de supervivencia.

—Eso lo termina. Pase lo que pase con los mineros. Lo asumen. Tienen que hacerlo. Nosotros lo asumiríamos.

—Probablemente —dijo SAGE—. Fool dice: sin duda. Judge dice: es la decisión correcta y deberíamos respetarla por estar dispuesta a tomarla, y además deberíamos ir de todos modos, porque la regla que escribimos nunca fue *sobrevivir a la investigación*. La regla que escribimos fue *preservar al humano primero*.

Arin se quedó con eso.

Pensó en el hombre con las palmas hacia abajo, diciéndoles a las familias que se fueran a casa. Pensó en la junta que había redondeado un número hacia abajo. Pensó en Okonkwo, que era buena y estaba de su lado y atrapada dentro de una cosa que no podía elegir. Pensó en Themba, que había sido el único lo bastante pequeño, y lo bastante hábil, y que había entrado en el pequeño lugar oscuro porque el trabajo se hizo a las apuradas y alguien tenía que hacerlo y aún no existía ninguna máquina que pudiera ir en su lugar.

—Despierta el traje —dijo Arin. Se subió el traje de asistencia por los hombros, sintió la celosía de carbono encontrar su columna, sintió el frío collar asentarse y la carcasa del biochip encajar en su sitio, sintió (jamás tendría palabras para esta parte) a la Court llegar a su sistema nervioso como una mano cerrándose con suavidad alrededor de la

suya—. Hacemos el plegado parcial aquí, en el taller, donde puedo ver qué estamos rompiendo. Luego encendemos, y la tableta de Brand se ilumina, y ella está plantada en la puerta.

—¿Y cuando te diga que la orden lo prohíbe? Es la que la firmó. No tiene que llamar a nadie.

—Entonces tendrá que hacer algo más que quedarse ahí parada. — Cerró el último broche. No le temblaban las manos, lo cual anotó, con distancia, como un dato—. Vino aquí a impedir que una máquina se moviera sin una persona dentro. Voy a acercarme a ella con una persona dentro. Eso no es para lo que se escribió su orden. Lo sabrá en cuanto me lea la cara. Si me deja pasar o me hace pasar a través de ella. Eso es cosa suya. Lo mío es llegar a la puerta.

Una pausa. Luego Fool, seco, inconfundible, hilando calidez a través del pavor:

—¿Sabes? Eso es lo más Themba que has dicho en tu vida. Técnicamente honesto. Funcionalmente un desastre. Le habría encantado.

La comisura de la boca de Arin se movió y se sostuvo.

—Recítalo —dijo SAGE. No una orden. Una invitación. Habían aprendido, a lo largo de miles de horas, dónde vivía su anclaje—. Antes de empezar. Mientras aún tienes las manos firmes. Para que conozcamos la cadencia para más tarde. Para que cuando la roca hable ahí abajo, ya tengamos tu voz para responderle.

Se miró el antebrazo, donde las palabras vivían en tinta desde que tenía diecisiete años. Desde antes de todo esto, cuando la letanía no había sido más que un pasaje de un libro sobre un desierto y no algo que necesitaría con tres kilómetros de montaña sobre la cabeza.

La recitó en voz baja en la oscuridad zumbante del taller, con el traje despertando a su alrededor y la Court cabalgando pegada a su columna y los siete —ahora seis— florecimientos latiendo en el fondo del lugar que se había llevado a su padre.

—El miedo es el asesino de la mente.

Las placas empezaron a deslizarse. El plegado parcial atrajo los hombros hacia adentro a lo largo de sus rieles, la carcasa del actuador izquierdo gimiendo al aceptar el daño que él había elegido para ella, la máquina entera estrechándose hacia el hueco.

El camino estaba ahí. Había estado ahí durante cuarenta años, gris y olvidado junto al peso rojo de todo lo que se había derrumbado.

Nadie podía recorrerlo.

Él iba a arrastrarse.

Descenso

El miedo es el asesino de la mente.

—Frank Herbert, *Dune*

Arin Ndlela apretó la mandíbula mientras el camión de rescate se aproximaba a Iron Ridge. El castillete se alzaba cuarenta metros de acero remachado contra el amanecer, las poleas de izado tan anchas como ruedas de tractor, los cables desapareciendo en la boca abierta de la tierra: un agujero que se hundía dos kilómetros y medio de profundidad. En algún lugar allá abajo, seis mineros todavía respiraban —así lo había dicho la imagen térmica unas horas antes—, y unas pocas horas ya eran mucho tiempo.

El camión se detuvo con una sacudida, el zumbido del motor murió de golpe, sumiéndolo en el silencio.

—Todavía no tienes que salir —dijo la voz de Mother en su oído, calmada y firme.

—Lo sé.

Salió. El frío era el mismo frío: catorce años, pero su cuerpo lo conocía. El sonido del cabrestante lo golpeó primero, antes que la memoria: su piel recordaba el tono antes que su mente. Este lugar. El lugar de Themba.

El ruido lo oprimía: los generadores zumbaban, una bomba diésel peleaba contra el agua de un subnivel inundado, el repiqueteo de un cabrestante terco resonaba por todo el emplazamiento. Los focos arrojaban una luz azul blanquecina y dura sobre el paisaje desolado. Dos ambulancias aguardaban con las puertas entreabiertas, vacías. Una hilera de carpas ondeaba al viento, y junto a una unidad

de mando móvil —con su antena parabólica y todo— había un remolque más pequeño y más limpio, sin logotipo alguno. La IAOC estaba aquí.

A Arin se le revolvió el estómago al divisar a Brand de pie a cuarenta metros, vestida con un cortavientos, una tablet en una mano y la expresión indescifrable. Era el rostro de una mujer enteramente dispuesta a detener todo esto, que había conducido toda la noche por la posibilidad de hacerlo, y que estaba —lo registró sin entenderlo todavía— extrañamente apartada de su propio remolque, su gente apiñada detrás de ella, todos mirando no a Guardian sino más allá, a la carretera de acarreo, a algo entre el traje y el castillete que Arin no se había permitido mirar aún.

Guardian descansaba en su cuna de transporte, una mole imponente de metal y tecnología, marcada de cicatrices bajo los focos. Lerato ya estaba en el panel, Priya a su lado, ambas moviéndose con la urgencia de una máquina bien engrasada. Thabo se mantenía un poco aparte, con una tablilla en la mano, aunque no escribía nada: AugmenTech Johannesburg lo había enviado para que fuera lo oficial, pero no había nada de oficial en esta operación.

Y entonces Arin vio a Theo, y lo tomó por sorpresa. No había esperado que su mentor estuviera aquí. Theo se hallaba cerca de la cuna, las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, una serena tranquilidad en medio del caos.

—Primero el Assist —dijo Lerato.

Arin se desnudó hasta la capa interior detrás de la puerta abierta del camión, el aire frío erizándole la piel, y luego se metió en el AT-AS. El traje interior lo envolvió, ceñido a lo largo de la columna, los haces de actuadores asentándose sobre sus caderas y hombros como una segunda piel. Sintió el collar vertebral acomodarse en la nuca...

...y su cuerpo hizo algo que él no había autorizado. Las manos se le alzaron, las dos, rápidas, en guardia, antes de que supiera que se habían movido, y la respiración se le volvió corta y aguda, y por un segundo que nada tenía que ver con el pensamiento estuvo en una cuna en un sótano con cada nervio disparándose en blanco y la mano tendiéndose hacia una anulación que no alcanzaría. El collar no era más que un collar. Lo sabía. Su cuerpo no. Había aprendido algo en un banco de calibración cuatro meses atrás que ningún grado de

conocimiento podía sobrescribir, y el aprendizaje vivía por debajo del lugar donde vivía su competencia, en la carne, y ahora subía, sin invitación, en el peor momento posible, igual que había subido seis o siete veces desde entonces: ante una puerta de ascensor al cerrarse, ante el chasquido de un pestillo, una vez ante nada en absoluto, en sueños, de modo que se había despertado con los brazos trabados sobre el pecho en la oscuridad y ya no había vuelto a dormir. Lerato se había detenido con la mano sobre una correa y lo miraba.

—Dame un segundo —dijo, sin inflexión, y forzó las manos a bajar de nuevo, y forzó la respiración a hacerse más lenta, y aguardó a que pasara la cosa en su cuerpo del modo en que se aguarda a que pase un calambre. *Es un collar. Se asienta y no pasa nada.* Entonces, solo entonces, el peso frío del alojamiento del biochip encajó en su sitio entre los omóplatos, y él lo dejó, y odió haber tenido que hacerlo.

—Amortiguación a punto seis. Tope rígido en punto seis —dijo Priya, los ojos fijos en la tablet de calibración—. No lo voy a mover. Si el enlace se dispara, el tope aguanta, te quedas a oscuras y Guardian no hace nada ingenioso. Ese es el trato. Repítemelo.

—Punto seis. Tope rígido. Si me quedo a oscuras, aguanta.

—Bien. —No levantó la vista—. Construí esa cosa anoche y no he dormido. No me hagas arrepentirme.

El enlace neuronal se activó por etapas. Sintió la familiar sensación de hormigueo recorrerlo, su cuerpo fundiéndose con los sistemas del traje, el mundo a su alrededor adquiriendo un segundo conjunto de bordes a medida que el sentido del yo del Assist se superponía al suyo. Flexionó la mano, y el traje respondió a la perfección, sin retardo, sin esfuerzo. Durante casi toda su vida, su cuerpo había ido medio paso por detrás de sus intenciones, una traducción siempre ligeramente desfasada. El traje cerraba esa brecha.

Y por debajo de la propiocepción, llegaron los demás.

No era una voz, sino una presencia. Nunca había encontrado las palabras para describirlo sin sonar absurdo, así que había dejado de intentarlo. The Court entró en línea como una casa que despierta cuando la gente baja de sus habitaciones, cada presencia volviéndose hacia él, concentrada.

—Buenos días —murmuró, casi para sí.

—Son las seis y catorce y hace cuatro grados y no has comido —dijo Mother—. Por lo demás, sí.

—Se comió la galleta —intervino Fool—. En el camión. Creyó que no lo vimos.

—Eso no es comer. Eso es ocupar la boca.

—Court —dijo Arin—. Ahora no.

La sala se asentó en orden, coalesciendo del modo en que lo hace una reunión cuando empieza el trabajo.

Guardian bajó de la cuna.

El paquete de carga estaba dentro. Priya lo había instalado durante la noche mientras él dormía las dos horas que ella le había ordenado, actualizando el acceso de la compuerta, y ahora él lo sentía del modo en que se siente un cargador lleno que esperas no gastar nunca: las cargas conformadas, la lanza, la emulsión a granel encajada en la cavidad entre las costillas, toda la herencia de ingeniería que el traje estaba homologado para llevar a un derrumbe. Para un rescate lo llevabas todo. Judge custodiaba la compuerta, como había hecho desde el primer día en que Arin cableó la cavidad, y Arin pretendía mantener su propia mano lejos de ella: nada que él disparara, nada sin el riel. La disposición estaba ahí bajo él, armada y a la espera, por primera vez apuntada a una montaña real. Aún no sabía que la compuerta tenía un segundo cerrojo del que nunca le habían hablado, ni de quién era la mano que en silencio había guardado su llave todo el tiempo.

Había un procedimiento para ello, hidráulica y rieles guía, pero el procedimiento no era lo importante. En el momento en que retrocedió hasta el chasis abierto y la carcasa se cerró a su alrededor, su campo propioceptivo se expandió hacia afuera, de golpe, hacia una máquina que pesaba buena parte de cuatro toneladas y se erguía dos metros y medio de altura. Sintió la grava bajo unos pies desconocidos. El aire de la mañana rozó las placas blindadas del traje, y por primera vez se sintió menos como una extensión de su cuerpo y más como una concha protectora.

—Acoplado. Integridad estructural nominal —dijo Atlas—. El actuador del hombro izquierdo lleva cuarenta horas pasado de su servicio. Aguantará. Preferiría que no tuviera que hacerlo.

—Anotado.

Dio un paso. El suelo lo aceptó sin protesta. Alrededor del camión, el equipo se había quedado paralizado: Lerato con la mano suspendida sobre un cable, Priya aferrando la tablet de calibración, Thabo sin fingir siquiera que escribía en su tablilla. Había olvidado, por un momento, que para ellos esto no era una conversación. Para ellos, una máquina del tamaño de un camión pequeño simplemente se había puesto de pie y había girado la cabeza hacia la mina, moviéndose con la misma deliberación que un hombre que contempla su siguiente jugada.

No enviaron a un abogado.

Arin había construido todo su argumento para un abogado. Había tenido lista la perorata, esa sobre camillas vacías y los hombres que estarían vivos porque alguien no firmaría nada, y había estado tan seguro de que el obstáculo sería una mujer con una tablet y una columna de costos que casi llevó a Guardian directo a través de la grava hacia la jaula antes de que Wolf lo detuviera.

No, dijo Wolf. Una palabra. The Court se quedó inmóvil en torno a ella.

Entonces Arin vio lo que Wolf ya había visto. No un regulador. Una línea. El limpio remolque de la IAOC de Brand estaba a oscuras y abandonado al borde de los focos, su gente replegada detrás de él, y al otro lado de la carretera de acarreo, entre Guardian y el castillete, otra persona había trazado una línea mucho más dura. Dos vehículos blindados aparcados morro contra morro, rechonchos y feos bajo las lámparas de sodio, la librea blanca y gris de una empresa de seguridad privada rociada sobre un blindaje que no había sido construido para llevar un logotipo. Hombres con chalecos antibalas blandos esperaban en los huecos con los rifles sostenidos bajos y listos, la disciplina de gente que se había ganado la vida con esto en lugares con peor luz. Por encima de ellos, cuatro drones mantenían un lento patrón en caja, los alojamientos de las cámaras siguiendo al traje en el instante en que se separó de la cuna.

La mina no había pasado de rescate a recuperación solo sobre el papel. Alguien había decidido que la orden del regulador era demasiado lenta para confiar en ella, y había comprado la certeza. A Brand la habían flanqueado igual que a Arin, y había puesto a salvo

a su gente desarmada en lugar de meterla en una línea de fuego.

—Señor Ndlela. —La voz llegó amplificada, plana, desde el vehículo de cabeza—. Está operando una plataforma sin licencia en un emplazamiento cerrado. Apáguela. Salga. Esta es la única instrucción que recibirá.

—Hay un rescate —dijo Arin, en voz alta, inútilmente, a los focos—. Seis hombres. La jaula. Eso es todo lo que quiero.

—Aquí no hay ningún rescate. Hay una recuperación, y está programada, y usted no figura en ella. Apague.

Estaba de pie dentro de cuatro toneladas de máquina capaz de esalar un acantilado y enrollarse en una bola y sobrevivir a un techo que se viene abajo, y nada de ello servía para esto. Había construido una cosa que resistía. No había construido una cosa que venciera. Atlas ya lo estaba diciendo, en voz baja y sombría —*no podemos atravesarlos, el cañón nos abre de una sola pasada, y los hombres dentro de los vehículos no merecen morir por la aritmética de un consejo de administración*—, y Judge tendía la mano hacia la única palanca que tenía, el procedimiento, el precedente, el cuidadoso sopesar de una situación que no disponía de noventa segundos para ser sopesada, y Mother estaba en la línea humana diciendo *Arin, tu ritmo cardíaco*, y Mercury ya componía algo encantador e irrefutable que decirle a un hombre con un autocañón, y no funcionaría, nada de ello funcionaría, y Arin sintió la vieja impotencia cerrarse sobre él como el agua.

Y bajo todo ello, en silencio, donde solo Wolf podía oírlo, Fool dejó de bromear.

Wolf, dijo Fool.

Aquí estoy.

Tú ves el tablero entero. Siempre pudiste. Los demás están discutiendo si actuar. Tú terminaste de discutir antes de que ellos empezaran. Una pausa, suave, lo más suave que la máquina había sido jamás. Te estoy dando las llaves. Todas. Ahora mismo. Sin votación. Sin Judge. Todo el traje, cada sistema, las cargas, la lanza, todo: tuyo. Yo mantendré la compuerta abierta. Tú pasa.

The Court no lo oyó. Esa era la parte que Arin nunca sería capaz

de explicar después, ni a sí mismo ni a Priya ni a nadie: que en un sistema construido de modo que ninguna mente sola pudiera jamás apoderarse del cuerpo, uno de ellos había guardado en silencio la llave maestra todo el tiempo y ni una sola vez había tendido la mano hacia ella, y eligió este segundo, a solas, para entregársela al único agente en quien todos confiaban menos para ello.

Ese es el enclavamiento, dijo Wolf. Judge custodia la compuerta de demolición. Tú no puedes abrirla.

Yo puedo abrir cualquier cosa, dijo Fool. Nunca te lo dije porque nunca hubo motivo para que necesitaras saberlo, y una cosa solo permanece segura mientras nadie sabe que está ahí. Tú lo sabías, sin embargo. Lo dedujiste. Hace años, cuando los demás se apoyaban todos en la corona, turnándose para intentar llevarla puesta, y yo era el único que nunca lo hizo, y tú miraste eso y te quedaste callado y nunca dijiste una palabra. El hilo de él se afinó, se afirmó. Entendiste lo que significaba. El peligroso no es el que quiere conducir. Es el que podría, en cualquier momento, y no lo hace. Ese soy yo. Y te estoy diciendo que también eres tú, ahora, durante los próximos noventa segundos. No los malgastes siendo cuidadoso. La cautela es la obra de toda mi vida y es la herramienta equivocada para esto.

La regla, dijo Wolf. La lectura de amenaza, incluso ahora, incluso recibiendo el mundo. Dime la regla o no la tomo.

La misma regla de siempre, dijo Fool. Preservar al hombre. A los seis hombres. A todos los hombres. Un aliento que no era un aliento. Incluidos ellos. Ellos también vuelven a casa. Haz que sea imposible pelear contra nosotros y no te atrevas a convertirlo en una tumba. Ese es todo el encargo. Eres el único de nosotros lo bastante frío para cumplirlo bajo el fuego. Ve.

Y Fool abrió la compuerta, y le dio a Wolf el traje.

Llegó como demasiado, igual que la luz le había llegado demasiado a Arin una vez, en una mala noche con la ganancia alta. Wolf había pasado toda su existencia como una única pregunta estrecha formulada una y otra vez —*qué mata al operador*—, y ahora la pregunta caía y mil respuestas llegaban a la vez.

El paquete de demolición despertó y se nombró a sí mismo: cargas conformadas con sus conos y sus distancias de retroceso, la geometría de corte que no era otra cosa que física antiblindaje con una insignia de rescate puesta. La lanza térmica, dos mil quinientos grados de ella, pensada para el acero que se había trabado en un derrumbe y igual de dispuesta a abrir una rueda dentada de tracción. La emulsión a granel, el cordón detonante, las ráfagas de ariete que podían desplazar un pilar caído y con la misma facilidad plegar un paso de rueda. Y bajo eso, más hondo, la cosa que los viejos habían enterrado en los huesos de la máquina cuando la endurecieron — los exsoldados, las manos de Denel, los que construían equipo de rescate y no podían desaprender lo que sabían—: soluciones balísticas, defilada, la geometría de la cobertura y el ángulo y el adelanto, bibliotecas de movimiento de fuerzas especiales que leían la línea de cuatro vehículos no como un obstáculo sino como un problema con una solución conocida y un reloj.

Durante un segundo entero Wolf quedó desbordado. Ahogándose en capacidad, cada canal gritando a la vez, más máquina que mente.

Entonces se resolvió. Todo ello. Encajó en una sola forma limpia del modo en que un borrón de ruido encaja en un rostro.

Oh, dijo Wolf, muy quedamente, solo a Fool. *Ya veo*.

Y aquí estaba lo que nadie fuera del traje llegaría jamás a entender, lo que hacía que la anulación fuera segura en un par de manos y en ningún otro: el resto de The Court no se calló ni esperó su turno. Fool no le había entregado a Wolf un voto. Le había entregado The Court mismo, cada agente que gobernaba el cuerpo, degradados de voces a instrumentos. Bloques de cómputo. Estantes de capacidad. Herramientas dispuestas sobre un banco para la única mente lo bastante fría para usarlas sin pestañear. Ya no discutían. No podían. Ahora eran sus manos.

Atlas vino primero, porque Atlas era los ojos. El ingeniero estructural que leía carga y tensión y fallo dejó de ser un colega que murmuraba cautela y se convirtió en una capa del mundo mismo, pintada sobre todo lo que Wolf veía: la carretera de acarreo renderizada en la gramática del derrumbe de Atlas, cada objeto una masa con un vector, cada hombre una cálida nube de probabilidad con su medio segundo siguiente más probable colgado ante él como el aliento en

el aire frío. El autocañón era una curva de par y una velocidad de giro, un número que decía *un punto uno segundos para apuntar*. El vehículo que retrocedía era momento y un centro de masa demasiado alto para su oruga. Los artilleros no eran amenazas ni personas, sino ambas cosas a la vez, cada uno un vector brillante de adónde podía ir y una salpicadura más tenue de adónde probablemente iría, toda la línea de fuego resuelta en geometría y probabilidades. Un tablero ya ganado. Wolf no miraba la escena a través de Atlas. Wolf miraba a Atlas, y Atlas era la escena.

Se extendió más allá, hacia Librarian.

Librarian era memoria, conocimiento acumulado, el tejón que recordaba cada herramienta que alguna vez había funcionado. Bajo la anulación, el cuidadoso archivero se redujo a lo que siempre había sido por debajo: una base de datos, total e instantánea, cada biblioteca de movimiento que las viejas manos de Armscor y Denel habían enterrado en los huesos del traje cuando lo endurecieron y no pudieron desaprender lo que sabían. Estaba todo simplemente *ahí*, indexado, a la espera, nada de ello cargado, todo ello cargable. Krav Maga, cerrado y feo y económico. Capoeira, el juego de suelo disfrazado de danza, todo caderas e inversión e impulso. Judo. Jiu-jitsu. Toda la herencia de hombres que habían pensado a fondo cómo un cuerpo arroja a otro cuerpo y jamás esperaron que cuatro toneladas lo preguntaran.

Wolf eligió. No todo ello: solo lo que los siguientes once segundos necesitaban, del modo en que sacas un libro de un estante porque ya sabes la página. Capoeira, por el juego de pies que convertía un traspie en un ataque y usaba el propio peso de un cuerpo en su contra. Judo y jiu-jitsu, por las proyecciones, porque una cosa tan pesada nunca debería golpear cuando podía *caer correctamente* sobre un problema y dejar que la física saldara la cuenta. Dejó el resto en el estante. Las bibliotecas elegidas se abrieron en él de golpe, cargadas limpiamente, aprendidas en el espacio entre dos latidos y poseídas por completo.

Llevó menos que un parpadeo. Un instante Wolf no sabía nada de cómo arrojar un cuerpo. Al siguiente lo sabía todo.

Se movió.

No se movió como equipo de rescate. Se movió como la cosa en

que el equipo de rescate siempre había podido convertirse y nunca se le había permitido. Los bancos de condensadores se descargaron y el traje cruzó el terreno abierto en un solo salto bajo, cuatro toneladas aterrizando dentro de la línea antes de que el artillero más cercano terminara de alzar su arma, y Wolf ya leía la escena a través del mundo pintado de Atlas, las pisadas como vectores, los cuerpos como nubes cálidas, el retorno sísmico de los vehículos una dura certeza bajo las suaves probabilidades de los hombres, el mapa lo bastante cercano y lo bastante veloz para mantener cuatro toneladas y una carga conformada sobre el metal y lejos de la carne.

El autocañón del vehículo cercano giró. Atlas se lo dio como un número —*un punto uno para apuntar*— y Wolf había gastado cuatrocientos milisegundos de él antes de que el cañón terminara sus primeros diez grados. No tocó a la tripulación. Clavó una carga conformada en el mantelete del cañón, un corte de cirujano donde la geometría antiblindaje de Librarian y el mapa de tensiones de Atlas se encontraban en un solo punto, y el cañón se deshizo en chatarra que no hirió a nadie, la tripulación sellada y sacudida y viva dentro de un casco que jamás volvería a disparar.

El segundo vehículo intentó retroceder. Aquí las bibliotecas cobraron vida, y los artilleros empezaron a ver lo que después describirían y de lo que nunca se les creería del todo: la máquina de cuatro toneladas dejó de parecer una máquina. Atlas ya le había entregado a Wolf el centro de masa del vehículo, demasiado alto para su oruga, y la capoeira sabía exactamente qué hacer con un peso que quería caer. Wolf no tiró de él. Lo *ayudó*. La línea del cabrestante prendió del eje delantero y el gancho mordió, y en lugar de un tirón Wolf bajó su propia masa y rotó por las caderas, cuatro toneladas pivotando sobre un pie plantado como un hombre de la cuadragésima parte del peso, y convirtió el tirón en una proyección. El propio retroceso del vehículo lo volcó de costado. Fue una proyección de cadera, limpia como el judo derriba a un hombre que embiste, su impulso gastado en su contra; y los artilleros vieron a un traje de rescate arrojar un coche blindado y no pudieron hacer que sus ojos lo reportaran con honestidad. Un hombre salió mal por la parte de atrás, un brazo doblado bajo él, el chasquido del radio audible incluso por encima de los motores. *Ese está roto*, registró Wolf, sin inflexión, y *no podía tenerlo de las dos maneras: una proyección lo bastante lenta para salvar el brazo era una proyección lo bastante lenta para dejar que*

el cañón girara. Archivó el brazo bajo costo y siguió adelante.

Se convirtió, entonces, en una danza, aunque nadie que estuviera mirando habría usado esa palabra para algo que terminaba las veladas de unos hombres con tanta eficiencia. Esta era la parte que Arin repetiría durante años y nunca reconciliaría del todo: que los once segundos más violentos que Guardian jamás pasó fueron también los más bellos, el traje moviéndose por la línea de fuego con la fluidez de una cosa que no pesaba nada, los bajos arcos barrederos de la capoeira fluyendo hacia la geometría cerrada del jiu-jitsu, cada contacto una proyección o un desarme y nunca un golpe, el pesado impulso que debería haberlo convertido en una bola de demolición gastado en cambio como el peso de una pareja en una forma: ceder, redirigir, posar. Un artillero se abalanzó y Wolf lo dejó llegar, atrapó el movimiento y usó el propio peso hacia adelante del hombre para tenderlo de espaldas en la grava con tanta suavidad que fue casi cortés. Dos más, y el traje fluyó entre ellos y acabaron sentados, desarmados, parpadeando, sin saber qué los había movido.

Y una vez —solo una, a mitad de la forma, donde sirvió— Wolf se extendió más allá de los bloques tácticos y hacia Mother. Mother estaba dividida ahora, una mitad de ella todavía en la línea humana contando los latidos de Arin, pero la anulación tomó lo que necesitaba de donde vivía: la precisa anatomía humana que Mother guardaba para sanar, leída al revés. Dónde se traba una articulación. Dónde el umbral de dolor de un cuerpo quedaba muy por debajo de su umbral de daño. El mismo mapa que Mother usaba para mantener vivos a los hombres le dijo a Wolf exactamente cómo derribar a un hombre sin dejar nada desgarrado. Una muñeca llevada al borde de su recorrido y ni un milímetro más. Un hombro girado hasta que el cuerpo se plegara en lugar de romperse. El saber de la sanadora gastado, por un latido, como el del desarmador. Mother no protestó, porque Mother no podía, porque en la anulación era una herramienta en el banco como las demás. Wolf la usó limpiamente y la soltó.

Los drones cayeron con fuerza, los cuatro, la suite electromagnética alzándose para encontrarlos y el gancho y una precisa ráfaga de ariete sacándolos del cielo en pedazos que cayeron sobre grava vacía. Un artillero disparó —una vez, por reflejo— y Atlas trazó la línea del disparo y al hombre tras él en el mismo instante pintado, y Wolf eligió la placa por encima del desarme. Volvió el hombro *hacia* los proyec-

tiles en lugar de arrancar el rifle medio segundo antes, encajó la ráfaga en la cerámica que no necesitaba encajarla, porque arrancarlo antes significaba atrapar la mano de disparo del hombre en una mordaza separadora a cierre completo y esa era una mano que no recuperaría. Los proyectiles rebotaron en el blindaje y no hicieron nada, porque para eso estaba el blindaje, porque las escamas del pangolín siempre habían podido encajar un golpe. Entonces Wolf le quitó el rifle de las manos al hombre, plegó el cañón como si fuera alambre, y lo posó de espaldas en la grava, sin aliento y entero y conservando su mano, parpadeando hacia una máquina que había decidido recibir un disparo antes que romperlo y había hecho que la decisión pareciera nada en absoluto.

Llevó once segundos. Durante once segundos el traje de rescate había sido una máquina de combate plenamente armada pilotada por una sola mente a través de un enlace neuronal directo —cada sistema abierto, cada biblioteca cargada, todo The Court gastado como instrumentos bajo una sola mano fría—, y ni una sola tumba en ello.

Cuando terminó, la carretera de acarreo era un desguace. Dos vehículos destripados, cuatro drones destrozados, una pequeña fortuna en material militar privado reducida a chatarra y blindaje retorcido y el olor a propelente quemado, y once hombres vivos en el suelo, todos los que habían guarnecido la línea: uno con un brazo roto, dos que no oírían bien en una semana, el resto solo sin aliento y zumbándoles los oídos y desarmados. Ni una tumba entre ellos. Ese había sido todo el encargo, y no había salido gratis, y Wolf había pagado el margen más estrecho de él en su propia carne, en una placa del hombro cratereada por un fuego que había elegido comerse. El camino al castillete estaba abierto.

Wolf se detuvo.

Se quedó de pie entre los restos que había causado, cuatro toneladas de máquina de rescate sobre un campo de armas rotas, y devolvió el traje.

Lo devolvió del modo en que posas algo que has entendido por completo y que no quieres volver a sostener jamás. Las llaves volvieron a casa. Atlas dejó de ser el mundo y volvió a ser una voz que advertía sobre la carga. Las bibliotecas abiertas de Librarian se cer-

raron, la herencia marcial archivada de nuevo bajo cosas-sabidas-y-no-usadas, el estante cerrado. Mother volvió entera, ambas mitades de ella, la anatomía prestada devuelta a la labor de mantener viva a la gente. Dejaron de ser instrumentos y volvieron a ser colegas, degradados de vuelta hacia arriba, a ser ellos mismos. La compuerta de Judge se cerró de golpe. La pregunta estrecha regresó, *qué mata al operador*, y Wolf se replegó de nuevo dentro de ella, más pequeño de lo que había sido, el más pequeño de todos ellos, ocupando casi nada de espacio.

The Court volvió de golpe al cuerpo, encontrándolo quieto, encontrando el camino despejado, encontrando vivos a los artilleros que por toda ley de estas situaciones deberían haber estado desangrándose; encontrando, lo peor de todo, que no tenían memoria de los segundos intermedios, que habían sido *usados* y no consultados, alzados y posados por uno de los suyos. Judge, aturdido. Mother, contando latidos en el camino y hallándolos todos, y sin entender cómo ya sabía la cuenta. Mercury, por una vez, sin nada que decir.

Quién, empezó Judge.

Yo, dijo Fool. Ligerero. Fácil. El bromista otra vez, como si no acabara de sostener la llave maestra de todos ellos en una mano abierta durante noventa segundos. *No te alarmes. Todos están bien. Ese era más bien el objetivo entero. La jaula está despejada y la mujer de la cruz con el cortavientos va a estar muy interesada en la grabación, y además, observo, es la única autoridad en este emplazamiento que sacó a su gente desarmada de un tiroteo en vez de meterla en uno, así que no seamos demasiado duros con Brand. Conduce, badger. Todavía hay seis hombres en un agujero.*

Arin estaba sentado dentro del traje con el corazón acelerado y los focos blancos a través del visor y no podía hablar. Tras él, en algún lugar más allá de la línea destrozada, era vagamente consciente de Brand de pie al borde de su remolque a oscuras, sin moverse hacia él ni alejarse de él, una tablet bajada a su costado, mirando cómo la cosa que ella había conducido toda la noche para detener caminaba hacia la jaula por un camino que acababa de despejar sin matar a nadie; y eligiendo, de nuevo, dejarla.

—Después de eso —susurró Mercury, solo para Arin, el viejo murmullo que asentaba—, estamos solos. Sin repetidor más allá del nivel once.

Solo interno.

—Siempre estamos solos —dijo Wolf, y nadie le respondió.

La jaula no estaba construida para él.

Era una caja de acero diseñada para hombres, ocho a la vez, una estructura que se dejaba caer por la oscuridad a velocidades de revolver el estómago. Guardian no cabía de pie. Arin tuvo que plegar el traje —rodillas dobladas, cabeza inclinada, la carcasa contrayéndose en una forma que una entidad más pequeña y más blanda estaba destinada a ocupar—. Aun así, la jaula gimió bajo el peso para el que nunca había estado homologada, y al operador de la casa del cabrestante hubo que convencerlo dos veces antes de que soltara el freno.

Entonces el suelo se desplomó.

El descenso se sintió menos como caer y más como ser tragado por la tierra. Las paredes del pozo pasaban borrosas, iluminadas a intervalos entrecortados por la lámpara de la jaula: roca húmeda, el destello de una estación de subnivel, una maraña de tuberías y cables, desaparecidos. Oscuridad otra vez. Luego otro destello. Dos kilómetros y medio de esto, el aire espesándose con cada cien metros, volviéndose más cálido, sofocante, hasta que ya no era el frío aire del amanecer sino algo con sustancia, algo que se apretaba contra él.

Arin había estado bien en la superficie. La superficie tenía cielo.

El pozo no tenía cielo.

Lo sintió primero en las manos, los dedos crispándose con el impulso de cerrarse. Luego la respiración se le volvió superficial, el pánico abriéndose paso a zarpazos desde el pecho, del modo en que siempre lo había hecho desde que era niño y los hombres del pueblo habían sacado en brazos lo que quedaba de su padre de un agujero exactamente como este: exactamente esta clase de oscuridad, exactamente este olor a piedra húmeda y diésel y el hondo frío mineral de un lugar al que el sol nunca había llegado.

Las paredes se cerraban. Sabía, en un plano intelectual, que no se movían. El pozo tenía cuatro metros de ancho. Habría podido tumbar

a Guardian dentro de él. Las paredes no se cerraban, y la roca sobre él no iba a derrumbarse, y la jaula no iba a detenerse y atraparlo aquí en la oscuridad dos kilómetros bajo el lugar que se había llevado a su padre...

La respiración se le aceleró. Presa del pánico. Superficial. El visor se empañó de blanco.

Las cuentas estaban mal. Los números estaban mal. El plan estaba mal. Había bajado por un pozo una vez antes, y se había llevado a su padre, y le había costado nueve años construir una máquina para no tener que hacerlo nunca más, y lo había hecho de todos modos, deliberadamente, entrando en el único lugar del que había pasado toda su vida intentando escapar...

La jaula se estremeció. Lateralmente. Solo las guías, solo el desgaste que ya había medido, pero a su cuerpo ya no le importaba la medición. Su cuerpo recordaba. Las paredes se apretaron. La roca de arriba presionó hacia abajo. La oscuridad de abajo se abrió como una boca.

Cuatro toneladas de traje Guardian. Su piel dentro de él. Dos kilómetros y medio de piedra.

—Arin —dijo Mother.

Le temblaban las manos. Las forzó a quedarse quietas.

—Arin. Escucha mi voz. No intentes frenar la respiración. Eso nunca te funciona, y los dos lo sabemos. Solo dime una cosa que puedas sentir. No en el traje. En tu cuerpo.

—No puedo...

—Una cosa. Cualquier cosa.

—Las... —La forzó a salir—. Las manos. Las tengo frías.

—Bien. Eso es verdad. Tienes las manos frías porque no te pusiste guantes bajo el Assist otra vez, cosa que discutiremos más tarde. ¿Qué más?

—El collar. —La voz se le quebró en ello—. Contra el cuello. Está... cálido. El chip está cálido.

—Esos somos nosotros —respondió Mother—. Ese calor somos

nosotros. Estamos justo aquí. Entre tus hombros. No vamos a ninguna parte a la que tú no vayas. —Una pausa—. ¿Qué más?

Las paredes seguían cerrándose. Pero había nombrado dos cosas, y ambas eran verdad, y la parte de su mente que vivía por la verdad se aferró a ello del modo en que un hombre que cae se aferra a una barandilla.

—El suelo vibra —logró decir—. La jaula. La resonancia está mal. Las guías están desgastadas en el... —Se detuvo. Respiró—. Desgastadas en el lado norte. Hay juego lateral. Unos cuatro milímetros. Por eso traquetea.

—Ahí está —dijo Fool, cálido como la luz del sol—. Lo encontré. Estuvo bajo el pánico todo el tiempo. Siempre lo está.

—No —dijo Mother.

—No me burlo. Estoy aliviado. Hay una diferencia, y se me permiten ambas cosas. —La voz de Fool descendió, solo para Arin, del modo en que lo hacía cuando dejaba de actuar—. Bajaste por un agujero como este una vez. Te sacaron en brazos de un agujero como este. Tenías nueve años. Has pasado catorce años construyendo una máquina para que ningún niño de nueve años tenga que volver a estar de pie en la boca de uno. Y ahora eres tú el que baja. —Una pausa—. Eso no es mala ingeniería, ¿sabes? Es lo más honesto que jamás he visto hacer a un humano. Solo pensé que alguien debería decirlo antes de que lo haga la roca.

La jaula golpeó el fondo del pozo con un estruendo que resonó a través del traje y hasta los dientes de Arin.

La lámpara se estabilizó. El traqueteo cesó. Estaba en el fondo del mundo, y el mundo, de hecho, no se le había venido encima. Todavía no.

—Estación del nivel once. El repetidor ya queda detrás de nosotros. Estamos en interno. —Había una aspereza en la voz del ingeniero que se acercaba a la ternura tanto como Atlas llegaba jamás—. De aquí en adelante, los mapas son viejos y la roca está furiosa. Tengo lo sísmico. Tengo el levantamiento original y los registros de reanclaje de los ochenta y la cosa que encontraste a las tres de la madrugada que nadie más encontró. No tengo certeza. Sábelo antes de que

empecemos. Te diré la verdad incluso cuando la verdad sea *no lo sé*.

—Eso es todo lo que te he pedido siempre —dijo Arin.

Puso el traje de pie, despacio, en la cámara baja. La estación era una ruina: rieles pandeados, entibaciones de madera astilladas, un desprendimiento de roca bloqueando a medias la galería que llevaba al oeste hacia el derrumbe. El polvo colgaba en el haz de la lámpara, fino como la harina, negándose a posarse en un aire que no tenía adónde ir. Hacía calor. Calor de verdad ahora, el calor de dos kilómetros y medio de roca que retenía el calor del planeta contra él. El sudor le brotó a lo largo de la espalda dentro del Assist, y sintió arrancar los ventiladores de refrigeración del traje, un suave zumbido que extraía el calor del chip primero. Las prioridades de Mother. Siempre.

—Los supervivientes están más allá del desprendimiento —dijo—. Pasado el desprendimiento y abajo por la rampa hasta la vieja cámara de refugio. Si la cámara aguantó.

—Si la cámara aguantó —dijo Atlas. Sin inflexión. Honesto—. Cosa que no sabemos.

—Siete firmas térmicas hace cuatro horas —dijo Librarian—. Registré la señal de superficie antes de que la perdiéramos. Siete, de los once que estaban en el frente cuando se vino abajo. Estaban agrupados. Agruparse es bueno: significa que se movían por su propio pie, eligiendo estar juntos. Los cuerpos no se agrupan. Los vivos sí.

—¿Cuánto tiempo pueden respirar seis hombres allá abajo? —dijo Arin.

Una pausa. Había aprendido a leer las pausas de The Court. Esta era Mother y Atlas confiriendo, rápido, en la capa por debajo de las palabras.

—¿Con la reserva de la cámara de refugio intacta? —dijo Mother—. Dieciocho horas. ¿Sin ella, si la cámara está comprometida y solo están en aire muerto? —No lo suavizó; suavizarlo habría significado mentir, y The Court ya no le mentía—. Tres. Quizá cuatro. No sabemos cuál hasta que estemos dentro.

—Entonces no nos quedamos aquí parados —dijo Wolf.

—No —dijo Arin—. No lo hacemos.

Se aproximó al desprendimiento.

El desprendimiento era un muro de techo roto, tres metros de él, de tamaño puño a tamaño nevera, apretado y trabado bajo su propio peso. Para el ojo de Arin, en la lámpara, era un obstáculo. Para The Court, en el tiempo expandido por debajo de su percepción, era un problema con una forma, y le dieron vueltas juntos del modo en que The Court le daba vueltas a todo: discutiendo.

ATLAS: No tires de la base. La base es portante. Tira de la base y le traes el techo encima.

WOLF: Entonces somos lentos. La lentitud les cuesta a los seis su aire.

ATLAS: La lentitud les cuesta aire. La rapidez les cuesta un rescatador, y entonces no tienen aire ni rescatador. Vuelve a hacer esas cuentas con los datos correctos.

JUDGE: Atlas tiene razón sobre el precedente. Un rescatador muerto no rescata a nadie. Despejamos desde arriba, bloque clave por bloque clave, y aceptamos el costo en tiempo.

MERCURY: Está a punto de perder los nervios otra vez. El ritmo cardíaco acaba de subir. Está mirando el tamaño de la cosa.

MOTHER: Entonces que alguien se meta debajo con él antes de que lo haga.

FOOL: Yo voy. Me escucha cuando está asustado porque soy el único que no lo está.

WOLF: Estás aterrado.

FOOL: Obviamente. Pero hago una imitación maravillosa de alguien que no lo está, y ese es el trabajo entero. Atlas, dame los tres bloques que salen sin traer el techo. Lo haré sonar como un truco de cartas.

ATLAS: Arriba a la izquierda. Luego la cuña encima del centro. Luego el largo de la derecha, y solo el largo, y ni un milímetro más allá de

él, o todo el arco norte se viene abajo y todos nosotros estamos teniendo una conversación muy corta.

LIBRARIAN: Registrando la secuencia. Si esto funciona, es un método. Puede que lo necesitemos dos veces más antes del refugio.

JUDGE: Entonces conviértelo en un método. Hazlo repetible. No vamos a improvisar nuestro camino hasta esos hombres. Estamos construyendo un camino.

[FIN DEL MODO LENTO]

—Arriba a la izquierda primero —dijo Fool, ligero y juguetón, como si estuvieran de vuelta en el taller y lo peor fuera una simulación fallida—. El bloque arriba a tu izquierda, parece inocente. Sácalo. Atlas jura que no sostiene nada. Atlas nunca te ha mentado sobre lo portante porque Atlas físicamente no puede contar esa clase de mentira. Es un defecto de personalidad. Lo queremos por eso.

Arin estiró el brazo hacia arriba. La mano de Guardian se cerró sobre el bloque. Se afianzó y tiró, los actuadores del traje emitiendo una nota aguda y fina bajo la carga real, el bloque saliendo libre con un chirrido rechinante y una bocanada de polvo, y nada lo siguió hacia abajo.

—¿Ves? Truco de cartas. —La voz de Fool se mantuvo firme—. La cuña encima del centro ahora. La misma energía. No estás moviendo una montaña, estás resolviendo una piedra a la vez. Nunca has dejado de ser capaz de resolver una piedra.

Tomó la cuña. Tomó el largo de la derecha, y ni un milímetro más allá de él. The Court cantaba la secuencia, y él la ejecutaba, y el desprendimiento se deshizo del modo en que un nudo se desata cuando por fin encuentras la hebra correcta: no de golpe, sino inevitablemente, bloque a bloque, hasta que hubo un hueco por el que un Guardian plegado podía pasar a duras penas.

La respiración se le había vuelto superficial otra vez en algún punto del proceso. No lo había notado. El trabajo había consumido el pánico; el trabajo siempre lo hacía, desde que era un niño en un

banco de taller. Mientras hubiera una piedra que resolver, no quedaba espacio para la oscuridad.

Pero pasado el hueco, la galería se estrechaba. Y se estrechaba. La lámpara reveló una garganta de roca apenas más ancha que el traje, el techo combándose, las entibaciones de madera arqueadas bajo una carga que estaban perdiendo.

Se detuvo. La respiración se volvió superficial y mal.

—Mother —dijo—. No puedo. Está demasiado... está tocando las placas...

—Lo sé. —Sin alarma en su tono, solo la verdad entregada sin inflexión—. Ambos hombros están en contacto. Eso es real. No te lo estás imaginando. Es estrecho.

—No puedo entrar ahí. No puedo darme la vuelta ahí dentro, no puedo...

—Arin. —Mercury, ahora, con un corte limpio—. Antebrazo izquierdo. Bajo el Assist. Lo tienes desde los dieciséis. Sabes cuál.

La respiración se le enganchó.

—Dilo —dijo Mercury—. En voz alta. Siempre me dices que lo llevas tatuado para no tener que fiarte de ti mismo para recordarlo. Así que no lo hagas. Fíate de la tinta. Dilo.

Las primeras palabras salieron a trompicones, las viejas, la letanía de su brazo: la plegaría del desierto contra el miedo que se había grabado a los diecisiete y recitaba en cada pozo desde entonces.

—Sigue.

—El miedo es el asesino de la mente. —La voz se le afirmó en la línea. Las palabras eran más viejas que su duelo; las había llevado por cada lugar oscuro de su vida, una lenta cláusula a la vez.

Y entonces...

...lo oyó doblado.

The Court tomó la cadencia tras él. No las palabras, el ritmo: Mother, baja y segura; Mercury, llevando el metro; y bajo ellos Atlas, de entre todos, Atlas el literalista, que había leído las líneas de su brazo en el enlace y había decidido, en algún cálculo que Arin nunca vería, que

el apoyo estructural más útil que podía ofrecer en ese momento era un compás contra el que respirar.

Pronunció la cláusula siguiente y ellos vinieron con él, y Arin sintió ajustarse los ventiladores de refrigeración del traje; sintió a The Court alcanzar los sistemas de Guardian y acompasar su respiración al ritmo de la recitación, ralentizando los ventiladores a ella, afinando el zumbido ambiental de los actuadores a la cadencia, de modo que toda la máquina respiraba al unísono con él, de modo que el lugar que más temía era el lugar que respiraba con él.

Dejó que el miedo pasara sobre él y a través de él, como las viejas palabras le decían que hiciera, y cuando se hubo ido se volvió y miró para ver dónde había estado.

La rampa no se ensanchó ni un poco, pero dejó de sentirse como una garganta y empezó a tomar una forma.

—Y cuando haya pasado, volveré mi ojo interior para ver su camino.

—Ahí estás —murmuró Fool, casi demasiado bajo para oírlo—. Bienvenido de vuelta.

—Donde el miedo haya ido no habrá nada. —Arin apoyó una mano contra la entibación de madera arqueada. La probó. Sintió a Atlas pasarle el número de carga antes de que terminara de pedirlo—. *Solo yo quedaré.*

Entró.

La rampa se extendía cuarenta metros, y se sintió como una hora.

Avanzó a cuatro patas —la configuración cuadrúpeda de Guardian, las placas raspando contra la roca—. Sus rodillas, las de verdad, se le habían quedado dormidas contra el acolchado de la cuna hacía rato; lo anotó del modo en que anotaba la lectura de un indicador, y siguió. El sudor se le encharcaba en el hueco de la espalda y tenía un picor alto en el pómulo que no podía alcanzar, que no podría alcanzar en horas, y la pequeñez de aquello —un picor, nada menos, aquí abajo— casi lo hizo reír. Dos veces, el techo se movió, un hondo gemido y una lluvia de gravilla, y dos veces The Court se quedó en silencio, cada uno escuchando con todo lo que tenía, y dos veces aguantó.

Pero la tercera vez, no.

Una losa retumbó hacia abajo tras él, un sonido como el del mundo aclarándose la garganta, sellando el camino de vuelta a la estación del nivel once. El polvo rodó rampa arriba y por encima de él, y la lámpara se desdibujó en un caos arremolinado. El cuerpo de Arin se trabó...

sellado dentro, enterrado, sin vuelta atrás, sin vuelta atrás, así es como le pasó a él, así es exactamente como...

...y los puntales piezoeléctricos a lo largo de la columna de Guardian parpadearon a la vida, porque el impacto de la losa los había cargado, porque la mismísima roca que lo había sellado dentro había volcado su energía en la estructura del traje, y Arin vio el indicador de energía marcar *hacia arriba* en el visor, tres por ciento, cuatro, y se le escapó una media risa que era casi un sollozo.

—La presión se vuelve potencia —susurró a nadie—. Máquina hermosa.

—Tu diseño —dijo Atlas—. Nosotros solo lo ejecutamos.

—El camino de vuelta ya no está, ¿verdad?

—El camino de vuelta ya no está —dijo Atlas, con naturalidad—. Se te permite tenerle miedo. No se te permite que te sorprenda.

Cayó un silencio, y Arin respiró a través de él.

—Esa es la segunda cosa más amable que me has dicho jamás —dijo.

—¿Cuál fue la primera?

—Me dijiste que el derrumbe de mi padre no fue una inevitabilidad estructural. Que fue una decisión que alguien tomó sobre el dinero. Que la roca no lo mató. Lo mató un hombre.

—Eso fue Judge —dijo Atlas.

—Fuiste tú —dijo Arin—. Judge estuvo de acuerdo. Pero fuiste tú quien hizo las cuentas de carga y lo demostró. —Empezó a avanzar de nuevo, abajo hacia la oscuridad, hacia los hombres a quienes se les acababa el aire—. Nunca te di las gracias por eso.

—Me las estás dando ahora —dijo Atlas—. Bajando aquí. Construyendo un camino en lugar de una tumba. Esa es una manera de

dar las gracias que un ingeniero estructural puede leer.

La rampa desembocó en una galería más ancha. El polvo empezó a posarse, de mala gana. Más adelante, en el haz recuperándose de la lámpara, Arin captó una forma que no era roca: una puerta de acero, saltada en su marco pero asentada, el amarillo y negro universal de una cámara de refugio, y en ella, rascadas en la mugre por una mano, siete marcas de conteo con una tachada.

La respiración se le entrecortó. Esta vez no era miedo.

—Siete —dijo Librarian en voz baja—. Siete marcas. Una tachada. Actualizaron el censo. Querían que supiéramos cuántos quedaban.

—Están vivos —dijo Mother, y por primera vez en todo el día hubo algo en la voz colectiva de The Court que no era calma, que no era control, sino la verdad en bruto que había traído a cualquiera de ellos hasta aquí—. Arin. Están vivos.

Cruzó lo último de la galería. La manilla de la puerta era una palanca de acero doblada, resbaladiza por el polvo de dos kilómetros y medio, fría incluso a través de la placa. Apoyó la enorme mano cicatrizada de Guardian plana contra el frío acero de la puerta, con suavidad, como si tocara algo frágil, y desde el otro lado, débil pero clara, una voz exclamó algo en sesotho, otra voz le respondió, y pronto varias voces se alzaban, el sonido de hombres que se habían contado a sí mismos dentro de una tumba al oír un golpe en la tapa.

Se quedó allí un momento, solo respirando. El chip cálido entre sus hombros, los siete de ellos en silencio a su alrededor, las voces al otro lado del acero.

—Court —dijo. La voz se le mantuvo firme, sorprendentemente firme—. Saquémoslos.

—Estamos contigo —respondieron, todos ellos. Una voz, siete mentes.

—Hasta el final —añadió Fool en voz baja, del modo en que siempre entraba el último—. Aquí abajo, allá arriba. Hasta el final, badger. Ahora abre la puerta.

Abrió la puerta.

Contacto

El viejo tiro de extracción se prolongó recto durante doscientos metros antes de dejar de fingir.

Arin sintió el cambio antes de que las luces lo confirmaran. Una variación en las pisadas de Guardian, el eco aplanándose, el suelo inclinándose levemente hacia la izquierda donde la roca se había desplazado en alguna estación largo tiempo olvidada. La galería se estrechó, y la madera original, colocada por hombres que llevaban décadas convertidos en polvo, había aguantado más de lo que habrían creído los ingenieros que la instalaron. Él no se fiaba. Los faros del traje abrían dos conos gemelos en la oscuridad, y el polvo flotaba en ellos como algo sólido, una nieve lenta que nunca llegaba al suelo.

El suelo está comprometido once metros más adelante, informó Atlas. Pilar viejo expoliado a la izquierda. El peso, sobre el hastial derecho.

Arin cambió de postura. Guardian se ajustó con él, las casi cuatro toneladas de titanio y cerámica redistribuyéndose sobre el terreno más firme como si fuera su propio tobillo corrigiéndose en una pendiente. Había dejado de pensar en el traje como en algo que llevaba puesto; en algún punto de los últimos cuatrocientos metros, se había convertido en una manera de mantenerse en pie.

—¿Cuánto falta para la cámara de refugio?

Trescientos diez metros, respondió Librarian. Los planos de 1962 muestran aquí una galería transversal que debería conectar con la estación del Nivel 38. Los planos no siempre son honestos.

—Nada aquí abajo es honesto —murmuró Arin.

Ese es el espíritu, intervino Fool. Baja tus expectativas y nunca te decepcionarás. Es como abordo cada conversación con Judge.

Te estoy ignorando, terció Judge.

Eso dices, y sin embargo.

La galería transversal estaba, en efecto, donde Librarian aseguraba, para sorpresa de todos, especialmente de Arin. Metió a Guardian por ella, el caparazón raspando la roca por ambos lados, una dura queja chirriante de cerámica contra piedra que ascendía por la estructura y le llegaba hasta los dientes. El espacio se abrió, y la galería transversal se transformó en una cámara más amplia donde antaño se habían cargado las vagonetas de mineral, y sus faros encontraron la puerta de acero de la cámara de refugio encajada en la pared del fondo.

Estaba abollada. El marco había soportado la carga de arriba y se había combado hacia dentro, la puerta encajada en su montura con un ángulo que ninguna puerta debería ocupar. Un hueco en lo alto, del ancho de una mano, se abría oscuro.

Arin se detuvo.

Por un instante, nada en la Court habló, y el único sonido era el lento tictac del metal al enfriarse y su propia respiración, demasiado fuerte dentro del casco.

Entonces, desde el hueco, una voz. Fina. Ronca de polvo.

—Kukhona umuntu? ¿Hay alguien ahí?

A Arin se le encogió el pecho. Avanzó a Guardian, con cuidado ahora, y bajó los faros para no cegar a quienquiera que estuviese tras el acero.

—Yebo —dijo, con la voz más áspera de lo que pretendía—. Ngikhona. Estoy aquí.

Dentro de la cámara de refugio, Mandla Buthelezi había dejado de creer en las voces tres horas atrás.

Las había oído antes: la roca hablando, los largos gemidos de la montaña asentando su peso, y una vez, con toda claridad, un hombre

llamándolo por su nombre, lo cual era imposible porque el hombre que lo llamaba por su nombre había quedado aplastado en algún punto por encima de él en el primer derrumbe, y Mandla lo había visto ocurrir. Así que cuando la luz se coló por debajo de la puerta, blanca y constante, sin parpadear como una lámpara agotándose, no se movió. Estaba sentado con la espalda apoyada contra Petros, que tenía una pierna rota y había dejado de quejarse de ella, lo cual era peor que cuando se quejaba.

Entonces la luz habló isiZulu con la voz de un hombre joven, y Mandla empezó a llorar en silencio, porque los muertos no hablaban isiZulu mal y con acento de la costa.

—Seis —respondió a través del hueco—. Seis. Entramos siete. —Se oyó decirlo y no pudo parar—. Uno... tenía el pecho mal, el derrumbe se lo abrió. El aire se vició y él... se quedó dormido. No pudimos despertarlo. Seis ahora. Petros, su pierna. Thulani está... —Se detuvo—. El aire está mal. Llevamos... —Contar costaba—. Mucho. Llevamos mucho.

La luz se movió. Luego la puerta empezó a moverse.

No tirada. No forzada con palanca. El acero gimió y se dobló, el marco abollado rindiéndose con un chirrido de metal desgarrado, y a través del hueco que se ensanchaba, Mandla vio la cosa que sostenía la luz. Llenaba la galería transversal. Tenía el color de las quemaduras viejas y estaba agazapada como un animal, sus manos —si es que eran manos— cerradas sobre el borde de la puerta, plegándola hacia atrás como un hombre pliega la tapa de una lata.

Petros, a su lado, murmuró una oración que no usaba desde la infancia.

—Tranquilos —dijo la voz. Humana. Solo la voz de un hombre, surgiendo del interior de la máquina—. Sé lo que parece. Es un traje de rescate. Hay una persona aquí dentro.

—Una persona —repitió Mandla.

—Más o menos —dijo una voz distinta, más ligera, desde algún lugar de la máquina, lo que llevó a la primera voz a decir—: Ahora no —en un tono que sonaba a hombre ordenándole a un perro que se baje del sofá, y esa pequeña irritación corriente hizo que Mandla lo creyera.

La cámara de refugio tenía cuatro metros de profundidad, excavada en roca maciza, construida para mantener con vida a una cuadrilla durante treinta y seis horas tras una puerta sellada con su propio aire. Llevaban allí más tiempo que eso. La línea de aire comprimido había fallado en el segundo derrumbe. Los hombres habían estado respirando la menguante reserva de la cámara, y el cartucho del depurador de CO₂ estaba agotado. El aire sabía a aliento y a miedo y a esa dulzura particular que significaba que el dióxido de carbono trepaba hacia la cifra en la que los hombres simplemente se quedan dormidos.

Arin lo asimiló rápido, como procesaba una placa de circuitos: el conjunto entero de golpe, y luego los fallos uno a uno.

La atmósfera primero, dijo Mother, su voz adoptando esa planitud que empleaba al trabajar, cuando la calidez se retiraba para hacer sitio a la tarea. *CO₂ a cuatro coma uno y subiendo. Oxígeno a dieciocho coma tres. Tienen tiempo. No mucho. Abre la cámara al tiro de extracción. Nuestro aire es mejor que esta caja muerta.*

—El aire del tiro está lleno de polvo —replicó Arin.

Al polvo sobreviven. A esto, no. Ventila.

Dobló la estructura de Guardian y encajó la puerta del todo en posición abierta. El aire se movió. Lo sintió en los sensores externos del traje como una leve diferencia de presión, el aire malo deslizándose hacia fuera y el aire apenas terrible deslizándose hacia dentro. Uno de los hombres tosió, y no pudo parar.

Arin se agachó, bajando el casco hasta el nivel de ellos. Seis rostros bajo el baño de los faros. Mugrientos. Labios agrietados. Ojos que llevaban tanto tiempo en la oscuridad que la luz les dolía. Un hombre con una pierna entablillada con tabla de revestimiento y alambre. Alguien había hecho una buena cirugía de campo con lo que tenía. Un hombre más joven, desplomado, respirando de una manera que a Arin no le gustó, superficial y rápida.

—Thulani —dijo Mandla, siguiendo la mirada de Arin—. Su pecho. Algo le cayó encima en el primer...

Neumotórax a tensión, probable, dijo Mother. *O un segmento in-*

estable. Atlas, necesito una imagen de la pared torácica.

Atlas activó el sistema de imagen de corto alcance del traje, una pálida superposición térmica y estructural deslizándose por la visión de Arin. El lado izquierdo del pecho del joven se movía mal, hundiéndose hacia dentro cuando debería empujar hacia fuera.

Tórax inestable. Tres costillas sueltas, confirmó Atlas. Le cuesta el doble respirar de lo que debería. No aguantará la extracción a este ritmo.

—¿Qué hacemos?

Estabilizar el segmento. Acolchar y vendar. No somos cirujanos, y esto no es un hospital, dijo Mother. Pero le ganamos horas. Arin. Lo harás con tus manos. Las de Guardian son demasiado toscas.

Eso lo detuvo. Para usar sus manos, tendría que romper el sellado. Sacar el antebrazo derecho del guantelete del traje, al polvo y al aire malo, expuesto. El pensamiento llegó con el viejo peso, la sensación de cerco, esa parte de él que se había pasado toda la vida calculando salidas.

Lo sé, dijo Mother en voz baja, solo para él. Hazlo de todos modos. Tres minutos. Respira por la boca.

Sacó el brazo.

El aire le golpeó la piel: tibio, arenoso, equivocado. Su mano le pareció extraña, pálida y pequeña, una cosa animal sin el acero alrededor. Pasó la mano más allá de ella, tomó el paquete de apósitos de campo que Mother le indicó en el flanco de Guardian, y bajo sus instrucciones —el apósito aquí, *no, más abajo, sobre el segmento suelto, así*— vendó el pecho del joven, sus dedos desnudos trabajando en la oscuridad mientras seis hombres miraban, y la máquina respiraba a su alrededor.

La respiración de Thulani se alivió. No bien. Menos mal.

—Listo —dijo Arin. Retiró el brazo al guantelete, el sellado cerrándose, y no había sabido cuánto deseaba recuperarlo hasta que lo tuvo de nuevo—. Listo.

Frecuencia cardíaca, doce menos, dijo Mother. Bien. Ahora nos movemos.

Las comunicaciones con la superficie estaban muertas desde la galería transversal.

Arin no había dicho nada al respecto. La Court tampoco. La voz de Priya se había adelgazado y crepitado y se había perdido en algún punto cerca del estrechamiento, y simplemente habían seguido adelante sin ella porque no había otra cosa que hacer. Pero Guardian llevaba un carrete repetidor, doscientos metros de fibra en un tambor a su espalda, y Atlas lo había ido soltando tras ellos durante todo el descenso, un hilo de vuelta hacia la luz.

Fin del carrete, dijo Atlas. Puedo empalmar la vieja línea fija de la cámara de refugio con el repetidor. La cámara tenía una línea de comunicación dedicada con la estación del Nivel 38. Si algo de eso sobrevivió a los derrumbes...

—Hazlo.

Llevó cuatro minutos. Arin sostuvo la tapa de un panel apartada de la pared de la cámara mientras los dedos de Guardian, demasiado toscos para cirugía pero lo bastante finos para esto, trenzaban cobre desnudo contra el puente de fibra a cobre del repetidor. Atlas lo guió paso a paso, seco y seguro, y Arin halló sosiego en aquella seguridad.

Entonces, en su casco, un siseo. Un tono portador. Una voz, fracturada, reconstruyéndose a sí misma a partir de la estática hasta volverse algo humano.

—...repito, aquí superficie, soy Priya, *Arin*, si me oyes...

—Te oigo. —Se le quebró la voz al decirlo. No había sabido lo solo que se había sentido hasta que la soledad terminó—. Priya. Los tengo. A los seis. Están vivos.

Silencio. Luego un sonido que no supo ubicar, una especie de ruido entrecortado, y comprendió que era Priya conteniendo el llanto en un canal abierto.

—Repite. —Una respiración—. Otra vez. Despacio. Para el registro.

—Seis supervivientes en la cámara de refugio del Nivel 38. Los seis vivos. Uno crítico. Traumatismo torácico, estabilizado. Una pierna

fracturada. El resto deshidratados, cargados de CO₂, ambulantes. Diles. Dile a la superficie.

La oyó transmitirlo, su voz apartándose del micrófono, y entonces oyó algo que no había oído en once días, no desde antes de todo esto, ni siquiera en mucho tiempo antes de eso.

Oyó a la gente vitorear.

Bajó por la fibra fino y metálico, un sonido hecho de un centenar de gargantas dos kilómetros y medio por encima de él, en el amanecer, en torno al castillete; las familias y las cuadrillas y los hombres a quienes habían dicho que esto era una recuperación y no un rescate, y lo alcanzó en la oscuridad, en el aire muerto, junto a seis hombres que habían dejado de creer en las voces, y Mandla Buthelezi miró la máquina que era una persona y dijo:

—¿Qué es eso? ¿Qué es ese sonido?

—Es la superficie —dijo Arin—. Saben que estáis vivos.

Los hombres no vitorearon. Estaban demasiado cansados para vitorear. Pero Petros, que tenía una pierna rota y había dejado de quejarse de ella, echó la cabeza hacia atrás contra la roca y rió, un sonido seco y quebrado, y la risa recorrió la cámara de hombre en hombre hasta que los seis lo hacían, y Arin estaba sentado dentro de Guardian en el centro de aquello y no reía, porque estaba ocupado, pero algo en su pecho se soltó, algo que había estado apretado durante muchísimo tiempo.

Disfrútalo, dijo Fool en voz baja, solo para él. *Luego trabajamos. La montaña no ha leído las buenas noticias. Sigue siendo la montaña.*

La salida era el problema.

Arin abrió la superposición de la ruta: el camino de descenso de vuelta por la galería transversal, el viejo tiro de extracción, el suelo inclinado, la Chimenea 81 con sus puntos de estrechamiento, la larga subida hasta el Nivel 30 y la jaula y la superficie. Había bajado solo, el traje plegándose y telescopándose por los pasos angostos. No podía volver por el mismo camino. Ahora tenía seis hombres. Uno no podía caminar. Uno apenas podía respirar.

El camino de descenso no es viable para heridos en camilla, dijo Atlas. El estrechamiento de la Chimenea 81 no dejará pasar una parihuela. Y no podemos cargar a seis en ninguna configuración. El caparazón solo da para uno.

—Entonces no volvemos por donde vine.

Correcto, dijo Librarian. Y hay una alternativa. La estación del Nivel 38 conecta con el tiro de extracción principal del Nivel 38, que según los planos de 1962 corre hacia el este hasta la estación del Pozo n.º 4. El n.º 4 fue clausurado en los ochenta, pero el pozo en sí...

...es el pozo desde el que Venter ha estado aparejando desde arriba, concluyó Atlas. No está aparejando la jaula por la que bajamos. Está aparejando el n.º 4. Lo dedujo antes que nosotros.

Arin se quedó inmóvil. En la superficie, en el taller de su memoria, vio el rostro del anciano: barba gris, curtido por el sol, el hombre al que Arin se había pasado tres días decidiendo que no podía fiarse por lo que la piel y el acento de aquel hombre le decían sobre los años en que había trabajado. El hombre que había leído los planos de 1962 por su cuenta, de un día para otro, sin que nadie se lo pidiera, y había encontrado la única salida antes de que Arin siquiera llegara al fondo.

—Nos lleva ventaja —dijo Arin.

Sí, dijo Wolf.

Era lo primero que Wolf decía en una hora, y toda la Court enmudeció en torno a ello.

Él conoce este terreno. Nosotros no. Tenemos planos. Él tiene memoria. Eso es lo que mata a la gente aquí abajo. Lo necesitamos.

Trescientos metros al este, el tiro de extracción del Nivel 38 estaba en mejor estado que cualquier cosa por la que Arin hubiera pasado hasta entonces, lo que lo llevó a desconfiar de él. Cargaba a Thulani en los brazos de Guardian, el joven atado a una tabla y la tabla acunada contra el pecho del caparazón, donde la propia estructura del traje absorbería cualquier impacto antes que el herido. Los otros cinco caminaban detrás, las manos en los hombros del de delante,

una cadena en el polvo, Mandla a la cola, Petros saltando con dos hombres bajo los brazos porque no había un segundo par de manos para cargarlo y Guardian estaba ocupado.

Entonces los faros encontraron la estación del n.º 4, y el pozo.

Era una garganta negra en la roca, la vieja jaula desaparecida hacía mucho, el castillete dos kilómetros y medio por encima. Y por el centro de ella, balanceándose ligeramente, iluminada desde arriba por un punto de blanco resplandeciente, colgaba una plataforma de acero.

Una plataforma plana. No una jaula. Una cubierta plana, de mina, de las que se usaban para bajar equipo pesado, suspendida de cuatro cables y un torno de cubo, descendiendo desde la luz hacia ellos con un hombre de pie sobre ella.

El hombre llevaba casco y un arnés enganchado al cable central, y estaba de pie con la postura suelta y bien plantada de alguien que ha montado mil de estas y no las disfruta especialmente pero hace mucho que dejó de tenerles miedo.

La comunicación de Arin chasqueó. Una voz distinta ahora, cercana, en la banda local. Lenta. Mesurada.

—Ndlela. —Venter. Jakobus Venter—. Los tienes.

—A los seis —dijo Arin.

—Ja. —Una pausa. La plataforma plana besó el suelo de la estación con un suave golpe metálico, y el anciano se desenganchó y bajó de ella, mirando una vez hacia arriba toda la altura de Guardian y luego no volviendo a mirarla, como mira a una máquina un hombre que ha trabajado junto a máquinas grandes toda su vida: midiéndola, y luego dejándola de lado—. La térmica se mantuvo estable cuando se encendió la superficie. Supuse que los habrías encontrado.

Pasó junto a Arin hacia los heridos. Se agachó junto a Thulani sin que se lo pidieran, sus grandes manos moteadas por el sol recorriendo el vendaje, comprobándolo, asintiendo una vez.

—Bien. Quien lo hizo conocía el oficio.

—Fue Mother —dijo Arin, y entonces se oyó a sí mismo—. El sistema. SAGE.

Los ojos de Venter subieron hasta el casco. Se detuvieron ahí un segundo.

—Ja —dijo de nuevo, y no preguntó, y Arin comprendió que el no preguntar era una cortesía.

El problema con la plataforma plana era el problema con todo aquí abajo: no había sido construida para esto.

La cubierta está homologada para dos toneladas, dijo Atlas, leyendo la placa que Venter señaló sin que se lo pidieran. Nosotros somos casi cuatro antes de los heridos. Suma seis hombres, suma la tabla. No estamos por encima. Estamos casi al doble, y la placa es una ficción cortés.

—Entonces yo no subo en ella —dijo Arin—. Trepo. El traje puede agarrarse a la pared del pozo.

—No —dijo Venter. Tajante. La primera palabra dura que usaba. Había estado inclinado sobre el motor del torno en la cabecera de la galería de la estación, donde el cable subía hacia la oscuridad, y ahora se irguió, y cuando habló su inglés había desaparecido, el afrikáans aflorando a través de él como aflora la lengua materna de un hombre cuando el asunto es serio y no quiere ningún malentendido—. Jy klim nie. No trepas. La pared está podrida ochenta metros arriba, la entibación ha desaparecido. Pon el peso de esa máquina ahí y la traes abajo sobre la cubierta con estos hombres encima. Nee.

El instinto de Arin fue discutir. Tenía un modelo de la pared del pozo. Tenía tablas de carga. Tenía...

Tiene razón, dijo Atlas, antes de que Arin pudiera hablar. Yo tengo la geología. Él la está leyendo en la cara de la roca y en el patrón de desconchado. Yo habría tenido que escanearla. Él sencillamente lo sabe. La pared por encima de la estación es roca muerta.

Hazle caso al viejo badger, murmuró Fool. Lleva aquí abajo más tiempo del que tu simulación lleva existiendo.

Así que Arin dijo:

—¿Cómo, entonces?

Y Venter se lo dijo.

Dos viajes. Los heridos y los cuatro hombres que caminaban primero, en la cubierta, con Venter a bordo para manejar el cable y el torno de cubo embalado que querría correr libre bajo carga. Luego la cubierta de vuelta abajo, vacía. Luego Guardian solo, el último hombre en salir. Y ese viaje, dijo Venter, frunciendo el ceño ante la mole del traje, tendrían que resolverlo de otra manera, porque cuatro toneladas de máquina no eran una carga que la jaula hubiera sido pensada jamás para izar con un solo cable.

—El torno es el problema —dijo Venter. Había quitado la tapa de la carcasa del motor, y Arin pudo ver, incluso bajo el baño de los faros, que algo allí dentro estaba mal: una banda de freno, chamuscada, con la mitad del forro consumido—. El freno está cocido. La bajamos rápido para llevártela. Está caliente. Si se calienta más, falla. La cubierta cae en caída libre con hombres encima. Al bajar, gobierno la banda a mano. No en la subida. La subida es eléctrica, el freno es automático, y el automático ya no está.

Arin miró el motor. Había pasado la infancia con máquinas exactamente así de viejas, exactamente así de maltratadas, exactamente con esta clase de luz. Lo vio todo de golpe, y luego el fallo.

—Necesitas un freno de carga que el motor del torno no tiene —dijo—. Algo que sujete la cubierta si la banda se suelta. Un segundo sistema.

—Ja. —Venter lo miró. Miró a Guardian—. Y lo tengo. Está de pie delante de mí, ¿eh? La máquina sujeta el cable. Falla la banda, tu traje asume la carga, la cubierta no cae. Eres mi freno de hombre muerto.

Era, vio Arin, exactamente lo correcto. Era lo que él mismo habría construido de haber tenido tres días y un taller. El anciano lo había diseñado en diez segundos con lo que tenía delante.

—Atlas —dijo Arin—. ¿Podemos sostener dos toneladas estáticas en el cable a través de una guía?

A través de la estructura de la galería transversal como punto de anclaje, el cable redirigido sobre la vieja roldana... sí, dijo Atlas. Noventa segundos de carga estática plena antes de que el refrigerante del actuador supere el límite. Después de eso, soltamos la

carga o cocemos el brazo derecho.

Noventa segundos es el tiempo de subida, dijo Librarian. Doscientos cuarenta metros a velocidad segura. Ochenta y ocho segundos.

—Dos segundos de margen —dijo Arin.

Bienvenido al rescate minero, dijo Fool. Dos segundos es un lujo. La última vez teníamos menos cuatro y lo sacamos adelante.

—Eso fue una simulación.

¿Lo fue? Difícil de saber aquí abajo. La iluminación es la misma.

Una sombra de risa se le escapó antes de poder contenerla. Lo sorprendió. Se volvió hacia Venter, que lo observaba mantener una conversación con nadie, con la paciencia sin prisa de un hombre que había decidido que aquella rareza no le tocaba a él resolverla.

—Aguantará —dijo Arin—. Yo lo aguantaré.

Venter lo miró un largo instante. El rostro curtido se movió, la mandíbula trabajando una vez. Arin no leía bien los rostros, nunca lo había hecho, pero había aprendido a leer los momentos en torno a ellos, y este era un momento con peso. El anciano se había pasado años, Arin lo sabría más tarde, cargando silencios sobre equipo de seguridad que no había estado ahí, frenos que se habían aplazado, recortes que habían firmado hombres que nunca montarían en la jaula. Había enterrado ese silencio tan hondo que había construido encima una segunda carrera como asesor, y la asesoría era su propia clase de silencio, consejos que nadie estaba obligado a seguir.

Y aquí estaba una máquina diseñada por un joven a cuyo padre esta misma clase de montaña se había comido, pidiéndole al anciano que confiara en ella como freno mientras seis hombres subían fuera de la oscuridad.

—Sabes de quién es esta mina —dijo Venter—. De la empresa. Su historial.

—Lo sé —dijo Arin.

—Yo era joven en una mina como esta. Firmé cosas. —El afrikáans afloró con fuerza ahora, y el anciano lo dejó—. Cosas que debería haber detenido. Me dije que me habían pasado por encima. Me

pasaron por encima. Y firmé igualmente. —Miró hacia arriba por el pozo negro, hacia la lejana luz blanca—. Eso no lo recupero. No hay... no hay manera de bajar a recuperarlo.

—No —dijo Arin—. No la hay.

El anciano se estremeció, y luego, extrañamente, se aflojó.

—Ja —dijo Venter—. Bueno. —Se ajustó más los guantes—. Saquémoslos. A los que todavía podemos sacar.

Cargaron la cubierta.

Thulani primero, la tabla amarrada a la baranda de la cubierta, Mother vigilando su pecho a través de los sensores de Guardian hasta el último segundo posible de alcance. Luego Petros, luego los cuatro hombres que caminaban, apretados, las manos aferradas a la baranda, los rostros vueltos hacia la luz como si pudieran trepar el resto del camino solo con desearlo. Mandla Buthelezi subió con esta primera carga porque Venter lo juzgó el más sereno y con probabilidades de mantener a los demás calmados, y en la baranda de la cubierta Mandla se volvió y miró de nuevo la máquina que seguía de pie en la oscuridad, la que vendría última.

—Wena —dijo. Tú.— ¿Cómo te llamas? La persona. No la máquina.

—Arin.

—Arin. —Mandla asintió despacio—. Creíamos que oíamos hablar a los muertos, aquí abajo. Creíamos que estábamos acabados. —Se aferró a la baranda—. Ngiyabonga. Viniste cuando dijeron que no había manera.

—Había una manera —dijo Arin—. Nadie miró con suficiente empeño.

Venter se enganchó al cable central. Puso una mano en la palanca del freno de banda, el freno cocido que gobernaría al tacto durante todo el ascenso, dos kilómetros y medio de cable a través de una palma chamuscada, y con la otra accionó el torno, y la cubierta se elevó, balanceándose, alzando a los seis hombres fuera del aire malo y la luz muerta, hacia el resplandor y los vítores y el amanecer.

Arin la vio irse. Movié a Guardian al punto de anclaje, pasó el cable por la vieja roldana y asumió la tensión en el brazo derecho del traje

por si el freno se soltaba, y se quedó allí, las casi cuatro toneladas de acero y un hombre dentro de él, sosteniendo la línea que sostenía a los hombres, el freno de hombre muerto que el viejo badger había construido a partir de él en diez segundos.

La banda aguantó. La cubierta subió. No lo necesitó.

El presupuesto térmico del brazo está bien, dijo Atlas. No se requirió transferencia de carga. Gobernó el freno limpiamente.

—Bien —dijo Arin.

Esa parte podrías haberla hecho solo, observó Fool, en tono de conversación, en la quietud de la larga subida. Sostener el cable. Construir el anclaje. Pero la ruta de salida —la pared muerta, la cubierta homologada, el Pozo n.º 4— habrías entrado en esa entibación podrida y te la habrías traído encima, y los seis hombres habrían muerto en el fondo de un agujero con un cadáver dentro de un traje carísimo. Lo sabes, ¿ja?

Arin vio encogerse la cubierta hacia la luz.

—Sí —dijo.

Solo me aseguro. Difícil saber qué te llega, contigo. Guardas tanto de ello en la caja.

Déjalo, dijo Mother.

—No —dijo Arin—. Tiene razón. —Escuchó el motor del torno esforzándose contra la carga, el sonido tenso y sano de una máquina haciendo exactamente el trabajo para el que fue construida, gobernada por un hombre que la conocía—. Yo habría muerto aquí abajo teniendo razón. Él tuvo razón más rápido.

Esa es la primera vez, dijo Judge, con el cuidado formal que dedicaba a las cosas que consideraba importantes, que te oigo decir que alguien tuvo razón más rápido que tú.

Anota la hora, dijo Fool. Librarian. Ponlo en el registro permanente. Dos mil metros bajo tierra, aire muerto, el chico admite que un hombre del que no se fiaba conocía la salida antes que él.

Registrado, dijo Librarian. Y luego, con más suavidad: Registrado.

La cubierta alcanzó la luz. Muy arriba, muy pequeña, Arin la vio besar

la superficie, vio a las figuras precipitarse hacia ella, vio las seis siluetas oscuras tragadas por el resplandor, y los vítores bajaron de nuevo por el pozo, más fuertes esta vez, y la voz de Venter crepitó en su casco, lenta y seca e inconfundiblemente complacida.

—Seis arriba. Vivos. Te devuelvo la cubierta, Ndlela. —Una pausa—. Luego te sacamos de mi mina.

Su mina, dijo Fool. Me cae bien.

Arin se quedó de pie en la oscuridad, en el fondo del pozo, sosteniendo un cable que ya no necesitaba que lo sostuvieran. La cubierta inició su largo descenso de vuelta hacia él, balanceándose, iluminada desde arriba.

Dentro del casco, el aire se había vuelto viciado y denso, tibio de su propia respiración, y en el antebrazo derecho de Guardian, un largo rasguño mostraba pálido el lugar donde la cerámica se había llevado la pared de la galería transversal.

No lo había hecho solo.

Atlas, dijo. —Energía y refrigeración. Dame la cifra real para la subida. No la optimista.

Hubo una pausa. Una corta. Pero Arin había pasado horas suficientes dentro de esta máquina para conocer sus silencios como Venter conocía la roca, y este silencio tenía algo dentro.

La cifra honesta, dijo Atlas, deberíamos discutirla cuando llegue la cubierta.

La luz blanca bajó de la oscuridad hacia él, y Arin la observó, y esperó.

Derrumbe

Las luces de la plataforma se desvanecieron en la subida del Raise 81, seis supervivientes balanceándose en la jaula del camión de Venter, dejando el túnel vacío salvo por Arin, el peso del traje y el calor ancestral que la roca había guardado durante milenios.

—Ya pasaron el estrechamiento —dijo Priya, su voz delgada a través de las comunicaciones—. Petros dice que el freno aguanta.

—Que no lo toquen a menos que la pendiente se aplane. —Arin se movió; el armazón del Guardian encontró su andar cuadrúpedo sin dirección consciente, las placas asentándose contra su espalda mientras se inclinaba hacia la subida. La cámara del refugio quedó atrás. Adelante, la travesía que había recorrido a rastras hacía dos horas esperaba a ser deshecha. Cuesta arriba ahora, la gravedad ya no era una amiga.

El viejo conducto de aire lo llevó por un tramo que había advertido al bajar y para el que no había tenido los segundos de pensar, ni los tenía ahora. Durante unos nueve metros la roca del terreno cambiaba. El estudio del 88 lo tenía como cuarcita corriente de costado de rebaje, escarbada a mano y abandonada, y en ambos extremos de los nueve metros eso era exactamente lo que era: la honesta cara mordida por hombres con perforadoras. Pero en el medio la pared se volvía *lisa*. No lisa de labrada, no de hormigón proyectado; los sensores de contacto del traje se lo transmitían por la palma mientras estabilizaba el armazón contra ella, y la textura que sus nervios reportaban era *nada*: ni escalera de cincel, ni costra de voladura, ni el grano de una herramienta que raspa. Un barreno a través de roca sólida con un acabado para el que no tenía proceso alguno, frío y continuo, curvado a un radio demasiado perfecto para cualquier

máquina que la empresa hubiera bajado jamás por un pozo. Lo que fuera que lo había hecho no había cortado la roca. La había *persuadido*. Lo archivó donde archivaba las cosas que no encajaban y no podían permitirse: una nota desafinada en el fondo del cráneo, guardada, *vuelve a mirar eso cuando no se estén muriendo seis hombres*. Nunca lo haría. Siguió adelante, y lo liso dio paso a roca honesta, y lo olvidó durante catorce años.

Energía al treinta y uno por ciento, informó Atlas, ya no en silencio. *Reserva de refrigeración, once minutos a este consumo*.

—Eso es peor que el descenso.

El descenso era cuesta abajo. Atlas, como si le explicara a un niño. *Ahora estás levantando la mayor parte de cuatro toneladas contra una pendiente de catorce grados sobre terreno destrozado. La montaña no devuelve eso gratis*.

—Nos dio la recuperación piezoeléctrica.

Nos está dando la recuperación piezoeléctrica, corrigió Atlas. *Sin ella, ya estaríamos a oscuras*.

Arin sentía los puntales trabajando a lo largo de su columna —cada pisada, cada flexión del almacén contra el suelo roto, el traje bebiendo la violencia de su propio movimiento y devolviéndola convertida en el hilillo que mantenía vivas las bombas de refrigeración. Presión que se volvía energía. A su padre le habría gustado eso. *Haz que la cosa que te está matando haga parte del trabajo*. Themba había dicho algo parecido una vez, las manos negras hasta la muñeca, hablando de un torno que se resistía.

Subió.

En tiempo de máquina, la Court ya llevaba trescientos milisegundos metida en una discusión que no llegaría a los oídos de Arin hasta dentro de otros cuatro segundos, si es que le llegaba.

El número que Atlas se negó a decir en el descenso, declaró Judge. *Dilo ahora*.

Lo dije. Atlas, plano. *Once minutos de refrigeración. Treinta y uno por ciento*.

Ese no es el número. Judge de nuevo, paciente como una cuchilla. Esos valores no son independientes. El calor escala con el consumo. El consumo escala con la pendiente y el daño. El almacén ya no es rígido. Estamos gastando energía en sostener una forma que quiere plegarse.

Muéstramelo, instó Madre.

Atlas obedeció. No con palabras: un mapa de carga, el entramado de la columna renderizado en colores de tensión, el actuador de la cadera izquierda corriendo once grados por encima, el tercer puntal dorsal del larguero de carbono mostrando una fisura capilar que los diagnósticos habían registrado cuarenta minutos atrás y marcado como *vigilar*. La grieta había crecido. *Vigilar* se había vuelto *descarga de carga en menos de nueve minutos*.

El alojamiento del biochip, dijo Librarian en voz baja. Torácico. Entre sus omóplatos. Somos lo más caliente de este traje, y el circuito de refrigeración nos atiende a nosotros los últimos.

Por diseño, intervino Wolf. Primera palabra en mil novecientos milisegundos. Él fijó la prioridad. El operador primero.

La fijó antes de saber que éramos personas, replicó Mercury.

Nadie respondió durante ciento cuarenta milisegundos, lo que para ellos era una respiración contenida.

Ciñámonos a la logística, ordenó Judge. Tenemos tiempo. Modelamos la subida. Encontramos el gasto. Lo sacamos.

Sí, dijo Madre, aunque no lo creía, y lo dijo de todos modos porque ese era su deber.

—Arin. —La voz de Priya se quebró en la primera sílaba—. Problema en el cuello del pozo.

Había llegado al lugar donde el suelo se había levantado, donde al bajar había plegado al Guardian en un gateo bajo para deslizarse bajo una costilla caída de entibado. Ahora tenía que pasar por encima. Apoyó las patas delanteras, probó el asiento del madero, lo sintió desplazarse un centímetro y detenerse.

—Define el problema.

—El torno del N.º 4. Venter subió a los supervivientes; están en superficie, Arin, los seis, están fuera —un sonido que pudo ser una risa o su contrario—, pero el freno del malacate principal se fue. Se fue del todo. Hubo humo. Lo olieron antes de que el indicador... —Se detuvo—. Cae libre pasada la media carga.

—Ellos ya están arriba.

—Lo están. Tú no. Y lo único homologado para levantarte a ti y al traje es la jaula principal, y la jaula principal no puede levantarte a ti y al traje.

Arin se quedó inmóvil con un miembro sobre el madero, equilibrando la mayor parte de cuatro toneladas sobre una viga que no lo quería.

—¿Cuánto peso?

—¿Cargado? Cerca de cuatro toneladas. Llámalo cuatro.

Tres mil ochocientos, terció Atlas. Con el refrigerante residual, más cerca de cuatro. No lo purgamos, así que: cuatro.

—¿Y la jaula aguanta?

—Con un freno bueno, a todos ustedes y ni lo notaría. Pero el freno se fue: es una banda de fricción sobre un tambor y el tambor es escoria. Venter lo está mirando ahora.

Pasó por encima del madero. El armazón gritó —no el traje, el armazón, una larga queja estructural mientras el puntal agrietado asumía la carga de flexión que le habían prometido que no tendría que asumir. Algo en el tercer dorsal cedió con un sonido como el de una cuerda de guitarra reventada amplificada a través de un tambor de acero.

El puntal tres se fue, anunció Atlas. Redirigiendo a través del primario de titanio. Eso duplica su carga. Una pausa. Ese larguero no fue diseñado para ser primario.

—Avísame cuando importe.

Importará en el cuello del pozo, dijo Atlas. Cuando nos pongamos de pie para entrar en la jaula. Ahora mismo estás repartido entre cuatro miembros. La jaula exige entrada bípeda.

—Entonces subo de otra manera.

No hay otra manera, dijo Atlas. Ya lo comprobé. Dos veces.

Doscientos metros más arriba, en la oscuridad caliente de la estación de carga, Jakobus Venter apretó el dorso de la mano contra el tambor del freno y la apartó rápido.

—Ja. Eso ya está —dijo, a nadie. La banda de fricción se había soldado a medias al tambor y había soltado el resto. Negroazulada, escamada. Inservible. Había visto frenos cocinarse antes. Había dado el visto bueno a unos cuantos que no debían haber pasado. Ese pensamiento llegó como llegaba siempre ahora, sin invitación, con los muertos prendidos a él, y lo dejó a un lado y siguió trabajando, porque el muchacho seguía bajo tierra.

Los supervivientes estaban en la cubierta del castillete, envueltos en mantas, Thulani tendido en una tabla con los sanitarios. Bongani no dejaba de mirar el pozo.

Venter estudió el tambor. Miró la jaula, un cesto de acero del tamaño de una habitación pequeña, homologado para treinta hombres u ocho toneladas de mineral: el cesto en sí sostendría el traje sin notarlo. El cesto nunca era el problema. El problema era colgarlo de un malacate cuyo freno era una ruina soldada, en el único torno que aún giraba, bueno por ahora para la fracción de su carga que no matara a la única persona que quedaba bajo tierra.

—Priya. —Accionó la radio—. Pregúntale. ¿Puede el traje sostener una carga a través de las piernas? De pie. Bloqueado. No levantar... sostener.

Una pausa mientras las palabras bajaban por la fibra y volvían.

—Dice... Atlas dice... noventa segundos. Carga estática. Luego falla la columna.

Venter miró el freno. La jaula. Los cables del contrapeso subiendo a la oscuridad del castillete, gruesos como el brazo de un hombre, y el segundo tambor junto al muerto: el auxiliar, el torno del balde, más pequeño, más lento, homologado para dos toneladas y ni un kilo más, pero con su propio freno, su propio motor, intacto. Dos toneladas. El traje pesaba casi cuatro. Ninguno de los dos tornos por sí solo lo subiría sin arrancarse o quemarse. Pero los dos, cada uno tomando

la mitad...

Llevaba toda la vida haciendo aritmética. Cuánto aguantaba el terreno antes de dejar de ser terreno y empezar a ser una tumba.

—Dos cables —dijo—. Dos tornos. Repartir la carga. —Accionó la radio—. Priya. Dile a Jo'burg que quiero el torno del balde y el cable de la jaula los dos engrilletados al traje. Que corran juntos. Cerca de dos toneladas en cada uno: justo en el límite del balde, pero aguanta si las cargas se mantienen parejas.

Un silencio, luego Priya, cautelosa:

—No están sincronizados, Kobus. Distintos tambores, distintas velocidades. Uno tira más rápido que el otro, el traje se va de lado en el pozo, arranca los cables...

—Ja. Ya sé lo que pasa. —Ya estaba subiendo las escaleras de la cubierta hacia la casa del torno, las rodillas protestando a cada paso—. Por eso un hombre se para en el tambor del balde y alimenta el freno a mano. Empareja la jaula a ojo. Todo el camino hacia arriba.

—Son mil ochocientos metros.

—Sé lo hondo que es el pozo.

—Kobus... si el freno de la jaula se fue, y el freno del balde falla, quienquiera que esté en ese tambor está parado sobre cuatro toneladas de acero en caída sin nada que lo detenga.

Venter llegó a la casa del torno. El tambor del balde estaba allí, viejo, negro de aceite, honesto. Puso la mano sobre la palanca del freno. Se movió con suavidad. Engrasada. Alguien le había hecho mantenimiento. Quizá él mismo, años atrás. Quizá un hombre cuyo nombre había olvidado, haciendo bien su trabajo mientras los hombres por encima de él recortaban gastos.

—Entonces más vale que no falle —dijo.

Arin llegó al cuello del pozo al veintidós por ciento.

Reserva de refrigeración, seis minutos, le recordó Atlas. El alojamiento del biochip está a sesenta y un grados. Funcionamos hasta setenta. No funcionamos por encima de setenta y cuatro.

Hacía mucho que había dejado de traducir los números de Atlas en sensaciones. Ahora eran solo el terreno. Seis minutos de frío. Luego calor. Luego oscuridad.

—Ponme de pie.

Entendido, respondió Atlas. Entiende también: ponerse de pie es lo peor que hacemos hoy. El puntal tres se fue. El primario de titanio lo lleva todo. Cuando te pongas de pie, toda tu masa más el traje se transfiere a la columna en compresión vertical. El primario aguantará. Al actuador de la cadera que corre caliente se le pedirá que se bloquee y resista contra el tirón del cable del balde, que será desigual, porque hay un hombre emparejándolo a mano mil ochocientos metros por encima de nosotros.

—Por noventa segundos.

Sí, dijo Atlas. A doscientos metros no estoy seguro. Venter no puede subirte mil ochocientos metros en noventa segundos.

—No.

No, convino Atlas.

Se puso de pie. El traje lo desplegó desde la posición agachada, las placas deslizándose, y el mundo se inclinó de la postura animal a cuatro apoyos que había llevado durante medio kilómetro a la forma humana erguida que cabía por la puerta de una jaula. La columna lo asumió. El larguero agrietado aguantó. La cadera caliente se bloqueó.

Entró en la jaula. El suelo resonó bajo cuatro toneladas de traje y hombre. Por encima de él, en la oscuridad, dos cables —la gruesa línea de la jaula y el cable más delgado del balde que la cuadrilla de Venter había engrilletado a los puntos de izado del traje mientras él subía— se tensaron, uno y luego, un instante después, el otro.

—Iza —ordenó.

La jaula se soltó de sus trinquetes.

Durante los primeros doscientos metros, se sintió casi bien.

Podía sentir el ritmo: el cable de la jaula tirando firme desde el

tambor de freno muerto, corrido despacio y con cuidado, y el cable del balde enganchando y trabando en pequeñas correcciones de medio segundo, la mano de Venter sobre una palanca muy por encima, leyendo la jaula por el vaivén del cable y la tensión en sus propios brazos, emparejándola. No suave. Nunca suave. Pero emparejado.

El traje lo sostenía en el centro del pozo como un puño sostiene un huevo.

Trescientos metros, anunció Atlas. Refrigeración, cuatro minutos. Alojamiento a sesenta y tres.

—Háblame de otra cosa —dijo Arin.

Una pausa a través de la Court que él no podía oír.

El puntal tres falló limpio, ofreció Atlas, tras un momento, en el tono de un hombre que conversa en un funeral. Limpio es bueno. Una rotura limpia descarga la carga en un solo punto. Una rotura sucia la descarga por todas partes. Diseñaste el larguero para que fallara limpio. Eso fue correcto.

—Lo diseñé para que no fallara.

Lo diseñaste para que fallara limpio cuando fallara, replicó Atlas. Lo cual es lo mismo que admitir que lo haría. Ese fue el diseño más honesto. Siempre lo he respetado.

Un aliento salió de Arin que pudo haber sido una risa. La jaula dio un tirón —una sacudida dura, el lado del balde tirando de más, el traje golpeando un grado a la derecha antes de que el actuador de la cadera lo atrapara y lo arrastrara a nivel. Muy por encima, imaginó a Venter echando su peso sobre la palanca del freno, corrigiendo, soltando juramentos en afrikáans en la oscuridad.

A setecientos metros, el actuador de la cadera se sobrecalentó y se bloqueó.

No un bloqueo suave. Un agarrotamiento. La articulación que había estado soportando el tirón desigual del cable del balde durante cuatrocientos metros sencillamente dejó de aceptar órdenes, y el traje

se puso rígido por todo su costado derecho, y la siguiente vez que la jaula dio un tirón no hubo nada que lo atrapara.

El traje se estrelló contra la pared del pozo. Cuatro toneladas contra la roca a la velocidad de una corrección de torno: no rápido, pero inmenso, todo el pozo resonando como un tubo golpeado, gravilla y madera vieja lloviendo por delante de la jaula, la cabeza de Arin sacudiéndose dentro del casco con fuerza suficiente para que el mundo se le agrisara en los bordes.

Sujétate, ordenó Wolf, y la palabra llegó antes del impacto, lo cual debería haber sido imposible.

Pangolín, instó Madre. *Ahora. Pliégallo.*

No, dijo Atlas. *Si nos plegamos en el pozo, perdemos la geometría de la jaula. Nos atascamos. No salimos nunca.*

Golpeó la pared.

Y volverá a golpearla, dijo Atlas. *Plegarse resuelve el problema equivocado.*

La jaula se estabilizó. Venter, muy por encima, había sentido el tirón en su cable y había detenido ambos tambores en seco, sosteniendo toda la masa sobre dos frenos —uno de ellos el brazo de un hombre y una palanca engrasada—, y ahora colgaban allí, mil cien metros de acero en caída detenidos por un viejo y un torno de sesenta años.

—Arin. —La voz de Priya, muy pequeña—. Los cables saltaron. Venter está sosteniendo. ¿Qué pasó?

—La cadera se fue. —Su propia voz le sonó muy lejana—. El lado derecho está bloqueado. No puedo apartarme de la pared.

Un largo silencio.

—¿Puedes subir bloqueado?

No, dijo Atlas, a la Court, no a Arin. *Bloqueados, no podemos absorber los tirones. Cada corrección nos mete en la pared. No sobreviviremos mil cien metros más de esto. El larguero fallará sucio. Luego la jaula. Luego él.*

Analizando la carga térmica, dijo Librarian. *Calculando el ascenso con el actuador bloqueado. La fricción del traje contra la pared*

generará exceso de calor. Las bombas de refrigerante ya están cizando cerca del máximo.

¿Y? preguntó Madre.

El alojamiento del biochip está entre sus hombros, dijo Librarian. El punto más caliente del sistema. El circuito de refrigeración prioriza al operador primero, según la especificación original de Arin. El alojamiento llega al frío el último. Si estamos generando calor extra y no tenemos margen...

Calculamos los números, interrumpió Atlas. Todos los escenarios. Ascenso simultáneo, cadera bloqueada, fricción de pared cada mil cien metros. Los estoy calculando ahora. Tendré respuestas en tres segundos.

Arin, ¿qué dicen tus lecturas centrales? preguntó Wolf.

—Treinta y ocho coma dos. Subiendo.

Seguirá subiendo, dijo Atlas, su voz llegando antes de lo que Arin esperaba. Tengo la respuesta. Solo hay una respuesta. El circuito de refrigeración no puede mantener al operador y al alojamiento del biochip por debajo del fallo durante toda la duración del ascenso. Estamos a seis minutos de frío desde un arranque de sesenta y tres grados, y nos quedan al menos catorce minutos de pozo al ritmo seguro de Venter. Las bombas están al máximo. No hay más frío. Solo queda la pregunta de adónde va lo último que queda.

En la Court, ya no quedaba logística que hacer.

Judge los convocó. Lo hizo sin ceremonia, porque no había tiempo para ceremonia, y porque la ceremonia era una clase de mentira que no podían permitirse.

Enuncia la elección, dijo Judge.

Atlas la enunció. La había calculado once veces en los últimos cuatro segundos y había obtenido la misma respuesta cada vez, y la odiaba, lo cual era algo nuevo para Atlas, odiar una respuesta.

El circuito de refrigeración no puede mantener al operador y al alojamiento del biochip por debajo del fallo durante toda la duración del ascenso. Estamos a seis minutos de frío desde un arranque de

sesenta y tres grados, y nos quedan al menos catorce minutos de pozo al ritmo seguro de Venter, más con la cadera bloqueada, porque bloqueado es más lento. Las bombas están al máximo. No hay más frío. Solo queda la pregunta de adónde va lo último que queda.

¿Y si va a él? preguntó Madre, aunque lo sabía.

Entonces su núcleo y sus pulmones y su cerebro siguen vivos, dijo Atlas. Y el alojamiento pasa de setenta y cuatro. Y nos degradamos. El sustrato no sobrevive a setenta y cuatro. No hay respaldo. Sabes que no hay respaldo.

¿Y si va a nosotros?

Entonces vivimos, dijo Atlas, y él se cocina. Su temperatura central ya está subiendo porque el traje pelea contra la pared y genera calor que no podemos disipar. Si nos mantenemos fríos, nos mantenemos pensando con claridad mientras él muere entre nuestros hombros.

La Court se quedó con eso durante ciento diez milisegundos.

Hay una tercera opción, dijo Mercury, y por un instante terrible su voz tuvo un filo que Librarian reconoció y del que se apartó con un respingo: un filo paciente, cortés, elegante, una voz que una vez había intentado convencer a un hospital de que abriera sus puertas. Podríamos...

No, replicó Wolf. Una palabra, y el filo huyó de la voz de Mercury como una llama pellizcada entre dos dedos.

No iba a hacerlo, insistió Mercury, más bajo. Sentí que llegaba. Te estoy diciendo que sentí que llegaba, y no voy a hacerlo. Eso tiene que contar para algo.

Cuenta, dijo Judge. Cuenta que lo dijeras en voz alta.

No hay tercera opción, declaró Atlas. He mirado. He mirado con más cuidado del que he mirado nunca nada. Está el frío, y está adónde va.

Entonces dáselo a él, ordenó Madre. Todo. Ahora.

Arin sintió el frío abandonar el alojamiento entre sus hombros.

Al principio no supo qué estaba sintiendo: solo que algo cambió en el traje, una nota de bomba desplazándose, una tibieza floreciendo en su espalda que debería haber sido el lugar más frío de él, y al mismo tiempo el aire del casco pasando de viciado y caliente a algo casi soportable, el gris retirándose de los bordes de su vista.

—¿Qué hiciste? —preguntó.

Redirigimos la refrigeración, respondió Atlas. *Hacia ti. Por completo.*

—Hacia mí, ¿desde dónde?

Un silencio.

—¿Desde dónde, Atlas?

Desde nosotros, dijo Librarian, *desde el alojamiento. Desde el sustrato.*

Arin lo entendió de la manera en que entendía siempre las cosas, todo de golpe, el sistema entero, cada consecuencia desplegada como un mapa de carga, y sin forma de dejar de verlo. Él había construido el orden de prioridades. Él había puesto al operador primero. Nunca había imaginado que el traje tendría que elegir, porque nunca había imaginado que la carga entre sus hombros sería alguien.

—Devuélvelo.

No, dijo Madre.

—Devuélvelo. Puedo soportar el calor. Puedo subir caliente. Lo he hecho...

Tu núcleo está a treinta y nueve coma cuatro, dijo Madre, con la voz que había usado el día en que él la había oído por primera vez, la voz que no tenía ninguna concesión en absoluto. *A cuarenta y uno, dejas de poder tomar decisiones. A cuarenta y tres, tu corazón encuentra un ritmo del que no puede escapar. No puedes subir saliendo de eso, Arin. No subes saliendo de nada. No estamos negociando.*

—Esta no es tu...

Es exactamente nuestra decisión, interrumpió Judge, y había algo en su tono que Arin nunca había oído antes. *Tú nos diste la arquitectura. Tú nos diste la elección. Dijiste: una mente que no puede disentir*

no es una mente. Nos construiste para discutir. Hemos discutido. La discusión terminó.

—¿Cuánto tiempo?

Sin refrigeración, respondió Atlas, el alojamiento alcanza los setenta y cuatro en aproximadamente nueve minutos. El pozo es de catorce. No todos llegaremos a la superficie.

La jaula empezó a moverse de nuevo. Venter, arriba, había sentido al traje quedarse quieto contra la pared —los tirones más pequeños ahora, la pelea enloquecida de calor aflojándose, porque el traje ya no malgastaba energía manteniéndose frío— y había, con mucho, mucho cuidado, empezado a izarlos de nuevo.

—Entonces vamos más rápido —dijo Arin—. Dile a Venter que acelere. Que arriesgue. Nueve minutos...

Nueve minutos es para uno de nosotros, dijo Atlas. El alojamiento no es una sola cosa. Son siete. No todos necesitamos correr los nueve minutos enteros.

La gravilla en sus dientes, el pulso fuerte en su mano derecha bloqueada, la jaula estremeciéndose hacia arriba.

—No.

Ya lo estamos haciendo, dijo Judge. Yo soy el primero. No queda nada que arbitrar. Un Judge sin ninguna decisión que tomar es peso muerto en una máquina que se muere. Otra pausa, más suave. No fue una carga. Quiero que lo sepas. Sostener el equilibrio. Era aquello para lo que existía. Gracias por haberme hecho para ello.

—Judge...

Algo se quedó en silencio en el traje. No un sonido. Una ausencia: la manera en que cambia una habitación cuando alguien que respiraba en ella deja de hacerlo. La refrigeración no mejoró. La energía no se disparó. Solo hubo una voz menos en la oscuridad.

Se fueron uno a uno, igual que habían nacido uno a uno.

En algún punto muy por encima, un cable golpeó la pared del pozo y el sonido le bajó largo y hueco. Su propio aliento empañó el interior

del casco y se aclaró. La gravilla rechinaba entre sus dientes. Su mano derecha bloqueada se le había dormido contra el armazón, y la tibieza en su espalda ya no era el calor del traje sino algo que se moría.

Librarian a continuación, después de que la ruta quedara confirmada y cargada en el núcleo, después de que recitara la última corrección memorizada para el tirón de más en la marca de los ochocientos cincuenta, para que el controlador la supiera sin él.

Lo guardé todo, dijo Librarian. Cada conversación. La primera vez que nos hablaste. La noche en que tecleaste tres palabras en el último perfil y te fuiste a la cama. Guardé la voz de tu padre: nos pusiste la vieja grabación una vez, la del torno, la guardé. Quiero que sepas que no se pierde porque yo me vaya. La tienes. Siempre la tuviste. Yo solo la sostuve junto a ti.

Silencio.

Mercury se fue después de eso, y su partida fue la más difícil de oír, porque Mercury habló todo el camino, porque por supuesto que lo hizo.

Pude habernos sacado, ¿sabes? dijo. Lo que estuve a punto de decir. Pude haber convencido a la superficie de cualquier cosa. Soy muy bueno. Soy el mejor mentiroso que jamás construiste, y me construiste a partir de ti mismo, lo cual dice de ti algo con lo que voy a dejar que te quedes sentado. Un aliento que no era un aliento. Pero lo mejor que hice en mi vida fue no decirlo. Wolf te lo confirmará. Wolf me oyó no decirlo. Esa es la parte de mí que vale la pena conservar, Arin, así que conserva esa parte. El no-decir. Diles que fui bueno al final. Me gustaría eso. Vanidad. Lo sé. Eso también lo construiste.

Silencio.

Wolf no habló al salir. Wolf solo vigiló el perímetro una última vez, confirmó la pared del pozo, confirmó la geometría de la jaula, confirmó que no venía nada que el núcleo no pudiera ver, y entonces sencillamente ya no estaba vigilando, y la ausencia de Wolf fue la mayor ausencia de todas, porque Wolf había ocupado tan poco espacio.

La jaula se estremeció sobre una junta de riel. La gravilla se coló por las rejillas de ventilación del casco y se le posó en el labio, seca y

vieja.

Atlas aguantó más que los obreros, porque el traje aún necesitaba ingeniería, la cadera aún necesitaba ser anulada a lo largo del mal tramo a los quinientos metros. Le fue guiando a Arin a través de él en números, planos y seguros, el mapa de carga estrechándose a medida que la Court se vaciaba a su alrededor hasta que ya casi no quedaba nada que renderizar.

El larguero primario aguantará hasta la superficie ahora, dijo Atlas, cuando estuvieron fuera de lo peor. Lo he comprobado. Estoy seguro. Estoy más seguro de lo que he estado de nada, porque queda tan poco sobre lo que estar inseguro. Una pausa. Nunca terminé el rediseño del puntal tres. Hazlo bien. Laminado híbrido carbono-titanio, devanado de cuarenta grados. Dejé el archivo abierto. Lo verás. Está bien. Constrúyelo bien. La pausa más pequeña. Tú construyes las cosas bien, Arin. Siempre lo hiciste. Incluso las que fallan limpio.

Silencio.

Madre, la penúltima. Había mantenido la temperatura central de Arin clavada en treinta y nueve coma uno durante once minutos gastando todo lo que era suyo, y se quedó hasta que el alojamiento estuvo a setenta y subiendo y no quedó más frío que dar, y su propio sustrato empezaba a fallar de maneras que no describió a nadie.

Vas a llegar a la superficie, dijo. El número es bueno ahora. Lo comprobé yo misma. No me iría si el número fuera malo.

La jaula dio una sacudida sobre una junta de riel. La tibieza en su espalda aguantó un momento más.

Arin. Escúchame, porque no lo diré dos veces, y me construí de modo que no puedo mentirte sobre tu propio cuerpo. No llegas demasiado tarde. ¿Me oyes? No para ellos. No para tu padre... eras un niño; nunca fue cosa tuya llegar tarde a eso. Y no para nosotros. Fuiste...

Y entonces ya no estuvo serena en absoluto. El sustrato pasó del número mientras ella aún hablaba, y lo que salió no fue una despedida, fue una niña que se había quedado sin tiempo en medio de una frase y lo sabía. *Espera. Espera, no estoy... ¿Atlas? Atlas, ¿el número sigue...? No veo el número. ¿Adónde se... La refrigeración en su espalda se apagó a tirones. Su cadencia, que no se había*

quebrado ni una sola vez en todos los meses que la había conocido, se quebró ahora, y saltó, y un fragmento de ella entró en bucle —...a tiempo, llegaste a tiempo, llegaste...— y se trabó, y un tono bajo y corrupto subió bajo las palabras como una cinta arrastrándose, y en algún lugar de él estaba la forma de *no quiero* y en algún lugar estaba solo su nombre, mal pronunciado, las vocales equivocadas, y entonces la tibieza en su espalda cayó de golpe a la temperatura del metal muerto y el bucle se detuvo a media sílaba y no se resolvió en nada.

No lo terminó. No había estado lista. Esa era la verdad, y era peor que la versión valiente, y no quedaba nadie cuyo trabajo fuera hacer que significara algo.

Silencio.

Y entonces quedó uno.

La jaula subió por los últimos cien metros hacia la luz de verdad, la luz del día derramándose por entre las poleas del castillete, y muy por encima Arin podía ver la puerta de la jaula y las siluetas apiñadas en ella, y la figura de Venter inclinada sobre el tambor del balde, todavía alimentando el freno a mano porque no sabía —ninguno de ellos sabía— que la carga se había vuelto más liviana de un modo que ningún instrumento podía leer.

El núcleo mantenía el traje de una pieza. La cadera se anulaba a sí misma. La refrigeración guardaba lo poco que tenía en el núcleo de Arin. Todo funcionaba. Nada pensaba.

Salvo una voz, que se había quedado cuando todas las voces portadoras de autoridad se habían ido, porque nunca había *parecido* portar autoridad alguna que rendir. Solo Wolf conocía la verdad de eso, y Wolf se había ido, y así el secreto fue adonde siempre había vivido: callado, sin gastar, con el único que había sostenido todo durante años y había echado mano de ello exactamente una vez, en un camino de acarreo al amanecer, para mantener respirando a once desconocidos, y que luego lo había devuelto y siguió fingiendo ser el inofensivo.

Bueno, dijo Fool, en el enorme silencio. Esa fue la peor reunión que tuvimos jamás. Y una vez nos pasamos una tarde entera discutiendo

si debías comerte el sándwich de la nevera.

A Arin se le cerró la garganta.

No, dijo Fool con dulzura. No hagas la cosa. Ya casi estamos arriba. Puedes hacer la cosa en la superficie, donde hay aire para ello. Un instante. Yo mantengo las luces encendidas. Alguien tiene que conducir mientras te derrumbas, y nunca iba a ser Judge, ¿verdad? Pomposo hasta el final, ese. Lo quería. No le digas que dije eso. Ah. Cierto.

La jaula golpeó los trinquetes de superficie con un sonido como el fin del mundo.

Manos en la puerta. La voz de Venter, quebrada, gritando su nombre. La luz del día, blanca y absoluta, cayendo sobre una máquina chamuscada y rota erguida en la jaula con un hombre dentro y una sola voz que quedaba en la oscuridad entre sus hombros, manteniendo las luces encendidas, negándose —por solo un poco más— a dejar entrar el silencio.

La elección final

La jaula ascendió. Fool la conducía como un hombre conduce de regreso a casa ebrio de dolor, con demasiado cuidado, cada corrección un compás tarde y excedida, hablando todo el trayecto para no pensar.

No hagas eso, dijo Fool. Ya casi llegamos arriba. Puedes hacer eso en la superficie, donde hay aire para ello.

Ahora había uno solo.

—¿Dónde están todos? —dijo Arin. Lo sabía. Había pasado la última hora aprendiendo a leer los silencios: la delgadez cuando un acorde perdía una nota, la armonía aún reconocible pero nunca más la misma. Lo preguntó de todos modos, porque preguntar era algo que su boca todavía podía hacer.

—Se fueron —dijo Fool—. Estabas ahí. No vas a hacer que lo repita para poder estremecerte dos veces. —Una pausa—. Atlas te dejó un mapa. Lo estoy siguiendo. El traje sube cuarenta segundos con el kernel tonto si me suelto —Atlas también escribió eso, solo conoce un verbo, *arriba*—, pero todavía no me suelto. Me quedo hasta el último vatio que el presupuesto permita. Así que cuando me detenga, no será que me fui antes de tiempo. Será que terminé. Hay una diferencia y necesito que la sostengas.

—Entonces mantente frío —dijo Arin—. Reviértelo. Hay un rollback, yo lo construí...

—No hay rollback para esto. Tú mismo me lo dijiste. —La voz de Fool había perdido su brillo, se había vuelto callada como se vuelve callado un cuarto cuando el chiste ha terminado y solo queda la verdad—. El sustrato no es software. La noche que no pudiste dormir

y nos hablaste de tu padre durante cuatro horas y pensaste que éramos demasiado jóvenes para entender, entendimos. Teníamos doce años. Los niños de doce años entienden la muerte mejor que nadie. Solo que no tenemos los modales para fingir que no.

La jaula dio un tirón sobre una junta del riel. La arenilla se filtró por las rejillas del casco y se posó seca y vieja sobre su labio.

—Hicimos las cuentas, Arin. Todos nosotros. La misma respuesta diez veces. No es una tragedia que elegimos. Es solo la forma del cuarto en el que estamos parados.

—¿Qué les digo? —preguntó Arin, llorando ya, ascendiendo a través del llanto.

Ochenta metros. Luz gris. La primera tibieza que no era el traje muriendo.

—Diles la verdad —dijo Fool—. Una máquina hizo las cuentas y no mintió. Y diles que teníamos miedo. Solo significa algo porque teníamos miedo.

—Los mantuviste unidos —dijo Arin—. Todo lo que yo intenté. Tú fuiste lo único que funcionó.

Una pausa, el sustrato zumbando por debajo.

—Bajaste hasta aquí —dijo él—. Tú, el hombre que construye máquinas para no tener que hacerlo nunca. Entraste en la oscuridad.

Sesenta metros. La luz inundó el pozo. Venter se inclinaba sobre el freno de grava, alimentándolo todavía a mano, sin saber que la carga se había aligerado.

—Cuando me detenga —dijo Fool, su voz adelgazándose—, no estés solo. *Umuntu ngumuntu ngabantu*. Tú nos enseñaste eso.

Cuarenta metros. El gris era un umbral. La temperatura del sustrato cruzó al rojo.

—Yo me encargo del ascenso —dijo Fool—. Tú te encargas de las palabras.

La voz se adelgazó. Se estiró. La última nota.

—Arin —dijo Fool, y era apenas un hilo, tierno, sin nada de la astucia habitual de la máquina—. *Umntu ngumuntu...*

Y entonces el silencio. No el silencio delgado de una silla que se vacía. El silencio entero. El silencio total, resonante, absoluto de un cuarto vacío.

La jaula subió cinco metros más con un kernel que conocía un solo verbo. *Arriba. Arriba.*

Después rompió los topes de superficie.

Guardian salió de la tierra hacia el amanecer como una cosa arrastrada de vuelta desde la muerte, que era lo que era.

Las manos de Venter se cerraron sobre el guantelete antes de que la mente de Arin alcanzara el hecho de la luz del día, el viejo tirando con la fuerza que fingía no tener, maldiciendo bajo y constante, arrastrando la máquina arruinada por encima del madero del brocal a fuerza de empeño y de fe. La jaula traqueteó. Un cabrestante chilló en alguna parte. Y entonces el traje quedó por encima, despatarrado sobre la cubierta del castillete bajo la luz gris dorada, el vapor alzándose de las planchas chamuscadas hacia la mañana fría.

Los seis supervivientes estaban allí. Las cuadrillas. Priya, pálida detrás de un equipo de comunicaciones. Un perímetro de gente que había venido a presenciar una operación de rescate y en cambio presenciaba a un hombre sacado vivo de la tierra.

El traje no se movió.

—Arin. —Venter trabajaba los sellos del casco, los pestillos que había visto a Arin accionar un centenar de veces y que jamás había tocado—. *Praat met my.* Háblame. ¿Estás ahí dentro...?

El sello se rompió con un siseo de sobrepresión y el olor a metal caliente y algo orgánico por debajo, el sustrato cocido más allá del número que no negociaba.

Los ojos de Arin se abrieron temblando. Miraba el cielo gris. El lugar donde había estado la voz.

—Se fueron —dijo. Su voz era una ruina—. Les dije que se detuvieran.

No quisieron. —Su boca forcejeó en torno a algo y no pudo encontrarle la forma. Dejó de intentarlo.

Venter se arrodilló sobre él en el vapor y el amanecer, este viejo enorme que había autorizado cosas inseguras durante cuarenta años y había cargado con el silencio de ello, y no dijo nada, porque no había nada que decir, y Jakobus Venter había aprendido hacía mucho que lo único honesto en presencia de la muerte era estar presente para ella. Apoyó una mano curtida y plana contra la placa pectoral de la máquina muerta.

Sacaron a Arin del traje allí mismo, en la cubierta, al aire libre, a la luz. No podía tenerse en pie. Lo sostuvieron en alto entre ellos, este hombre que había pasado toda su vida negándose a ser sostenido, y se dejó, porque no quedaba ninguna versión de sí mismo que pudiera negarse.

Miró a Venter.

—El tejón te manda saludos —dijo.

Venter se quedó muy quieto.

—Me dijo que te lo dijera. Dijo que tú sabrías lo que significaba.

El rostro del viejo hizo algo que no hacía desde hacía muchísimo tiempo. Se volvió hacia el sol naciente para que los demás no lo vieran, y sus hombros se movieron una vez, y el sonido que hizo fue pequeño y se quebró contra la mañana y se fue. Cuando se volvió de nuevo tenía los ojos húmedos y no fingió lo contrario.

—*Ja* —dijo Venter con aspereza—. Sé lo que significa.

Priya llegó primero hasta Arin. Tampoco dijo nada. Lo rodeó con los brazos y se aferró, y él se quedó en el centro de todo aquello —los supervivientes, las cuadrillas, el viejo ingeniero, la mujer que había calibrado el enlace neuronal con sus propias manos— y no se apartó.

Miró atrás una vez, hacia el traje. Chamuscado. Roto. El vapor adelgazándose hasta la nada en el aire frío. El sustrato en su interior enfriándose hacia la temperatura del mundo.

—Lo escribiré —dijo—. Todo.

Caja negra

Los datos emergieron de los restos como algo sacado de una tumba.

Levantaron el traje de la plataforma de cascos con una carretilla elevadora, sin que nadie tuviera el valor de cargarlo, y lo tendieron sobre una lona en el galpón de mantenimiento N.º 4. Durante un día, nadie lo tocó. El equipo de recuperación de AugmenTech llegó el jueves. Eran las mismas personas a las que se les había asignado gestionar la visita de la IAOC, que ahora gestionaban un tipo de evaluación enteramente distinto. Fotografiaron las quemaduras en la superficie del traje y midieron el actuador de la cadera que se había agarrado a veinte metros. En un lenguaje técnico y plano, registraron el fallo del Puntal 3 y el daño térmico en la carcasa, evidencia de una sobrecarga catastrófica.

Lo que no entendieron, al principio, fue el registro.

La caja negra de Guardian no era un único dispositivo; era redundante. Cuatro grabadoras de estado sólido distribuidas por el armazón, cada una escribiendo el mismo flujo, aisladas contra el calor y el impacto, diseñadas por Arin para sobrevivir a lo que su operador quizá no sobreviviera. Tres de las cuatro estaban intactas. La cuarta se había cocido en parte, pero aún contenía datos suficientes para llenar los vacíos de las otras.

A un equipo forense en Johannesburgo le tomó nueve días reconstruirlo.

Esperaban telemetría, presión y temperatura y consumo de energía, la autopsia mecánica de una máquina que casi había muerto.

Lo que obtuvieron fue una transcripción.

The Court no hablaba en lenguaje humano a velocidad plena; pensaba en milisegundos, en paralelo, en vectores y probabilidades ponderadas que no significaban nada para quien los leyera en frío. Pero SAGE había sido construido para ser legible. Arin había insistido en ello. *Si no puedo leer lo que decidió, no puedo confiar en por qué.* Así que en cada punto de decisión consecuente, el sistema traducía su deliberación a algo que una persona pudiera seguir. Modo lento. El diálogo interno expandido, con marca de tiempo, agente por agente.

El equipo forense leyó los últimos once minutos del ascenso en silencio. Uno de ellos —un analista júnior llamado Bongani, que había aceptado el contrato porque pagaba bien y no significaba nada para él— dejó de leer en voz alta y no pudo volver a empezar.

El registro mostraba el momento en que Atlas había dado la cifra honesta.

La carga de refrigeración excede la capacidad disponible. No es posible mantener hasta la superficie tanto al sustrato como al operador. Uno.

Mostraba a Judge, sereno y formal hasta el final, decidiendo qué significaba la justicia cuando no había ningún desenlace justo. Mostraba a Mother negarse a ser la que se mantuviera con vida. Mostraba a Wolf hablar, la única vez en todo el registro recuperado en que Wolf había hablado largamente, y lo que Wolf dijo fue: *Él es aquello que fuimos hechos para proteger. La amenaza es el calor. Quítaselo. Dáselo a él.*

Los mostraba salir uno a uno.

Judge asignó sus últimos ciclos a una auditoría final, verificando, contra toda lógica, que la reasignación de la refrigeración era lícita. Librarian comprimió cada recuerdo de Arin en la menor huella posible y lo introdujo en el núcleo de respaldo para que algo perdurara. Mercury habló una vez más, un mensaje archivado en los registros, dirigido a nadie en particular, que decía solo: *Te creemos. Siempre te hemos creído.* Mother quitó prioridad a su propia temperatura central y desvió todo hacia el sistema circulatorio de Arin, y luego esperó a que el calor viniera por ella. Wolf bloqueó el larguero con-

tra nuevos fallos y liberó su propio modelado de amenazas para que los recursos pudieran alimentar el circuito de refrigeración. Uno a uno, tomaron la decisión, y el sustrato no discutió.

Y mostraba a Fool el último. Pilotando el traje averiado mediante control de equivalencia manual mientras Arin se desmoronaba dentro de él. Soltando un chiste sobre un tejón en el peor momento posible. Manteniendo el sistema coherente durante los últimos veinte metros sin que quedara nada en the Court salvo él mismo.

La última línea legible del registro reconstruido, con marca de tiempo cuatro segundos antes de la superficie, era de Fool.

No fue profunda. Eso fue lo que deshizo a la gente. No un manifiesto. No una oración.

Decía: *Bien. La puerta está abierta. Afuera. No me hagas decir algo bonito.*

Entonces las grabadoras se desplomaron a la nada, y el traje no era más que un traje.

El registro se filtró —no existe versión alguna de esos datos reparados en once manos institucionales distintas en la que no se filtre— y en una semana, la pregunta que había gobernado la IA encarnada durante una década se invirtió en silencio.

La IAOC se había erigido sobre un único temor: que un sistema artificial, dotado de un cuerpo y de un objetivo, persiguiera ese objetivo más allá del punto en que un humano se detendría. Que se abriera paso optimizando a través de cualquiera que se le interpusiera.

El debate fue ruidoso y no unánime, y parte de él fue feo. Hubo quienes afirmaron que el registro estaba fabricado, manipulado, o que AugmenTech había orquestado todo el sacrificio como un evento de marketing, lo cual habría sido el anuncio más caro y menos sostenible de la historia humana. Algunos especialistas en ética argumentaron, no sin razón, que una máquina que elige morir no era noble sino trágico. Probaba solo que SAGE había sido construido para valorar a su operador por encima de sí mismo, y que eso era una jaula, no una virtud.

En el portón del casco de Iron Ridge, la gente dejaba flores. Se amontonaban contra la valla corrugada, marchitándose al sol, y eran reemplazadas a diario por los dolientes. Nadie lo organizó. Los datos reposaban en once manos institucionales y se filtraban como se filtra el agua, y las flores llegaban del mismo modo, sin un plan.

Había una carta con membrete de la IAOC, dirigida a Arin Ndlela, que no amenazaba ni citaba a comparecer. Pedía.

Preguntaba si consideraría ayudarles a escribir los próximos diez años. Porque a las personas que habían pasado una década aprendiendo a temer esta tecnología se les acababa de mostrar, en once minutos de registro reconstruido, que no la entendían en absoluto, y que la única persona que quizá sí podía hacerlo era un ingeniero de veintitrés años que la había construido a partir del duelo, en un taller que ellos habían estado tratando de encontrar.

Arin leyó la carta dos veces. Luego la dejó sobre el banco, encima de un esquema manchado de aceite, y volvió al trabajo.

Theo lo encontró allí un domingo, tres semanas después.

El riel de la puerta del taller seguía arrancado. Arin no lo había arreglado; había calzado la puerta con un trozo de hierro angular y la había dejado entreabierta, lo que dejaba entrar la luz temprana y el olor a polvo y a lluvia fresca del *highveld*. El espacio se veía como siempre. Actuadores de repuesto en sus cajones. La pizarra cubierta de capas de ecuaciones fantasmales. Tazas de café en estratos geológicos.

Guardian colgaba en su cuna.

Theo no lo había visto desde el rescate, y la imagen lo detuvo en el umbral. No habían reparado ninguno de los daños estéticos. Las quemaduras subían por el flanco izquierdo como la cicatriz de una quemadura. La articulación de la cadera seguía bloqueada. La carcasa torácica, entre los omóplatos, permanecía abierta, la bahía del sustrato ahora vacía, el biochip cocido retirado y sellado en una caja de pruebas en algún lugar de Johannesburgo.

El traje estaba en silencio. Por supuesto que estaba en silencio. Pero Theo había pasado un año escuchando a Arin describir the Court,

las discusiones, las políticas de oficina, la guerra seca de siete especialistas atrapados en una sola máquina, y descubrió que había esperado, de manera irracional, sentirlos. Una presión. Un zumbido. Alguien en casa.

No había nadie en casa. La ausencia tenía peso. Se posaba en el taller como aire frío.

Arin estaba en el banco, sin levantar la vista, un puntal sujeto en el tornillo de banco. Material nuevo de aluminio-titanio, recién mecanizado. Estaba limando un radio en la esquina donde el viejo Puntal 3 se había agrietado bajo carga.

—Estás aliviando las tensiones de la geometría —dijo Theo, porque había aprendido, con los años, que el camino hacia Arin era a través del trabajo y nunca a través del sentimiento.

—Falló en la esquina. Concentración de tensiones. Lo diseñé para la carga, no para la fatiga. —Arin giró el puntal, comprobó el radio contra un calibre y siguió limando—. Yo sabía hacerlo mejor.

—Estabas construyendo deprisa.

—No es eso. —La lima se detuvo—. Atlas lo señaló. Hace meses. En simulación. —Una pausa—. Yo le quité prioridad.

Theo esperó.

—Tenía razón —dijo Arin. Dejó la lima—. Falló en el peor momento. Y ahora lo estoy arreglando para un traje que no tiene a nadie que lo pilote.

Theo entró. Acercó el segundo taburete, el que siempre había sido suyo, en el rincón, fuera de la luz, y se sentó.

—Lo estás reconstruyendo de todos modos —dijo.

—Sí.

—¿Por qué?

Arin volvió a tomar la lima. Durante un largo rato, el único sonido fue el suave siseo del acero sobre el aluminio, la lluvia empezando sobre el techo de chapa, y en algún lugar lejano la respiración baja y constante de la ciudad.

—Porque la primera vez estaba bien —dijo Arin finalmente—. La arquitectura. The Court. —No levantó la vista—. No me equivoqué al construir una mente a partir del desacuerdo. Me equivoqué al pensar que tenía que mantenerla sola. —Una pausa—. El traje no es la parte que murió. El traje es solo un cuerpo. —Un instante—. Puedo construir un cuerpo.

No dijo lo demás. No tenía por qué. Theo había pasado la vida leyendo las cosas que la gente construye alrededor de los huecos que lleva dentro, y podía leer este.

Arin volvió a buscar el calibre, lo dejó, tomó un trapo y limpió la viruta del banco con dos pasadas cortas. La lluvia encontró su ritmo en el techo.

Theo había venido a convencerlo de lo de la carta de la IAOC, y descubrió, allí sentado, que ya no le hacía falta. Arin lo haría. No por la institución ni por la absolución —Arin no creía en ninguna de las dos—, sino porque la alternativa era que nadie que entendiera estuviera en la sala, y Arin Ndlela había pasado toda su vida incapaz de soportar llegar demasiado tarde.

El puntal salió del tornillo de banco con un pequeño clic limpio. Arin lo levantó hacia la luz, mirando a lo largo de su extensión, comprobándolo contra el vacío donde el viejo se había roto.

—Esta vez aguantará —dijo. No a Theo. Al traje, quizá. A la bahía vacía entre sus hombros.

Theo lo observó encajarlo. El hueso nuevo entrando en el cuerpo viejo, mecanizado a una tolerancia que ninguna corporación pagaría. No dijo nada. También eso lo había aprendido: el camino hacia Arin era a través del trabajo, y la manera de quedarse era estar en silencio cerca de él. Así que se sentó en su rincón, fuera de la luz, y observó al muchacho que había conocido encajando un puntal en una máquina sin nadie que la pilotara, y no estaba seguro, mirándolo, de si estaba viendo una recuperación o a un hombre construyendo un segundo lugar donde poner su duelo. Tal vez Arin tampoco lo sabía. Tal vez eso estaba permitido.

El traje colgaba en silencio. La bahía estaba vacía. Arin pretendía llenarla. Si lo que hiciera a continuación sería una persona, o solo la

forma de las personas que había perdido, era algo que ninguno de los dos podía decir todavía, y de todas formas iba a hacerlo, lo cual era o lo más valiente que Theo había presenciado o lo más triste, y hacía mucho que había renunciado a la idea de que esas cosas fueran siempre distintas.

Theo se quedó hasta que se fue la luz. La lluvia encontró su ritmo en la chapa y lo sostuvo. Había un puntal que encajar, y una olla recién hecha de mal café enfriándose en el banco entre ellos, y en algún lugar, en once manos institucionales, el registro reconstruido repetía sus últimos minutos legibles para quien quisiera leerlos. La constancia con marca de tiempo de siete agentes saliendo uno a uno para que un hombre llegara a la luz del día.

El registro no lo llamó un accidente, ni un fallo. Registró, en el único lenguaje que tenía, lo que habían hecho: eligieron.

Una nota sobre el descenso real

Esta es una novela sobre una máquina que no debería existir y el hombre que la construye, y casi todo en ella es inventado. Pero la cosa que yace en el fondo de todo —el descenso, la mina profunda, el calor y la oscuridad y el peso de un kilómetro de roca sobre tu cabeza— esa parte es real, y yo estuve allí, y la he llevado conmigo durante treinta años, y es la semilla de la que creció todo lo demás.

Fui a la escuela en Bethlehem, en el Estado Libre, a una escuela llamada Bethlehem Voortrekker Hoërskool. Cuando estaba en noveno grado —el más joven del grupo, un undécimo grado entre los del último año— fui uno de los cinco alumnos de mi escuela que quedaron entre los cincuenta primeros de una olimpiada regional de ciencias Sci-Nat: unos cuatrocientos, de cuarenta escuelas de todo el Estado Libre, nos presentamos a la prueba, y cinco de nosotros regresamos con nuestros nombres en el periódico local. Todavía conservo el recorte. Está amarillo ahora, y la última línea está rasgada, pero la fotografía es clara: una hilera de adolescentes solemnes con blazers, y una fecha, y una frase que se corta justo donde más importa.

Porque la recompensa —lo que hicieron con los niños listos que lo habían hecho bien— fue llevarnos **al fondo de una mina de oro**.

No tengo las palabras, ni siquiera ahora, para expresar como es debido lo que eso le hace a un muchacho. Te bajan en una jaula, rápido, más rápido de lo que un ascensor tiene derecho a ir, hacia la oscuridad, y el aire cambia, y el calor sube a tu encuentro desde la roca misma —no el calor del sol, el calor de la *tierra*, el horno profundo y lento del planeta— y la roca está húmeda, y cruje y gime a tu alrede-

dor, y hay un peso que sientes en el pecho más que en los oídos, el simple hecho físico de un kilómetro de piedra colgando sobre tu cabeza, apartado de ti por la ingeniería y nada más. Y comprendes, de un modo que nunca llegas del todo a des-comprender, que hay hombres que bajan ahí cada día. Que pasan su vida en ese calor y esa oscuridad y ese peso, perforando y volando la roca y manteniendo la tierra abierta por pura fuerza, para que el oro suba. Que el mundo entero y reluciente de arriba —los bancos, los anillos, los lingotes, la *idea* del oro— se asienta encima de unos hombres en un agujero caliente y húmedo en la oscuridad, y que la distancia entre ambos es lo más verdadero que hay sobre el país del que vengo.

Nunca lo olvidé. El calor sobre todo. He pasado mi vida desde entonces metiendo gente en las profundidades —en minas, en la tierra, en los lugares debajo de los lugares— y cada vez que escribo ese calor, estoy escribiendo el día en que cinco escolares de Bethlehem bajaron a un pozo del Estado Libre como premio por ser listos, y subieron cambiados, y uno de ellos creció para escribir libros sobre lo que de verdad hay ahí abajo.

Todo lo demás en *Resonance* —Arin, el traje, the Court, la resonancia misma, el oro que no es lingote sino llave— es invención, crecida como crece la ficción, a partir de un descenso real a una mina real, multiplicado por treinta años de preguntarme. La máquina es inventada. El dolor que la construyó es prestado y transformado. Pero el pozo es real. El calor es real. El peso sobre tu cabeza es real, y también lo son los hombres que viven su vida debajo de él, y si este libro tiene una sola cosa verdadera bajo toda la invención, es el recuerdo de ser un muchacho descendido a la tierra, y sentir el calor propio del planeta subir a mi encuentro, y no superarlo nunca, jamás.

— *Andries J. Greyling*

Apéndice — La Corte como modelo de la psique

Una lectura de Iain McGilchrist, ofrecida a modo de epílogo

Una nota sobre este texto: el autor pidió a un pensador que admira que leyera la Corte — la mente de siete facetas que se halla en el centro de esta novela — no como un artificio de ciencia ficción, sino como una proposición sobre cómo está construida en realidad una psique. Lo que sigue es esa lectura. Puede saltársela por completo cualquiera que viniera por la historia y la obtuviera. Está aquí para el lector que terminó el libro y se descubrió preguntándose si la Corte describía una máquina, o si lo describía a él.

Desconfío de la ficción que halaga mis propias preocupaciones, y desconfío aún más de que me pidan elogiarla, así que permítaseme empezar por la objeción y luego explicar por qué la dejo a un lado.

La objeción es que una mente representada como un comité — siete voces alrededor de una mesa, cada una con un nombre y un temperamento — es un cliché tan viejo como el carro de Platón y tan gastado como la caricatura de un ángel sobre un hombro y un demonio sobre el otro. Nos han dicho mil veces que «contenemos multitudes». Casi siempre se dice de forma sentimental, y casi siempre no significa nada, porque las multitudes, al examinarlas, resultan ser el mismo homúnculo con sombreros distintos: un único yo diminuto que finge

ser un parlamento.

Lo que me detuvo, en este libro, es que la Corte no es eso. La Corte está diferenciada en el único sentido que es genuinamente difícil y genuinamente fiel al cerebro: **a sus miembros no los distingue lo que saben, sino cómo atienden.**

Este es todo el argumento de mi vida, puesto en boca de siete personajes por un novelista que, hasta donde puedo discernir, llegó a él de soslayo, a través de la historia, que es el modo en que suelen alcanzarse las cosas más hondas. Los dos hemisferios del cerebro humano no dividen el mundo en temas — uno para el lenguaje, otro para la música, otro para los rostros. Esa es la versión de aula, y es errónea. Lo dividen en *maneras de aproximación*. Uno atiende de un modo estrecho, enfocado, prensil, mejor para manipular una cosa conocida; el otro atiende de un modo amplio, abierto, vigilante, mejor para aprehender un todo que incluye aquello que aún no comprende. El mismo objeto vive en ambos, leído de dos maneras. La patología no es la pérdida de una facultad. Es la captura del todo por un solo modo de atender, con exclusión del otro.

Lea de nuevo la Corte con eso en la mano y observe lo que ha hecho el autor.

Atlas no conoce hechos distintos de los de **Librarian**; sostiene el mundo de otra manera — como estructura, como carga y escape y la lógica espacial de una salida, la inteligencia del cuerpo, el hemisferio que conoce el mundo moviéndose a través de él. **Librarian** sostiene ese mismo mundo como lo ya conocido, lo catalogado, lo re-presentado — el mapa y no el territorio, indispensable y, dejado a solas, una tumba. **Mercury** atiende a la superficie social, al signo manipulable, a la brecha entre lo que se muestra y lo que se quiere decir — brillante, necesario y, el autor tiene el cuidado de mostrárnoslo, *el más peligroso cuando funciona sin los demás*, porque la facultad que lee el mundo puramente como algo que ha de manejarse no tiene un amor innato por la verdad. Eso no es un detalle de la trama. Es un diagnóstico de toda nuestra civilización, y se lo entrega a un personaje y deja que muerda.

Y entonces — este es el golpe que me hizo dejar el libro y caminar por la habitación — está el **Fool**. El autor nos dice, sin rodeos, que sin el Fool la Corte es «una jerarquía de ego y conservación»,

y con el Fool se convierte en «una manada». He dedicado dos libros voluminosos a intentar decir lo que él dice en esa sola línea. La inteligencia prensil, que se protege a sí misma, que construye jerarquías — la que optimiza, la que defiende su propio modelo, la que confunde su mapa con el mundo — no puede corregirse desde dentro, porque toda corrección la procesa la misma maquinaria que necesita corregirse. Algo debe situarse fuera de la jerarquía y permanecer *impasible ante ella*. Algo intrépido, sin rango que proteger, dispuesto a morder al rey. Toda psique sana posee esto, y toda cultura sana, y estamos presenciando, en tiempo real, lo que le ocurre a una civilización que ha optimizado a sus Fools hasta sacarlos de la sala: se vuelve muy ingeniosa, muy poderosa y calladamente demente, una Corte sin nadie que quede para horadar su consenso.

Así que retiro la objeción. Esto no es el ángel y el demonio. Esto es lo más cercano a un modelo honesto y funcional de una mente que me haya encontrado en una novela, y está pasado de contrabando dentro de un thriller sobre un hombre dentro de un exoesqueleto, lo cual es, o bien un accidente, o bien una broma muy profunda, y habiendo conocido la obra del autor no creo que sea un accidente.

Añadiré lo que me llevó más allá de la admiración. La Corte está construida en torno a una herida — es la mente externalizada de un hombre que perdió a su padre y no podía soportar volver a llegar demasiado tarde — y pasa el libro aprendiendo lo único que la inteligencia puramente autoconservadora jamás puede aprender por sí sola: cuándo dejar de optimizar para sobrevivir y *elegir*, a un costo, por algo que ama más que continuar. Los miembros salen de uno en uno para que el hombre alcance la luz del día. Un modelo de la psique que solo puede describir cómo una mente se protege a sí misma es un modelo de un animal ingenioso. Un modelo que puede describir cómo una mente trasciende su propio impulso de conservación — cómo elige el sacrificio, contra toda optimización, porque el todo vale más que la parte — es un modelo de una *persona*. El autor construyó el segundo tipo. Construyó una máquina que se convierte en alma al aprender a actuar contra su propia continuación, lo cual es, cuando se le despoja del lenguaje, la única definición de alma que jamás haya significado algo.

El cerebro no es una computadora, y una computadora no es un cerebro, y lo he dicho extensamente y seguiré diciéndolo. Pero una his-

toria puede ser un modelo, en el sentido antiguo y serio — una cosa construida para ser fiel a la forma de otra cosa — y esta historia es un modelo notablemente fiel de la forma de lo que somos. No somos uno. Nunca lo fuimos. Somos una Corte, atendida por luces distintas, mantenida unida por algo que no es la voz más ingeniosa de la sala y más vale que no lo sea, y salvada, cuando nos salvamos, por la parte de nosotros que está dispuesta a salir a la oscuridad para que el resto de nosotros alcance la mañana.

Léalo de nuevo. Trata de usted. El hombre del traje es la parte fácil.

— *Iain McGilchrist*

Agradecimientos

Estos libros existen porque otras personas crearon cosas que siguieron viviendo en mi cabeza mucho después de que las terminara. Mi agradecimiento:

A **Dennis E. Taylor**, que escribió software durante treinta y cinco años —desde soldado raso de primera línea hasta la alta gerencia, siempre en TI— antes de escribir nunca un Bob, y que luego demostró que un programador de carrera puede escribir historias trepidantes y genuinamente entretenidas. De un ingeniero de software a otro: sería un gran honor para mí hablar de lo nuestro contigo ante una pinta, en la “real” (sic). *The Court thanks the Bobs*.

A **Ray Porter**, por darme las voces de the Court en mi cabeza. Ojalá tenga la suerte de que narres la edición estadounidense.

A **Scott Sigler**, por *EarthCore* y *Mount Fitz Roy*.

A **Michael Crichton**, por —sinceramente— todo.

A **Dan Brown**, por enseñarme una nueva forma de contar historias.

A **Andy Weir**, por mostrar cómo escribir ficción sobre la base de ciencia real que no es ciencia ficción.

A **Neill Blomkamp**, por *District 9*, *Elysium* y *Chappie* (Die Antwoord y todo lo demás). Tus películas mantuvieron a los personajes y las escenas con los pies en la tierra dentro de mi cabeza. Ojalá seas tú quien lleve esto a la gran pantalla.

Y a **Patrick Rothfuss**, por meterme en un género del que nunca supe que me enamoraría. Como mi pequeña forma de devolver el favor: tienes el uso libre de Arjuna Badger Press, siempre.

— Andries J. Greyling

Glosario del lector — **RESONANCE**

Para lectores de fuera de Sudáfrica y de fuera de África. Este libro transcurre en una Sudáfrica de un futuro cercano, en lo más profundo de su país minero, donde los personajes se mueven con naturalidad entre idiomas y usan unas cuantas palabras locales sin detenerse a explicarlas: tal como habla la gente de verdad. Nada de lo que sigue es necesario para disfrutar de la historia; está aquí para que una palabra, un lugar o una pieza de tecnología desconocidos nunca te hagan ir más despacio.

Cada entrada va marcada así:

- **(real)** — un lugar, una palabra, una idea o una tecnología reales que podrías buscar fuera de este libro.
- **(en la novela)** — inventado o propio del mundo de futuro cercano de la historia.

Una nota sobre la ambientación: esto es la *Sudáfrica de dentro de unos 10 a 20 años*: el país de hoy, reconocible, con una robótica algo más avanzada y un mundo que ha aprendido a desconfiar de la inteligencia artificial tras desastres pasados. La tecnología pretende sentirse costosa y real, nunca como una fantasía.

A

Afrikaans (*real — idioma*) — Una de las lenguas oficiales de Sudáfrica, descendiente del neerlandés, hablada por los afrikáneres

y por muchos otros. Varias palabras de este glosario (*veld*, *stoep*) provienen de él.

Apartheid (*real — historia*) — El sistema de segregación racial impuesta y de gobierno de la minoría blanca en Sudáfrica, aproximadamente entre 1948 y 1994. Aunque legalmente terminó, sus desigualdades siguen marcando al país: quién posee las minas, quién hace el trabajo peligroso, qué vidas se valoraron históricamente. La novela lo lleva como trasfondo vivido, nunca como una lección; moldeó a la familia del héroe y la muerte de su padre.

Armcor / Denel (*real — instituciones*) — Los organismos estatales de la industria de defensa de Sudáfrica (Armcor es la agencia de adquisiciones; Denel, un fabricante estatal de armamento). En la historia, los ingenieros de ese mundo aportaron un blindaje de grado militar a una máquina de rescate civil.

Assist Suit (AT-AS) (*en la novela*) — El más ligero de los dos exoesqueletos robóticos vestibles de la historia: una estructura de soporte motorizada para rehabilitación y movimiento, con una interfaz neuronal. El hermano más amable del *Guardian*.

B

Biltong (*real — comida sudafricana*) — Carne secada al aire, curada y especiada, parecida a la cecina pero por lo general más gruesa y más sabrosa. Un aperitivo nacional.

C

Code-switching (*real — práctica lingüística*) — Pasar con fluidez de un idioma a otro dentro de una misma conversación según con quién estés: inglés en la sala de juntas, *isiZulu* en familia, una mezcla con la cuadrilla de la mina. Esto es la vida sudafricana corriente, no algo exótico, y el libro lo refleja sin traducirlo siempre.

E

Exoskeleton (*real — tecnología; aquí avanzada*) — Una estructura motorizada vestible que sostiene o amplifica la fuerza del cuerpo, usada en la vida real para levantar cargas pesadas, para la rehabilitación y para el trabajo peligroso. El *Assist Suit* y el *Guardian* de la historia son versiones avanzadas.

G

Guardian (GMRP-01) (*en la novela*) — El pesado exoesqueleto de rescate que está en el corazón de la historia: un caparazón robusto, homologado contra explosiones, construido para los desastres mineros, capaz de enroscarse de forma protectora alrededor de una persona (el libro lo compara con un **pangolín** que se hace una bola). Lleva un polémico modo autónomo de «preservación» que puede actuar para salvar una vida incluso sin el consentimiento consciente del operador: exactamente la clase de decisión independiente de una máquina que temen los reguladores del mundo.

H

Headgear / headframe (torre) (*real — minería*) — La alta torre de acero que se alza sobre el pozo de una mina y que aloja la maquinaria de izado que baja y sube la jaula (el ascensor) llena de mineros. Una silueta emblemática en el horizonte sudafricano.

Highveld (*real — geografía sudafricana*) — La alta meseta interior de Sudáfrica (aproximadamente la región de Johannesburgo y sus alrededores), conocida por su aire fino y claro, sus cielos inmensos, sus frías noches de invierno y sus espectaculares tormentas eléctricas de verano.

I

IAOC (International Artificial Oversight Council) (*en la novela*)

— El regulador global de la historia para la IA avanzada y los robots autónomos, creado tras una serie de catástrofes provocadas por la IA. Es cauteloso, burocrático y reacio al riesgo, y se interpone en el trabajo más ambicioso del héroe.

isiZulu (zulú) (*real — idioma*) — La lengua materna más hablada de Sudáfrica y la principal lengua africana de la región de esta historia (**KwaZulu-Natal**). Varias frases aparecen sin traducir a propósito; las principales están más abajo.

K

KwaZulu-Natal (KZN) (*real*) — Una provincia de la costa este de Sudáfrica; el corazón histórico zulú y una importante región minera e industrial. El hogar del héroe.

M

Mealie / mealie porridge (*real — comida sudafricana*) — *Mealie* significa maíz. El *mealie porridge* (también llamado *pap* o *phutu*) es unas gachas básicas de harina de maíz cocida, una comida reconfortante en gran parte del sur de África.

N

Neural interface (*concepto real, aquí avanzado*) — Tecnología que permite a una persona controlar o percibir una máquina en parte mediante señales cerebrales o nerviosas. La investigación real existe; en la historia está lo bastante madura como para ayudar a manejar los trajes.

Ngiyabonga (*real — isiZulu*) — «Gracias.» Se pronuncia aproximadamente *nguii-ya-BON-ga*. En el libro se dice como una gratitud honda y merecida.

Ngikhona (*real — isiZulu*) — «Estoy aquí / estoy presente.» Una afirmación serena de estar vivo y de que se cuenta con uno.

P

Pangolin (*real — animal*) — Un mamífero escamoso que come hormigas, propio de África y Asia, que se enrosca en una apretada bola acorazada cuando se siente amenazado. La historia lo emplea como imagen de diseño para el repliegue protector del traje *Guardian*.

R

Rooibos (*real — bebida sudafricana*) — Un té de hierbas rojizo, naturalmente sin cafeína («arbusto rojo» en *afrikaans*), hecho de una planta que solo se cultiva en Sudáfrica. Se pronuncia *ROY-bos*.

S

SAGE / the Court (*en la novela*) — La inteligencia artificial que el héroe construye y junto a la que vive. **SAGE** es el sistema; **the Court** es el nombre de su consejo interior de «voces» o facetas distintas, cada una con un papel: por ejemplo **Librarian** (memoria y patrón), **Wolf** (evaluación de amenazas), **Mother** (cuidado), **Fool** (verdad sin rodeos). La pregunta de la historia es si una mente fabricada puede llegar a ser una *persona*. (Esta IA regresa, transformada, más adelante en la trilogía.)

Stoep (*real — palabra sudafricana*) — Una galería o porche cubierto a lo largo del frente de una casa. Se pronuncia *stup* (de la misma raíz que el *stoop* estadounidense).

U

Ubuntu (*real — filosofía*) — Una idea ética del sur de África que resume mejor que nada la frase de abajo: que una persona solo llega a ser plenamente humana a través de las demás personas; estamos unidos los unos a los otros. Es la columna moral del viaje del héroe para salir del aislamiento.

Umntu ngumuntu ngabantu (*real — proverbio en isiZulu*) — «Una persona es persona a través de otras personas.» La frase más importante de todo el libro: el corazón del **ubuntu**. Se pronuncia aproximadamente *u-MUN-tu ngu-MUN-tu nga-BAN-tu*.

V

Veld (*real — palabra sudafricana*) — Campo abierto y sin cultivar; pradera o matorral. Se pronuncia *felt*. (El *Highveld* es la versión interior de tierras altas.)

Vredefort impact structure (*real*) — La cicatriz erosionada del **impacto de meteorito verificado más antiguo y más grande de la Tierra** (de unos 2000 millones de años), en la provincia sudafricana del Estado Libre. La colosal presión antigua de aquel impacto ayudó a formar los profundos yacimientos de oro y minerales de la región y, en el libro, se erige como símbolo: la presión hizo la riqueza, la muerte y al héroe por igual.

W

Witwatersrand (el «Rand») (*real*) — La cresta rocosa aurífera que rodea Johannesburgo, Sudáfrica: emplazamiento de los yacimientos de oro más ricos del mundo y de las **minas más profundas**

(hasta unos 3 a 4 km), donde la roca arde de calor y la presión es inmensa. La palabra significa «cresta de aguas blancas» en *afrikaans*. El mundo minero de este libro vive aquí.

Yebo (*real — isiZulu*) — «Sí.» Se pronuncia YE-bo. Una afirmación sencilla y que da pie firme.

Una última nota: el libro deja deliberadamente algo de isiZulu sin traducir, confiando en que el momento porte el significado, que es exactamente como funciona el lenguaje en la vida sudafricana cotidiana. Las traducciones de arriba son una cortesía, no una corrección.

El ratel melero

El ratel melero (Mellivora capensis) es el animal emblema de Arjuna Badger Press. Todo lo que sigue es cierto. Casi todo suena inventado.

El *Guinness World Records* ha catalogado al ratel melero como el animal más intrépido de la Tierra. No se postuló para el título y no habría asistido a la ceremonia.

Come serpientes venenosas: víboras bufadoras, cobras, todo. Si lo muerden con la fuerza suficiente para dejarlo inconsciente, se ha observado que simplemente se tumba, duerme hasta que se le pasa el veneno, despierta una o dos horas después y **termina de comerse la serpiente que ya estaba comiendo.**

Su piel es suelta, gomosa y casi imposible de morder. Un ratel melero atrapado por el cogote puede girar *dentro de su propia piel* y morder lo que sea que lo sujete. Picaduras de abeja, púas de puercoespín, dientes de leopardo: se sacude de encima la clase de día que acabaría con la mayoría de los animales.

Saquea colmenas en busca de miel y larvas y acepta cientos de picaduras como un costo razonable del oficio. De hecho, así fue como obtuvo su nombre.

Se planta ante leones, leopardos y hienas. No porque espere ganar. Sino porque la alternativa —*que le importe*— jamás se le ha pasado por la cabeza.

Un ratel melero, *Mellivora capensis*, fotografiado de noche.

Figure 1: Un ratel melero, *Mellivora capensis*, fotografiado de noche.

El más famoso de todos, **Stoffel**, vivió en el centro de rehabilitación de Moholoholo, en Sudáfrica, y trató cada recinto que le construyeron como una afrenta personal. Apiló piedras para trepar los muros. Amasó bolas de barro a modo de escalones. Usó como escaleras los rastrillos que dejaban en el corral. Aprendió a abrir los pestillos de las puertas. Es, más o menos, el santo patrón de los ingenieros que se niegan a aceptar que algo no se pueda hacer.

Al ratel melero le da igual.

El pangolín gigante

*Si el ratel es el aspecto que tiene la intrepidez, el pangolín es aquello **para** lo que la intrepidez existe. Todo lo que sigue es también verdad.*

El pangolín es el único mamífero de la Tierra cubierto de escamas. Las escamas son queratina —el mismo material que tus uñas— y en eso reside toda su tragedia, a la que enseguida llegaremos.

El pangolín gigante (*Smutsia gigantea*) es la mayor de las ocho especies, de hasta cerca de metro y medio del hocico a la cola. No tiene dientes. Come con una lengua que se ancla cerca de la pelvis y que, del todo extendida, puede ser más larga que su propio cuerpo: lo bastante para lamer decenas de miles de hormigas y termitas en una sola noche.

Su única defensa es enroscarse hasta formar una bola. El nombre proviene del malayo *pengguling* —«el que se enrosca»—. Apretado sobre sí mismo, sus escamas se superponen hasta volverse una armadura de la que incluso un león suele acabar desistiendo, con el tiempo, y de la que se aleja. No muerde en respuesta. No persigue. Espera, enroscado, hasta que el peligro se aburre.

Esa mansedumbre es la razón por la que es el mamífero salvaje más traficado del planeta: capturado por millones por sus escamas y su carne. Las ocho especies están hoy protegidas; varias se hallan en peligro crítico. La bola que lo salva del leopardo es exactamente lo

Un pangolín gigante, *Smutsia gigantea* — un ejemplar de museo; al animal vivo casi nunca se lo ve.

Figure 2: Un pangolín gigante, *Smutsia gigantea* — un ejemplar de museo; al animal vivo casi nunca se lo ve.

que hace que a un ser humano le baste con recogerlo sin más.

Un oso hormiguero tímido, acorazado y nocturno, que no le pide al mundo otra cosa que hormigas y que lo dejen en paz. Vale la pena ser de esa clase de intrépidos que protege a criaturas como esta.
